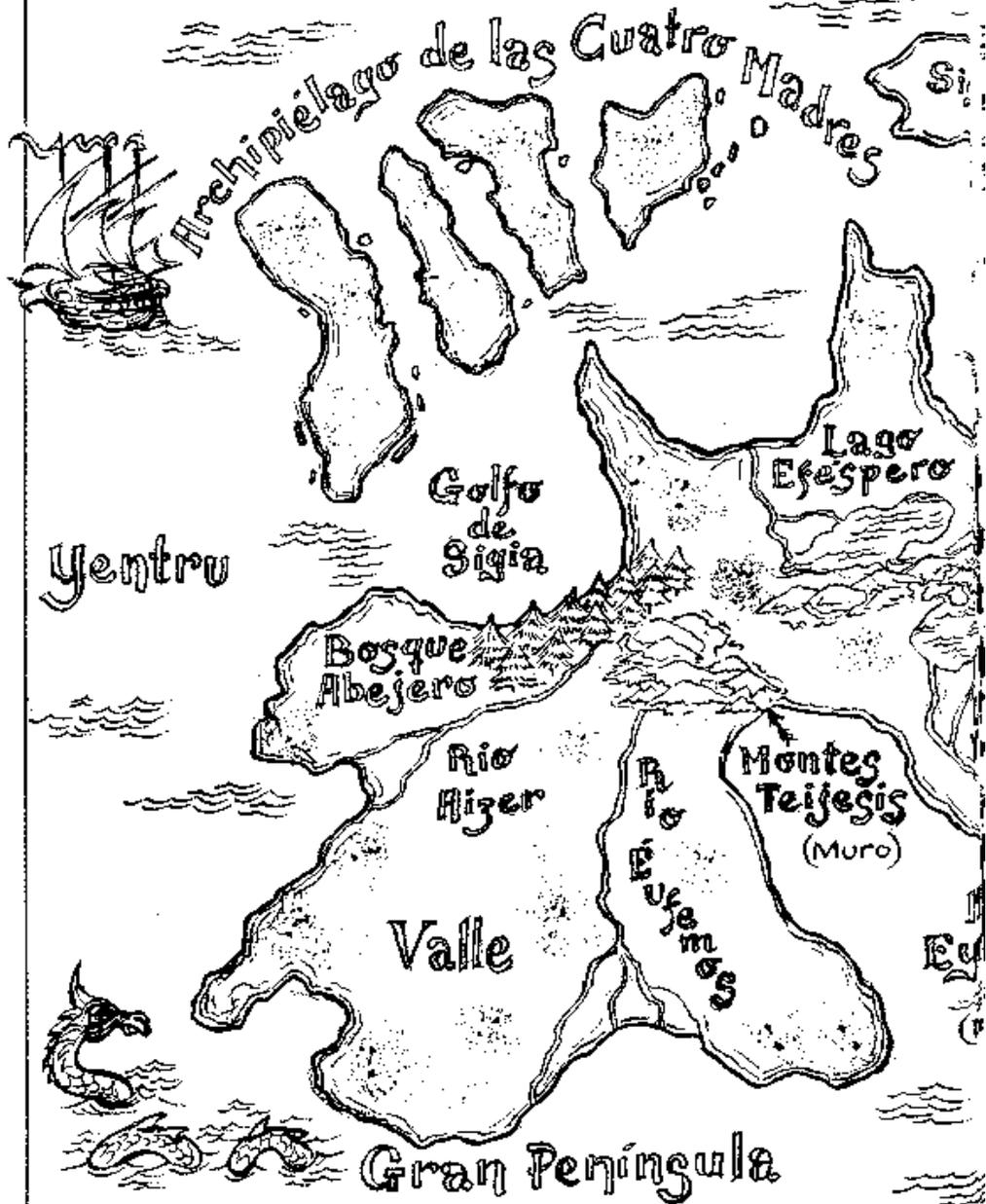
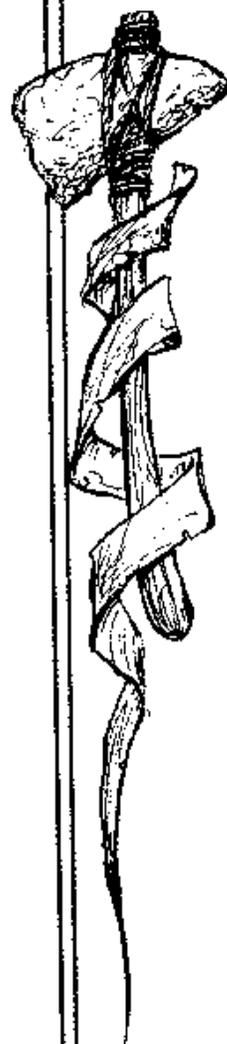
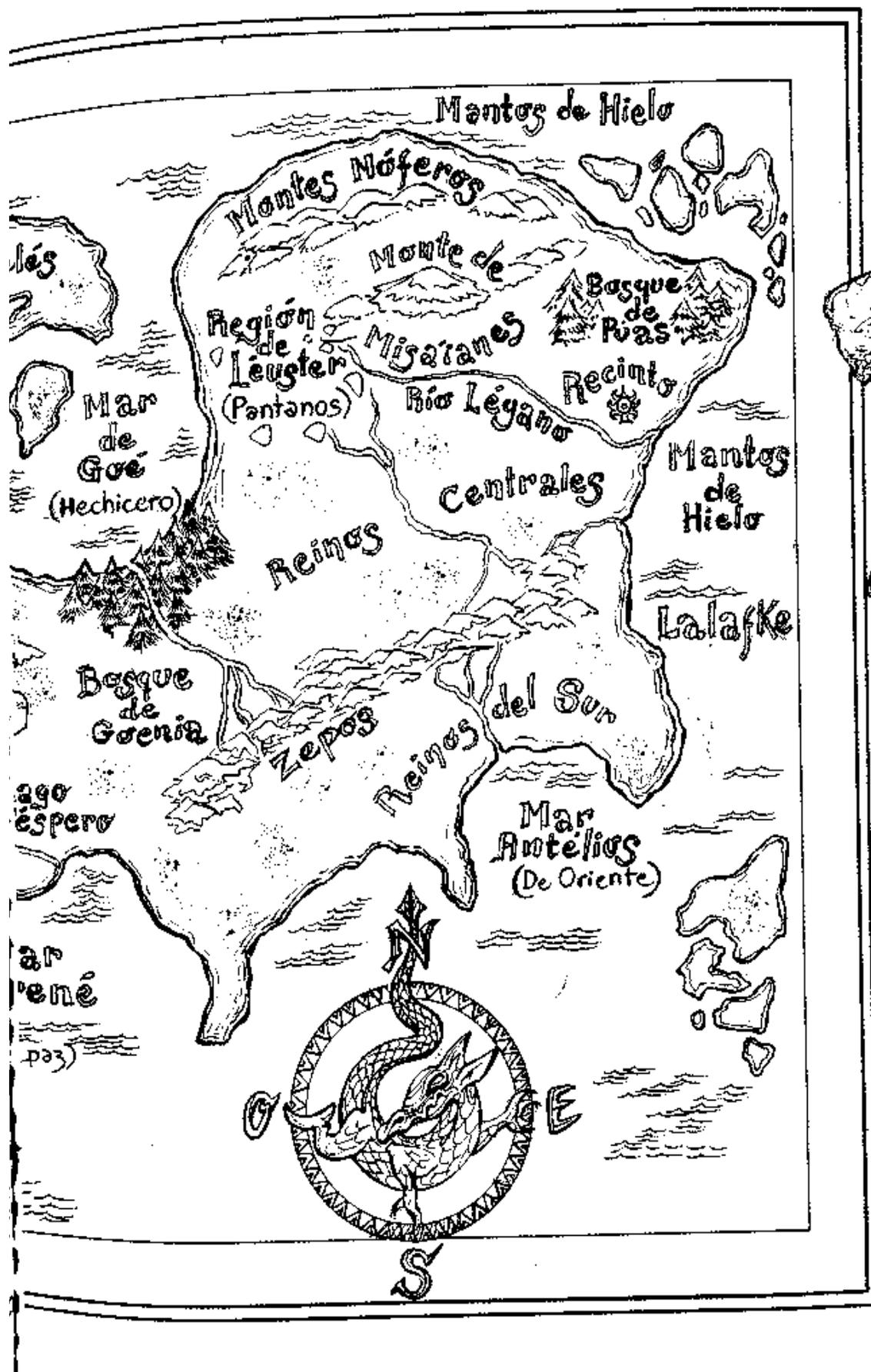


Tierras Antiguas





OTROS MUNDOS

La saga de los confines

III

Liliana Bodoc

LOS DÍAS DEL
FUEGO

GRUPO
EDITORIAL

norma

Buenos Aires, Bogotá, Barcelona, Caracas, **Guatemala,**
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José, **San Juan,**
Santiago de Chile, Santo Domingo

www.norma.com

Bodoc, Liliana
Los días del fuego. - 1ra ed. - Buenos Aires:
Grupo Editorial Norma, 2004.
472 p.; 22 x 13 cm. - (La saga de los Confines)
ISBN 987-545-194-0

1. Narrativa Argentina I. Título CDD A863

© Liliana Bodoc, 2004
c/o Matthias Strobel Agencia Literaria ©2005
literaturagentur@matthiasstrobel.de
© Editorial Norma, 2004 y 2005
en español para todo el mundo
San José 831 (C1076AAQ) Buenos Aires
República Argentina
Empresa adherida a la Cámara Argentina de **Publicaciones**
www.norma.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial.

Primera edición: septiembre de 2004 Primera reimpresión: febrero de 2005 Segunda reimpresión: marzo de 2006

Impreso en Primera Clase Impresores Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Ilustración de tapa: Pez
Diseño de tapa e interior: Ariana Jenik
Diagramación: Daniela Coduto

ISBN: 987-545-194-0 CC: 11756

Sin amor no hay hombre JUAN FARÍAS

Por eso dedico esta novela a Jorge, Galileo y Romina.

Estas palabras fueron antes memoria, antes fueron sucesos.

Palabras que nadie podría pronunciar, desmemoria, sucesos perdidos para siempre si una mujer Nakín no se hubiese ofrendado.

El Clan de los Búhos le otorgó un destino: debía resguardar para los hombres todos los acontecimientos de un tiempo que ya era antiguo cuando transcurría. Ella obedeció. Se sentó frente a los códices sagrados.

Sin cerrar nunca los ojos, repitió la misma cosa durante muchos días, muchos años. Y sólo esas palabras le importaron. Pero luego comprendió que no bastaba con obstinarse en retener sucesiones idénticas. Comprendió que en la línea recta se fatigaba la memoria. Entonces, siguió el camino de la línea que se tuerce y retuerce; porque el trazo circular es más propicio para el recuerdo.

Cuando tampoco fue bastante, Nakín buscó el favor de la música. Y es que la música dispone de inmensidad. Más que el desierto y el horizonte.

Pero nuevos nombres y cifras se añadían. Crecía su cansancio.

Agitada, transformada en rumores sin sentido, Nakín trazó dibujos en su memoria. Una bandera para el número veinte. Para el número diez, media bandera. El cuatrocientos fue una pluma, el ocho mil fue una balsa. De ese modo, Nakín de los Búhos retuvo las edades y los años; todos los números del pasado.

Sin embargo, tampoco así fue suficiente. Ya sin espacio por dentro, lívida por fuera, Nakín pidió ayuda a los colores. Confió en ellos. Negro y rojo para la sabiduría, azul para la realeza, amarillo para el rumbo de las mujeres.

Al fin, Nakín de los Búhos cayó hasta el fondo de su fatiga. Cerró los ojos, cubrió con sus manos los signos de los códices. Y dejó escapar por la boca entreabierta cada uno de los recuerdos que guardaba. Creyó, sin clemencia por sí misma, que era débil y apocada en su alma.

La mujer abrió los ojos para llorar. Entonces, vio a través de sus lágrimas. Y aprendió por el llanto que la memoria sólo perdura si se reinventa.

"Antes fui mujer, Nakín de los Búhos. Luego mis mayores me dispusieron para el recuerdo y lo acepté. Al principio dije la misma cosa durante muchos días, muchos años. Y sólo esas palabras me importaron. Cuando no fue bastante, comencé a cantar. Y es que la música dispone de inmensidad; más que el horizonte y el desierto.

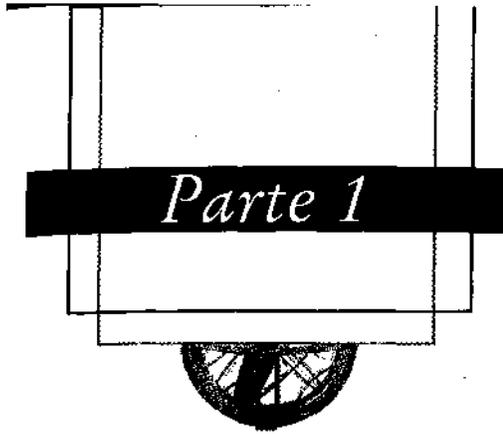
Pero nuevas cifras y nombres se añadían. Crecía mi cansancio... Tantas cifras y nombres, tanto cansancio se añadía que tracé dibujos en mi memoria. El cuatrocientos fue una pluma, el ocho mil fue una balsa.

Después puse en mi ayuda los colores. Confié en ellos.

Al fin, me despeñé hasta el fondo de mi fatiga. Cuando abrí los ojos para llorar vi a través de las lágrimas. Y aprendí que la memoria debe ser reinventada. Sólo así es capaz de perdurar y atravesar el tiempo."

Nosotros le pedimos... ¡Canta, Nakín!, ¡reinventa la memoria! Balsa sobre balsa sobre pluma en azul. Continúa cantando para que no olvidemos.

Ella responde... Azul estoy cantando. Canto media bandera en rojo y negro. ¡Ya no puedo hacer más que reinventar colores y cantarlos! Ya no puedo hacer más.



El viento seco estaba cerca. El País del Sol no lo había conocido sino hasta después de la guerra, cuando la sequía dejó de caminar.

-La sequía ha perdido sus pies, vecino. Es por eso que no se va de aquí...

-Y el viento lo empeora todo.

-No hay peor para nosotros. Ni siquiera este viento que viene -el hombre añoraba el tiempo en que eran labradores del reino de Hoh-Quiú-. No hay peor.

Un poco antes de la llegada del viento, el calor se hacía insoportable y el aire se saturaba de tierra. Los hombres que realizaban trabajos a la intemperie corrían a buscar refugio sin que nadie los detuviera, porque también sus guardianes cabalgaban hacia sitios seguros.

Todos sabían que el viento tórrido del norte agrietaba la carne, y florecía los labios en ampollas de agua. Y había quienes aseguraban que algunas ráfagas, como trombas de fuego por el aire, podían calcinar cualquier vida a su paso.

Hombres y animales se convierten en bultos de color ceniza, aseguraban.

Es imposible sepultarlos, decían. Se nos deshacen entre las manos.

Y no había impiedad en seguir de largo, porque los muertos apenas eran montoncitos de polvo que el próximo viento iba a arrastrar hasta el final del mundo.

En el palacio de mando, las ventanas estaban cerradas y cubiertas con gruesos tapices. Dos mujeres empapaban paños que luego colocaban sobre el cuerpo casi desnudo de Molitzmós. Aunque renovaban con frecuencia el agua, que rápidamente se ponía tibia y oscura, el alivio para el príncipe era escaso.

-¡Canta! -ordenó Molitzmós a una de las jóvenes.

Ella se limpió la tierra de la boca, y comenzó con una letanía opaca. Como opaca era esa tarde de viento seco en la ciudad del Sol.

Un rato después, Molitzmós parecía dormitar sobre los lienzos humedecidos de sudor. Pero, en verdad, el Señor del Sol atendía a los ruidos que venían del exterior, procurando reconocer uno al que llamaba "cencerro del viento". Le había puesto ese nombre porque el sonido llegaba y se iba, crecía y amainaba con el torbellino. Lo que Molitzmós deseaba escuchar eran los golpes del cráneo de Hoh-Quiú contra la lanza que lo sostenía.

-Suená, cencerro, suena -musitó.

Sin embargo, la osamenta del antiguo príncipe estuvo callada. Inquieto por ese silencio, Molitzmós se libró de los paños húmedos. Ató a su cintura uno de los lienzos sobre los que descansaba, y comenzó a recorrer la habitación con andar nervioso. Era incapaz de aguardar a que el viento acabara; pero debía hacerlo. Esperó bebiendo, esperó murmurando... Por fin, sintió que el viento cedía. Y se apuró a quitar el tapiz colgado en una de las ventanas. La nube de tierra era tan densa que le impedía ver el terraplén frente al portal mayor.

-¡Desciende! -pero la tierra no reconocía su voz.

El tiempo que la polvareda demoró en disiparse, Molitzmós lo pasó dando suaves golpes de puño contra el muro.

-¡Cállate! -ordenó.

Recién entonces la joven mujer dejó de entonar su melodía. Si Molitzmós olvidaba la orden, ella cantaría dormida.

Cuando la tierra regresó a su sitio, las sospechas del príncipe gobernante quedaron confirmadas. La lanza que había enarbolado durante un largo año la cabeza de Hoh-Quiú estaba arrancada de cuajo. Los huesos se habían marchado.

Molitzmós se vistió malamente. Y salió en busca de los jefes sideresios para anunciarles lo sucedido. El robo era muy reciente. Tal vez, enviando partidas que rastrearán las inmediaciones del palacio sería posible encontrar al que se había aventurado bajo el viento seco para robar el cráneo de Hoh-Quiú. Pero la preocupación de Molitzmós no tuvo eco. Y su insistencia apenas sirvió para recrudecer el trato insolente de los sideresios. Ellos no creyeron necesario interesarse por el asunto. Estaban irritados a causa del calor sofocante, y sólo deseaban bañarse en los estanques para olvidar el viento. Molitzmós, en cambio, permaneció intranquilo. Porque Molitzmós, bien dotado para el pensamiento, conocía el poder de los huesos.

Muy lentamente y detrás del viento, las calles empedradas volvían a poblarse. Hombres que avanzaban en procesiones a cavar, a estibar, a moler. Mujeres acarreado harina que no podrían amasar en las mañanas de sus chozas campesinas, como antes hacían, mientras caldeaban las piedras donde se cocía el pan diario.

Los niños del pueblo del Sol caminaban en hileras hacia los socavones estrechos de las minas; amarrados unos a otros por los tobillos. Eran muy pequeños; no alcanzaban a ver que el dolor era más vasto que ese día. Y esperaban que sus madres volvieran de los maizales a despertarlos de un sueño en el que nadie los amaba. El cielo de las Tierras Fértiles iba con ellos. El cielo que se metía bajo tierra amarrado con la misma cuerda, tobillo a tobillo, por no desampararlos.

También regresaron a las calles de la ciudad los que no eran provechosos ni siquiera para la esclavitud, debido a que ya estaban demasiado enfermos, o demasiado viejos. Algunos permanecían en las orillas de las charcas y en los canales que corrían bajo, buscando algas y renacuajos con que alimentarse. Otros preferían los sacos de maíz y granos que, con frecuencia, dejaban caer algo de su contenido. Pasaban el día entero persiguiendo a los acarreadores que se dirigían al palacio. A veces, algún saco cedía más que lo habitual. Allí los hambrientos se arremolinaban. Y sus cuerpos sin carne se reanimaban brevemente con el movimiento convulso de engullir semillas.

Al atardecer, todos acudían a la explanada del palacio de mando donde el príncipe gobernante arrojaba trozos de pan para que el sol lo viera.

El viento y el atardecer habían pasado.

Molitzmós estaba sentado frente a la ventana comiendo frutas de una bandeja rebosada y fresca. Una idea lo sorprendió, y llamó al soldado que montaba guardia en la puerta de su habitación.

Aquel soldado pertenecía al ejército que había peleado de su lado contra la Casa de Hoh-Quiú. El ejército que venció y no pudo siquiera enarbolar sus estandartes porque antes de limpiarse la sangre de sus adversarios fue desarticulado y sometido a una fuerza mucho más poderosa.

Rota la jerarquía de mando, menoscabados en su disciplina y en su orgullo, los soldados del Sol realizaban para los sideresios tareas insignificantes. Y tenían a su cargo la custodia personal del príncipe y de los nobles que permanecían en el palacio.

Desde la entrada de los sideresios a la ciudad y al palacio de mando, no había entre los soldados del Sol y la servidumbre palaciega otra diferencia que el modo de vestir.

-¡Mírame! -exigió Molitzmós. Luego preguntó:- ¿Qué dicen en los cobertizos y en los establos?

El soldado sabía que fingir ignorancia sobre el sentido de la pregunta sólo enfurecería más al príncipe.

-Dicen poco -respondió-. Sólo repiten que el robo sucedió cuando era fuerte el viento.

-¿Y sonríen...? ¿Los has visto sonreír cuando repiten eso?

-No. Nadie sonríe en los establos y en los cobertizos.

El príncipe gobernante tomó un puñado de moras de la bandeja, y apretó fuerte su mano.

-Mira tú mismo el resultado -dijo extendiendo la palma.

El soldado miró.

-Ahora ve y diles que así quedará el corazón del infeliz que celebre lo que ocurrió bajo el viento.

Más tarde, el mismo soldado fue a los cobertizos en busca de los que sonreían.

-Según parece -les anunció, copiando las palabras del príncipe-, sus corazones quedarán como un puñado de moras deshechas.

Un herrero forjaba metales junto al fuego. El hombre, que había poseído alta jerarquía en el ejército del Sol, respondió mientras golpeaba con la maza.

-Es posible -dijo-. Pero entra a la selva y observa las moras... Crecen a su antojo y sin cuidado alguno. Las arrancas a machete, y renacen. Piensa en eso, soldado. Sonríe tú también.

Su rostro ondulaba cercano a la luz de una lámpara de aceite. Su rostro, la luz y un espejo. En el espejo, de nuevo la luz del aceite, de nuevo su rostro.

Acila se miraba con firmeza. Tal vez fuera bella de algún modo, pero hacía mucho tiempo que eso había dejado de importarle. Nunca usó ungüentos matizados para dulcificar el corte duro de su mentón, ni pretendió disimular con velos la anchura de su frente. Tampoco se interesó en cultivar la carnalidad, al modo de las mujeres de la nobleza. Acila no era joven, ya no era joven. Ni carnal ni joven. En cambio, la virtud entera de la inteligencia le había sido otorgada.

Algunos años atrás, antes de la guerra en la que se enfrentaron las dos Casas del País del Sol, los consejeros de la corte solían consultarla acerca de las interpretaciones de los códigos. Los eruditos demoraban mucho más de lo aceptable en resolver las paradojas numéricas que ella ideaba. Y los mejores jugadores de yocoy la buscaban como adversario.

Cuando Misáianes y su mandato de oscuridad estaban lejos del continente, los nobles del País del Sol medían su grandeza en un juego de posiciones y hegemonía.

El yocoy repetía sobre los tableros el complejo entramado de aquel reino. La capacidad para anticipar las consecuencias finales de un movimiento, la audacia de declinar posiciones a la espera de recuperarlas con ganancia, y la paciencia para permanecer días y noches con las manos cruzadas bajo la barbilla eran algunas de las cualidades que debían poseer los jugadores. Ser hábil en el juego de yocoy significaba tener aptitud de mando. Por esa causa, los niños de la nobleza eran aleccionados desde pequeños. Y todos los que ocupaban altas posiciones se obsesionaban por contarse entre los jugadores favoritos.

Y sin embargo, Acila fue capaz de vencer a hombres entrenados por años para ser los mejores. Acila, prima de alto rango del príncipe Hoh-Quíú, estaba sentada frente a un espejo trizado. Se pasó la lengua por la palma de la mano, se pasó la mano por el rostro pero la suciedad apenas se resintió.

Ella, igual que otros, había logrado permanecer en su palacio después del final de la guerra.

Todas las catástrofes tienen rincones a salvo. Y hasta los invasores más brutales suelen dejar puertas sin abrir. Así, las hordas que Misáianes envió para arrasarse las Tierras Fértiles pasaron junto a una mata de flores sin rozarla.

Igual que las flores a un lado del camino, Acila fue olvidada en un palacio vacío donde dormir era tan difícil como despertar.

Por los huecos de las ventanas mal tapadas con telas, Acila escuchaba las voces de los extranjeros que se habían adueñado de la ciudad del Sol el día en que Molitzmós ocupó el trono. Sonrió con amargura recordando cuánto le había costado nombrarlos por primera vez. Ciertamente ella se demoraba en pronunciar y repetía sonidos. Sin embargo, nunca como entonces se le atascaron las sílabas en la boca. Lo intentó toda una noche. Se lastimó la lengua entre los dientes. Sacudió la cabeza hacia abajo golpeándose la nuca como si los sonidos fueran guijarros en su garganta.

Pero tardó tanto en lograrlo que cuando dijo sideresios, los sideresios estaban derribando las puertas de su palacio.

En el sitio luminoso donde había crecido no quedó nada de valor. Todo se lo llevaron; hasta los pájaros coloridos y las mujeres jóvenes.

Los sideresios arrebatában las riquezas y el placer que el amo les concedía. Pero Acila, ni carnal ni joven, permaneció allí junto a algunos sirvientes enfermos. Posiblemente los sideresios volverían más tarde, seguramente un día cualquiera llegarían a buscarlos. Aunque, tal vez, quienes hicieran silencio y caminaran descalzos podrían desvanecerse en medio de aquella victoria embrutecida.

La noche del ataque a su palacio, cuando los pasos y los gemidos dejaron de oírse, Acila se tendió suavemente en el suelo. No pudo evitar que las lágrimas se agolparan detrás de sus ojos. Pero no las lloró, porque Acila despreciaba el llanto. Luego se durmió para juntar la fuerza que necesitaría.

A la mañana siguiente recorrió las salas acariciando colgajos de tapices y ánforas rotas. Finalmente atravesó los jardines hasta el pabellón de los enfermos. Entró. Miró a sus sirvientes, uno a uno, sin indulgencia. Entonces, les ordenó ponerse de pie con fiebre y con inflamaciones. Acila les ordenó sanarse o morir.

Enseguida regresó al salón más importante del palacio y allí esperó.

De a poco fueron llegando los sirvientes. Venían jadeando y tosiendo, tragando saliva amarga, pero dispuestos a realizar lo que Acila ordenase. Y no era por miedo sino por ternura.

La habían visto crecer; por eso no les asombró su empecinamiento. Ella era mujer y jugaba yocoy, no era bella y había

desdeñado a todos los que pretendieron desposarla. Ahora, rodeada de añicos y despojos, les estaba ordenando que abri-llantaran el palacio.

Acila enderezó los arcones. Para que ya no estuvieran vacíos, nombró con lentitud cada una de las piezas que habían guardado: el peine de oro que perteneció a su madre; los alhajeros engarzados y, dentro de ellos, las horquillas y los medallones labrados con miniaturas; el balsamero de plata...

Los nombró de tal modo que los sirvientes pudieron tomarlos en sus manos, pulirlos y colocarlos nuevamente en su sitio. Luego describió minuciosamente los tapices que, de inmediato, fueron sacudidos y colgados de los muros. Y así fue con cada cosa, hasta que aquel grupo de alucinados vio que el palacio resplandecía.

Tiempo después, en aquel palacio, Acila se miraba en un espejo trizado a la luz de una lámpara de aceite.

Una sierva golpeó a la puerta con suavidad. La anciana, que conservaba unos pocos mechones de cabello y tenía los dedos torcidos por la enfermedad, sentía veneración por su ama. La había alimentado en su pecho y guardaba para siempre ese amor.

-Mi señora -llamó.

Acila, su señora, le dijo que se acercara. La sierva entró y se detuvo a sus espaldas de los dos lados del espejo.

-¿Qué -la siguiente palabra demoró y llegó como un golpe-traes?

-Traigo novedades de afuera -respondió la sierva.

Rápidamente Acila giró para escucharla:

-Dime...

-Vino el hombre de siempre avisando que la reunión se realizará esta madrugada. Cerca del quinto puente del canal mayor, en la orilla oeste, hay una barraca abandonada. Él dijo que allí se hará.

Acila pidió que repitiera lo que había dicho. Y volvió a enterarse de que esa madrugada, en una barraca abandonada, quinto puente del canal mayor, iba a realizarse la reunión que estaba esperando. Enseguida, le ordenó a la sierva que se retirara. Lo hizo prolongando el sonido inicial, porque solía ser ése el que más demoraba en completarse. Cuando se quedó sola, volvió a mirarse. Entre su rostro y el espejo, la llama se empequeñecía. Una medida completa de aceite se había consumido. Pero el anuncio había llegado al fin, y Acila pensó que la ocasión bien valía ese lujo.

Acabada la guerra, muchos nobles de la Casa de Hoh-Quiú lograron escapar y ocultarse fuera de la ciudad. Allí permanecieron a la espera.

Esperaban que las familias de la Casa rival se volvieran contra Molitzmós apenas pudiesen comprender que la guerra entre linajes había sido un engaño sangriento. Y que no era Molitzmós, sino Misáianes, quien en verdad ocupaba el trono. Tal como lo esperaban, sucedió...

De uno y otro bando empezaron a llegar señales. Confusas primero, siempre cautelosas, pero finalmente precisas.

Las Casas del País del Sol no iban a inclinarse ante el poder del Odio Eterno. Y aunque jamás los nobles olvidaron sus propias aspiraciones, ni dejaron de vanagloriarse de sus escudos, la alianza se hizo firme.

Había nacido la resistencia contra Misáianes en el sitio donde los sideresios eran poderosos.

Y nuevamente, los jugadores de yocoy convocaron a Acila.

Era imprescindible que las mentes más brillantes se aliaran entre ellas y con el cielo para concebir un juego definitivo. Una partida de trazos cautelosos, que no pudiesen advertir ni el discernimiento de Molitzmós ni las pupilas de Misáianes.

Los conspiradores no se reunían nunca en el mismo sitio. Aquella madrugada sería en el quinto puente, orilla oeste del canal mayor.

El día en que los sideresios arrasaron su palacio y su vida entera, Acila tomó una determinación. Se aferró a ella y sobrevivió silenciosa entre las ruinas de su pasado. Esperó en la bruma. Esperó lo necesario, repitiéndose siempre lo mismo. "Nadie vence porque sí. Vence el que es mejor, por eso vence." Lo decía en pedazos, pero lo pensaba intacto. "Vence el que es mejor, por eso vence."

El llamado a participar en aquella partida de yocoy la tomó por sorpresa. Nunca imaginó Acila tanta estima por parte de los hombres eruditos del País del Sol. Y aceptó sin demoras, sabiendo que sus propósitos se fortalecían. ¡Los conspiradores le acortaban en mucho el camino que había emprendido sola!

Pensando en eso, Acila fijó los ojos en el objeto que estaba frente a ella, envuelto en una tela de lana áspera. Lo desenvolvió con anhelo: allí esperaba su corona. No la que tenía asignada por tradición familiar, y que los sideresios se llevaron. Sino la corona que ella misma había labrado por las noches a la luz mortecina del aceite, y que adornó luego con trozos de cristales rotos y cuentas de collares que se habían deshilvanado en la violencia del saqueo. Acila la colocó sobre su cabeza

y se miró con detenimiento el rostro anguloso. Amaba a esa mujer que estaba frente a ella, la amaba en su sequedad de gracias femeninas, en el vello excesivo de sus brazos. Estuvo así un buen rato, perdida en sus sueños. Después se quitó la corona y la regresó a su sitio.

Con un mínimo fruncimiento de los labios apagó la llama que la separaba de sí misma. Se perdió el espejo. Acila volvió a ser una sola.

Llegaba la hora de hacer un nuevo intento... La mujer se puso de pie, alisó los harapos que la cubrían y salió de la oscuridad.

Caminó con los ojos puestos en las piedras de la calle. En parte para evitar ser reconocida por quienes no debían saber que marchaba hacia el palacio de mando. En parte, por no ver los despojos de la maravillosa ciudad del Sol. Pero, a su pesar, los despojos también podían olerse. Acila recordó los poemas antiguos; decían que la sangre de la nobleza del País del Sol olía a flores de romero. Entonces se mordió el labio hasta lastimarlo. Cuando tuvo sangre, se untó un poco bajo la nariz y aspiró profundo. Así era en verdad, como flores de romero.

Acila tenía el tiempo justo para llegar al diario ritual de saludar al sol poniente. Único momento en el que, si tenía suerte, podía hacerse oír por Molitzmós.

Debilitados por la gran derrota del desierto, abandonados de la guía de Drimus, y sin tener todavía un nuevo mando capaz de tomar las decisiones incomprensibles pero definitivas que tomaba el Doctrinador, los jefes sideresios debían mantener ciertas consideraciones con Molitzmós. Por eso permitían realizar la ceremonia en la que el príncipe gobernante le pedía al sol que regresara al día siguiente.

Todos los príncipes del País del Sol celebraron el ritual de idéntica manera y con las mismas palabras.

Cada atardecer, el príncipe aparecía en la explanada del palacio suntuosamente vestido y enjoyado. Con los brazos extendidos y la cabeza hacia el cielo, recitaba una plegaria inmemorial que parecía venir de los labios del primer hombre que vio atardecer y temió que la luz no regresara. Luego, el príncipe gobernante arrojaba panes de maíz como muestra de generosidad.

Siempre el pueblo del Sol se había reunido para presenciar la ceremonia.

Antes, los hombres y las mujeres se esforzaban por conseguir uno de aquellos panes porque era señal de grandes provechos para quien lo lograba. Entonces, el de la buena suerte cortaba el pan en pequeños trozos y lo repartía entre los que estaban cerca.

Por los días del gobierno de Molitzmós, los hambrientos estiraban sus manos temblorosas y débiles. Y aquel que se apoderaba de un pan lo defendía con crueldad de quienes intentaban arrebatarlo.

Acila debía conseguir que su voz entrecortada ascendiera entre tantas voces hambrientas. Era necesario, por eso, determinar con inteligencia qué palabra decir. Una palabra que a Molitzmós no pudiera pasarle inadvertida.

Ya en dos ocasiones había fracasado. La reunión acordada para la madrugada siguiente significaba que debía intentarlo otra vez. Según los planes, meticulosamente trazados por los jugadores de yocoy, la conspiración no podría avanzar sino hasta que Acila lograra su cometido.

La firmeza de su porte le abrió paso entre la multitud, que adivinaba en ella a alguien de propósitos implacables. Gracias a eso, Acila pudo llegar cerca de Molitzmós.

El príncipe gobernante alzó sus brazos y habló con el sol. Lo hizo aún sabiendo que las palabras le eran devueltas como granos de arena contra sus ojos. Apenas concluyó, los hambrientos empezaron a rogarle pan. Acila juntó fuerza en su estómago y la empujó hacia arriba con todo el rigor de sus músculos. Si lograba decir una sola palabra, la que Molitzmós debía escuchar, la espera y el dolor quedarían recompensados.

Acila separó los labios. Dijo Ba..., muy ronco, muy bajo. Los hambrientos podían más que ella. Pujó por sacar la palabra de su garganta, dijo Bal... Peleó por sacar la palabra de su boca, dijo Balam...

Acila apretó los puños. Se tensó desde sus muslos fuertes, se irguió entre la muchedumbre y buscó el olor del romero.

-¡Balameb! -gritó.

Nadie vio palidecer a Molitzmós. Ella, sí. Nadie comprendió por qué, de inmediato, un soldado de la guardia del príncipe vino en su busca. Ella, sí. Había logrado su primer propósito. Estaba de pie frente a Molitzmós, el que enarboló la cabeza sangrante de su Casa.

-¿Quién eres?

-A... -pero se vio obligada a detenerse-. Acila.

Molitzmós recordó ese nombre. En muchas ocasiones había oído hablar de la notoria inteligencia de una mujer de la Casa

adversaria, prima de Hoh-Quiú, a quien se conocía también como Lengua Demorada. El Señor del Sol no podía saber qué motivo había conducido a esa mujer hasta el palacio de mando a llamar su atención, pero debía ser una causa semejante a la vida.

-Lo hiciste bien, Lengua Demorada -dijo Molitzmós.

Acila agradeció el elogio que viniendo de una m...mente como la suya era doble honor, le dijo.

-Debería ordenar tu destino ahora mismo. ¿Lo sabes?

Ella asintió.

-Pero antes entraremos al palacio.

Mientras caminaba hacia las habitaciones privadas, separado de Acila por sus soldados de custodia, Molitzmós iba pensando que eran muy pocos los que, por esos días, sabían algo acerca del Códice Balameb. Recordó la última vez que había hablado sobre él sin nombrarlo. Fue recorriendo los jardines de la Casa de las Estrellas en compañía de Bor, durante los primeros días del concilio. También recordó que, justo entonces, habían encontrado a Nakín de los Búhos jugando con Elek. Los dos jóvenes competían en imitar el canto de las aves que habitaban el estanque... ¡Pero no era momento para esos recuerdos! Ya habían llegado a la sala de mando, y estaba urgido por saber:

-¡Explícate, Acila! -ordenó.

La mujer no pudo evitar recorrer con la mirada el lugar que había conocido durante su niñez. Enseguida, el malestar de Molitzmós se hizo evidente. Acila tenía que dar cuenta de su atrevimiento.

-Habla de una vez.

Y Acila dijo lo que debía decir. Le dijo que, esa misma madrugada, cerca del quinto puente del canal mayor y en una barraca abandonada, nobles de las dos Casas iban a reunirse para comenzar una conspiración en su contra. Dijo también que ella había sido convocada para participar del alzamiento. El primer objetivo de la conspiración era Molitzmós, y luego el ejército de Misáianes.

Molitzmós la escuchó en silencio hasta el final. Y tal como ella lo había hecho con su sierva, él pidió que repitiera todo, detalle por detalle.

Acila habló con las mismas demoras y los mismos tropiezos. Recién entonces, el Señor del Sol caminó hacia ella, la tomó del brazo y le habló con furia remordida.

-Y tú, ¿en nombre de qué vienes a contármelo?

La ferocidad de Molitzmós fue inutilizada por la perfecta tranquilidad de Acila. La mujer aguardó en calma a que la mano del hombre la soltara. Sin embargo cuando se vio libre no se alejó de él, sino que se acercó para que Molitzmós pudiera sentir el aroma a romero que corría bajo sus harapos. Molitzmós lo sintió, y no pudo apartarse.

-Quiero conocer tus razones -dijo, bajando la voz.

Las razones de Acila tenían que ver con sus más profundas convicciones.

-Nadie... -y la garganta se le llenó de piedras- vence porque sí.

Molitzmós del Sol esperó las palabras sin impacientarse; era bello aquel modo demorado de hablar.

-Vence el que es mejor... -una abeja encerrada en la boca de Acila se golpeaba contra el paladar-. Por eso vence.

Molitzmós estaba empezando a entender, pero quiso saber más. Porque tanto como conocer las verdaderas intenciones que la mujer traía, quería deleitarse con la cadencia entrecortada de su pronunciación.

Acila le dijo entonces que, desde el comienzo, ella había comprendido su pacto con Misáianes. Y que obraba ahora con sus mismas razones. Estaba segura de que Molitzmós acabaría siendo Señor de las Tierras Fértiles, y deseaba estar de su lado. No quería permanecer en un palacio ruinoso; despojada de los atributos del poder y de la dignidad del conocimiento. Tampoco quería formar parte de una conjura grotesca, ni compartir su destino con los oscuros pueblos del sur. Ella pertenecía a la nobleza, olía a romero.

-Así es en verdad -aceptó Molitzmós-. Hueles a flores de romero.

El príncipe entendió que Acila le traía como obsequio el secreto de la conspiración para recibir, a cambio, un lugar en el nuevo Orden. Años atrás, él había tomado un camino semejante y recordaba el dolor de los primeros pasos.

El Señor del Sol giró para señalar un tablero de yocoy. Las piezas de oro y jade se alineaban en sus lugares, dispuestas para el juego.

-¿Aceptas un desafío? -preguntó.

Acila no respondió de inmediato. También eso fue valorado por el príncipe.

-¿Y bien...?-insistió.

-Acepto -sonrió Acila.

Los contrincantes se sentaron frente a frente, y lejos de las horas. Jugaron en completo silencio, pensando con cuidado cada movimiento. Cuando cantó el último pájaro de la noche, Molitzmós ganó la partida.

-Habría sido la primera derrota de mi vida -dijo, estirándose hacia atrás.

Acila volvió a sonreír. Y respondió que se alegraba de no haber sido ella quien inaugurara esa pena. Molitzmós se inclinó hacia adelante para tomar a la mujer por la nuca. La atrajo hacia él:

-Vamos al quinto puente -le dijo-. Y ¡ay de ti, si en algo mentiste!

Por ese entonces, en Los Confines, la mejor noticia era una cosecha de zapallos. Y todo buen suceso, por grande que pareciera, sólo significaba un poco más de tiempo.

La victoria que el ejército del Venado había obtenido sobre los sideresios en el desierto de los Pastores, a orillas del Lalafke, fue tiempo para las aldeas del sur y sus criaturas.

-Tiempo durante el cual nos crecerán las uñas como armas -decían los Brujos.

-Tiempo durante el cual nos crecerán los niños como sueños -decían.

¿Y de dónde sacarían los Brujos mejores cosas que prometer? No las había. Ningún consuelo más que aquellas esperanzas desproporcionadas; dichas y vueltas a decir por los Brujos de la Tierra en medio del hambre y la enfermedad. Palabras que hubiesen parecido desvaríos sin el trabajo incansable que las sostenía.

Los Brujos de Los Confines iban y venían del bosque a las montañas, del sur al norte. Si se cruzaban en algún camino, apenas se detenían. Y cuando, en raras ocasiones, se acordaban de sí mismos, era para enderezarse:

-Que no te vean de espaldas vencidas -se decía Kupuka.

-Que no te distraiga el amor de la Destrenzada -recordaba Welenkín para sí mismo.

Tres Rostros llegó a Hierbas Dulces cargando a sus espaldas una provisión de pescado que no alcanzó para todos.

-Regresaré con una nueva carga -dijo el Brujo a las mujeres lo miraban en silencio-. También traeré higos... ¡Recuerden que pronto podremos cosechar las higueras del bosque!

Socorrer el hambre, procurar la curación de los enfermos, dibujar con unturas sagradas las vasijas para los muertos eran cosas de Brujos en aquellas aldeas infectadas por las plagas de Misáianes. Hambre, fiebres y muertos donde los Brujos de la Tierra metían sus manos y revolían.

Solamente los bien dotados para la magia fueron capaces de aliviar el dolor de los sufrientes sin debilitarlos; porque todo aquello que quitaban a la desesperación lo usaban como alimento de la furia.

Kupuka acudió al llamado de una madre. Llegó a la choza de madera, aspiró fuerte y no halló olor a pan, olor a leña. Pidió tomar al niño enfermo que la madre sostenía en brazos. Luego, Kupuka lo envolvió en su larga cabellera terrosa y lo apretó contra el pecho.

El Brujo caminó hasta un rincón, donde se sentó.

-Mujer-dijo-, encontrarás hierbas en mi morral. Toma un puñado y quémalas en el centro de la habitación.

-¿Sanará? -preguntó la madre.

-No lo creo -esa respuesta le costó a Kupuka una parte del alma-. Sin embargo, se irá sin jadeos ni asfixia. ¡Y tú...! -dijo, cortando el llanto de la mujer-. Tú afila el dolor y envenena el filo que, muy pronto, nos hará falta.

Durante largo rato, Kupuka estuvo meciendo al niño al son de una plegaria incomprensible.

Casi atardecía cuando el pequeño tomó entre sus manos calientes y sudadas un mechón de la cabellera del Brujo y la llevó a su boca. ¿Qué sorbió el niño de aquella lana seca...?

Pudo ser el néctar de una cabra legendaria el que le abrió los caminos del pecho. El niño respiró, por primera vez en muchos días, un aire fresco y sin piedras. Cuando lo exhaló, se fue tras él.

Tiempo después de la batalla del desierto; tal vez dos estaciones, tal vez menos, un grupo de guerreros enviados por Thungür arribó a Los Confines.

La gente de las aldeas conocía con anticipación la llegada de esos hombres, y las causas que los traían desde la vanguardia.

El desierto proveía escasamente las necesidades del ejército del Venado: centenares de guerreros mal guarnecidos, con frío durante las noches, descalzos muchos de ellos, que deberían enfrentar a los sideresios, cascos, escudos y botas negras. Por eso, además de atender a sus propios dolores, los habitantes de las aldeas del sur se esforzaron para ayudar al abastecimiento de los guerreros.

Cucub y su familia fueron los primeros en acudir al sitio donde se acopiarían las provisiones. Kuy-Kuyén traía una rama grande y repleta de hojas con la cual limpió y alisó la tierra a la sombra de los árboles.

Enseguida, se sumaron los otros. Las mujeres llegaban, cada cual con lo suyo:

-Traje dos mantas de lana de oveja.

-Éstas son sandalias.

-Alforjas y odres de cuero es lo que pude hacer...

-Son paños para vendar heridas.

Y todas las que así hablaron también padecían hambre y frío.

Los hombres habían preparado herramientas, cuerdas y cuchillos.

Los Brujos de la Tierra, por su parte, se ocuparon de proveer medicinas y venenos para las puntas de flecha.

Un rato más tarde, los husihuilkes estaban sentados en círculo como siempre que debían comprender y decidir.

Una vasija con agua de menta pasó de mano en mano. Pan de maíz, carne de carpincho y agua de menta era lo único que las mujeres habían logrado reunir para agasajar a los guerreros. Ellos bebieron con los ojos cerrados y fue como si aquel sabor, y no los animales con cabellera, los hubiese traído de regreso.

-Celebro este día-dijo uno de ellos. Y comenzó-. ¿Cuánto hace que partimos de aquí, con Minché como primer jefe y Thungür a su derecha?

El guerrero tomaba el atajo de la memoria.

-Cabalgamos muchas jornadas. Luego nos detuvimos aguardando los refuerzos de la ladera este. Pero fueron muy pocos los hombres que llegaron; muchos menos de los que esperábamos...

Cucub se revolvía en su sitio, detrás de los ancianos y los Brujos. Había estado allí, conocía muy bien aquellos sucesos y se mordía los labios para no intervenir.

-Finalmente, avanzamos por el desierto -continuó el guerrero-, donde los sideresios atacaban por las noches.

Incapaz de permanecer callado, Cucub habló a oídos de Kuy-Kuyén:

-Éste sería el momento de mencionar muchas otras cosas; como el color de la luna, por ejemplo, porque no fue asunto de escasa importancia para el ánimo...

-¡Calla, Cucub! -dijo su esposa, acariciándole la boca-. Calla y escucha.

El zitzahay pareció resignarse y volvió a prestar atención. El guerrero habló de las cuatro naves de Misáianes, recordó a los Pastores y a sus mujeres, mencionó con respeto la muerte de Minché.

-Y ahora -dijo-, nuestro ejército se recupera y se fortalece en el desierto, a orillas del Lalafke.

-¿Eso es todo...? -insistió Cucub con su murmullo-. ¿Sólo eso dirá acerca de una proeza que dejó pasmado al cielo?

Kuy-Kuyén lo miró con seriedad.

-¿No las has contado tú de mil maneras?

-Hay una más; siempre hay una más.

-Calla, Cucub. Calla y escucha.

Y Cucub calló, pero el guerrero ya no hablaría del pasado.

-Thungür agradece estos dones con vergüenza, pues sabe que nada sobra aquí y todo escasea. Nos pidió que mostráramos nuestras palmas extendidas como una promesa: olvidaremos para siempre lo que significa retroceder.

Luego los husihuilkes continuaron el arreglo de los detalles para la comitiva que iba a ponerse en marcha dos días más tarde. Y la conversación que había comenzado en plena claridad se prolongó tanto que fue preciso encender hogueras.

Promediaba la noche cuando los Brujos de la Tierra, que se habían apartado para deliberar a solas, volvieron a reunirse con los hombres. Kupuka tomó la voz de sus hermanos.

-Creemos bueno que uno de nosotros se sume al ejército. Uno que no es cualquiera sino el Padrecito... Nadie como él prestará servicios a la guerra porque lo conocemos como un gran reparador, amigo de imaginar mecanismos o entrometerse con ellos. Sus manos y las herramientas se conjugan como el aire y el viento -Kupuka tomaba por la punta sus dedos huesudos y los sacudía para acompañar sus afirmaciones-. La valentía, sí. La estrategia, también. Pero el ingenio de un constructor prodigioso será indispensable en aquel desierto.

Todos asintieron de inmediato, sin preguntas ni réplicas. Solamente Cucub se mostró inquieto y preguntó a uno de los guerreros lo que ya había preguntado muchas veces en el transcurso de las últimas horas:

-¿Entonces, Thungür ha ordenado que yo permanezca aquí?

-Así es, Cucub. Lo dijo claramente.

-También dijo... -el pequeño zitzahay repetía la parte que lo tranquilizaba-, dijo que será hasta tanto mi partida resulte indispensable y tenga una intención.

-Así es -le respondieron.

Tal vez para aplacar su desilusión, Cucub comenzó a buscar nombres para sus cargos y responsabilidades:

-Ojos de Thungür en Los Confines, mensajero de la retaguardia, músico en las mañanas y vigía en las noches, piernas de los ancianos, padre de los niños...

Cuando Cucub terminó de enumerar, estaba solo.

Pero alguien más iba a desilusionarse aquella noche.

Una mujer se acercó al grupo de guerreros que, en esos momentos, comían su porción de carne de carpincho sentados cerca del fuego. Una mitad de su cabello caía trenzado hasta la cintura, la otra mitad, en cambio, estaba cortada a la altura del mentón.

-Soy Nanahuatli -dijo la mujer, hincándose junto a los hombres.

-Sabemos de ti, princesa -el guerrero se había limpiado la boca con el dorso de la mano antes de responder-. Y conocemos la causa por la que llevas de esa forma el cabello.

Al oír al guerrero Nanahuatli se atrevió a preguntar.

-¿Hay algo que Thungür haya mandado decir tan sólo para que yo escuche?

Los guerreros se miraron entre sí.

-No -respondió uno, con los ojos bajos-. Creo que no.

-¿Crees que no...? -repitió Nanahuatli.

-Lo he dicho mal -respondió el guerrero. Y agregó sin ánimo-. Thungür no envió ningún mensaje para ti.

Nanahuatli quedó en silencio. Buscó con movimientos nerviosos la trenza que no tenía, mientras las lágrimas transformaban sus ojos en lagos negros. Uno de los guerreros quiso mitigar la pena.

-Aquello es la guerra, Nanahuatli. Thungür anda sin descanso, apenas duerme por las noches. Thungür carga el destino sobre sus hombros...

Pero la princesa del Sol se levantó y se alejó de allí sin permitirle terminar.

Dos soles después, la partida estaba dispuesta.

Los hombres de Thungür llevaban consigo todo lo que el pueblo de Los Confines había logrado reunir, más una recua de animales con cabellera, jóvenes y briosos. El Padrecito del Paso iba con ellos. Y cerrando la caravana, marchaban los que habían alcanzado, en ese tiempo, edad suficiente para ir a la guerra.

Dos del grupo de nuevos guerreros giraron la cabeza y miraron, durante largo rato, lo que quedaba atrás.

-¿Viste como yo? -preguntó un anciano del consejo a Kupuka, que estaba a su lado.

-Lo he visto, sí. Son dos que no tienen la misma estatura por fuera y por dentro.

-¿Qué sucederá con ellos?

-Yo no sé lo que sucederá -contestó el Brujo anciano-. Pero, ¿quieres saber lo que presiento?

-Quiero saberlo.

-Presiento un hacha husihuilke chorreando su misma sangre.

En Los Confines quedaba un pueblo de ancianos y mujeres, de niños y Brujos que no podían soñar nada mejor que una cosecha de zapallos.

Antes estuvieron allí las abejas. El aire de la orilla oeste del gran canal fue territorio de las abejas del País del Sol. Los colmenares ocupaban un vasto espacio rodeado de plantaciones y de huertos silvestres donde abundaban arbustos propicios para la miel. Cuando los sideresios entraron en la ciudad, las abejas abandonaron ese aire. Y se escondieron en colonias temblorosas muy adentro de la selva. Sólo una quedó encerrada en la boca de Acila.

Sin embargo, en el lugar aún persistía el tumulto de los enjambres. Algo continuaba zumbando; algo aleteaba por todas partes. Y un dulzor lejano se mezclaba en la saliva de quienes cruzaban el quinto puente.

Cuando ya no hubo jalea para llenar las calabazas secas, ni bloques de cera dorada, la barraca se quedó sola. Los sideresios no andaban por ahí; menos aún desde que el canal no traía agua. Por esa causa, los jugadores de yocoy lo eligieron como sitio para aquella reunión.

La conspiración se había fortalecido. Y aunque el número de conjurados era reducido, puesto que así fue determinado para mejor encubrir el secreto, la alianza se estrechaba. Las dos Casas comprendieron que nada sería posible para unos y otros si Misáianes se entronizaba en las Tierras Fértiles. Los conspiradores se sabían a un tiempo jugadores y piezas. El tablero era el País del Sol.

Esa madrugada los hombres estaban reunidos a la espera de saber si uno de los movimientos decisivos se había llevado a cabo.

La conversación apenas era audible. Alguien golpeó la puerta de la barraca con la secuencia establecida. Solamente faltaba Acila. Los hombres se miraron entre sí..., y sonrieron.

Lengua Demorada era esencial en el desarrollo de sus planes. Y, al parecer, había logrado cumplir con la primera parte de su cometido.

Uno de los jugadores de yocoy quitó la tranca de madera y abrió sin reparos. Hombre y mujer se hermanaron por la mirada. Ella inclinó la cabeza, y entró a la barraca. Pero Acila no estaba sola...

Detrás de ella, entraron los hombres de Molitzmós. Los jugadores de yocoy nada pudieron hacer para defenderse, puesto que eran hombres de pensamiento y no de espada. Quizás porque amanecía, la matanza fue breve y silenciosa. Todos los conspiradores, sin faltar uno, murieron mirando los ojos de Acila. Y ella, que entendió lo que esos ojos le decían, respondió con los suyos lo único posible. "Vence el que es mejor, por eso vence."

Ya estaba el sol cuando la comitiva de Molitzmós cruzó el quinto puente arrastrando muertos. Bajo el sol, los puentes se ven más bellos y las matanzas se comprenden menos. El príncipe gobernante dio orden de exponer los cadáveres en la ciudad a modo de escarmiento.

Luego se dijo que ese justo día, en la orilla oeste del canal mayor se apagó el zumbido, cesó el aleteo. Y si algún dulzor quedaba no era de miel, sino de sangre.

Ya de regreso en el palacio de mando, Molitzmós ordenó que Acila recibiera habitaciones, y que fuera bañada y vestida. Pero Acila contradujo la orden, y le anunció al Señor del Sol que regresaba a las ruinas donde vivía.

-Eso no parece estar de acuerdo con los deseos que antes expresaste -dijo Molitzmós.

Le respondió Acila que se equivocaba. Le dijo que eran las menesterosas, dijo, las miserables órdenes que acababa de dar lo que no estaba de acuerdo con sus deseos.

-¿Dices que mi ofrecimiento es menesteroso?

_Sí -Acila habló con calma-. Eso digo.

Molitzmós, que tanto dominaba el arte de engañar a los otros, no podía hacerlo consigo mismo. Enseguida admitió que ese retorcimiento en el pecho era ternura; porque sólo los desplantes del orgullo lo enternecían. El príncipe gobernante recordó su enorme soledad en el palacio de mando.

-Vivirás con lujos y placeres -insistió.

Pero la respuesta de Acila fue una cascada de frío.

Lengua Demorada dijo que no era una habitación y algunos vestidos lo que pretendía. Que no se había arriesgado por una ración de buena comida. Y que sólo cuando Molitzmós tuviese algo mejor que ofrecerle enviara por ella.

Por ese tiempo, el Señor del Sol tenía cinco esposas jóvenes y bellas que le ayudaban a mitigar los amargos días de parecer príncipe sin serlo. Cinco mujeres, primas y nobles de su propia Casa, que él había señalado y exigido para sí. Sin embargo, todas se asemejaban a los ojos del príncipe, y ninguna le resultaba imprescindible.

Pero ése no era el día en que Acila obtendría el lugar que estaba demandando. El día del destino de Lengua Demorada esperaba adelante en el tiempo. Y sería una noche de flores cerradas.

-Aún ahora podría ordenar tu muerte -le recordó Molitzmós.

-Un mezquino movimiento para tan m... magnífico jugador -dijo Acila.

El príncipe admitía su deuda; y deseaba recompensarla. Sin embargo, no estaba dispuesto a otorgarle tanto como ella exigía.

-Puedes marcharte a ese triste palacio que habitas. Y recuerda que si algún conspirador quedó con vida por no encontrarse esta madrugada en el quinto puente, querrá vengarse en ti.

Acila giró sin decir más. De pronto, Molitzmós la detuvo:

-¿Cuánto conoces del Códice Balameb?

La mujer comenzó con el texto del Códice tal como si lo tuviese frente a sus ojos.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad. Escribimos en predicciones; por eso escribimos para nadie. Lloraríamos si nuestro llanto pudiera hacer que la serpiente mantenga juntas su cabeza y su cola. Pero aunque lloremos nosotros, los Primeros Viejos, la serpiente se hendió al medio. Aquí nosotros..."

Yrepitiéndolo, se marchó. Molitzmós de Sol, paralizado de asombro, la dejó partir.

Dentro del palacio, los bálsamos ardían junto a cada ventana intentando disimular la fetidez que subía desde las calles. Pero tras las cortinas de seda se distinguían los espectros de los hombres y de los pájaros, los árboles sin hojas en medio del verano, y una multitud de ratas espesas que se alimentaban con pesadillas.

Los jugadores de yocoy, los que intentaron recuperar la dignidad del trono, colgaban atados por los pies. Los hombres y las mujeres del pueblo del Sol los lloraban. Muchos habían oído murmullos de una conspiración contra el hombre que los había arrastrado a una falsa guerra entre linajes, para luego entregarlos a los extranjeros.

Y los extranjeros que no los dejaban cantar sus lamentos, fumar sus hojas, ni honrar a los muertos. ¡Que ni siquiera les permitían terminar de morir...!

Las moscas, yendo y viniendo desde la carne inflamada de los conspiradores hasta el maíz agrio que comían los hombres, eran el único vínculo entre lo que había sido una esperanza y lo que era, en esa tarde de verano, una pena infinita.

A causa del maíz agrio los hombres sufrían de largas fiebres. Pero les tardaba la suerte de morir. Porque buena dicha era estarse muerto en vez de caminar, trabajar y dormir sucios del propio estómago; que mucho dolía hacerlo, caminar, trabajar y dormir, cuando las chorreaduras entre las piernas se endurecían como cortezas, y después se resquebrajaban en líneas de sangre.

-Y el sol que ve nuestras desgracias, ¿acaso no las ve?

-¿Por qué hablas así, vecino?

-Porque regresa cada mañana para iluminar a los extranjeros.

-Pregunto por qué no te lamentaste cuando a nosotros nos iluminaba.

-Nosotros, mi vecino, somos sus hijos...

-¿Lo éramos cuando yo te mataba a tí, y tú a mí?

-Según piensas, somos culpables de los males que sufrimos.

-Según piensas tú, es culpable el sol.

Tiempo después, cuando los conspiradores fueron descolgados de los árboles y arrojados a una fosa, llegó el día de Lengua Demorada. Las flores nocturnas acababan de cerrarse. Y por primera vez desde la caída de Hoh-Quíu sonaron las aldabas. "Son ellos", dijeron juntas el ama y su sierva.

Los enviados de Molitzmós, soldados del País del Sol, parecían satisfechos de cumplir con la tarea de escoltar a Acila hasta el palacio de mando.

-El príncipe ordena.

Ellos no dijeron nada más; pero Acila supo que había logrado su propósito.

Solitario en un palacio que no era suyo, rodeado de sideresios que no disimulaban sus burlas y de pequeñas mujercitas temerosas, el príncipe la había añorado. Por fin, ordenó que fueran a buscarla. Ella pedía ser desposada. El deseaba homenajear su valentía.

"No hay mayor coraje que aceptar el dolor de los remordimientos; ni mayor inteligencia que amarnos a nosotros mismos más que a nuestra virtud", pensaba Molitzmós.

Acila sería una esposa diferente. Con ella podría jugar yocoy, y hablar acerca de los antiguos Códices.

Ya en el palacio, Acila fue conducida a la sala de mando. Los sideresios que la vieron pasar la insultaron con risas y palabras. A ellos no les importaba esa boda... Más todavía, era mejor que Molitzmós se entretuviese desposándose de nuevo. Mientras tanto se acercaría otra flota, con armas y hombres. Y todas las plagas de Misáianes para derramar sobre el sur rebelde que aún no aceptaba deponer el alma ante el Amo del mundo. Pero sobre todo llegaría un emisario. Uno que, como Drimus, trazara las líneas invisibles de la guerra.

Eso ocurriría cuando las naves de Misáianes logran burlar a los navegantes de cabello rojo que apestan las costas de las Tierras Antiguas. Ellos y sus naves ligeras, tan parecidas a las olas...

-Te debo mucho -admitió Molitzmós cuando la tuvo frente a él-. Tendrás lo que quieres.

-Eres tú -dijo Acila- quien... quien tendrá lo que quiere.

Molitzmós se rió con franqueza. Podía reconocerse en esa altanería de sangre más nítidamente que en los cristales pulidos.

De inmediato, Acila pidió que una sierva de su propiedad fuera conducida al palacio de mando para su servicio personal.

-Aquí tendrás toda la servidumbre que desees y te sea necesaria - replicó Molitzmós.

No era suficiente. Acila insistió en que trajeran a su lado a una anciana de dedos torcidos, que había sido su nodriza. Finalmente, Molitzmós del Sol aceptó el pedido.

Pero Acila quiso algo más. El día de la boda deseaba usar una corona que había hecho con sus manos. También eso le fue concedido.

Acila pasó el resto del día controlando personalmente los tocados y los vestidos que estaban confeccionando para ella.

A la mañana siguiente se presentó ante Molitzmós del todo transformada en su apariencia. Había elegido tan acertadamente un manto azul que daba la impresión de que, al revés, fuera el manto el que la había elegido. Llevaba cubierto el cabello con una red de hilos de oro sujeta por una diadema de anillos engarzados. La mujer se detuvo frente a Molitzmós, los ojos a la altura de los ojos. Y quienes los vieron pensaron que, cerca uno del otro, recordaban las alas desplegadas del Kúkul. Algo entre el esplendor y la catástrofe, como un atardecer de tormenta.

Un círculo de polvo de oro adentro de un círculo de fuego perfumado. En el centro, bajo una cúpula profusamente adornada, el esposo y la esposa se sentaban sobre taburetes altos. Así se celebraban las bodas en el País del Sol.

Acila vestía una túnica roja ceñida en la cadera con varias vueltas de un cordón de oro. Llevaba su extraña corona como única joya.

Los sideresios pasaban cerca con animales y carcajadas. Misáianes los había despojado de cualquier vestigio de limpieza en sus corazones; por eso no eran capaces de comprender las ceremonias. Ninguna ceremonia: ni una boda, ni un amanecer, ni el nacimiento de un puma en el monte.

Acila tomó la mano de Molitzmós y la apretó con fuerza. Enseguida se acercó para hablarle al oído. Y le aseguró, con susurros entrecortados, que muy pronto aquellos hombres lo reconocerían como el nuevo emisario del Amo en las Tierras Fértiles.

Lengua Demorada no tuvo que esperar demasiado para convertirse en la esposa favorita del príncipe. Juntos se reían de cosas que nadie más lograba comprender, hablaban en voz baja acerca de las antiguas profecías y jugaban partidas de yocoy que Molitzmós ganaba cada vez con mayor dificultad.

Había otras esposas jóvenes y bellas. Pero solamente Acila vio dormir al príncipe.

Cuando eso ocurría, ella caminaba sigilosa hasta las ventanas y buscaba en el cielo las constelaciones sagradas para confesarles sus ambiciones. Los animales de luz que corren por los senderos de lo alto se detenían a escucharla.

En muchos modos, Acila y Molitzmós se hicieron inseparables. Y, sin embargo, el príncipe buscaba con frecuencia la compañía de sus esposas jóvenes. Esa tarde calurosa, jugaba con dos de ellas en uno de los estanques del palacio. Acila se acercó en silencio y se quedó observando tras un enrejado cubierto de plantas trepadoras. Las mujeres reían, el príncipe reía. Acila cortó una hoja tierna y estuvo mordiéndola sin apartar sus ojos de las risas.

El breve tiempo que llevaba Acila en el palacio de mando bastó para hacerle comprender que Molitzmós se estaba dejando envolver por los vicios de la corte. Una mitad de él estaba ganada por el aturdimiento que precede a la lujuria; la otra mitad, por la pereza que le sigue.

No era que el príncipe gobernante hubiese olvidado la promesa que había hecho un día, junto a la agonía de su abuelo. Y que repitió luego, con mayor firmeza, cuando comprendió que Misáianes no lo contaba como un dedo de su mano derecha.

Molitzmós no había resignado su anhelo de transformarse en Señor de las Tierras Fértiles. Pero, en verdad, se le perdían

los días y las noches. La violenta perseverancia que lo había guiado hasta ese sitio estaba saturada de ocal, aceitosa de bálsamos aromáticos. Molitzmós quería caminar y se enredaba en sábanas; quería despertarse y una mujer le besaba los ojos. Acila sabía que aquello debía ser remediado sin demora. Todo estaba perdido si Molitzmós no recuperaba la voluntad de hacerse voz y brazo de Misáianes de aquel lado del Yentru.

Disimulada tras las enredaderas, Acila continuaba mirando. No lo hacía con envidia o dolor; no había llegado allí para que Molitzmós eligiera su cintura. Su afán era otro. Por cumplirlo dio un paso adelante, para hacerse ver por los tres que jugaban en el agua. Apenas apareció, las jóvenes esposas nadaron hasta una orilla como peces asustados. Cuando Molitzmós se irguió para salir del estanque, la burla de Acila se detuvo sobre el cuerpo desnudo del príncipe. Sin piedad, casi sonriente, miró a su esposo mientras se cubría con ademanes rápidos y torpes. Recién entonces Acila suavizó sus maneras y lo llamó con las manos extendidas. Pero no fue suave la mirada para las dos mujeres que buscaban sus túnicas en los arbustos. Por sobre los hombros de Molitzmós la mirada saltó, se clavó en las mejillas todavía mojadas y bajó arañando hasta los vientres frescos. Las jóvenes huyeron sin terminar de vestirse.

Acila invitó a Molitzmós a caminar por el laberinto de follaje que se levantaba en los jardines posteriores del palacio. Se trataba de un lugar enorme y sombrío donde los arbustos, crecidos en forma de muros, trazaban encrucijadas difíciles. Antes, el laberinto era asiduamente visitado por los nobles de la Casa reinante, que disfrutaban la sensación de estar perdidos para siempre a pocos pasos del palacio. Ahora el lugar estaba abandonado. Los insectos habían devorado parte de la fronda permitiendo así vislumbrar indicios y colores del mundo de afuera; quitándole al laberinto toda desazón y todo sentido.

Después de un rato de caminar en silencio, Acila volvió a su trabajo. Más que nunca la mujer rompió las palabras; pero cuando terminó, algo decisivo estaba dicho.

"¿Es jugando con tus dóciles palomas como piensas tomar el sitio que te corresponde?"

Molitzmós escuchó la verdad en pedazos, pero la entendió intacta.

"Debes ocupar sin demora el lugar que antes tuvo Drimus. Si no lo haces, otro lo hará."

-¿Crees que no lo sé?

Molitzmós había recuperado su serenidad, y quiso dejar claro que comprendía la situación.

-Comprendo lo que sucede mucho mejor de lo que tú podrías comprenderlo jamás. Desde la derrota del desierto todo ha estado quieto y silencioso. ¿Oíste nombrar a Thungür? Entonces no debo explicarte que, en realidad, todo simula estar quieto y silencioso... Pero algo fermenta. Y si prestas atención oyes la sangre hirviente del jefe husihuilke. Y dime, Acila, ¿llegaron hasta tu palacio noticias sobre las últimas flotas que envió Misáianes? Seguramente los jugadores de yocoy sabían acerca de los navegantes que las atacaron en las cercanías del Golfo de Sigia. Dos grandes flotas malogradas por los hombres de cabello rojo. Hay algo, sin embargo, que los jugadores de yocoy no supieron. Los dos ataques tenían como primera ambición destruir la nave que conducía al emisario del Amo. Y las dos veces la ambición fue cumplida. Puedo imaginar que uno y otro, Magos de la Cofradía igual que Drimus, estarán asombrando a la oscuridad en el fondo del Yentru -Molitzmós se detuvo a sonreír-. Escucha bien esto... Aunque me pese, debo agradecer a los hijos de los bóreos puesto que sus ataques me han dado un tiempo invaluable. Por lo demás, Misáianes no se ha manifestado. Esperaré su próxima jugada. Luego será mi tiempo.

Pero Acila condenó esa conducta y se lamentó del rumbo de las cosas. El Amo estaba tan quieto que no se diferenciaba de su monte. El juego resultaba difícil en un tablero agitado como el mar. Acila pensaba que la indescifrable ausencia de Misáianes era, en verdad, su movimiento. Ahora, le correspondía jugar a Molitzmós; y su mejor alternativa era hacerlo con impertinencia.

Lengua Demorada dijo eso, y después se quedó callada.

-Termina lo que comenzaste -exigió Molitzmós. Y agregó:- ¡Pero nunca más me fuerces a pedirte claridad! No insinúes razonamientos... Muéstramelos de principio a fin.

De la boca de Acila salieron las palabras como un alud de peñascos. La mujer nombró al Amo que aguardaba del otro lado del mar. Misáianes soñaba el mundo como un paisaje puesto de rodillas. ¿Quién podría obsequiarle ese sueño? ¿Quién recorrería la senda de sus uñas para ofrendarle el corazón del Venado? Ni siquiera Drimus, el Doctrinador, lo había conseguido. Molitzmós dio su respuesta:

-Drimus comprendió los designios del Amo en su extensión y en su hondura. En cambio no logró comprender el alma de este continente. Ignoró el dolor de los Pastores, y los Pastores giraron sus armas. Se burló del Brujo en harapos, pero Kupuka continúa despierto y fraguando magias. Caminó en nombre del Odio Eterno sin saber que el amor pisaba sus

huellas con sandalias rotas.

Pero Molitzmós del Sol pertenecía a las Tierras Fértiles.

-Pertener a una orilla y ser fiel a la otra -dijo, como si recordara-. ¡Ese es mi privilegio!

A partir de ese momento, Acila moderó sus convicciones. Parecía dudar de todo lo que decía. Y sin cesar se ponía reparos a sí misma.

Lengua Demorada dijo que tal vez fuera necesario darle a Misáianes la señal del verdadero emisario. Balbuceó que tal vez, sólo tal vez, y temía equivocarse, ella supiera de una señal que el Amo reconocería por sobre cualquier otra. Acila estaba indecisa. Acila no terminaba de creerse. Y rogó a su esposo que la hiciera callar si consideraba sus palabras puro desvarío. Molitzmós nada dijo. Y, finalmente, Acila se atrevió... Ahí estaban los zitzahay. El pueblo que había burlado al propio Drimus adentrándose en el fuego y en la selva. Nada apreciaría tanto el Amo como recuperar una parte de aquellos fugitivos.

Los sideresios que ocupaban Beleram habían sido incapaces de hallar a los zitzahay que permanecían ocultos en la selva. Y a Bor, el Supremo Astrónomo que los acompañaba. Acila aseguró que Molitzmós era el único que reunía las condiciones para hacerlo: una orilla y la otra. El príncipe del País del Sol conocía los modos de la selva, la propensión de las criaturas. Y, tal vez, hasta encontraría el modo de volver a conducir a Bor al lugar de la soberbia.

Actúa de prisa. Entrégaselos al Amo. Él comprenderá, y te nombrará emisario. Te nombrará uña de Misáianes; prolongación de su Orden en las Tierras Fértiles. Acila lo dijo en pedazos pero lo soñó intacto.

Cuando la mujer terminó de hablar, Molitzmós estaba sonriendo.

Un aliento remoto y amarillento entró al laberinto. La ráfaga cubrió el cuerpo de Acila. Sacudió su túnica y movió la red de hilos dorados que adornaba su cabello. Después, sin jugar ni perderse, la ráfaga abandonó el lugar por los resquicios de la fronda.

La sonrisa de Molitzmós persistió; aunque no en su rostro.

El Señor del Sol había recuperado el mando sobre sí mismo. De nuevo era soberano en su voluntad, y conducía sus deseos.

Obraba como un hombre que ha despertado bajo el rocío después de una larga noche calurosa. Obraba y sonreía. Pero disimulaba su sonrisa en el fruncimiento del rostro al mirar el sol. La escondía tras la copa rebalsada de oacal cuando bebía con los sideresios.

Molitzmós eligió con cuidado a los hombres que iban a escoltarlo en su viaje a Beleram. Y partió una madrugada sin dar aviso.

Los balbuceos de Acila, llenos de esplendor, le recordaron que no debía dar explicaciones. Molitzmós, príncipe por un pacto que había cumplido, no debía explicar ni pedir permiso. Dar una señal, eso tenía que hacer para que Misáianes reparara en él y lo reconociera como Pariente.

Molitzmós sonrió durante todo el camino, pensando que en aquella mujer se había desposado con su antigua promesa.

Tras varios días de marcha, Molitzmós encontró unos extraños arbustos de hojas jaspeadas y flores amarillas. Allí donde Nanahuatli había decidido que empezaba el sur, el Señor del Sol se detuvo también y aspiró fuerte.

-Ya estamos cerca -anunció.

Los sideresios que controlaban la Comarca Aislada estaban aún más confundidos que sus pares del País del Sol. Recorrían sin rumbo las calles desiertas de Beleram. Y por las noches se hacinaban en la Casa de las Estrellas; asustados de los grillos y de las almas que voceaban miel en el mercado vacío.

Beleram, la antigua ciudad de los Astrónomos, era un cuartel del Odio Eterno. Nada quedaba allí que recordara el sitio de belleza que había sido. Por entonces en la Casa de las Estrellas ya no se distinguían los observatorios de los corrales. Y todo olía a desperdicios; y todo estaba chorreado con los jugos de la lujuria.

Al principio los sideresios intentaron adentrarse en la selva en busca de las aldeas zitzahay. Pero nunca lograron encontrarlas. En cambio, muchos de ellos no regresaron. Luego de la desaparición de Drimus, y sin nadie que hubiese tomado su lugar, esas búsquedas habían terminado. Otra cosa preocupaba a los mandos militares. El ejército de las Tierras Fértiles se movía como las dunas de arena, deshaciéndose aquí y reuniéndose un poco más allá. Durante un invierno, los guerreros del Venado se habían perdido en el desierto. Pero, por esos días, los sideresios temían que hubiesen atravesado la bahía que llamaban Mansa Lalafke para establecer una fortaleza en algún lugar de la Comarca Aislada.

Los sideresios de Beleram se mantenían acantonados en su posición.

Igual que sus pares del País del Sol, sabían sobre las flotas atacadas cerca de las costas de las Tierras Antiguas. Pero continuaban aguardando las reservas de Misáianes.

En tanto no recibieran órdenes y refuerzos, ni hubiera una voz distinguible que los condujera, lo conveniente era permanecer encerrados dentro de los límites de su conquista.

Por el este bramaba el Yentru recordándoles la demora del Amo. Por el oeste los miraba la selva con sus ojos apretados y verdes, pantanosos y verdes.

Hacia el norte estaban las aldeas que la Estirpe había abandonado. Luego, un gran territorio vacío hasta el País del Sol.

En el sur, tras cruzar la Mansa Lalafke, el ejército del Venado respiraba.

Los que eran dueños de una mitad del continente temían atravesar el mercado por las noches. Decían que los grillos ofrecían miel. Y que las almas crujían.

Así los encontró Molitzmós. Y supo que era un excelente momento para tomar autoridad sobre aquellos hombres.

Cuando fue interrogado acerca de sus propósitos, el Señor del Sol respondió como príncipe:

-Viajé hasta aquí para internarme en la selva. Lo haré acompañado por la escolta que traje conmigo. No pido más que buenas armas para nosotros. Vine a sacar de sus refugios a los zitzahay y al astrónomo que los guía. Tomaremos de nuevo la guerra en nuestras manos, porque es eso lo que el Amo espera.

Luego, como era su costumbre, habló para sí mismo.

-Una selva hostil y un tablero de yocoy no son tan diferentes. Y yo conozco ambas cosas.

Los sideresios recordaron al jorobado. La misma forma de hablar en acertijos, informaciones incompletas, impertinencia que todos acataban.

Y como, en verdad, Molitzmós tomaba todos los riesgos y sólo pedía a cambio unas pocas armas, los mandos sideresios optaron por ayudarlo. Ningún daño podía acarrearles la osadía de Molitzmós. En cambio, si resultaba bien, podrían obtener muchas ventajas.

-¿Conoces el camino hacia el observatorio de Zabrankán? -preguntó Molitzmós a un soldado sideresio.

El soldado pareció no entender la pregunta y respondió con un gesto impreciso. Entonces Molitzmós caminó recordando... Muchos de los indicios que hubiesen podido guiarlo estaban destruidos. Aun así, pudo encontrar lo que buscaba. Frente a la puerta del observatorio más importante de la Casa de las Estrellas, Molitzmós no pudo evitar un estremecimiento. Comenzó a abrir con lentitud, y se detuvo. Otra vez y se detuvo. Otra vez, y tuvo que aceptar su miedo. Molitzmós temía encontrar a Zabrankán trazando líneas del cielo a la tierra. El príncipe tardó un instante en desechar sus aprensiones. Después abrió con brusquedad.

Molitzmós se burló de sí mismo. ¡Claro que Zabrankán no estaba allí! La cama en la que el Supremo Astrónomo había pasado sus días de viejo estaba desordenada, y sus sábanas ennegrecidas. Trozos de pergaminos y tubos de jadeíta destrozados se arrinconaban en el piso. Solamente dos cosas habían logrado permanecer a salvo: la piedra rectangular situada en el exacto centro del observatorio, y el cielo que entraba por los miradores.

-Pronto este sitio tendrá un nuevo ocupante -murmuró Molitzmós.

No bien las armas y algunos pertrechos estuvieron listos, Molitzmós y sus hombres partieron con rumbo a la selva. Cuando la Madre Neén los vio acercarse retrocedió, replegó cuanto pudo su follaje para alejarse de los que llegaban, se encogió y pegó su espalda contra los montes. Pero más no pudo, y los jinetes la alcanzaron.

Los zitzahay que se negaron a viajar al Tiempo Mágico a través del fuego permanecían fieles a las órdenes de Zabrankán: "Nosotros les pedimos que abandonen todo y se sumerjan en la selva. Adentro de la selva adentro, donde se les realce el color tierra de nuestra piel. Entrecierren los ojos para que su brillo no los delate en la espesura. Hablen lo imprescindible, y con poca voz". También la selva, Madre Neén del pueblo zitzahay, comprendió lo que ordenaba el Supremo Astrónomo, y condujo a los hombres hasta sitios impensados. Lugares que pocas criaturas humanas conocían.

El sitio en el que ahora vivían los zitzahay distaba de Beleram diez y menos jornadas de camino a través de la selva. Ellos, sin embargo, obraban y sentían como si las jornadas fuera miles y más. Beleram les quedaba muy lejos; tan lejos como quedan las cosas que ya no existen.

Los zitzahay se habían separado en muchas pequeñas aldeas; casi todas ocultas en las alturas impenetrables que se alzaban en la zona central de la selva. Dientes de Jaguar se llamaron los montes donde ellos aprendieron a vivir con los ojos entrecerrados. Hablando apenas, suspirando cuando soplabla el viento, llorando cuando llovía, pariendo las mujeres cuando parían las hembras de los pumas, cazando los hombres cuando las manadas de cerdos salvajes hacían retumbar el mundo, muriendo por la noche. Y todo por no delatarse.

Muchos días recorrió Molitzmós la selva sin hallar ningún indicio de los zitzahay. Las inclemencias de la selva eran innumerables, y los resultados no eran mejores que aquellos que los sideresios habían obtenido en sus incursiones.

Cierto que, como había dicho Acila, él conocía los modos de la selva. Pero la Madre Neén los disimulaba. Cierto que conocía la propensión de las criaturas. Y, sin embargo, las criaturas obraban contra sí mismas para que ni el lugar donde iban a beber, ni la dirección hacia la cual gruñían, trinaban, aullaban, denunciara el paradero de los hombres.

Por eso, Molitzmós encontró una liebre empollando una nidada de huevos, mariposas corriendo hacia una madriguera. Vio las hondas huellas de los cocodrilos cubiertas de flores rojas. Molitzmós partió una fruta, y adentro era un nido. Por eso amanecía desde los cuatro costados, y la noche se acababa como un círculo en medio del cielo. Las lechuzas hablaban durante la mañana, los pájaros comían durante la noche. Esto hizo la selva para proteger a sus hijos.

El Señor del Sol empezaba a temer un fracaso. Los días pasaban y sus hombres estaban exhaustos y debilitados. La idea de abandonar la búsqueda había cruzado por su pensamiento ya varias veces cuando, una madrugada, Molitzmós despertó con el siseo de una serpiente a escasa distancia de su rostro. Los hombres dormían y los centinelas no estaban al alcance de su vista. El machete sí, estaba cerca. Los colmillos más, mucho más cerca. Su mano era veloz; pero la serpiente iba a ganarle. El Señor del Sol permaneció inmóvil. Conocía aquella clase de alimaña. Su mordedura no le daría tiempo ni al dolor.

Molitzmós esperó. La venenosa no atacaba. Tampoco se iba. Entonces Molitzmós, conocedor de los códigos, los recordó con precisión:

"Y el Increado se hizo dominador de una vastedad de criaturas. Seres de todas las especies le rinden vasallaje porque Misáianes, hijo de la Muerte, habla parecido a la verdad."

Molitzmós comprendió que aquella alimaña era una servidora de la Cofradía del Recinto. Nuevamente recordó las palabras de Acila. Los soldados sideresios, y aún sus jefes, eran incapaces de reconocer las apariencias de la magia y no comprendían el lenguaje de las demás criaturas. La impiedad les opacaba los sentidos y les vedaba el mundo.

Él, en cambio, podía hacerlo. Y Misáianes lo recompensaría.

Molitzmós comenzó con un leve movimiento de sus pestañas, y nada ocurrió. Movi6 apenas su cabeza, y la serpiente continu6 inm6vil. Despu6 el pr6ncipe se atrevi6 a incorporar su torso muy lentamente. Ya seguro de que la venenosa estaba all6 para ayudarlo, y sin despertar a los hombres, se puso de pie.

La serpiente gir6 y comenz6 a arrastrarse. Antes de seguirla el Se6or del Sol busc6 su machete. Luego anduvo sobre el rastro de la alimaña durante muchas horas, cuidando de dejar marcas para luego encontrar el camino.

La serpiente lo condujo a trav6s de espesuras en las que Molitzm6s debi6 abrirse paso a filo de machete; lo oblig6 a bordear pantanos burbujeantes que, ciertamente, no tendr6an regreso; lo gui6 por lugares que la luz no comprend6a. Cuando comenzaron a trepar unas laderas cubiertas de vegetaci6n frondosa, Molitzm6s comprendi6 que estaba en los montes Dientes de Jaguar. El ascenso se hizo dificultoso para Molitzm6s porque el agua se ocultaba cuando los o6a acercarse, y todo lo comestible se pon6a amargo. Sin embargo, con sed y hambre, continu6 ascendiendo. Llevaba casi un d6a siguiendo la senda de la serpiente cuando encontraron un zona de 6rboles gigantescos. La venenosa rept6 hacia arriba por el tronco 6spero de un cuipo. Molitzm6s fue detras.

Esta vez, la tarea le result6 sencilla porque las ramas ten6an el grosor de un tronco, los nudos de la madera le daban espacio a todo su pie, y hasta el tallo de los hojas era resistente como una cuerda. Ya en lo alto, Molitzm6s mir6 con atenci6n cada sinuosidad de los montes. Al principio vio aire neblinoso.

Pero permaneci6 observando, y de pronto la niebla era el humo que ascend6a de una hoguera encendida por los hombres. La alegr6a casi le arranca un grito. Pero, en vez de gritar, dibuj6 en su memoria todos los detalles del lugar donde se ocultaba la aldea zitzahay. Descendi6 del 6rboles y regres6 en busca de su gente.

Dos noches despu6s era luna llena; luna que lo vio todo.

Aquella aldea zitzahay se parec6a a las muchas que se hallaban desparramadas en los sitios m6s inaccesibles de la selva. Con cañas, hojas de palma y lianas aquel pueblo hab6a reconstruido la belleza. No hab6a vasijas de oro, pero las cortezas de coco en las que se serv6an el alimento estaban talladas con figuras de flores y aves, y coloreadas con fineza. No hab6a joyas, pero las mujeres se adornaban con collares de semillas rojas, plumas azules, semillas blancas...

Esa noche, los zitzahay de esa aldea estaban festejando la luna redonda. Y lo hac6an con los modos del disimulo que Zabrank6n les hab6a encomendado guardar.

Los que ten6an a su cargo el canto trinaban como los p6jaros de la selva. Los m6sicos pasaban sus dedos por el viento. Y los bailarines s6lo mov6an las manos. Porque el pueblo zitzahay hab6a aprendido a danzar busc6ndoles a sus manos todos los movimientos posibles. Y disfrutaban esa danza tanto como la antigua.

Mientras los zitzahay festejaban la noche, Molitzm6s y sus hombres escalaban el monte hacia la aldea. Tambi6n en esta ocasi6n la venenosa iba con ellos.

La luna lo vio todo, y se deshizo para advertir a los zitzahay lo que estaba a punto de suceder.

-Llueve oro -pensaron.

-Llueve luna. ¿Y qu6 nos querr6 decir la luna lloviendo sobre nosotros?

Pero la aldea zitzahay no alcanz6 a responderse. Cuando los centinelas dieron la alarma ya era demasiado tarde. Los hombres solamente tuvieron tiempo de tomar sus lanzas y apretarse en torno a las mujeres y a los ni6os. La luz de la luna se reflejaba en el metal de las armas que ya estaban all6, y les apuntaban.

Los zitzahay pusieron sus lanzas en posici6n de ataque.

„¡No habr6 muertes si me escuchan! -exclam6 Molitzm6s.

El hombre que ten6a mayor autoridad en la aldea orden6 a todos que aguardaran. Sab6a que, as6 sorprendidos, no ten6an posibilidad alguna de victoria o de escape. Y acept6 escuchar.

-He venido por Bor -escuch6.

Despu6s de tanto silencio, el zitzahay tuvo que esforzarse para hablar de forma audible.

-No est6 aqu6.

Molitzmós supo que el hombre zitzahay decía la verdad.

-¿Dónde? - preguntó.

-No lo sabemos nosotros.

Molitzmós aceptó que, razonablemente, la mayoría de los zitzahay debía desconocer la ubicación de las otras aldeas. Mucho más la de aquella donde habitaba Bor. Y que los pocos que tuvieran ese conocimiento estarían preparados para soportar todo dolor sin decir palabra.

-Atiende bien -le dijo Molitzmós al hombre que asumía la representación de la aldea-. Saldrás de aquí con un mensaje para Bor. Lo repetirás palabra por palabra, y dirás que yo se lo envió.

-He dicho que no conozco su paradero.

-Tal vez tú no, pero habrá quien lo conozca -Molitzmós le sonrió con burla a la luna llena-. Tú caminarás por estas laderas y encontrarás ¿quién sabe? una ardilla, y le darás el mensaje. Luego la ardilla encontrará ¿quién sabe? a otro zitzahay, y lo repetirá. Ese zitzahay podrá decírselo a una semilla voladora. Y ella tal vez se lo cuente a una mujer de tu pueblo. Y así, y así, un día Bor recibirá el mensaje. ¿Acuerdas conmigo?

-¿Y por qué he de hacer eso? -preguntó el zitzahay.

Molitzmós le mostró sus palmas abiertas en señal de buena voluntad.

-¿Ves aquí sideresios? No los he traído conmigo... Esto es algo entre nosotros, criaturas todas de las Tierras Fértiles. Deja que sea Bor el que escuche lo que vengo a decirle, y tome una decisión. ¡No lo hagas tú en su nombre! Y ve que nada pierdes y que mucho puedes ganar.

El hombre aceptó la misión, y pidió conocer el mensaje que debía llevar consigo. Molitzmós lo repitió varias veces, separando las palabras de las palabras, la cadencia de las intenciones. Repitió su mensaje pensando en Acila: lengua demorada que hacía inolvidable todo lo que pronunciaba.

"Debe saber el Supremo Astrónomo que he tomado cautivos a todos los habitantes de una aldea. Y que, a cambio de sus vidas, le pido que me conceda una conversación. Eso solamente. Bor debe entender que es ésta una buena oportunidad para obrar según su pensamiento; el cual, así lo creo, es ahora idéntico al de Zabrankán. ¿No pregona acaso la Cofradía del Aire Libre la igualdad de todas las criaturas? ¿No dijeron durante el concilio de Beleram que un nacimiento humano no es más ni es menos que una floración, y que un astrónomo escrutando las estrellas no es más ni es menos que un pez desovando? Entonces, ¿puede valer más el encubrimiento de un Supremo Astrónomo que la vida de una aldea? Bor no debería aceptar eso... ¡Que actúe como pregona! Será la primera vez que lo haga. Di por último que lo aguardaré en la Casa de las Estrellas solamente hasta la próxima luna llena."

Apenas el zitzahay partió, un hombre de la escolta del Señor del Sol se acercó a hablarle:

-Príncipe, ¿deseas que alguno de nosotros vaya tras sus pasos?

-¿Para qué hacerlo? -reflexionó Molitzmós-. Es fácil creer que ese zitzahay desconoce el exacto paradero de Bor. Y, aun cuando lo conociera, él te oíría caminar antes de que tú camines y torcerá el rumbo. Dejemos que el mensaje llegue al Supremo Astrónomo. Luego Bor caminará hasta Beleram.

Poco después la pequeña aldea zitzahay se ponía en marcha, custodiada por los hombres de Molitzmós.

Eran trece veces trece personas regresando a un sitio que no existía.

La luna lloró por ese pueblo que la agasajaba con danzas silenciosas. Llovió luna sobre los que partían.

Cuando los hombres se alejaron, la serpiente regresó a la maleza profunda.

Tristeza de la luna llena

De un zitzahay a una ardilla, a otro zitzahay, a una semilla voladora, a una mujer. Así, o de cualquier otro modo, el mensaje de Molitzmós llegó muy pronto a oídos de Bor. Bor lo escuchó como el Señor del Sol quería que lo hiciese, y emprendió camino hacia Beleram. Todo esto sucedió en veintiocho jornadas. De modo que, tal como Molitzmós lo había exigido, el Supremo Astrónomo llegó a la Casa de las Estrellas un atardecer de luna llena.

Hacía ya varios días que Molitzmós vigilaba desde los miradores. Y no se asombró al ver que Bor llegaba sin compañía, caminando con paso seguro. De inmediato corrió escaleras abajo para evitar que el Supremo Astrónomo fuera maltratado por los soldados sideresios.

Cuando Molitzmós volvió de la selva encontró una comitiva enviada desde el País del Sol para llevarlo de regreso. No era aceptable que permaneciera en Beleram.

Los sideresios llegaron en busca de un príncipe fingido que toleraban por necesidad. Pero el príncipe regresó de la selva con una aldea prisionera más la promesa de un Astrónomo. Entonces la comitiva del País del Sol moderó su insolencia, y decidió esperar.

Bor se había detenido en el terreno de juego para observar la ciudad que tanto amaba.

-¡Ayúdame! -le rogó Bor-. No importa cuánto te hayan mancillado; aquí aún está tu corazón.

Luego siguió andando hacia la Casa de las Estrellas. Bor vestía la misma túnica hecha con telas de corteza que usaban los hombres de su pueblo. Y tenía un collar de semillas y plumas que tan sólo por sus cinco vueltas señalaba una diferencia de rango. Al pie de la escalinata lo aguardaba Molitzmós. Bor se detuvo frente al hombre fastuoso que lo había adulado hasta hacerle perder el espíritu.

"No es así", se corrigió Bor en su pensamiento. "Lo que tengo delante es una parte de mí mismo."

-Ya estoy aquí -dijo Bor-. Deja que mi gente se marche.

-Veo que, entre otras muchas, has perdido la virtud de la paciencia -respondió Molitzmós, y agregó:- Haremos como en tiempos pasados...

-¿A qué te refieres?

-Conversaremos tú y yo acerca de las cosas del cielo.

-No te ayudaré a fingir una conversación.

Los jefes sideresios vigilaban de cerca. Les inquietaba el modo en que Molitzmós trataba a un enemigo del Amo.

-¡Ay, Bor! Veo que la simpleza de tus vestiduras es un mal disfraz. La vanidad de tu alma es tan grande que ni siquiera eres capaz de notar que no tienes más opción que obedecerme.

Bor sonrió con tristeza:

-Molitzmós, tú deberías saber que una conversación, una buena conversación como las que tú y yo solíamos tener, es resultado de la voluntad del ánimo y jamás de la obediencia. Podrás obligar a mi lengua a pronunciar palabras. En cambio no puedes obligarme a batallar con argumentos, a regatear verdades... No puedes ordenarme ni el entusiasmo ni la vehemencia. ¡Acéptalo! No hay imposición que alcance el lugar de los sentimientos.

Molitzmós abrió los brazos en señal de respeto:

-¡Bienvenida sea tu elocuencia, Supremo Astrónomo! En compensación podrás ver a los zitzahay que tengo prisioneros. Comerás y dormirás todo lo que desees. Habrá tiempo para disfrutar de nuestras conversaciones.

Y Bor vio a los zitzahay amontonados en un establo. Su pueblo le sonrió con gratitud, y él les acarició la cabeza con un gesto lejano.

Las sonrisas abiertas en los rostros oscuros de su gente le confirmaron que había sido justo llegar hasta la Casa de las Estrellas para ponerse en manos de Molitzmós. Él no era indispensable; no lo era más que el niño que miraba por un espacio entre los maderos de la empalizada. Aunque Bor sabía que el Tiempo Mágico no estaba arriba ni estaba abajo, alzó la cabeza al cielo. ¡Hermano Zabralcán, tal vez esté pronto a terminar la vasija que me ordenaste hacer!

El Supremo Astrónomo volvió a ver a su pueblo cada día, mientras caminaba junto a Molitzmós debatiendo acerca de las más arduas disciplinas.

-Las observaciones han demostrado que el punto en el que el día tiene la misma duración que la noche se adelanta año a año -dijo Molitzmós.

Bor siempre se asombraba por los conocimientos de aquel hombre.

-Lo que dices es exacto -admitió.

-¿Esto se ha tenido en cuenta en el momento de descifrar los códigos? Hay en ellos datos que podrían variar según el año solar en el que fueron redactados.

-No necesariamente -objetó Bor-. Los códigos están cifrados según el calendario mágico. Su traslado al calendario solar responde al tiempo de las Criaturas.

-Pero en ese traslado...

-¡Permíteme terminar mi idea! -pidió Bor.

A veces el Astrónomo se apasionaba tanto en sus discusiones que llegaba a olvidar el motivo por el que estaba allí. Sin embargo su confusión duraba apenas un argumento. Y nuevamente el recuerdo de su aldea prisionera lo regresaba a la verdad.

"Debo seguir el juego de Molitzmós hasta hallar el modo de hacerle cumplir su palabra", había decidido.

Los zitzahay, hambreados y sucios, sonreían viéndolo caminar con Molitzmós en las cercanías de los establos.

Los días, sin embargo, pasaban idénticos. Y siempre que Bor pedía la libertad de su aldea, Molitzmós apartaba el tema para luego.

-Mañana habrá luna llena -dijo Bor-. Ya han transcurrido veintiocho días de conversaciones... ¿Cuándo liberarás a mi pueblo y determinarás mi destino?

-Dices que mañana habrá luna llena -Molitzmós fingía estar resolviendo lo que ya estaba resuelto-. Entonces mañana repetiremos el mismo recorrido que hicimos durante la celebración del Concilio. ¿Lo recuerdas?

-Lo recuerdo, sí-Bor supo que algo terminaba. Y sintió en su estómago el dolor del miedo. Y su frío.

La madrugada llegó a Beleram con bruma de la selva. En el establo, los zitzahay la aprovecharon para lavarse las manos y ¡a cara. Bebieron bruma y comieron bruma. Lejos, se oyó el canto del Kúkul para alegrarlos. Era la Madre Neén cuidando a sus hijos.

La actitud de Molitzmós hacia los prisioneros y al propio Bor impacientaba a los sideresios. En varias ocasiones los mandos militares le habían pedido razones. No confiaban en el príncipe, pero tampoco se atrevían a desoírlo.

Frente a cada uno de esos requerimientos, Molitzmós logró mantener la calma. Y encontró el modo de avivar el temor de los sideresios recordándoles que el Amo trazaba líneas incomprensibles:

-¿Conocieron ustedes a Leogrós? Sí o no, lo importante es que todos escucharon el nombre del primer capitán de Misáianes en las Tierras Fértiles -lo decía de ésta y otras maneras-. Cuentan que Leogrós tuvo una larga agonía. Y en el País del Sol me han referido que, mucho antes de morir, su cuerpo se había transformado en guarida de arañas... ¡Fue malo para él oponerse a Drimus!

Los sideresios sabían que aquello era cierto.

-Porque, ¿podemos nosotros vislumbrar lo que sueña el Amo? Él no reclama un continente muerto, reclama un continente derrotado. ¿Podemos nosotros imaginar un pozo tan hondo que nazca un hombre, crezca y se haga viejo siempre cayendo, sin llegar al fondo?

De esa manera Molitzmós controlaba la ansiedad de los sideresios.

Veintiocho días en los que habló con Bor, procurando obtener información sobre lo antiguo y lo reciente; deseoso de recuperar el saber de las altas ciencias que se había perdido cuando Drimus destruyó los códigos.

Molitzmós, hombre de sabiduría, no deseaba ser un príncipe sin pasado ni historia. Bor, que veía con nitidez las intenciones del Señor del Sol, se mantuvo alerta y meditó cada palabra.

Pero la tensión crecía entre los mandos sideresios.

Aquella mañana brumosa, el canto del Kúkul les pareció una burla de la selva. Sin más demora, convocaron a Molitzmós para exigir su parte. Y su parte era abrir la carne y tironear; reírse de la sangre que quería desobedecer después de muerta. Su parte era roer la boca de la pureza.

Los sideresios no iban a seguir esperando. Molitzmós sabía que su autoridad sobre ellos todavía era endeble. Por eso, aunque opuso algunas razones y señaló límites, acabó por otorgarles una promesa:

-Esta noche habrá luna llena. Hoy termina mi trabajo y comienza el de ustedes.

Los jardines de la Casa de las Estrellas habían sido tan bellos que resistían al descuido y a la maleza. Por sus senderos el Supremo Astrónomo caminó nuevamente junto a Molitzmós. El recorrido era el mismo que habían hecho años antes cuando el concilio se debatía en sus dudas acerca de los extranjeros que llegaban, cuando los representantes de cada pueblo se

empeñaron en sus posiciones, y todos se equivocaron para siempre. Como entonces, Molitzmós quiso hablar sobre el tiempo en que la magia se había separado.

-No me es posible hablar de las Cofradías con mí pueblo prisionero en un establo -dijo Bor.

Molitzmós ignoró por completo su respuesta y continuó hablando:

-Alguna vez ambos creímos que obedecer es dulce para las criaturas pequeñas. En tanto que el mando es una carga que sólo pueden llevar los mejores. ¿Ya no piensas así?

Bor perdía la capacidad de controlarse. A pesar de que Molitzmós hablaba con su habitual sosiego, el Astrónomo sentía que el horror estaba cerca.

-¡Estaré con ellos! -dijo de pronto. Y giró para ir hacia los establos.

La escolta del Señor del Sol, que venía a pocos pasos por detrás, lo obligó a regresar al sendero iluminado por la luna.

-Te invito a continuar nuestro paseo... -como lo había hecho un viejo día, Molitzmós acarició el jade de las fuentes-. Reflexionábamos sobre la carga del poder y el privilegio de la obediencia.

En ese momento sonó un estampido de fuego. En el establo cayó un hombre vestido de cortezas. El horror había comenzado, y Bor suplicó por su pueblo.

-¿No crees que ese muerto hubiese preferido que los más aptos velaran por él, mientras sembraba sus semillas y cantaba sus cantos? -dijo Molitzmós.

Dos, tres descargas contra dos, tres collares de semillas.

Por sobre el ruido seco de las armas, Molitzmós continuaba imperturbable.

-No soy yo quien ha ocasionado esto. La Cofradía del Aire Libre lo ha provocado. ¡Ustedes colocaron a estas simples criaturas en un lugar que no pueden comprender ni sobrellevar! ¡Sopórtalo! -Molitzmós alzó su brazo poderoso-. ¿Les advirtieron que la sabiduría puede acarrear mucho dolor? -Molitzmós bajó su brazo-. Debieron hacerlo...

Bor no sabía que estaba llorando.

-¡Te suplico por ellos!

No sabía que estaba cayendo de rodillas.

-Levántate -Molitzmós lo ayudó a ponerse de pie-. Tuve que aplacar a los sideresios; pero no caerán otros por este día.

Recién entonces Bor se quedó inmóvil. Se apagó de pronto.

Así debió ser porque la desesperación es efímera en el cuerpo de las criaturas. Crece la sangre y se derrama por dentro. Se anegan las vísceras. El corazón se amontona en la garganta. Sin embargo ese ahogo no es duradero. Enseguida la sangre retrocede devolviéndole al aire su espacio. Detrás suele venir la tristeza. Y la tristeza tiene otro modo. Deja al triste dormir, pero guarda cerca para ser la primera en saludarlo cuando despierte.

-Fue de nuevo tu soberbia, hermano Bor... Es seguro que Zabralcán estaría de acuerdo conmigo -siguió diciendo Molitzmós -. Creíste ser tú lo realmente importante. ¡El gran fatuo vino a inmolarse en favor de las criaturas! Ya ves que, finalmente, obras como gente del Recinto. Llegaste hasta aquí seguro de que tú valías por todos ellos.

-Llegué hasta aquí creyendo que cumplirías tu palabra -murmuró Bor.

-¿Hablas para que Zabralcán te escuche? -se burló Molitzmós-. ¿A él se lo explicas?

Bor ya no pudo responder. Mientras la escolta lo conducía a su prisión, el Supremo Astrónomo escuchó las órdenes que Molitzmós le expresaba con maneras amables. Y decidió que las cumpliría puntualmente.

En el camino, un hombre de la guardia advirtió que caían luces sobre el establo.

-Es la luna -dijo el príncipe-. Dejemos que lllore.

No era barro cocido y trabajado a punzón; de nuevo no lo era. No era cierto que Bor tuviese su vasija terminada. Tenía, eso sí, mucho que andar por dentro de sí mismo.

El Supremo Astrónomo estaba prisionero en el observatorio de Zabalkán con órdenes precisas por cumplir.

Un soldado sideresio abrió la puerta y arrojó un fardo con todas las hojas de cortezas que habían logrado hallar en la Casa de las Estrellas, además de cueros delgados y trozos de tela basta. Antes de eso le habían traído cinceles y tinta de carbón. El mandato de Molitzmós era claro: Bor debía reproducir los códices sagrados que Drimus había puesto a arder. Con ese fin permanecería en el observatorio porque ése era un sitio privilegiado para la contemplación del movimiento de los astros. Además, debía ser provisto de los instrumentos necesarios. El resto lo harían su singular conocimiento y su memoria.

-El jorobado se equivocó ese día -le había dicho Molitzmós-. La desaparición del pueblo zitzahay y sus astrónomos lo enfureció de tal modo que cometió un error inmenso. Drimus destruyó el conocimiento resguardado en los códices. Y con eso perdimos la verdadera potencia del poder... Tú y yo sabemos que la única eternidad es el conocimiento.

La luna estaba en el mirador, alumbrando el observatorio que Bor había recompuesto hasta donde le fue posible.

-Oye hermana -decía el Supremo Astrónomo con el rostro hacia ella-. Molitzmós me ha encomendado un trabajo que yo haré dos veces. Pero eso sólo será posible si tú me ayudas. Durante el día escribiré los códices que me ordenaron reconstruir. Lo haré con omisiones y distorsiones en el calendario. Errores tan ligeros que pasarán inadvertidos; pero que desvirtuarán lo que allí quede escrito.

La luna, en las Tierras Fértiles, comprendía las palabras de los hombres.

-Durante la noche, en cambio, escribiré lo cierto. Repondré todo lo posible el conocimiento que nos une con nuestros antepasados y con nuestra descendencia. Luego ocultaré esos pergaminos bajo la piedra rectangular, donde los sideresios no podrán descubrirlos. Es por eso que pido tu ayuda, hermana. Deberás venir aquí cada noche para darme luz y sostén. ¿Quién sabe? Tal vez este cautiverio tenga un sentido.

Molitzmós abrió la puerta del observatorio sin anunciarse. Era claro en su vestimenta que iniciaba un viaje.

-Regreso a mi palacio -anunció-. Recuerda que, ante todo, debes trabajar en el Códice Balameb del cual muy poco perdura en el País del Sol. Me importa más que ninguno porque a todos los precede y los explica.

-No es necesario que te diga que el Códice Balameb sólo existe en fragmentos y en versiones que, a veces, parecen opuestas -dijo Bor.

-Aun así -replicó Molitzmós-. Aquello que dice el Códice Balameb es la verdad que nos da origen. Y es la mentira que nos da origen. No hay más remedio para el hombre sabio que reconocerse en los dos materiales de la realidad.

Muy a su pesar, Bor compartía plenamente ese pensamiento.

-Deberás decirles que me proporcionen los instrumentos de observación y medición adecuados -dijo el Supremo Astrónomo-. Muy poco podré hacer sin ellos. Tengo que realizar grandes cálculos y no lograré hacerlos sin la rueda numérica; tengo que trazar mapas del cielo, reconocer ángulos distantes... Y todo aquí ha sido destruido.

- Ya he dado esa orden.

Parecían dos sabios discutiendo acerca de aspectos complejos del conocimiento, y no dos enemigos encarnizados.

-Enviaré regularmente hombres del ejército del País del Sol que tendrán la doble misión de llevarse de aquí lo que hayas terminado, y traer todo lo que demandes.

Molitzmós comenzó a caminar alrededor de la piedra rectangular situada en el exacto centro del observatorio. Viéndolo, Bor sintió que sus planes se desbarataban.

-Por cierto está bellamente tallada -dijo Molitzmós.

-Así es -admitió Bor.

El Supremo Astrónomo sabía que cualquier intento por distraerlo sólo conseguiría alertar la astucia del Señor del Sol. Prefirió, entonces, seguir su juego.

-Procura descubrir la serpiente que recorre la piedra.

-Aquí está su cabeza -Molitzmós reconoció con escasa dificultad el intrincado cuerpo de la serpiente, metido entre constelaciones, símbolos sagrados, pájaros y frutos-. Y allí está el extremo de su cola.

Cuando Molitzmós iba a agacharse para tomar la cabeza de la serpiente en su mano, una nube llegó al cielo para tapar la luna. Las figuras talladas en la piedra se perdieron.

-Y bien -un chasquido de los dedos indicó que el Señor del Sol desistía del asunto-. Me marchó. Sé que cumplirás con lo pactado puesto que de ello depende la vida de los prisioneros.

-No es por eso que cumpliré con mi trabajo -respondió Bor-. Ya he aprendido a no confiar en tus palabras. Ni mi vida ni la de ellos será respetada... Todos nosotros moriremos cuando no nos necesites.

-¿Y entonces? -sin negar ni afirmar, Molitzmós hizo su pregunta-. ¿Por qué lo haces?

-Es mi convencimiento, como el tuyo, que la sabiduría y la memoria no deben perderse. Siempre es mejor que permanezcan, aunque sea en las manos del mayor enemigo. Las Edades transcurrirán más allá de nosotros, de nuestros nombres y nuestros rostros. Los magos del Recinto creen ser dueños de la sabiduría. Pero yo no lo creo, soy mago del Aire Libre.

Molitzmós del Sol caminó hacia la puerta.

-Siempre que hablo contigo acabo lamentando que no estés de mi lado.

Bor se quedó solo y regresó al mirador. La nube se apartó de la luna.

-Debemos trabajar -dijo el Supremo Astrónomo.

A partir de esa noche, Bor despertó muchas veces de sueños breves e incómodos, doblado sobre sus trabajos. Y cada vez que eso ocurrió estuvo la tristeza sentada al borde de su despertar para saludarlo antes que nadie.

Piedras de humo, figuras de barro

Después de la victoria del desierto, el ejército del Venado se hizo invisible. Los guerreros de las Tierras Fértiles no pudieron hacer más que fortalecerse y permanecer ocupando la posición ganada contra el avance de los sideresios hacia el sur.

Pero casi un año del sol había pasado sin que los sideresios se movieran en el territorio.

Cada uno de estos días, Thungür lo aprovechó para el adiestramiento de sus hombres y el acrecentamiento del arsenal.

Los guerreros de las Tierras Fértiles sabían que la guerra regresaría pronto: más gruesa, en cuatro patas, enfurecida. También sabían que eran la única valla entre Misáianes y la vida. Al Increado le bastaba dar un solo paso para tener un pie en su monte, otro pie en Los Confines, y su cabeza agujereando el cielo. Ellos, en cambio, tenían que cabalgar medio continente empujando el aire.

Aunque los Pastores no permanecieron junto al ejército tampoco se alejaron demasiado. Siguieron el rumbo de los guerreros a poca distancia y levantaron sus tiendas en las cercanías, como si tuviesen miedo de andar solos. Thungür les encomendó algunas misiones que ellos realizaron con prontitud. Pero aquel pueblo escualido y abatido se iba de la tierra.

Fue entonces cuando los guerreros que Thungür había enviado a Los Confines regresaron cargados de provisiones.

Con ellos llegó el Padrecito del Paso y un grupo de jóvenes husihuilkes listos para la guerra.

Los jefes de guarnición les dieron, desde el comienzo, igual trato que a todos los demás guerreros. Sin embargo, hablaban acerca de ellos por las noches:

-Recuerda que nosotros aprendimos a guerrear frente a hombres de otros linajes... Las mismas armas de ambos lados, y la misma ley.

-No será así para ellos. Conocerán la batalla en un campo despiadado y desigual.

La llegada del Padrecito maravilló a los niños del pueblo de los Pastores que, a partir de entonces, caminaron en hilera detrás del Brujo. Imitaron sus ademanes y se treparon a sus espaldas. Por su parte, el Padrecito encontró tiempo para moldear con barro pequeñas figuras de animales que eran desconocidos en el desierto.

-Lamento que no tengamos árboles aquí -les decía-, porque entonces podría tejer arneses para ustedes. A los niños husihuilkes les gusta jugar con ellos.

La fabricación de polvo gris fue su primer cometido. Aquélla era la provisión más escasa; y sin la cual, las armas ganadas a los sideresios pronto serían inservibles.

El Brujo escarbó en las sutilezas del color, olfateó hasta el fondo y probó con la punta de la lengua. Todo lo que encontró en el polvo gris le era familiar y amigo, todo lo conocía de cerca.

-¡Todo está aquí, Thungür! -el Brujo gritaba a la distancia-. ¡Todo está aquí, a nuestro alcance!

-¿Qué quieres decirme, Padrecito? -preguntó el jefe husihuilke.

El Brujo respondió agitado:

-¡El polvo gris, Thungür! ¡Podremos hacerlo!

El husihuilke, que estaba curando los cascos de Hunde-la-Tarde, se irguió de inmediato.

-Salitre o, tal vez, ceniza de algas gigantes -el Padrecito levantaba tres dedos-. Salitre, carbón y, ¿sabes qué más? ¿Sabes qué más, Thungür? ¡Piedras de humo! ¡Las mismas que encienden nuestras ancianas en sus curaciones!

Thungür empezaba a sonreír.

-¿Dices salitre, carbón y piedras de humo?

Por la memoria del guerrero pasaron las piedras amarillas que Vieja Kush molía y quemaba, para sanarle algún dolor cuando era niño.

-Y piedras de humo -repitió el Brujo acompañando el recuerdo.

Luego, sin otro motivo que su entusiasmo, el Padrecito volvió a mostrar tres dedos:

-Salitre, carbón y piedras de humo. ¿Puedes creerlo?

Durante ese tiempo, Thungür había dispuesto que las fuerzas se reordenaran en divisiones menores, con un principal de guarnición al frente de cada una. De esta manera extendía el control sobre el territorio y tornaba confusos los datos que pudieran llegar a oídos del ejército de Misáianes. Además, eso le permitiría responder con agilidad ante un ataque sorpresivo de los sideresios.

Thungür galopó sin cansancio de un campamento a otro. Exigió siempre mayor esfuerzo en el adiestramiento, y fue riguroso en los mandatos del honor. Sin embargo, cuando escaseó el alimento, Thungür comió una ración menor que la de sus

hombres. Se desveló con los centinelas contando historias junto al fuego, visitó a los enfermos y, en las noches del desierto, se cubrió con un manto de cuero tan raído como cualquier otro.

Thungür y sus principales coincidían en la necesidad de avanzar sobre el territorio antes de la llegada del siguiente invierno. Determinaron, entonces, abandonar el desierto y cruzar la bahía que los separaba de la Comarca Aislada; porque permanecer detenidos y ocultos en aquel sitio hubiese sido un grave desacierto.

Beleram era, por ese entonces, la estrategia posible para el ejército del Venado. La reconquista de aquella ciudad, aun siendo dificultosa, parecía la única posibilidad de avance.

Había que llegar a la Comarca Aislada, y los hombres pensaban en el mejor modo de hacerlo.

Los dos barcos que habían obtenido en la última batalla contra los sideresios continuaban encallados y solos. Ambas naves estaban muy averiadas. Los guerreros sacaron lo que podía resultarles útil, y luego dejaron de mirarlas.

-Aún así podemos hacer algo para que nos crucen al otro lado de la bahía. Las aguas allí son mansas y el trayecto es corto. De todos modos, será preferible realizar más viajes con menor carga, y revisarlas en cada orilla. Comprende, Thungür, que nos evitaremos un extenso y penoso rodeo por tierra.

Ni los zitzahay ni los husihuilkes eran hombres de mar. No amaban esas naves. Pero era imposible negarse a entender las razones del Padrecito.

-Toma los hombres que necesites -aceptó Thungür-. Utilizaremos los barcos para atravesar la bahía.

El Padrecito había llegado al desierto por decisión de los Brujos de la Tierra.

"Es tuya la parte de estar junto al ejército. Allí harán falta tu virtud de inventar y tu pasión por enmendar y construir."

Y una vez más, lo que parecía insignificante se hizo inmenso.

Muy pronto las dos naves iniciaron sus viajes de costa a costa cargadas de hombres, animales y pertrechos.

Los zitzahay, que conocían el territorio, señalaron a Umag del Gran Manantial como un lugar propicio para establecer los primeros campamentos.

Cerca ya de su partida, Thungür reunió a los Pastores:

-Aquí nos separamos -anunció-. No podemos llevar con nosotros niños y mujeres. Y tampoco a los hombres que quedan para cuidar de ellos. Nos perdimos y nos encontramos, les debemos la muerte y les debemos la vida. Si nuestro continente vuelve a ser libre, nos llamaremos hermanos y comeremos del mismo pan.

Las naves partieron llevándose consigo los últimos guerreros. En la orilla, los niños del desierto arrojaban al aire puñados de arena para decir adiós.

El ejército del Venado estableció sus campamentos en el territorio de Umag del Gran Manantial; ocultos y distantes unos de otros.

Apenas acababan de hacerlo cuando llegaron los primeros jaguares que portaban collares de plumas.

Años atrás, los jaguares habían unido la guerra llevando mensajes desde Dulkancellin a Hoh-Quiú. Ahora, quizás, los hijos de aquellos jaguares eran los que se paraban delante del hijo de aquel guerrero.

Thungür se inclinó para mirar de cerca los ojos del animal que tenía frente a sí. Acarició su lomo y luego desató el mensaje de plumas que traía anudado al cuello.

El mensaje venía del País del Sol y hablaba de un fuerte grupo de resistencia, preparado para sumarse a la guerra contra Misáianes.

En esa ocasión Thungür dejó que el jaguar regresara sin respuesta. Porque el jefe husihuilke estaba aún muy lejos de confiar.

Poco después, otro jaguar llegó en mitad de una noche. Otro, bajo una lluvia torrencial. Y aunque Thungür difícilmente permanecía más de dos días en el mismo campamento, los animales siempre pudieron encontrarlo.

Las visitas de los jaguares se repitieron. Y ellos nunca llevaron tras su rastro ningún mal y ninguna traición. Sólo sus ojos lustrosos, y buenos mensajes.

Thungür, sin embargo, seguía sin dar respuesta.

Al fin, los jaguares anunciaron en su lenguaje de plumas y colores el arribo de un mensajero humano.

Los guerreros, los jefes de guarnición y el propio Thungür comenzaron a alentar una nueva esperanza. Si aquello era cierto y se afianzaba, el destino de las Tierras Fértiles podía soñarse... Un ejército hermano en la madriguera misma de los sideresios era la posibilidad de una victoria que, hasta ese día, pareció un espejismo.

-No responderemos todavía -decidió Thungür, que ya había ordenado reforzar la custodia territorial.

El ejército del Venado se había establecido en una zona que permitía el control y la defensa. Sus campamentos estaban protegidos por los Montes Ceremoniales a lo largo de la costa del Lalafke. La llegada de los sideresios desde Beleram era improbable porque se interponía una región de selva muy espesa; impenetrable para quien no la conociera con los ojos y los oídos, la nariz y las manos, la memoria y el corazón. De ese modo, el territorio de riesgo se limitaba al valle Trece Veces Siete Mil Pájaros; una zona que, por lo demás, era simple de vigilar desde las estribaciones que la rodeaban.

Un día, finalmente, llegó el hombre que los jaguares habían anunciado. Y de inmediato fue conducido hasta Thungür.

-Soy soldado del ejército del Sol... El herrero me envía con grandes palabras.

-¿El herrero...? -interrumpió Thungür.

-Así llamamos a nuestro jefe -la sonrisa del soldado no tuvo ningún reflejo en los que oían, entonces continuó-. Ustedes no respondieron a nuestros mensajes y lo comprendemos. Pero el herrero quiere recordarles que no nos alcanza el tiempo ni las fuerzas para seguir desconfiando unos de otros.

-Ustedes saben quiénes somos nosotros y hacia dónde avanzamos. Nosotros no sabemos quiénes son ustedes -respondió Thungür.

El soldado del País del Sol dio las primeras explicaciones:

-Las Casas de la nobleza se han unido en una alianza contra Molitzmós, el hombre que es príncipe por un pacto con Misáianes. El que mancilló su propio escudo y el destino de todos. Nosotros no podremos vencer a los sideresios, ustedes tampoco podrán. La resistencia del Sol pide una alianza, un ataque que sume las dos fuerzas para enfrentar otra que no seríamos capaces de abarcar en soledad.

Quienes oyeron al soldado supieron que decía la verdad. Sin embargo, ninguno insinuó un asentimiento.

-¿Y Molitzmós...? -preguntó el jefe husihuilke-. ¿Qué hace ahora?

El semblante del soldado se enturbió.

-Acaba de regresar de Beleram con un obsequio para Misáianes.

La inesperada respuesta inquietó hondamente a todos. Thungür pidió al soldado que se explicara.

Y el soldado narró los hechos desde la llegada de una mujer llamada Acila al palacio de mando hasta el sorpresivo viaje de Molitzmós a la Comarca Aislada. Y contó el regreso del príncipe gobernante, anunciando que había tomado prisioneros a Bor y a una pequeña aldea zitzahay que halló oculta en la selva.

El pensamiento de Thungür ya estaba galopando hacia Beleram, cuando la voz del soldado le cortó el camino.

-Pero hay algo más -dijo-. Una flota de gran poderío llega de las Tierras Antiguas. Y está tan próxima que no es posible intentar ningún movimiento antes de su arribo. La resistencia del Sol te pide que obres con calma y junto a nosotros. La flota enemiga ya está llegando, la aldea zitzahay ya está prisionera..., ninguna prisa cambiará eso. Ahora es mejor ajustar las fuerzas y acrecentarlas en una alianza. Es la única esperanza que nos queda.

El soldado partió, igual que los jaguares, sin llevar consigo ninguna promesa.

Pero, igual que los jaguares, otros soldados continuaron llegando. Y aunque Thungür mantenía los más severos cuidados, la idea de un ataque conjunto cobraba fuerza entre el ejército del Venado.

Thungür y sus jefes de guarnición comprendieron que un ataque a Beleram sólo lograría desgastarlos y reducir sus posibilidades para enfrentarse a la flota que llegaba.

La resistencia del País del Sol les estaba ofreciendo la posibilidad de una victoria. ¿Cómo desconocer un arma en las manos? ¿Cómo negar el único destello que les permitía vislumbrar algo más que una muerte honrosa en el campo de batalla?

Thungür, sin embargo, no iba a desproteger a la aldea zitzahay y al Supremo Astrónomo. De inmediato dio una orden que las infinitas voces de las criaturas llevaron hacia Los Confines:

"Cucub, viajarás tan rápido como el viento".

Un largo sueño como un largo viaje

Es deber afirmar, para ayudar al justo entendimiento de estos hechos, que en aquellos tiempos y lugares los sueños de las criaturas tenían la consistencia de la vigilia. Y cada sueño era un camino, como cualquier otro de tierra, por donde iban y venían preguntas, mensajes, señales y órdenes. Será bueno recordar que los sueños de entonces poseían anchura y extensión, duración y profundidad como cualquier bosque.

Al regreso de su viaje a Beleram, Molitzmós buscó a su esposa Acila para celebrar con ella la ganancia de su misión.

-Imagina el estupor de los sideresios cuando nos vieron lograr, con una sola incursión a la selva, lo que jamás lograron ellos.

El Señor del Sol se exaltó narrando la desolación de Bor.

-Primero envié a decirle que proteger su vida a costa de la vida de su aldea era obrar contra el Aire Libre. Y él lo creyó. Más tarde, cuando ya era mi prisionero, le dije que había obrado como gente del Recinto creyendo que su sola vida valía por la de toda su gente. Y también lo creyó. ¡Ve, Acila, cómo toda cosa bien dicha se parece a la verdad! Ésa es una virtud que Misáianes apreciará sobre cualquier otra.

Acila se mostraba entusiasmada por el relato, pero al mismo tiempo deseosa de interrumpirlo. Molitzmós observó su impaciencia:

-¿Por qué estás retorciéndote las manos? -le preguntó-. Creí que disfrutarías escuchando los pormenores del viaje hacia el cual me impulsaste.

Acila iba a disfrutar oyendo ese relato luego de ponerlo al tanto de las novedades.

-¿Novedades...? ¿De qué novedades hablas?

El viaje hasta Beleram, los días pasados en la selva, su permanencia en la Casa de las Estrellas en procura de afianzar su autoridad ante los sideresios, más el viaje de regreso acabaron siendo una ausencia de muchos soles.

-No tienes que decirme eso, Acila. Lo sé mejor que nadie.

Lo que Molitzmós no sabía era que, apenas antes de su llegada, el palacio de mando se había sobresaltado con noticias que exaltaron a los sideresios y les devolvieron su habitual insolencia, si en algo la habían perdido.

-¿Cuál es el asunto? -preguntó Molitzmós.

-Barcos -le dijo Acila.

Muchos barcos llegaban por el Yentru. Lengua Demorada dijo estar segura de que en esa flota viajaba el destino que el Amo había dispuesto para Molitzmós.

-También yo estoy seguro de eso -por vez primera, desde que la había desposado, el príncipe deseó abrazar a Acila. Pero no supo hacerlo.

Molitzmós y Acila esperaron juntos. Y en los últimos días del invierno supieron que la flota de los sideresios ya navegaba cerca de los muelles.

Molitzmós quiso ir a recibirlos. Pero de nuevo fue su esposa quien le hizo comprender cuál era su lugar de gobernante. Molitzmós del Sol no podía bajar al puerto...

Los mandos sideresios debían conducir hasta su trono a quien detentara el mayor rango de la comitiva.

Y ése era Flauro, primer jefe de armas de toda la flota, sin nadie por encima de él. Porque no había magos en ese viaje, no había Doctrinador.

Flauro se dirigió a Molitzmós con parquedad, aunque sin desprecio.

-Molitzmós del Sol -dijo-: He traído conmigo una pócima que deberás beber. Es orden de Misáianes que se haga de inmediato. La beberás y dormirás durante días. Ordena el Amo Eterno que te dejes ir por el sueño porque ese camino te conducirá hacia sus deseos.

Esa misma noche, las habitaciones del príncipe estaban dispuestas. Molitzmós, recostado en almohadones, se mostraba sereno. No era la primera vez que pondría su cuerpo al servicio de su promesa. Ya en la primera guerra del Venado contra las fuerzas de Misáianes, los dormitivos le facilitaron el mantenimiento de su estrategia y la prolongación del engaño que había tramado.

De un lado de su cama estaba Acila; del otro estaba Flauro ofreciéndole un pequeño recipiente de cristal tallado.

Molitzmós del Sol recibió la botella que contenía un sorbo límpido y una hebra plateada.

Acila le tomó con firmeza la otra mano. Molitzmós llevó hacia atrás su cabeza, y bebió de un solo golpe. Luego le devolvió a Flauro la botella vacía, y se reclinó a esperar su suerte.

-Por favor -dijo mirando a Lengua Demorada-, recuerda para mí algún antiguo poema.

Acila escogió uno que contaba sobre el lejano nacimiento del Kukul, pájaro sagrado de alas verdeazules. Sin embargo, no alcanzó a terminarlo. Flauro y Acila se miraron por sobre el hombre dormido:

-Ahora, dejémoslo -dijo el capitán de Misáianes-. Dormirá durante mucho tiempo.

Pero el poco y el mucho transcurren y acaban. El poco encuentra su fin, y también lo encuentra el mucho.

Mientras duró el sueño de Molitzmós, Flauro se enseñoreó del palacio y de la ciudad. Tomó decisiones y modificó lo que estaba dispuesto. Los sideresios del País del Sol y de Beleram acataron su mando. Los soldados de Sol soportaron nuevas humillaciones en silencio.

Empezaba otro verano cuando Molitzmós despertó de su sueño. Lo primero que vio fue el rostro de Acila.

-Atravesé el Yentru -Molitzmós se movió agitado-. Era el Yentru...

Acila le pidió que esperara a despertar por completo para hablar sobre su sueño.

-¿Por qué lo llamas sueño, Acila? -preguntó el príncipe-. No soñé el Yentru; lo atravesé en una nave oscura y en compañía de unos pocos hombres. Aún recuerdo la desazón de mi estómago a causa del movimiento del mar.

Acila le respondió que la desazón de estómago también podía soñarse.

-Puede ser -aceptó Molitzmós-. Puede ser...

Entonces decidió hacer lo que su esposa le pedía. Posiblemente cuando terminara de despertar podría saber si había cruzado el mar. O si, en cambio, no había abandonado su lecho.

Después de un sopor prolongado, entrando y saliendo del sueño, Molitzmós despertó por completo. Para cuando eso ocurrió, había otra persona en la habitación además de Acila. Flauro estaba allí, deseoso también de escuchar lo que Molitzmós tenía para decirles.

-Si fue o no un sueño, eso ya no importa -comenzó diciendo Molitzmós.

Acila estuvo de acuerdo.

-Llegué a las costas de las Tierras Antiguas. Y durante todo el tiempo que estuve allí no cesó de atardecer... Atardecía y atardecía sin llegar nunca a ser noche plena.

Acila murmuró que eso se llamaba agonía del cielo. Flauro la miró con recelo. Y Molitzmós, demasiado absorto en sus recuerdos, no advirtió que acababa de revelarse entre Lengua Demorada y el capitán de Misáianes una rivalidad que luego sería decisiva.

-Eran las costas pantanosas de la Región de Léuster -continuó.- En ese lugar me aguardaban dos hombres montados y un animal bien guarnecido para mí. Comenzamos a avanzar hacia el este por un camino cubierto de escarcha que, durante largo trecho, siguió a un río -Molitzmós se corrigió-. No era un río, en verdad, sino un torrente de barro que descendía a borbotones por un cauce inclinado y profundo.

No recuerdo haber bebido o comido durante esa larga travesía. Tampoco nos detuvimos para dormir o descansar sino hasta llegar a un bosque. Había en él muchos árboles caídos, y otros que tenían su fronda rala y carcomida. Nadie me dijo el nombre de ese sitio; pero sé que era el Bosque de Púas, cercano al monte de Misáianes. Por fin, apareció el sitio hacia el cual me guiaban. Vi un muro de piedras negras y forma circular que traspusimos por un portal levadizo. Después cruzamos un puente tendido sobre una fosa llena de fuego, tan estrecho que no alcanzaba para dos hombres montados a la par. El puente acababa en un muro almenado y más alto que el anterior. En él ya no había portales, solamente grandes arcos bajos los cuales pasamos sin dificultad. Al fondo de un vasto emplazamiento desnudo, se erguía la imponente construcción que congrega a los Venerables del Recinto... Apenas la tuve ante los ojos, escuché un poderoso sonido de metal anunciando mi arribo.

Acila y Flauro esperaban por lo más importante.

-Ellos... -el Señor del Sol supo que sería difícil describir la grandiosidad que había conocido-. Los magos ocupaban siales dispuestos en gradas escalonadas. Y brillaban en sus vestiduras. Algunos se cubrían la cabeza con caperuzas; otros con cofias oscuras, tal como la que usaba Drimus. Todos me miraron y me conocieron. Pero solamente uno habló. Y ése se diferenciaba de los demás por ser el único que usaba un casco formado por arcos de metal del que colgaban, por detrás, dos pesadas cadenas.

Acila comenzaba a desanudar una pregunta. Su esposo adivinó lo que deseaba saber y se adelantó a responderle.

-No lo vi -dijo Molitzmós-. No vi a Misáianes. Ni siquiera pude oír el ladrido que a veces, dicen, arrastra el viento. Tan

sólo reconocí a la distancia la silueta de los montes Nóferos, donde está su trono. Es una cadena escabrosa que corre de este a oeste. Más allá se extienden los mantos de hielo.

Acila parecía decepcionada. Molitzmós abandonó el lecho y caminó hasta un ventanal para mirar su reino.

-No vi al Amo -repitió-. Pero por voz de los magos del Recinto recibí su unción.

Molitzmós se volvió hacia quienes lo escuchaban. La evidente desconfianza de Flauro lo exasperó:

-Cuéntame lo que ha ocurrido en el palacio durante mi ausencia -su requerimiento sonó distraído.

Acila eligió contarle los cambios dispuestos por el capitán de Misáianes. En especial, las nuevas afrentas que habían recibido los soldados del Sol; cada vez más apartados de su dignidad.

Pero Molitzmós pasó por alto aquella noticia. Continuaba pensando en su viaje.

-Hay algo que no quise mencionar frente a Flauro -dijo.

Acila le preguntó a qué se refería.

-A un mago -respondió su esposo-. Un mago de ojos azules y largo cabello plateado que me miraba de un modo extraño.

-¿Odio? -preguntó Acila.

-No era odio. -respondió Molitzmós.

Acila tardó para decir furia.

-No era furia.

Lengua Demorada demandó saber qué había en esos ojos para que Molitzmós los recordara entre todos los otros. Molitzmós la atrajo hacia sí:

-Sus ojos reflejaban los días venideros -respondió.

Entonces Acila preguntó cómo eran los días venideros que se reflejaban en los ojos de un mago de las Tierras Antiguas.

-No quise saberlo -dijo su esposo.

Quizás para olvidarse de los ojos azules que brillaban en la oscuridad de una caperuza de piel de cordero, buscó la frente de Acila. Buscó la línea esbelta de su nariz, y el contorno tartamudo de su boca.

En ese tiempo, los sueños de las criaturas tenían la consistencia de la vigilia. Y tenían duración y profundidad como cualquier mujer.

Un hombre abandonaba Umag del Gran Manantial con dirección al este. Su torso desnudo volcado hacia adelante, pegado al cuero húmedo y caliente del animal que montaba. Llevaba los ojos entrecerrados para transformar el mundo en una línea, y de ese modo llegar más rápido. El destino de su viaje eran los parajes donde el valle se encajonaba contra unos riscos; las primeras elevaciones que, hacia el norte, se transformaban en los montes Dientes de Jaguar. En ese encajonamiento había una zona de cuevas bien disimuladas y muy difíciles de hallar para quien no conociera el territorio.

Pocos soles atrás, una guarnición de avanzada que vigilaba la orilla oeste del río Uno Amarillo interceptó a un grupo de zitzahay que había abandonado la selva.

-Eso queríamos -dijeron-. Encontrarlos a ustedes.

Y agregaron que traían graves noticias que sólo le comunicarían al jefe husihuilke. Apenas lo supo, Thungür dio orden de llevar a los zitzahay hasta las cuevas del valle. Él apuraría el encuentro galopando hasta allí.

El husihuilke conocía sobradamente el asunto enorme que había sacado al pueblo zitzahay de sus aldeas silenciosas. El cautiverio de Bor y de sus hermanos era, sin duda, la causa que debió decidirlos a salir de la selva para pedir ayuda.

Durante su permanencia en el desierto, el cuerpo de Thungür se había apretado más aún a sus músculos.

"Muy pronto, Thungür merecerá ser nombrado como su padre, diez veces guerrero", hubiesen dicho los ancianos del consejo husihuilke.

"Él no es tan bello como lo era Kume. Y sin embargo conmueve como un gran árbol contra el viento", hubiese dicho Vieja Kush.

Thungür se apeó de Hunde-la-Tarde palmeándole el cuello fuerte y dándole las gracias igual que lo hacía siempre al final de un camino. Enseguida los zitzahay lo rodearon. El guerrero caminó con ellos hasta el interior húmedo de una cueva.

-Un soldado del País del Sol fue quien nos contó lo ocurrido en el interior de la selva -dijo. Y agregó-. Ahora quiero que ustedes mismos me digan qué sucedió.

-Fui yo mismo -la respuesta salió lenta de la boca del zitzahay-. Caminé repitiendo el mensaje de Molitzmós.

El zitzahay continuó tras el hilo de su desconsuelo.

—Una ardilla me escuchó y corrió con el mensaje entre las matas de hierba. Pienso que, quizás, encontró a otro hombre. Y este hombre, a una semilla voladora.

Thungür comprendió que sería inútil apurar el relato. El hombre que tenía frente a sí masticaba su arrepentimiento.

-Nuestra aldea celebraba la noche cuando llovió dorado sobre nosotros. Lágrimas de la luna que nos advertía...

De a poco, Thungür supo lo que los soldados del Sol no pudieron contarle.

-Sabemos que Bor llegó en soledad hasta la Casa de las Estrellas, donde está prisionero. Y que nuestra aldea muere en los corrales -el zitzahay hizo silencio.

El jefe husihuilke explicó todo cuanto era posible en aquel momento.

-Vuelvan a la selva -dijo Thungür-. Recorran las aldeas ocultas avisando a todos que se preparen. Y aguarden, que ya está en camino un hombre capaz de llevar adelante una guerra de ojos entrecerrados. Zitzahay como ustedes. Músico y guerrero.

El husihuilke regresó a su campamento pensando en Cucub. "Hermano, viaja tan rápido como el viento y no cargues contigo nada que pueda demorarte."

Detrás de una Puerta que se abre cada cincuenta y dos años del sol vive el Clan de los Búhos, custodios del Tiempo Mágico. Custodios, por eso, de los símbolos.

En el Tiempo Mágico, que no está arriba ni está abajo, se preserva el verdadero rostro de las cosas creadas.

No hay música en el Tiempo Mágico, sino el símbolo de la música. No hay agua ni fuego, están sus símbolos.

¿Y si hubiese árbol, pez y estrella? Sería lo mismo.

¿Y si estuviese Zabrankán? Sería lo mismo.

¿Y cuál es el símbolo de Zabrankán? Su verdadero rostro.

Y dime, ¿qué ocurre cada cincuenta dos años solares? Cada cincuenta dos años solares se renueva el ciclo, y la Puerta se abre.

¿Y para qué dices tú que la Puerta se abre? Para que la Creación se reencuentre con sus huesos y renazca.

Al atravesar el pueblo zitzahay la hoguera sagrada, en el día indicado, pasó del tiempo solar al Tiempo Mágico; de la carne transitoria a la perpetuidad. Así quedó preservado su fundamento. Porque aquello que en el tiempo solar es abatido puede refundarse desde sus huesos; puede renacer desde sus símbolos.

¿Y que dices tú que es el tiempo solar? Es el tiempo que nos va dejando.

¿Y que dices tú que es el Tiempo Mágico? La eternidad.

Ahora comprendo lo que Zabrankán quiso decirnos el día de la partida por el fuego, mostrándonos un carozo de ciruela.

"Ésta es una ciruela. Y éste es su carozo. Si pudiéramos poner este carozo a salvo de toda destrucción y sembrarlo dentro de muchos años, recuperaríamos las ciruelas. No esta ciruela; aunque quizás, sí. Como sea, recuperaríamos el propósito de las ciruelas."

¿Y qué comprendes ahora?

Comprendo que del otro lado de la Puerta un pequeño carozo puede ser, como tú dices, el verdadero rostro de la vida.

Cucub estaba sentado bajo el nogal que crecía a mitad de camino entre la casa y el bosque, trabajando sobre un trozo de madera blanca. A un lado tenía las piezas terminadas.

Como vio acercarse a Kuy-Kuyén se quitó el manto que llevaba puesto y cubrió todo, aun la madera que tallaba. Faltaban pocos soles para que Kuy-Kuyén tuviera a su séptimo hijo; por esa causa caminaba lentamente y sonreía grande.

-No vas a persuadirme con la sonrisa que traes puesta -dijo Cucub-. Les advertí que no verán esto sino hasta mañana.

-No he venido a espiar lo que haces -respondió su esposa. Y le tendió la mano para pedirle que la ayudara a sentarse a su lado.

-Si vienes a visitarme, debo decirte que no es el mejor momento -Cucub se apretaba los dedos entumecidos-. Quedan pocas horas de luz y quiero terminar mi trabajo.

-Nanahuatli está llorando -dijo Kuy-Kuyén.

Cucub no respondió, pero su rostro delató el disgusto que aquella situación le ocasionaba. Sin embargo, Kuy-Kuyén se animó a ir un poco más lejos.

-¿No hay modo de que la lleves contigo?

-Déjame que sea yo el que pregunte -pidió Cucub-. ¿No te expliqué con claridad las causas que tengo para negarme a su pedido?

-Lo explicaste bien -admitió Kuy-Kuyén-. Lo explicaste muy bien. Pero si vuelves a pensarlo, tal vez...

-¡No! -el rostro de Cucub se veía serio-. Si vuelvo a pensarlo, seguiré diciendo no. Y si el llanto de Nanahuatli es tan copioso que se confunde con la temporada de lluvias, seguiré diciendo que no. Tú puedes pasar toda la noche tratando de convencerme, y yo diré no, no y no. ¿Lo puedes entender?

Raras veces Cucub abandonaba el juego y, mucho menos, perdía la calma. Kuy-Kuyén sabía que, cuando eso pasaba, era porque algo lo estaba forzando a ir contra su natural ternura.

-Discúlpame -le dijo.

Pero los enojos de Cucub, lo mismo que su dueño, se reían de sí mismos.

-¡Ya ves que ni la ira destruye el buen decir de un zitzahay! ¿Cuántos enojos hablan de llantos como de lluvias copiosas? Un husihuilke sólo te hubiese dicho: No, mujer.

Cerca de una nueva temporada de lluvias, la segunda desde su regreso, Cucub preparaba su partida. Durante ese tiempo muchas cosas habían sucedido. Y aunque el ejército de Misáianes estaba lejos en el territorio, no lo estaban sus males.

En Los Confines nada guardaba su sitio: ni el cielo, ni los zapallos.

Aquel tiempo fue, para el pueblo husihuilke, una brumosa espera tras la cual se veían los contornos de mayores males. Los guerreros no habían regresado. Los Brujos de la Tierra permanecían desparramados y ocupados en sus prodigiosos asuntos. La Destrenzada recorría las noches del bosque sin que nadie supiera quién era, o qué buscaba. Las bestias negras ya habían atravesado el Pantanoso, y merodeaban las aldeas del norte.

Mientras tanto, Nanahuatli estuvo esperando; segura de que Cucub la llevaría consigo cuando tuviera que regresar junto al ejército. Pero llegado el momento, el zitzahay dijo que no.

-No puedo llevarte conmigo, Nanahuatli. Thungür me manda llamar y ordena que cabalgue más rápido que el viento. No sé lo que sucede, pero debo obedecer. Piensa que no me es posible esperar el nacimiento de mi hijo. ¡Mucho menos cargarte en tan arduo camino!

-No te demoraré. Pesaré menos que tu odre de agua.

La princesa mantenía corta una mitad de su cabellera; la trenza que le había enviado a Thungür no volvería a crecer sino hasta que estuviesen juntos.

-¡Me demorarás! Lo harías aun cuando lo que dices sea cierto. Entiende esto, Nanahuatli, tan grande es mi urgencia que no puedo cargar dos odres. Tengo muchos encargos que realizar antes de llegar con el ejército, y tu presencia me estorbaría.

Cucub se alejaba cuando oyó el murmullo furioso de la mujer:

-Princesa, tendrás tu noble ira como consuelo -respondió Cucub sin darse vuelta.

Días atrás, Tres Rostros lo había convocado hasta la orilla del agua. Y allí, metido en la corriente, casi desdibujado, el Brujo le comunicó a Cucub la orden que Thungür había enviado. Y nada en el mundo le impediría cumplirla. El zitzahay

sabía que era inútil intentar que Nanahuatli aceptara lo que aceptaban muchas mujeres en Los Confines: aguardar a un guerrero que más se esforzaría en pelear que en volver.

Esa misma noche, Cucub se revolvía inquieto al lado de su esposa.

-Son sus sollozos -dijo Kuy-Kuyén.

-¡Claro que son sus sollozos! -se quejó Cucub- ¿Quién puede dormir escuchándolos?

El silencio de alrededor tampoco era el de antes. No era silencio del bosque descansando, sino del bosque alerta.

-Kuy-Kuyén -llamó su esposo-. ¿Volverás a ganar este año el derecho de la lluvia?

-Es posible -sonrió ella.

Desde la muerte de Vieja Kush había sido Kuy-Kuyén quien, cada año, había escuchado caer la lluvia antes que nadie en la casa.

-Me gustaría estar aquí para verte bailar con los niños.

Todavía no comenzaba el amanecer, pero la familia ya estaba en pie y reunida junto al fuego para despedir a Cucub. Todos, con excepción de Nanahuatli, ocupaban su lugar en el círculo y bebían agua de menta.

Se acercaba la hora de partir. Cucub se levantó para buscar la sorpresa en la que había trabajado y que continuaba envuelta en su manto.

Con los ademanes lentos y exagerados de mostrar maravillas, Cucub fue abriendo uno a uno los extremos del manto. En el centro, había una confusión de maderas superpuestas que a la escasa luz del aceite no se distinguían en absoluto. El zitzahay tomó uno de aquellos objetos y lo colocó frente a la lámpara. Ante todos apareció un rostro de madera.

-Máscaras -dijo Cucub.

Eran rostros tallados con facciones irregulares. Sobre los ojos ahuecados, Cucub había colocado gruesas cejas de pelo de ardilla.

El zitzahay las fue mostrando una a una, siempre colocándolas frente a la lumbre, de manera que detrás de los orificios calados para los ojos y la boca se viera la luz del fuego.

Había seis máscaras para los niños, una para Kuy-Kuyén, otra para Wilkilén. Y una muy pequeña para el que pronto nacería.

-Ésta es para Nanahuatli -le dijo Cucub a Kuy-Kuyén-. Se la darás cuando deje de llorar.

Los niños y Wilkilén sostenían las máscaras contra sus rostros, y se asustaban entre sí.

-No es así... No es para eso -dijo Cucub. Y las máscaras descendieron asombradas.

-No son para el juego.

La familia se quedó esperando.

-Deben guardarlas -continuó Cucub-. Cada quien la suya, y hasta mi regreso.

-¿Y para qué guardamos y no jugamos con estas caras que nos diste? -Wilkilén hablaba por todos los niños.

-Verán... -Cucub era el mejor disimulador de tristezas-. Si un día viene a nuestra casa la enfermedad preguntando por alguno de ustedes, ése que ella nombró correrá a ponerse su máscara para que la enfermedad no pueda reconocerlo.

Los niños se rieron. Y Kuy-Kuyén entendió otra vez por qué amaba a ese hombre.

-Tomemos, por ejemplo, a Kutral... -Cucub comenzó a representar a un personaje de feo aspecto-. Aparece por aquí la enfermedad, y pregunta por él. Todos los demás responden que no saben dónde está. Y entonces, ¡cuidado!, ella los mira con detenimiento. Pero Kutral lleva puesta su máscara. Entonces, la enfermedad no puede reconocerlo. Se tira del cabello, se muerde las manos. Pero, por fin, se marcha sin nadie.

—¿Y si viene a buscarnos la jauría negra? -preguntó Shampalwe, su hija mayor.

Cucub ensanchó la sonrisa para no perderla.

-La jauría negra no llegará a Paso de los Remolinos -y agregó para sí—. Es por eso que debo irme ahora mismo.

Kuy-Kuyén lo acompañó hasta el nogal, el sitio donde se habían despedido muchas veces. Y donde muchas veces se habían reencontrado. Amanecía. Cucub abrazó a su esposa, y amaneció dos veces.

-Kuy-Kuyén... -dijo acariciándole el rostro-. La que no se fatiga de dar a luz.

-Debo pedirte algo -Kuy-Kuyén pensó que mejor era pedir qué llorar-. Cuando encuentres a Thungür, háblale del amor de Nanahuatli.

-Y a ti, ¿quién te hablará de mi amor?

Cucub taconeó a Fuego Negro. El animal relinchó y empezó a alejarse.

-¡Canta tu canción! -gritó Kuy-Kuyén cuando Cucub llegaba al bosque.

“Sí y no. Así son nuestras canciones... Las palabras no cambian, pero cambia el modo de ordenarlas. Nos gusta que sean así porque de ese modo nos acompañan cuando estamos tristes y también cuando estamos alegres, en los días sin sol y en las noches sin luna. Cuando volvemos y cuando partimos.”

De tanto tener los brazos encogidos a los costados del pecho, la posición se le hizo indispensable. Al principio, el lugar del rozamiento fue doloroso. La carne se inflamó y se cubrió de llagas. Cuando las llagas se rompieron, el sudor ardió en las quemaduras. Luego las heridas sanaron lentamente. El Brujo ya casi no estiraba los brazos. El Halcón se había ganado las alas.

Era un ave absurda, un pájaro sin cielo, una criatura repartida entre dos mundos: estaba aquí y veía allá, atravesaba en vuelo el continente y seguía encorvado en su nido de tierra.

Nanahuatli había abandonado la casa de Kuy-Kuyén. Y después de perder el camino y reencontrarlo, llegó a la Puerta de la Lechuza un atardecer frío y oscuro, cuando la temporada de lluvias estaba cerca.

-¿Qué haces aquí, mujer? -graznó el Brujo.

Nanahuatli corrió hacia él y se arrodilló para abrazarlo.

-Te he extrañado, Halcón -decía. Y besaba la cabeza arisca que peleaba por librarse de sus besos.

-Respóndeme... ¿Qué estás haciendo aquí?

Nanahuatli se apartó riendo:

-No puedo entender lo que dices.

El Brujo Halcón intentó desandar el largo aprendizaje del graznido. Y aunque lo logró mal y apenas, fue suficiente para que la mujer lo entendiera.

-¿Por qué abandonaste la casa donde te cuidaron y te amaron?

-Cucub no quiso llevarme con él -respondió Nanahuatli.

-Y entonces tú te enfureciste y te marchaste sin dar aviso -adivinó el Brujo.

-Así es... -aceptó la mujer-. Si debo esperar a Thungür, lo haré en el mejor sitio.

-¿Y ese sitio es éste?

El Brujo Halcón comprendió que él no contaba en la decisión de Nanahuatli.

-¡Claro que es éste! Sólo tú puedes darme noticias precisas sobre Thungür -Nanahuatli se atrevía a decirle al Halcón lo que no le había confesado ni siquiera a Kuy-Kuyén-. Sólo una vez volví a tocarlo desde las noches del cañaveral. Y eso ocurrió gracias a ti, en la copa de un enorme árbol.

Pero el Brujo regresó al problema:

-No puedes permanecer aquí. Ya está cerca la temporada de lluvias.

-He pasado por una -respondió Nanahuatli.

-Entonces, estabas a resguardo en un buen hogar.

-Ahora mi buen hogar será tu nido.

El Brujo Halcón se movió intranquilo. Debía lograr que esa mujer regresara a casa de Kuy-Kuyén; pero tal vez no quería hacerlo.

-Además -continuó—, hace ya mucho tiempo que no veo al ejército. Y tampoco a su jefe. Ellos cruzaron la Mansa Lallafke, están ocultos en territorio de la Comarca Aislada. No llega tan lejos el Ahijador.

-Llegará si se lo pides.

-Llegaremos si es necesario. Lo haremos cuando lo exija la guerra... ¡La guerra, Nanahuatli, y no tu capricho!

En la Puerta de la Lechuza oscurecía antes que en el resto del bosque.

-El Ahijador sobrevoló una vez la casa de Kush -cuando el Brujo decía Kush era porque estaba hablando con la última voz de Piukemán-. En esa ocasión te vi jugando con los niños, y parecías feliz Nanahuatli quería olvidar la casa de madera en la que había vivido, esperando el momento de partir al encuentro de Thungür.

-¿Y qué estás viendo ahora? -preguntó la mujer, quitando del cabello del Brujo briznas y hojas secas.

-Tú no conseguirás alejarme del asunto.

-Y tú no conseguirás alejarme de aquí -Nanahuatli tironeaba de una ramita que no quería salir del cabello enredado del Brujo-. Esta ramita se queda contigo, lo mismo que yo.

Otra vez esa mujer le había ganado. El Brujo buscó el modo más áspero de ceder.

-¡Te construirás tu propio nido! -graznó.

Después se quedaron en silencio, uno junto al otro, escuchando el inicio de la noche. En un rato estaban dormidos. Mientras tanto, el Ahijador volaba sobre el bosque. Y todo cuanto él veía, el Brujo Halcón lo soñaba.

El Ahijador veía frondas, y el Halcón las veía; el Ahijador vio guarecerse a los animales diurnos y salir a los animales de la noche, y el Halcón lo vio igual. El Ahijador vio a una mujer andando sola por senderos difíciles, y entonces el Brujo Halcón se despertó sobresaltado.

-¿Qué ocurre? -preguntó Nanahuatli, que despertó a causa del movimiento brusco.

-La Destrenzada -murmuró el Halcón-. Ahí va la Destrenzada...

Nanahuatli, igual que todos en Los Confines, había oído sobre ella. Cucub y Kuy-Kuyén la mencionaban a menudo, y los niños siempre pedían que repitieran lo nuevo que se sabía acerca de la extraña presencia que andaba por las noches del bosque.

Ese mismo año del sol, unos cazadores la habían visto por primera vez. Ellos contaron que se trataba de una joven mujer, tan delgada como una niña, que tenía en su cabellera las marcas de unas trenzas recién desatadas.

-La pobre Destrenzada anda por el bosque de aquí para allá, sin un sentido -solía decir la gente-. Y andar sin sentido por las noches del bosque es cosa de los que están locos o de los que están muertos.

-Ni una cosa ni la otra -dijo el Halcón-. Ella no está loca ni está muerta.

Nanahuatli se interesó tanto por ese comentario que se incorporó completamente.

-¡Cuéntame! -pidió-. ¿Qué sabes de la Destrenzada?

-La veo cuando el Ahijador recorre estos lados del bosque.

-¿La estás viendo ahora mismo?

-La estoy viendo.

-¿Y qué hace? -siguió preguntando Nanahuatli.

-Lo de siempre -respondió el Brujo Halcón-. Busca a su amado.

Entonces, los sentimientos de Nanahuatli se confundieron.

La que amaba, sintió ternura. La que había recorrido el continente, se irritó y se puso desafiante; quizás porque pretendía sólo para ella las proezas de amor.

-Ya se han encontrado. Puedo verla con nitidez porque los ojos del hombre la iluminan -dijo el Halcón. Y agregó—. Sonríe... Siempre la sonrisa le resultó simple.

Las últimas palabras revelaron que el Brujo conocía el nombre de la Destrenzada. Nanahuatli dio por cierto que si el Halcón lo sabía, también ella debía saberlo.

-Dime quién es la Destrenzada. Tú lo sabes.

-No lo diré, Nanahuatli -respondió el Brujo.

La princesa insistió utilizando todos los tonos de su voz. Pero la respuesta del Brujo Halcón fue siempre la misma.

-Es inútil, Nanahuatli. Jamás te lo diré.

Entonces la furia de Nanahuatli fue más fuerte que todos sus modales. Tomó con las dos manos el rostro del Brujo Halcón y lo volvió hacia ella:

-¿Por qué la proteges tanto? ¿Quién es esa andrajosa mujer que pones por encima de mí?

Pegado al grito destemplado de la princesa, casi sin dejarla terminar de decir, el Brujo Halcón sacudió los brazos, alzó la cabeza en un graznido agudo y empujó a Nanahuatli, que cayó de espaldas en la tierra. Pálida de miedo, ella vio sobre sí el rostro del pájaro deformado por la ira, y sintió las garras clavadas en sus brazos.

-¡Encuentra tu límite! ¡Encuentra el límite de tu vanidad y de tu ingratitud! ¡Hazlo, mujer, o márchate ahora mismo y para siempre!

Después de aquello el silencio del bosque pareció más profundo. El Halcón se separó con lentitud de la princesa y regresó a su sitio.

Apenas estuvo libre, Nanahuatli se puso de pie tiritando. Vaciló un momento mirando el sendero por donde había llegado.

-Me marcho en busca de Thungür -dijo con voz mordida-. Ya no tendrán que cuidar de mí, ni yo tendré que agradecerles a cada paso la protección que me dispensan.

Sin vacilaciones, la princesa se alejó dispuesta a desandar el continente; tanto como una vez lo había estado. Sólo que ahora debería hacerlo bajo la lluvia torrencial de Los Confines.

Nanahuatli ya se había alejado lo suficiente de la Puerta de la Lechuza. Podía detenerse a sentir miedo y frío sin correr el riesgo de que un Brujo con hábitos de pájaro la oyera perder su ánimo de princesa. Se dejó caer a los pies de un árbol y comenzó a sollozar bajito por si acaso el oído del Halcón estuviese más cerca que el Halcón mismo.

La temporada de lluvias que cada año llegaba a Los Confines, se aproximaba. Y eso era sencillo de notar aún para alguien que venía del País del Sol. El viento ya casi no cesaba de sacudir el bosque, pocas criaturas recorrían los senderos, y no había frutos para alimentarse. Nanahuatli también sabía que apenas comenzara la lluvia torrencial, las aguas para beber, que en la buena estación eran abundantes, se pondrían barrosas e inservibles.

Muy distinto había sido su viaje desde el norte; porque entonces anduvo por caminos soleados, siempre soñando que Thungür estaba cerca. Pero sobre todo, pensó Nanahuatli a pesar suyo, porque entonces no tenía ningún sitio al cual regresar. Atrás quedaba su ciudad dividida por la guerra, y el príncipe Hoh-Quiú asesinado. Atrás, en el Templo de la Vírgenes, las doncellas consagradas se deshacían en sus lechos blancos. Ahora, en cambio, había lugares donde la recibirían sin reproches. Kuy-Kuyén y los niños estarían alegres de verla entrar a la casa de troncos y le harían un sitio junto al fuego.

Pero su orgullo de princesa era grande. Nanahuatli ajustó las tiras de sus sandalias, y se irguió para seguir avanzando.

Tras un rato de andar contra el viento pensó que lo mejor sería buscar un refugio donde pasar la noche. Al amanecer, cuando el sol colocara en su sitio los cuatro costados de la tierra, ella comenzaría su marcha hacia el norte lejano, el que quedaba después del Pantanoso. El norte más allá del desierto y más allá, según decían, de la Mansa Lalafke.

Nanahuatli comenzó a buscar un lugar a resguardo del viento. Si tenía suerte, hasta podría encontrar uno de esos cobijos que solían hacer los cazadores para encender fuego o dormir.

Estaba a punto de acomodarse junto a un enorme tronco caído cuando un resplandor dorado que iluminaba el bosque atrajo su atención.

La luz no era de fuego ni de luna, y tampoco le estaba destinada. Nanahuatli comprendió que esa luz no la buscaba ni la requería. Sin embargo caminó hacia ella con la certeza de hallar a la Destrenzada.

"Puedo verla con nitidez porque los ojos del hombre la iluminan" le había dicho el Halcón. No era posible que se tratara de otra luz.

Nanahuatli avanzó con sigilo, temiendo que la Destrenzada y su amado la escucharan llegar y se escurrieran en el bosque. Menos que eso, bastaría con que ese hombre cerrara los ojos para que ya no pudiese encontrarlos.

-¿Tanto la ama ese hombre que así brillan sus ojos?

Nanahuatli tuvo que andar bastante porque la luz estaba más lejos de lo que parecía. Mientras se acercaba fue apretando su cautela: miraba antes de pisar, pisaba con la punta de los pies y se cuidaba de las ramas. Finalmente Nanahuatli puso sus ojos en un sitio del bosque que no era para ella, ni para ninguna otra criatura en ese instante.

Desde su lugar podía ver al hombre. Sin conocerlo, supo de inmediato de quién se trataba. Era Welenkín, el que tenía la belleza como primera virtud.

Varias veces Wilkilén le había contado sobre él; siempre repitiéndole que la belleza del Brujo de piel cobriza no era suya sino de la Creación. Y Nanahuatli vio que era verdad, porque en la cabellera del Brujo se mezclaban todos los colores del otoño en el bosque. Sus ojos eran el sol estirado del amanecer. Y en su cuerpo vivían los pumas que trepaban, en las noches limpias, las laderas rocosas de las Maduinas.

La Destrenzada caminaba hacia Welenkín sin vanidad ni vergüenza.

De pronto, sin más motivo que una sospecha que no alcanzó a tomar forma, la Destrenzada giró un poco su cabeza. Pero enseguida apartó la inquietud y continuó avanzando. Aun así, ese leve movimiento alcanzó para que Nanahuatli la reconociera.

Al principio la princesa se negó a creerlo. Una y otra vez apretó los ojos y volvió a abrirlos sólo para admitir, ya sin ninguna duda, que la Destrenzada era quien era.

El dolor por lo que no tenía y el miedo de haberlo perdido para siempre le hicieron creer a Nanahuatli que el Brujo y la Destrenzada se burlaban de ella. No entendió que escuchaba risas de amor. En cambio, creyó que los amantes se reían de su pena. La princesa se alejó llorando lágrimas de color ámbar, amargas y espesas como son las lágrimas de la furia.

Adentro de la luz, Welenkín y la Destrenzada eran un abrazo silencioso.

El Brujo partía hacia las islas. Y la temporada de lluvias, que pronto transformaría el bosque en una zona pantanosa y

hostil, les impediría reunirse por un largo tiempo.

La noche transcurrió sobre los dos cuerpos tendidos y serenos, tendidos y cansados, y otra vez serenos.

-Traje esto -dijo la Destrenzada entregándole a Welenkín una espina de coral perforada en un extremo, y puesta en un cordel de seda.

El Brujo la colgó de su cuello.

-Llega el amanecer, debes irte.

-Si dormimos quizás no amanezca -respondió la joven. Y se ovilló junto al cuerpo de Welenkín.

-Pero ya amanece.

El Brujo de los ojos dorados escuchó las lágrimas que llegaban.

-Piensa en esto... -dijo-. Si el día presente quiere parecerse al día pasado, el tiempo pasa lento y duele. Si el día presente quiere parecerse al día futuro, el tiempo pasa lento y desasosiega. Si el día presente se parece al día presente, el tiempo transcurre en su justa música y acompaña.

Poco después, la Destrenzada se alejó por un camino familiar.

Lo recorrió despacio y sin llorar. No quería que los pájaros la vieran y fueran a contarle a Welenkín que su corazón no había comprendido aquello de los días presentes y los días pasados. Y que, en cambio, penaba por los días futuros.

Después de mucho andar la Destrenzada llegó hasta la puerta de su pequeña casa de madera. En el interior no se escuchaban ruidos. Eso significaba que todos dormían aún, sin notar su ausencia.

Antes de entrar se trenzó con firmeza el cabello.

Mientras lo hacía, algo cambió en ella. La transformación apenas se percibía en su apariencia: un poco menos redondeada, un poco más niña. Pero era grande el cambio de su alma.

Porque si en ese instante alguien le hubiese hablado de un puma y una joven, Wilkilén se habría puesto a reír creyendo que era un juego.

Sucedía algunas veces que los pescadores de río se cansaban de sostener el arpón aguardando peces de buena carne. Y se acostaban a dormir en sus balsas de tronco, en espera de una ocasión más provechosa.

Los pescadores de las aldeas de Los Confines amarraban sus balsas a un árbol o a una roca cercana a la orilla para evitar que la corriente los arrastrara. Y allí permanecían, horas o días, procurando el alimento que nunca había vuelto a ser tan abundante como en los tiempos de antes de la guerra. Ni sustancioso como entonces, ni grato.

Y así le ocurrió a un pescador de Hierbas Dulces, una de las aldeas cercanas al límite con el desierto. Cansado el pescador de río de esperar en vano una presa, mojó su cabeza y su torso con agua fresca del Nubloso y se tendió a dormir en su balsa. La balsa estaba sujeta con una cuerda que le daba tres vueltas a un árbol. Y se ladeaba con la corriente justo lo necesario para apaciguar el desánimo del hombre que, después de un largo acecho, continuaba con la bolsa vacía.

El cielo de Los Confines estaba deslucido, pero eso no preocupó al pescador. Sabía que llegando la temporada de lluvia, y un poco antes de que aparecieran las nubes que cargaban agua para todo un invierno, el aire se ponía grueso y opacaba el cielo que veían los ojos. El pescador de Hierbas Dulces se durmió pensando que tenía muy poco pescado seco para intercambiar ese año en la fiesta de despedir al sol.

El pescador se durmió, y muchos animales negros aparecieron en la orilla. Llegaron en silencio y se detuvieron junto al agua mirando al hombre que soñaba. Eran dos, tres, cuatro... Eran cinco, siete, doce... Eran trece y más bestias que ya poco se parecían a los perros que habían sido cuando Drimus aún andaba con ellos. Porque después de alimentarse del jorobado, la jauría había crecido en ferocidad y en tamaño.

Guiados por su olfato, y por el mago que llevaban dentro, los perros bajaron a través del desierto y atravesaron el Pantanoso para devorar la ansiada carne de Dulkancellin, renovada en las criaturas de Los Confines.

Los animales negros vadearon el río en su desembocadura. Luego caminaron, se arrastraron, corrieron con sus sombras atrás y adelante; siempre hacia el sur.

Las primeras aldeas en el camino de la jauría estaban abandonadas. Por decisión del consejo de ancianos, sus habitantes se habían marchado hacia el extremo sur del territorio.

"Achicaremos la tierra para cuidarnos mejor unos a otros", dijeron los ancianos.

Todos estuvieron de acuerdo. De ese modo sería más simple repartir el alimento y cuidar a los enfermos. También sería bueno tener vecinos con quienes reunirse en las noches a tocar música de flauta y danzar con pasos de perdiz.

Por esa causa, las bestias negras no hallaron criaturas humanas durante mucho tiempo.

Aquel atardecer cercano al invierno, la jauría llegó a las orillas del Nubloso en la zona más alta del río, un poco al este de Hierbas Dulces. En su barca sobre el Nubloso dormía un pescador, y soñaba que tenía suficiente pescado seco para cambiar por harina.

Las bestias se adentraron en el agua. Eran dos, tres, cinco... Eran trece y más cabezas negras que avanzaron en completo silencio hacia la balsa de troncos que se mecía con la corriente.

El cielo le habló al río.

-Estoy mirando este dolor que va a ocurrir en ti mismo.

-Dolido yo dos veces -respondió el río- porque tengo mi dolor y el reflejo del tuyo.

Entonces habló la tierra:

-Río, los huesos del pescador me pertenecen. Entrégamelos, que les haré un cobijo donde puedan seguir soñando.

-Si oculto las estrellas será más fácil -creyó el cielo-, puesto que el hombre no verá lo que ocurre.

Y ocultó las estrellas.

-Silenciaré a los grillos para que no se sienta música alguna mientras dure la muerte -dijo la tierra.

Y silenció a los grillos.

-Lloraré para acompañarlo -dijo el río.

Y su llanto fue rojo.

Entonces, un hilo de sangre se adelantó a la corriente, y anduvo serpenteando de agua en agua. La sangre quería encontrar a Tres Rostros para contarle que la jauría negra ya estaba en el Nubloso.

Tres Rostros dormía en un lago. A través de su cuerpo se veían los diminutos peces de colores que pasaban nadando; porque el Brujo podía parecerse al agua tanto como quisiera. Cuando el hilo de sangre lo encontró se estiró a su alrededor

siguiéndole el contorno. Apenas un extremo se unió al otro, Tres Rostros abrió los ojos y escuchó atentamente.

-Hasta recién fui pescador de río -contó la sangre-. Dormía yo en mi balsa, cansado de esperar la pesca que no llegaba. Y estaba soñando... En mi sueño había una buena provisión de pescado seco para intercambiar en la fiesta de despedir al sol. Entonces me despertó el silencio. Vi que las estrellas habían abandonado el cielo nocturno, no escuché el canto de los grillos. Por estas cosas supe que algo muy malo estaba a punto de ocurrir. Cuando quise incorporarme, sentí respiraciones cerca, y el roce de pelajes mojados. Después sentí dolores en toda mi carne; dolores que no puedo repetir en palabras. Oí también el llanto del Nubloso, y alcancé a comprender que lloraba por mí. Ahora que sólo soy un hilo de sangre, pienso que mis dos hijos varones se han ido a la guerra. Y pienso que mi esposa es demasiado anciana para salir de pesca... ¿Cuidarás de ella, hermano brujo?

Cuando la sangre terminó de hablar se deshizo en el agua. Tres Rostros entonces tomó la consistencia necesaria para salir del lago y andar por la tierra. Si el pescador no había alcanzado a comprender lo sucedido, él sí lo entendía con claridad. Era la jauría negra que ya estaba cerca.

"Debo ir hasta la cueva de Kupuka", decidió Tres Rostros.

Al principio caminó con dificultad porque sus piernas no habían recobrado solidez suficiente. Mientras llegaba el momento de andar más de prisa, el Brujo repasó los hechos que iba a contarle a su hermano. De pronto, como para quitarse recuerdos, Tres Rostros sacudió la cabeza y salpicó agua a su alrededor.

Por esos días, Kupuka andaba alejado de las aldeas. Casi nadie lograba verlo; y apenas de tanto en tanto bajaba hasta el Valle de los Antepasados. Allí se acostaba boca abajo y con los brazos extendidos en el sitio donde estaba enterrada la vasija de Vieja Kush. ¿Y quién podía saber las cosas que el Brujo y su vieja amiga se decían?

Sin embargo, Kupuka pasaba la mayor parte del tiempo en las cercanías de su cueva. Ahí fue donde lo halló Tres Rostros, apagando una fogata en la que había asado su comida. El cabello, enredado de viento y polvo, se separaba en mechones rígidos y tan largos que, cuando el Brujo estaba sentado, se doblaban contra el suelo.

Tres Rostros llegó, y luego de saludarlo se sentó en una saliente de roca frente a él.

Desde el momento en que oyó el relato que le contó la sangre, Tres Rostros mantenía su mueca triste. Y en presencia de su hermano más amado y antiguo, la tristeza se le acentuó. Kupuka era ya casi irreconocible.

Con la melena polvorienta, su manto de siempre oscurecido por la humedad, los pies enlodados y los ojos inmóviles, cualquiera hubiese podido pasar junto a él sin distinguirlo de la tierra.

Tres Rostros le narró todo cuanto la sangre del pescador le había dicho. Después se quedó esperando una respuesta.

Kupuka estuvo pensando largamente para asegurarse de que iba a mostrarle a Tres Rostros el mejor camino para enfrentar a la jauría de Drimus.

-Deberá ser uno que, lo mismo que ellos, entienda con las tripas. Uno que se mueva por sus dientes y viva con la boca llena de saliva. Para enfrentar a la jauría negra necesitamos al más feroz de nosotros...

-¡El Masticador! -dijo Tres Rostros-. Quieres que le encomiende esta tarea al Masticador.

Kupuka asintió levemente. Parecía cansado a pesar de lo poco que había dicho. Lentamente, comenzó a descender por la ladera rocosa. Tres Rostros fue tras él, deseoso de preguntarle muchas otras cosas. Pero Kupuka lo interrumpió con un gesto. Y con su cayado trazó una línea en la tierra. Aquello significaba: Vete, hermano mío. Confía en lo que te dije, y déjame solo.

Tres Rostros besó la cabeza reseca del anciano. Y se marchó siguiendo el trazo que Kupuka había dibujado.

Al final de la línea, muy lejos ya de la cueva, Tres Rostros halló una choza de cañas. Una mujer se asomó al oír los pasos que se acercaban.

-Eres tú, Tres Rostros -dijo la mujer.

-Y eso no parece alegrarte.

-Perdóname, hermano Brujo. Pero aguardo a mi esposo... Es pescador de río y hace varios soles debería haber vuelto.

-¿Tienes hijos? -preguntó el Brujo.

-Tengo dos y valientes. Ellos están con Thungür peleando la guerra.

Tres Rostros ya no tuvo dudas.

-He visto a tu esposo -y agregó-. He visto y hablado con la sangre de tu esposo.

Enseguida le contó a la mujer lo que había sucedido en el Nubloso.

-Ahora llorarás -dijo Tres Rostros-. Y nada debo hacer yo por impedirlo. Llorar a tu buen esposo. Pero continúa viviendo, y espera a tus hijos que un día del sol regresarán victoriosos. Cuando tu cuerpo se cansa de llorar, sentirás hambre. Pero no

temas, te traeré pescado. Lo secarás y luego, en el Valle de los Antepasados, vas a cambiarlo por harina y miel.

El Brujo que tenía la condición del agua continuó caminando. Debía encontrar pronto al Masticador para hacerle saber la tarea que Kupuka le había encomendado. Sabía que tendría que andar mucho porque el Masticador cambiaba a menudo de paradero. O se ocultaba, con el afán de que nadie lo importunase durante sus largos sopores.

"Después buscaré un río torrentoso de montaña", se prometió Tres Rostros.

Era para llorar, y que el agua lo disimulara.

¡Búscala, Ahijador, encuéntrala!

La jauría oscura, crecida con la carne y el alma del jorobado, se convirtió en el peor miedo de las aldeas del norte. Antes de las bestias, nadie en Los Confines había temido al bosque. Ahora las personas ya no se atrevían a meterse en la espesura. Los pescadores no dormitaban en sus balsas. Y todo aquel a quien la noche sorprendía a la intemperie sentía pisadas y jadeos. Muchos acababan corriendo desesperadamente, perseguidos de cerca por su propio espanto. Las bestias de Drimus odiaban como Drimus. Y no querían otra cosa que carne viva: corazones que latieran las últimas veces adentro de sus bocas, manos que intentaran aferrarse a las arrugas de sus paladares antes de despeñarse hacia el estómago.

En algunas ocasiones, los animales negros fueron divisados en su avance hacia el sur. Los hombres que permanecían en Los Confines, demasiado viejos o demasiado jóvenes, organizaron partidas para emboscarlos y darles muerte. Pero la jauría actuaba con mayor astucia y velocidad de la que ellos imaginaban. En aquellos ataques, apenas algunas flechas alcanzaron su destino. Las restantes se malograron en la fronda del bosque. Sin embargo la defensa de los hombres no fue inútil, porque a partir de entonces la jauría evitó avanzar durante el día, y utilizar los caminos despejados. Los animales se movían durante las horas de penumbra, por senderos ocultos.

Cuando los perros hallaban una criatura desprevenida saltaban fuera de la oscuridad con las fauces abiertas. Clavaban los colmillos, arrancaban, y regresaban al hueco del que habían salido con muñones colgando entre los dientes.

Una noche de poca luna, el Ahijador los divisó con sus ojos de ver lo oscuro en lo oscuro. Los perros descendían en hilera por la pendiente de una loma. El Ahijador voló en círculos sobre ellos; y el Brujo Halcón, que estaba durmiendo, los vio girar en el fondo de su sueño. El Brujo se despertó estremecido.

"¡Nanahuatli!", pensó. Subió y bajó la cabeza, agitó los brazos. Quiso volar, quería volar. Y como no pudo, lanzó un graznido apasionado en la soledad de su nido:

-¡Nanahuatli! -graznó-, ¡Nanahuatli!

El Brujo sabía que la princesa podía estar caminando al encuentro de la jauría. Hacía varios soles que había abandonado el nido, y podía haber avanzado lo suficiente.

Se levantó como si se impulsara con los codos. Caminó de ida y vuelta entre los dos árboles que demarcaban la Puerta de la Lechuza, sin dejar de sacudir su cuerpo. De pronto comenzó a restregar su espalda contra un tronco rugoso.

-¡Nanahuatli! -pidió.

Lastimándose sin pena, el Brujo se vengaba de sí mismo. No debió asustarla. Y menos hacerle daño con sus garras. Ni permitir que se marchara sola con la lluvia y la jauría cerca.

-No realizará dos veces su proeza -el Brujo se dejó caer, arrastrando la espalda herida por la corteza-. Nanahuatli no podrá hacerlo.

Pero entonces el Brujo pensó en sus ojos. Solamente ellos podrían ayudarlo.

-Ahijador -dijo-. Nanahuatli va camino al norte. Y la jauría viene hacia el sur. ¡Ayúdame a buscarla!

El Ahijador había cobijado con sus alas a esa mujer. Luego la había conducido por un rastro distinto al de los sideresios hasta dejarla a salvo en la Puerta de la Lechuza. Por eso, aunque el Brujo y el ave continuaban repudiándose y a menudo se encarnizaban tironeando hacia lados opuestos, el Ahijador aceptó realizar lo que el Brujo le pedía.

-Hace varias jornadas que ha partido -dijo el Brujo-. Y debe haber andado de prisa intentando avanzar antes de la lluvia. Estará entre el Lago de las Mariposas y el Manzanero.

Pero aun ese trecho del cielo era demasiado vasto. Y el bosque, abajo, demasiado tupido. Rastrear ese territorio para hallar a una criatura humana significaba cruzarlo innumerables veces. Volar y descender, detenerse para otear desde la cima de un árbol, retomar el vuelo... Era improbable que el Ahijador pudiera realizar esa búsqueda por sí solo. Juntos, el tiempo y el bosque, resultan inabarcables.

El Ahijador entonces convocó a los halcones de las Maduinas. Durante días y durante noches el cielo cargado de Los Confines, desde el Lago de las Mariposas al Manzanero, se pobló de pájaros majestuosos que buscaban una princesa.

Sin embargo, transcurrían las jornadas sin que la mujer apareciese. El vuelo de la bandada iba corriéndose hacia el norte.

-No es posible que Nanahuatli haya recorrido tanta distancia -pensaba el Brujo Halcón.

Y como el Ahijador pensaba igual que él, comenzó a buscar de regreso al sur. Cruzó el cielo de este a oeste dibujando franjas estrechas; ascendió y descendió. El Brujo y el Ahijador miraban con los mismos ojos y solían ver cosas diferentes:

-¡Aguarda! -gritaba el Brujo-. He visto algo.

El Ahijador regresaba al sitio que le indicaban:

-Es una colonia de tortugas grises que van a su refugio.

Retornaba a su vuelo.

-¿No viste como yo? -insistía el Brujo-. Vuelve al arroyo que acabas de cruzar; alguien andaba por la orilla.

El Ahijador volvía al arroyo:

-Es un puma bebiendo.

La lluvia estaba cerca. En medio de un bosque azotado de viento y oscurecido por la cercanía de una tempestad, la túnica de una mujer era invisible.

-La lluvia comienza -dijo el Ahijador-. Los halcones regresan a cuidar sus nidadas.

-Un poco más-suplicó el Brujo.

-Ya no es posible.

Tal como habían llegado, los halcones desaparecieron entre las nubes macizas que cubrían el cielo de Los Confines.

-También me marchó a las Maduinias -anunció el Ahijador.

Pero el Brujo Halcón pidió de nuevo:

-Ahijador, antes de marcharte ven a la Puerta de la Lechuza... Sus collares de pétalos deben estar colgados en las ramas y, quizás, alguna de sus túnicas. Deseo protegerlos para que la lluvia no los desarme y, sin tus ojos, no los hallaré a tiempo.

El Ahijador tomó rumbo a la Puerta de la Lechuza. No estaba demasiado lejos. En menos de media jornada haría el recorrido. Y como la búsqueda había terminado, podía volar tan rápido como lo deseara.

El Brujo Halcón esperaba acucillado en su nido. Y aunque veía lo mismo que el Ahijador, vigilaba más. Cuando el Ahijador casi llegaba, el Brujo se sobresaltó y volvió a lo mismo:

-¡Espera, Ahijador! Regresa hasta ese enorme sauce que acabas de dejar atrás. Algo había allí demasiado quieto para ser fronda.

-Será una piedra.

-Es por última vez que te lo pido.

Giró en vuelo el Ahijador de Los Confines. Y allí donde el Brujo había visto quietud y él una piedra, estaba Nanahuatli doblada sobre sí misma.

La princesa no se había alejado demasiado de la Puerta de la Lechuza. En verdad se había dejado caer muy cerca del sitio donde halló a los enamorados. Y allí se había quedado con frío y con hambre, muriéndose de orgullo. El Ahijador la miró desde el cielo. El Brujo la miró desde su nido. "Estúpida mujer", pensaron ambos. Y el Brujo sonrió como un hombre feliz.

-Condúceme hasta ella.

Pero esta vez el Ahijador tomó otra decisión.

-Avanza apartándote de tu nido apenas hacia el oeste. La encontrarás pronto.

-Si vuelas hasta allí, podré verla -respondió el Brujo.

-No es una hembra emplumada, ¿para qué querrías verla? -y el Ahijador partió mirando el horizonte.

Frente a los ojos del Brujo había ahora un cielo tormentoso. Las primeras gotas sonaron en el bosque.

El Brujo Halcón avanzó en la dirección indicada, llamando a la princesa. Después de bastante andar oyó un quejido.

-¡Nanahuatli! -el Brujo se detuvo a escuchar y llamó otra vez-- ¡Nanahuatli!

En el retumbe de la tormenta, volvió a oírse la voz fatigada de la princesa.

-¡Nanahuatli!

El Brujo sabía que ya estaba muy cerca:

-¡Nanahuatli!

Entonces, un cuerpo aterido se aferró al suyo con desesperación, y no quiso apartarse. Las garras del Halcón se enredaron en el cabello de Nanahuatli cuando el Brujo intentó una caricia.

La lluvia que se desmoronó sobre ellos ya no iba a detenerse hasta el final del invierno.

-Vamos -dijo el Halcón-. Haremos fuego cerca del nido.

Como se lo permitieron sus brazos tullidos, la ayudó a sostenerse en pie. Y la condujo a través del cielo.

Nanahuatli habló con dificultad, y demasiado bajo.

-¿Qué sucede? -le preguntó el Brujo.

-Thungür-decía la princesa.

Y siguió diciendo: "Thungür, ¿dónde estás?"

Una rama para hacer silencio

Llovía sin fin en el sur del mundo. Kupuka andaba a la intemperie igual que si estuviera paseando del brazo de Tres Rostros en una tarde de verano. El Brujo atravesaba la tormenta con pasos lerdos valiéndose de su antiguo cayado. No le importaba enlodarse porque estaba hecho de las mismas materias que el barro. Kupuka se veía muy viejo y muy cansado; mirándolo con detenimiento se le notaban las trizaduras, cántaro de arcilla resquebrajado de tanto hacer servicios. Pero a Kupuka, el amor lo sostenía unido a sí mismo.

Kupuka amaba los juncos que crecían cerca del agua. Era Brujo de la Tierra y sabía que si dejaba de amar a los juncos luego dejaría de amar a los pájaros, luego a los pumas, luego a los hombres. Kupuka sabía que quien se permitiera ignorar a los juncos que crecían cerca del agua iniciaba el camino del desamor.

-¡Aquí estoy en este día! -le anunció al bosque que lo escuchaba-. He venido a buscar la última varilla para mi tambor.

Muchos Brujos antes que él habían realizado la misma búsqueda. Para ello, caminaban por el bosque siguiendo el rumbo de su instinto, sin dejar de repetir una invocación. Debían hacerlo hasta encontrar una rama de tres astas caída en tierra. Entonces el Brujo la tomaba con ambas manos y quebraba las ramas de los costados. La del medio era la destinada para batir el parche; la última para siempre, la última sin pena, la que se rompería el día de su muerte. Kupuka repetía su invocación bajo la lluvia:

Mi rama de tres astas te estoy buscando,
látigo de las cosas vivientes,
para golpear el lomo de mi tambor.
Mi rama de tres astas cuando te encuentre
será para andar juntos
hasta el atardecer que nos espera.

Todas las Criaturas de Los Confines sabían que los Brujos hacían hablar a sus tambores. Los golpes de la varilla contaban y advertían; sonaban y se concertaban de un modo o de otro según lo que tuviesen que decir.

Ahora Kupuka buscaba la última rama para su tambor. ¡Y quisiera el bosque destinarle una rama vigorosa porque estaba cerca el tiempo de callarse! Muy pronto, solamente su tambor hablaría.

Muchos trabajos penosos y difíciles había realizado Kupuka; pero ninguno como éste que tenía por delante. Porque, en esta ocasión, el Brujo debía llevar a cabo una tarea que desconocía.

En los días de la guerra del desierto, Drimus, el jorobado, forjó voces que buscaban el alma por el camino de la nariz. Voces del Odio Eterno que trabajaban para después y para siempre. Kupuka comprendió que para conjurarlas, hacía falta un silencio. Pero un silencio del cielo, un silencio poderoso como un arma. El Brujo más anciano debía forjar un silencio como el que sólo pudo existir en el instante que antecedió a la Creación. "¿Quién me enseñará el camino?", se preguntaba Kupuka. Tal vez, los pozos profundos. Tal vez los muertos.

Kupuka, que caminaba por el bosque con los ojos cerrados, los abrió justo frente al hallazgo de lo que buscaba. A sus pies, el bosque había puesto una rama de tres astas. Y era una rama de membrillo.

El Brujo se arrodilló y la tomó con cuidado. Enseguida desgajó las dos ramas de los costados. La que quedó en su mano era la última vara con que golpearía su tambor. Se oyó la carcajada de cabra por el bosque. Kupuka alzó la vara contra la lluvia eterna:

-Te doy gracias, mi hermano bosque, por esta vara que se quebrará conmigo. Me diste una vara de membrillo. Y eso ha de ser porque mi tambor dirá cosas como el fruto del árbol, ásperas y agrias en lo crudo. Pero sabemos que la carne del membrillo es también una promesa.

Kupuka acomodó el tambor que colgaba a un costado de su cuerpo y batió el parche con sonidos breves y repetidos. Los pozos y los muertos lo entendieron.

YNakín de los Búhos, la memoria; y Nakín, la memoria de los Búhos, recordó como cantos, recordó en melodías. Porque cabe más memoria en un verso que la que cabe en mil veces mil palabras sin música.

Recordó, aún recuerda, la Desobediencia de la Muerte:

Fue en las Tierras Antiguas
emanación primero.
Fue en las Tierras Antiguas
un latido viscoso.
Fue en las Tierras Antiguas
el hijo de la Muerte.

Y también recuerda todas las traiciones:

De Molitzmós recuerdo capa de plumas, de Illán-che-ñe recuerdo sangre en la piedra. De Bor recuerdo aquí,
y también en el canto de los arrepentidos.

Nakín de los Búhos fue feliz celebrando a los héroes:

Digo y canto por Dulkancellin
que cabalgó adelante del horizonte mismo,
y muerto muchas veces, siguió peleando.
Digo y canto por Kume y su hermosura,
por Kume y su tristeza inconsolable,
un niño más un hombre que murieron sin gloria.

Y canto por los lulus,
pueblo de las pezuñas,
que se apagó en el mar,
distinto y solo.

Nakín de los Búhos, guardiana de la memoria, debía preservar recuerdos de tiempos vastos y vastos territorios. Por eso, ella retuvo en versos todo lo sucedido de extremo a extremo de las Tierras Fértiles. Nakín recordaba el norte:

Era verano en el País del Sol,
cuando Acila abandonó su espejo
y gritó "Balameb" en lengua demorada.
Señaló el quinto puente contra su propia sangre,
escogió un manto azul y una extraña corona.

Nakín también recordaba el sur:

Invierno en Los Confines.
Cucub tallaba máscaras para el día siguiente. Kuy-Kuyén caminaba con su séptimo vientre y su sonrisa
calma.

Nakín de los Búhos debía preservar lo grande y lo pequeño.

Grande como el nacimiento del Odio Eterno. Grande como el paso del pueblo zitzahay por la hoguera sagrada. Grande como la victoria del desierto.

Y también lo pequeño. Tan pequeño como la tortilla que compró Cucub en el mercado antes de emprender su viaje de mensajero. ¿Recuerdas la tortilla que compró Cucub en el mercado? Tan pequeña como las botas de piel y el gorro con flecos de colores que usaba Wilkilén en la fiesta del sol. ¿Recuerdas el gorro con flecos de colores? ¿Y recuerdas el cabello de Elek? Nakín de los Búhos lo recuerda. ¿Recuerdas la borrachera de Kupuka el día de la boda de Kuy-Kuyén? Nakín la recuerda. ¿Recuerdas el arbusto de flores amarillas que Nanahuatli halló camino al sur? ¿Recuerdas a la parda? Nakín recuerda a la paloma parda. Nakín de los Búhos todo lo recuerda. ¿Recuerdas cuando Nakín era mujer en el concilio? ¿Recuerdas que, tal vez, amó a Dulkancellin?

Nakín recuerda lo grande y lo pequeño, lo del sur, lo del norte.

La anciana Kush
miraba el bosque, esperaba la lluvia.
Dos nietas a su lado,
Wilkilén y Kuy-Kuyén,
mirando el bosque y esperando la lluvia.
Mira los lulus, dijo la pequeña.
Y era verdad...
Venían los lulus por su recompensa
pero, a cambio, dejaron un presagio...

Los tubos de jadeíta habían sido los ojos del hombre en el cielo. Antes de que la primera flota de Misáianes prolongara la sombra de su velamen sobre las playas de las Tierras Fértiles, la jadeíta miró constelaciones y estrellas fugaces, persiguió eclipses y se detuvo en el lucero vespertino.

Ahora el tiempo era otro y terrible.

Encerrado en el observatorio, Bor trabajaba en la reconstrucción del Códice Balameb tal como Molitzmós se lo había ordenado.

A menudo caminaba hasta el mirador desde el cual podía ver el cautiverio de su aldea. Y dirigía hacia allí el tubo de jadeíta.

El Supremo Astrónomo dormía y despertaba en el dolor. Su tristeza ya no tenía lágrimas ni alardes. El mismo la había construido, sin puertas ni ventanas, para no irse jamás.

Y sin embargo la vida de Bor era suave si se la comparaba con la vida de los prisioneros; porque aunque los sideresios se burlaban de él y sus trabajos con el cielo, las insinuaciones de Molitzmós acerca de la importancia que tendrían para el Amo aquellas escrituras lo ponían a salvo de peores ultrajes.

Siempre que Bor miraba los establos quedaba abatido durante largo tiempo. Lo único que conseguía sacarlo de su quietud era la decisión de reconstruir algunos fragmentos de los códices para ponerlos a salvo bajo la piedra rectangular. Entonces lavaba sus manos como siempre lo hacían los astrónomos para trabajar con las tintas sagradas, y recomenzaba su doble labor de escribir en un pliegue lo falso, lo cierto en otro pliegue.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad. Escribimos en predicciones; por eso escribimos para nadie. Lloraríamos si nuestro llanto pudiera hacer que la serpiente mantenga unidas su cabeza y su cola. Pero aunque lloremos nosotros, los Primeros Viejos, la serpiente se hendió al medio."

Los códices preservaban la memoria y la sabiduría; aquello que permitía a los hombres hacerse verdaderos a sí mismos. La memoria y la sabiduría se escribían con tinta roja, con tinta negra, sobre delgadas láminas de corteza que luego se plegaban con perfección.

Algunos códices relataban sucesos de la historia no más lejanos que dos o tres abuelos. Otros, en cambio, contaban sobre el origen y el fin de todo lo creado. Enseñanzas y advertencias de las primeras voces repitiendo por qué el cielo era arriba y la tierra era abajo; cuándo había comenzado todo y cuándo volvería a comenzar. Códices escritos en el lenguaje velado de las profecías, el único que perdura sin daño porque existe a la vera del tiempo. Y sólo se revela a quien le acerca ojos limpios y luz verdadera. Y hubo uno,preciado entre todos, que se conoció como Códice Balameb.

"El tiempo de las profecías no es el primero, ni el segundo, ni el tercero. No es el tiempo que transcurrió y llamamos ayer; no es el que llegará y llamamos mañana. Tampoco es el tiempo inasible al que llamamos hoy, este instante. Las profecías tienen algo del pasado puesto que allí fueron dichas, pero tienen del futuro porque allí se cumplirán. La profecías también tienen del instante presente porque aquí las comprendemos. Decimos los Primeros Viejos que las profecías pertenecen al tiempo del Siempre y del Nunca."

Bor, el Supremo Astrónomo, dedicaba casi todos sus esfuerzos a la reescritura del Códice Balameb apelando a los prodigios de su memoria tanto como a los conocimientos que le permitían rescatar del cielo aquello que en la tierra se había perdido.

El Códice Balameb hablaba del cisma de la magia.

"Desde que la Serpiente sufrió hendidura hay aflicción en el mundo. Una mitad de la Serpiente, la que lleva puesta la cabeza, se quedó en la tierra. La otra mitad, la que lleva la cola, quiso trepar al cielo. Así cada mitad dijo ser legítima y grandiosa, y se puso un nombre. Junto con la Serpiente se quebró lo que pisamos."

El Códice Balameb se preservó en versiones confusas y contrarias que, sin embargo, coincidían en una falta: en ninguna de ellas se conservaba el final de la profecía. A lo largo del tiempo se había extraviado el vaticinio; las palabras que auguraban si la magia uniría de nuevo sus mitades o permanecería quebrada. Los hombres de sabiduría creyeron que la profecía no tenía regreso. Si estaba perdida para ellos, estaba perdida para siempre.

Muchos soles habían transcurrido. Y aunque Molitzmós todavía no enviaba a buscar los primeros resultados de su trabajo, Bor continuaba su tarea con tenacidad y hasta con urgencia. Al pie de cada pliegue terminado, el Supremo Astrónomo trazaba un dibujo. Si era el perfil de un hombre de cuya boca entreabierta salían volutas de humo, las láminas de corteza

plegadas y colocadas según un orden estricto quedaban a la vista en el observatorio. Si, en cambio, el dibujo era el perfil de un hombre de cuya boca entreabierta salían estrellas, las cortezas plegadas iban a dar a la celda oculta bajo la piedra rectangular. Palabras de humo para lo falso, palabras de luz para lo verdadero.

Un día, finalmente, Bor escuchó ruidos inusuales en la explanada. Se asomó al mirador y desde allí pudo ver un grupo de soldados del País del Sol. Supo de inmediato que eran enviados de Molitzmós y que venían en busca de los códigos. En efecto, en poco tiempo los soldados irrumpieron en el observatorio escoltados por guardias sideresios. Y sin mediar ningún saludo, el hombre que parecía estar al mando tomó la palabra:

-Molitzmós ordena que nos entregues tu trabajo.

Otro de los soldados traía en sus manos un cofre de cuero que le extendió a Bor. El Supremo Astrónomo lo recibió en silencio, y comenzó a guardar uno a uno los pliegues de corteza perfectamente plegados. Mientras lo hacía, escuchó al hombre que antes había hablado.

-Manda a decir el príncipe que no importa cuánto hayas avanzado, de todos modos lo estás haciendo con demasiada lentitud... Tuviste ahora mucho tiempo porque nuestro príncipe viajó por un largo sueño. El acaba de despertar. A partir de este día, vendremos con mayor frecuencia a buscar tus cortezas.

Bor terminó de cerrar el cofre.

-Aquí lo tienes -dijo. El astrónomo apenas había mirado al hombre que le hablaba cuando, al entregarle el cofre, sintió una ligera presión en su brazo que lo hizo levantar la vista.

El soldado, un hombre envejecido en las batallas, le mostró los ojos. Entonces Bor comprendió que debía ayudarlo a seguir hablando:

-¿Tienes otras noticias para darme? -preguntó.

Los sideresios que custodiaban la entrega de los códigos estaban impacientes. El soldado del País del Sol se acercó a ellos y los invitó a reírse.

-¡Oigan al anciano! Cree que he venido hasta aquí a traerle noticias -luego se dirigió a Bor con tono de burla-. Veamos qué puedo contarte... ¡Ya está! Escucha esta gran noticia: las moras siguen creciendo en el bosque.

El soldado iba a continuar, pero los sideresios apuraron la partida. Sus ojos se encontraron con los de Bor.

-Trabaja, anciano -dijo el soldado antes de marcharse-. Y recuerda que volveremos pronto.

Cuando se quedó solo, Bor llegó al mirador. Allí estuvo hasta que los soldados del País del Sol se alejaron hacia el norte, llevando consigo códigos de humo para entregar a Molitzmós.

La luna llegó temprano al cielo.

-La noche está baja todavía -murmuró Bor-. Es seguro que tú pudiste escuchar también, y por eso te adelantaste -el Supremo Astrónomo tenía alguien con quien compartir su alivio-. ¿Lo ves? Muchas y buenas cosas suceden fuera de este observatorio. Aquí dentro, tú y yo preservaremos el pasado. Afuera, están peleando por el futuro.

Un rato después, la luna volcaba luz sobre la piedra rectangular donde Bor continuaba su tarea.

Lengua Demorada en el tablero

Después del sueño de Molitzmós y su regreso como emisario del Amo, los sideresios se vieron obligados a moderar su altanería. Y a aceptar que Molitzmós era parte principal en las nuevas decisiones.

Flauro, que jamás lo amaría ni aceptaría como su auténtico príncipe, tuvo que guardar apariencia de respeto. Y hacer que sus hombres la guardaran.

El trato hacia Molitzmós cambió dentro y fuera del palacio de mando.

El príncipe y Acila pudieron pasear por los jardines sin soportar burlas.

-¡Mira, esposo...!

"Mira esposo. Los soldados del Sol no difieren demasiado de los hambrientos de las calles", dijo Acila casi risueñamente.

-En cambio yo no sonrío por eso -respondió Molitzmós.

-Sonrío frente a..., a lo que no...

"Sonrío frente a lo que no tiene remedio", respondió Lengua Demorada.

A Molitzmós no le gustaba pensar que había cosas que no tenían remedio. Y Acila lo sabía muy bien.

-¿Por qué dices que no tienen remedio?

La mujer, sin embargo, evitó responder esa pregunta porque conocía, por el yocoy, el beneficio de los rodeos.

Molitzmós se adueñó de la sala principal del palacio. Desde allí, abrazado a Acila, contemplaba el movimiento de los patios.

-Beben y holg... -Lengua Demorada respiró allí- holgazanean todo el día.

-Así es -admitió el príncipe-. ¿Recuerdas, Acila, cuando los soldados lucían la soberbia de sus ropas, sus capas y sus cinturones de oro y plata?

Claro que Acila lo recordaba. Desde niña los había visto con entusiasmo.

-En sus escudos relucían los símbolos de nuestra Casa -prosiguió Molitzmós que, por descuido o por amor, incluyó a Lengua Demorada entre los de su sangre.

-Y ahora esos escudos ya... yacen arrumbados e inútiles -respondió ella. Y prosiguió-. Pero a qué...

"Pero a qué seguir lamentándose de lo que es forzoso."

Molitzmós del Sol no podía aceptar que algo fuera forzoso por sobre su deseo. Y Acila lo sabía muy bien.

-¿Por qué dices que es forzoso? -el tono de Molitzmós se endureció.

Acila sonrió como disculpándose y desvió la conversación hacia cosas más gratas.

Después del regreso como emisario del Amo, el trato hacia Molitzmós cambió dentro y fuera del palacio de mando. Alentado por Acila recorrió las calles de la ciudad del Sol, siempre en compañía de su esposa.

-¿A... aquellos andrajosos? ¿Aquellos andrajosos que se ven allí son soldados?", preguntó Acila.

-Lo son, esposa.

Entonces, Acila dijo que sería agradable ver al cuerpo palaciego del ejército de regreso en su esplendor. Y agregó que sería mejor el despertar escuchándolos trabajar en los patios de adiestramiento, que ahora sólo utilizaban los sideresios.

-Los veremos y los escucharemos -afirmó Molitzmós-. Es tiempo de recuperar mi propio ejército.

Acila, la jugadora de yocoy, advirtió que no lo creía prudente.

-¿Por qué lo dices?-preguntó Molitzmós.

-Flauro s... se negará.

La jugada estaba hecha.

-¡Parece que ni tú misma comprendes quién soy ahora! -se alteró Molitzmós. Mostró el dorso de su mano derecha y alzó la voz-. ¿Imaginas que Flauro puede oponerse a mis órdenes? ¿Crees que un capitán está por sobre el emisario? Responde, Acila... ¿Eso es lo que crees?

-Perdóname -balbuceó ella.

Después del sueño de Molitzmós y su regreso como emisario del Amo, Flauro se vio obligado a moderar su altanería. Y tuvo que aceptar que el príncipe gobernante era parte principal en las nuevas decisiones.

Cuando Molitzmós solicitaba a Flauro y al grupo de jefes sideresios que lo acompañaran durante las comidas, acudían sin poner reparos.

-En esta ocasión quise que estuvieran con nosotros -Molitzmós señaló a Acila- porque debo comunicarles una decisión. Deben saber que los soldados del País del Sol recuperarán mucho de los que perdieron en estos años...

El capitán de Misáianes escuchó las disposiciones mirando a Lengua Demorada. Ella era, sin duda, la que había provocado esa novedad. Acila le respondió con una inclinación de cabeza, agradeciendo el pensamiento del capitán.

-Es tu voluntad, príncipe -dijo Flauro que, por el momento, no podía hacer más.

Flauro sentía por Acila una fría aversión. Esa mujer de modos varoniles le repugnaba; y lo mismo su modo de hablar. Pero no era eso solamente... El capitán estaba seguro de que Acila tenía sus propios planes.

"Te tragarás tu jactancia junto con tu lengua, Acila. Ya habrá tiempo para eso", pensó Flauro.

Al siguiente día, Molitzmós caminó hacia un grupo de soldados. Y preguntó:

-¿Quién es, entre todos los hombres de nuestro ejército, el que mayor rango y conocimiento detenta?

-El herrero -le contestaron.

-¡Tráiganlo ante mí!

El herrero llegó con andar simple. Pero cuando saludó al príncipe se hizo notoria su dignidad militar.

-Toma a tus hombres -ordenó el príncipe-. Vuelve a transformarlos en soldados.

Con esa orden, los soldados del Sol recuperaron sus armas y el derecho al adiestramiento. Pudieron recorrer libremente el palacio y las calles.

-Y yo, est... estúpida de mí.

"Y yo, estúpida de mí, no creí que tú fueras capaz de hacer esto con tanta firmeza y prontitud", dijo Acila. Y besó a su esposo.

Cucub estuvo triste el primer día de su viaje. La lluvia lo alcanzaría pronto, y él no podía quitarse del recuerdo el amanecer tormentoso en que partió con Dulkancellin rumbo al concilio.

-Aunque ahora me llevas tú, Fuego Negro, y no mis cortas piernas.

Al principio, Cucub le habló a su animal con cabellera; pero no fue bastante. Ni siquiera fue bastante la canción zitzahay que siempre lo acompañaba. Después quiso hablar consigo mismo y vio que su ánimo tampoco era buena compañía:

-No sé por qué te estoy hablando -rezongó-. Pregunto penas. Y tú, ¿qué haces? ¡Respondes penas! Será mejor que nos quedemos callados.

El segundo día amaneció muy frío. Cucub se apretó el manto de cuero que Kuy-Kuyén había engrasado para que fuera útil bajo la lluvia. Y aún así continuó tiritando. Tenía el cuerpo dolorido y la piel ardiente. Con el paso de la mañana, se sintió más enfermo. Buscó en el morral la medicina que creyó apropiada y la masticó esperanzado.

"Aquí están las manos de mi esposa y la sabiduría de Kupuka", pensó el zitzahay.

Pero el día avanzaba y el mal no cedía. Al contrario, empeoraba a cada momento. El viajero transpiraba su fiebre mientras luchaba por seguir escuchando la orden de Thungür: "Digan a Cucub que galope tan rápido como el viento..."

Cuando anochece, comprendió que junto con la claridad de su cabeza había perdido el rumbo. La enfermedad le estaba ganando. Cucub se dejó caer sobre Fuego Negro y se abrazó fuerte de su cuello.

-Sigue adelante, Fuego Negro -le pidió-. Yo voy a dormir.

El animal bufó para tranquilizar al jinete que temblaba sobre su lomo. Se apartó del camino con dirección al este en busca de un sitio donde resguardarlo. Fuego Negro conocía muy bien esos lados del bosque y sin vacilaciones caminó hacia las cuevas cercanas al lago. Una vez allí, dobló sus patas y se inclinó para dejar caer a Cucub tan suavemente como le fue posible.

En los días siguientes, Cucub despertó de a poco. Las primeras veces apenas alcanzaba a abrir los ojos y enseguida volvía a su sueño hondo. El zitzahay nunca supo que las mariposas de aquellos parajes se reunieron en enjambre sobre su cuerpo hirviente para que el aire del aleteo lo refrescara. Y que dejaron gotas de néctar en sus labios agrietados.

Una mañana, despertó con fuerzas suficientes y buscó su morral. Bebió toda el agua del odre y masticó medicina. Cuando por fin logró incorporarse vio por la boca de la cueva la silueta de Fuego Negro pastoreando cerca y el cielo oscuro de la lluvia que llegaba.

Un rato más tarde, mientras comía de mala gana un trozo de torta de maíz, reconoció el sitio en el que estaba.

-Es el Lago de las Mariposas - se asombró-. Estoy en la cueva donde Dulkancellin y yo hicimos un alto para descansar. Si hasta puedo verlo sentado de cara a la lluvia, negándose a comer higos secos.

Cucub no creía que las coincidencias fueran encrucijadas vacías. Aquello tenía un significado que, sin duda, sería propicio. Pensando así, regresó al interior de la cueva confiado en que sanaría. Amontonó hojas secas en un rincón. Y se envolvió en su manto para seguir durmiendo.

Cuando despertó la siguiente vez, decidió que ya podía seguir viaje. Todavía se sentía débil. Pero la fiebre había disminuido y la voz de Thungür se escuchaba de nuevo.

Mientras caminaba a llenar su odre en el Lago de las Mariposas, Cucub comprendió que su soledad podía remediarse fácilmente. Sonriendo en la intemperie gris de Los Confines, pensó en el mejor modo de hacerse oír por la almas.

-Ni tan bajo como si estuvieran a mi lado, ni tan alto como si estuvieran dormidas en el cielo.

Entonces el zitzahay tomó una determinación:

-Como si estuvieran en la otra orilla del lago.

Y Cucub habló de esa manera, ni tan alto ni tan bajo, marcando las palabras con los pocos gestos que su debilidad le permitía.

-¡Dulkancellin, ven aquí! Acompáñame, hermano, pues tengo muchas cosas para contarte...

Sonó un trueno. Cayó una rama de luz sobre la tierra. A espaldas de Cucub, Fuego Negro relinchó fuerte y levantó las patas.

-También tú tendrás compañía -dijo Cucub-. Atardecido fue un valiente animal. Podrá contarte todas las hazañas del guerrero que lo condujo.

A partir de entonces, el zitzahay galopó junto a Dulkancellin contándole sobre Nanahuatli, Kuy-Kuyén y Wilkilén. Sobre

Kupuka y el Brujo Halcón. A medida que avanzaban en el camino el zitzahay le fue recordando algunos sucesos del viaje que habían realizado muchos años atrás.

-¿Cuántos años crees tú, Dulkancellin? -preguntaba Cucub-. ¿Doce años del sol? Tal vez más..., tal vez menos. Recuerdo con claridad que nuestra Wilkilén tenía cinco temporadas de lluvia cuando la conocí. ¿Esa niña ya ha visto llover diecisiete inviernos...? No lo parece.

Cuando Cucub se despidió de su esposa en Paso de los Remolinos, la temporada lluviosa estaba cerca. Ahora, galopando junto al alma de un guerrero, la lluvia olía fuerte y combaba el cielo hacia abajo de modo que el color gris se metía en el mundo de las Criaturas.

-Posiblemente las primeras gotas han caído ya -decía Cucub-. Y de nuevo Kuy-Kuyén estará celebrando el derecho de la lluvia.

Mientras decía estas cosas, Cucub llegó a un arroyo que bajaba desde el Nubloso.

-Vamos, Dulkancellin -el zitzahay indicó que lo acompañara hacia el agua-. Beberemos aquí y recargaremos el odre. ¡Piensa que tenemos un solo odre para los dos!

Cucub se bajó del animal. Lo primero que hizo fue frotar con firmeza su cuerpo estropeado por el viaje y la enfermedad que no terminaba de irse. Luego se agachó para beber; pero cuando iba a hacerlo algo lo sobresaltó de tal manera que lo obligó a alejar su rostro del agua. Un hilo rojo bajaba serpenteando por el arroyo. Era sangre, y Cucub quiso saber:

-¿Quién eres? -preguntó-. ¿Qué vas buscando?

Pero la sangre no se detuvo a responderle.

Comenzaba otro atardecer en Los Confines. El zitzahay miró la noche cercana. Lo sacudió un estremecimiento. Se tocó la frente con el dorso de la mano y notó que la fiebre había regresado.

Además, Fuego Negro se veía intranquilo. No cesaba de moverse y de golpear el suelo con sus patas.

-Seguramente no acordarás conmigo -le dijo Cucub a su hermano-. Sin embargo quiero pedirte que nos detengamos aquí. Ni mi cuerpo ni mi animal con cabellera están en condiciones de continuar esta noche.

En poco tiempo el zitzahay había estirado su toldo y encendido fuego. No tenía hambre; pero sí mucha sed. Bebió, y con el último sorbo de agua fresca se mojó el rostro. Masticó un poco más de la medicina de Kuy-Kuyén. Ya envuelto en su manta y acostado, volvió a hablar con Dulkancellin.

-Querrás que te cuente sobre los hijos de tu hija -los rostros amados se confundían en su cabeza-. Te diré, si cuentas al que está en su vientre, si lo cuentas serán...

La fiebre y el cansancio lograron que, por primera vez en su vida, Cucub dejara de hablar sin que alguien se lo exigiera.

El dormir del zitzahay fue intranquilo. En mitad de la noche comenzó a soñar con alientos helados, con ojos amarillos que se alejaban y se acercaban. También Kupuka llegó a su sueño montando el esqueleto de un animal con cabellera, y advirtiéndole desgracias en una lengua incomprensible. El rostro del Brujo era una de las máscaras que Cucub había tallado bajo el nogal. El zitzahay intentó quitársela diciendo que ésa era la máscara de Kutral. Y entonces la máscara chorreó sangre... Era la misma sangre del arroyo, ¿quién eres?, ¿qué vas buscando? Pero la sangre se fue del sueño sin responderle. Y también se fue la máscara, y se fue Kupuka cabalgando sobre un esqueleto. Solamente quedaron los ojos amarillos.

Muchos pares de ojos que se acercaban al toldo donde Cucub dormía su mal sueño. El relincho de Fuego Negro sonó desesperado. Cucub despertó con la certeza de que algo terrible lo rodeaba. Tomó el cuchillo que estaba al alcance de su mano, y salió del toldo que resistía apenas los embates del viento de tormenta. Entonces su sangre se quedó quieta. Cucub se llenó de gritos que no podía pronunciar: gritos de horror por su propia carne, gritos de amor para Kuy-Kuyén.

La jauría de Drimus se estrechaba; en pocos instantes estarían sobre él. Cucub miró a Fuego Negro amarrado a un árbol. Llegar adonde estaba su animal con cabellera era lo único que podía hacer. Y aunque escapar del olfato de la jauría por el bosque nocturno era un pobre sueño, el zitzahay se dispuso a intentarlo.

Cucub dio unos pasos hacia Fuego Negro sin perder de vista a la jauría. Y entonces, algo ocurrió...

Al principio, el zitzahay pensó que lo que estaba viendo era un engaño de su alma asustada. No era fácil creer que los animales ya no lo miraban. Sin embargo, los ojos amarillos se habían perdido, y los alientos helados estaban vueltos hacia otro sitio de la oscuridad.

Se oyó un ruido de ramas quebradas. Relinchó un animal con cabellera, y no era Fuego Negro. Pegado al relincho, pudo escucharse claramente un galope que se alejaba. Recién en ese momento Cucub comprendió lo que ocurría.

-¡Dulkancellin! -murmuró con su mano estirada hacia el amigo que había olvidado.

La jauría comenzó la cacería largamente ansiada, corriendo tras la presa que habían perseguido los primeros perros que

anduvieron con Drimus y que luego, parición a parición, todos aprendieron a codiciar. El jorobado se estremeció en sus estómagos y ladró por sus gargantas.

Tal vez, Dulkancellin moriría de nuevo por las Tierras Fértiles.

Cucub pensó en Kuy-Kuyén y en sus hijos. Lo único que deseaba era montar a Fuego Negro y galopar de regreso a su casa de madera. Pero en aquel continente nadie vivía o moría por sí mismo. Y amar significó, a veces, irse muy lejos.

El zitzahay debía abandonar ese sitio para ponerse a salvo del otro lado del río. Sin embargo, no era capaz de moverse con rapidez. Con los brazos pesados como leños y las piernas adormecidas, Cucub comenzó a desatar el toldo. Lo enrolló y lo ciñó con una cuerda. Lentamente, tomó una cosa. Luego otra y otra de las que había desparramado alrededor. Cucub luchaba contra el viento con su fiebre a cuestas y un cansancio tan grande que, por vez primera, el pequeño zitzahay pensó con alivio que un día, al fin, estaría muerto. Pero no todavía... Y se dirigió hacia el árbol donde Fuego Negro estaba amarrado.

Con un cuidado que más quería demorar la partida que preservar sus escasas pertenencias, aseguró sus aparejos de viaje al lomo del animal:

-Ya nos vamos, Fuego Negro.

Deshizo la vuelta del lazo que rodeaba al tronco.

-De nuevo andaremos solos tú y yo.

Antes de montar, el zitzahay tomó entre sus manos la cabeza bravía de Fuego Negro para refrescar su frente en el hocico húmedo del animal. Las lágrimas marcaron un surco en el sudor sucio que la fiebre había dejado en su rostro. Empezaba a llover en Los Confines.

Llovía sobre la casa de madera donde Kuy-Kuyén fingía alegría para los niños. Llovía sobre el abrazo del Brujo Halcón y Nanahuatli. Llovía en la soledad de una mujer que seguía esperando al pescador de río. Siguió lloviendo y llovió sobre Kupuka irguiendo al cielo su rama de tres astas.

"Lluvia de Los Confines, limpia mi rostro", pidió la tierra. "Mira a mis hijos que ya no pueden sostenerse. Lluvia de Los Confines, llévate la sangre."

A partir de entonces, el avance de Cucub fue sostenido. El bosque quedó atrás y, cruzado el Pantanoso, quedó atrás la lluvia. El zitzahay conocía el desierto que tenía por delante: la ubicación de los ojos de agua, el modo de procurarse alimento. Sabía que era más provechoso adecuarse al ritmo de las temperaturas y al camino de los oasis. Aún a lomo de animal era un camino demasiado largo como para andar impaciente.

-Ve con calma, zitzahay -se dijo a sí mismo-. No es la prisa lo que nos lleva adonde ansiamos, sino la decisión de llegar.

Muchos soles después arribó al límite norte del desierto, cerca de los salitrales.

En esa región, tal como lo suponía, encontró un campamento de Pastores. Ellos le dieron noticias del ejército, de cómo y cuándo los guerreros habían cruzado la Mansa Lalafke.

También le dijeron algo que entristeció especialmente a Cucub. Las naves ya no regresarían. Lo habían hecho ya muchas veces para cargar un cierto salitre que el Padrecito necesitaba, uno en especial y no cualquiera. Además de sacos repletos con piedras de humo.

Cucub no podía comprender de qué se trataba aquello del salitre y las piedras de humo. Su pena no tenía que ver con eso, sino con Fuego Negro.

-Aquí dejaré a mi animal con cabellera -dijo Cucub-. No requeriré de mucho más cuidado que un llamello. Y ya que no habrá naves que lo crucen, tendré que buscarlo cuando regrese.

Desde su partida, Cucub supo que ese momento iba a llegar. No contaba con tiempo para costear por tierra la bahía. Apenas lo tenía para trenzar una pequeña balsa de juncos.

-En la orilla hay canoas -dijeron los Pastores-. Aquí las dejaron y podrán servirte.

En el sitio de la costa que los Pastores le indicaron, Cucub encontró algunas balsas muy deterioradas y dos canoas. Ninguna de ellas estaba lista para iniciar el cruce de la bahía. Pero Cucub vio que acondicionar la de mayor tamaño le llevaría menos tiempo que tejer su balsa de juncos, y le daría más seguridad en su viaje.

-Vamos a separarnos, Fuego Negro -dijo cuando estuvo listo para partir-, y esto no es bueno para la guerra. Un artista montando el fuego es más temible que muchos guerreros.

Antes de subir a su canoa, Cucub miró la tierra que estaba a punto de dejar atrás.

-¿Sabías, Fuego Negro, que un día mi casa fue una hamaca colgada de dos árboles en la gran selva de la Comarca Aislada?

En esta ocasión, no se trataba de su natural costumbre de hablar por puro gusto de elegir palabras. Era el deseo de no pensar que seguía avanzando hacia el norte, mientras la jauría avanzaba hacia el sur, donde estaban su bosque y su aldea.

Con las manos apretadas en los antebrazos y las miradas brillantes, Cucub y Thungür se saludaron en el reencuentro.

El zitzahay sonrió para aliviar la tristeza que había quedado atrás, y también la que aguardaba adelante.

-Nuevamente debiste enfrentar tú solo un largo camino -dijo el jefe husihuilke.

¿Podía Cucub decirle que un alma lo había acompañado? ¿Era apropiado contarle que la jauría de Drimus corrió tras ella?

¿Así en verdad habían ocurrido las cosas?

-Solo, sí; pero no tan rápido como lo ordenaste. Una enfermedad me demoró apenas comenzado el viaje.

Thungür sabía que, en boca de Cucub, el viaje sería un larguísimo relato; de modo que lo interrumpió antes de quedar enredado en las exageraciones y las bellezas del cuento que empezaba.

-Lo hiciste bien -Thungür caminó hacia el interior del campamento-. Después te explicaré la urgencia de mi llamado, pero antes...

El zitzahay se detuvo en seco:

-¿Qué está oliendo mi estómago?

-Una liebre asada -respondió Thungür-. Eso iba a decirte.

Cucub encontró al jefe del ejército en compañía de un centenar de hombres.

El emplazamiento estaba ubicado de tal forma que se podía pasar muy cerca sin advertirlo. Era difícil imaginar que en aquellos vastos promontorios de piedras rojizas hubiese cuencas interiores suficientemente extensas como para guarecer un buen número de hombres y animales. Tanto que, guiado por los guerreros que salieron a recibirlo, Cucub recorrió pasadizos y gargantas que a poca distancia parecían solamente filones en la roca cerrada.

Mientras comía los restos de carne pegada al hueso Cucub pensó que ya era tiempo de emprender una tarea delicada. Sabía que los hombres husihuilkes tenían el corazón como el fruto del maíz, muchas veces envuelto y silencioso. El, que era zitzahay para sacar los sentimientos gritando por la boca, debía facilitar las cosas.

-Tus hermanas te envían su amor. Y Nanahuatli, el suyo.

-¿Qué puedes contarme de ellas? -preguntó Thungür con serenidad.

Y de todos los guerreros que estaban allí, solamente Cucub le descubrió la agitación en una mínima crispación del cuello.

-¿Ellas...? -Cucub se echó aliento en las manos y las restregó cerca del fuego. Eso significaba que la situación le resultaba placentera: la palabra era suya y había alrededor un público deseoso de escucharlo.

-Ellas son tres. Y no puedo decirte lo mismo de una que de otra -comenzó el zitzahay-. De tu hermana Kuy-Kuyén te contaré que se pone más hermosa cada luna, y que ya debe andar con su séptimo hijo al pecho. Cuida el huerto, amasa un pan de maíz a punto y bien aderezado, ¡virtudes que aprendió de Vieja Kush! En cuanto a Wilkilén... Esa niña sí que sabe reírse. Si fuera mi propia hija, no lo haría con tanta soltura. Kuy-Kuyén y yo nos preocupamos cuando abandona la casa sin dar aviso y se adentra en el bosque. Pero, ¿qué hemos de hacer? ¡Ir tras sus pasos para averiguar sus motivos!, estarás pensando tú. También yo lo pensé. Sin embargo, siempre que tomaba la resolución de hacerlo, me detenía un inexplicable pudor. ¡Y sabes que no me detiene cualquier insignificancia! El caso es que siempre acababa diciéndole a Kuy-Kuyén la misma cosa: Será mejor que confiemos en el bosque; porque el bosque ama a Wilkilén tanto como nosotros.

Thungür aguardaba con los ojos fijos en el zitzahay. Nanahuatli estaba repartida en su memoria. Había una princesa que conoció y amó. Un sonido de sandalias y brazaletes entrando por las noches al cañaveral; una túnica que lo reconocía. Y había una mujer que jamás había visto. Le contaron de ella que recorrió las Tierras Fértiles de punta a punta con los pies sangrados. Le contaron que lo esperaba en Los Confines. Thungür no podía unirlos en un solo recuerdo ni en un solo amor.

Quizás por eso se levantó de pronto, sin permitir que Cucub siguiera adelante:

-Vamos para que elijas un animal con cabellera. Será bueno que te acostumbres a él antes de partir hacia Beleram.

-¿Beleram? -Cucub ya estaba de pie.

Thungür había pronunciado una palabra que dejaba todo atrás. Beleram...

Cuando el zitzahay escuchó aquel nombre la ciudad entera, el mercado y sus voces, el terreno de juego y la Casa de las Estrellas ocuparon su pensamiento. En su cabeza no había lugar para otra cosa. Y Nanahuatli se transformó en una pluma que el viento se llevó por una calle empedrada.

Incapaz de ordenar las innumerables preguntas que deseaba hacer, Cucub acumuló todas en sus cejas.

-Caminaremos mientras te explico lo que tus hermanos zitzahay dijeron -respondió Thungür.

El sitio en el que estaban era de piedra y agua; piedra rojiza y agua limpia. Una cuenca encerrada entre promontorios de piedra y casi desprovista de vegetación, salvo por las hierbas que crecían a orillas de los riachuelos donde pastaban los animales. Los hombres debían salir a la meseta para hallar alimento. Era difícil caminar por la cuenca durante mucho tiempo sin tropezar con paredes rocosas. Thungür y el zitzahay ascendieron un poco por una de ellas. Luego se sentaron en un escalón natural.

Había mucho por contar...

La llegada de los jaguares portando en sus collares de plumas los primeros indicios de la resistencia en el País del Sol, el soldado que nombraba al herrero con la mirada iluminada.

Cucub oía y ensanchaba su sonrisa.

-Pero no es bueno lo que ahora escucharás -dijo Thungür.

El husihuilke debía contarle la incursión de Molitzmós a la selva, y el cautiverio de Bor y de la aldea.

-Molitzmós está otra vez metido en nuestros dolores -murmuró Cucub.

-Molitzmós nunca se apartó de ellos -respondió Thungür. Y luego agregó-. Ahora, el príncipe del Sol acaba de despertar de un largo sueño.

Cucub se quedó sin comprender.

-Durante el tiempo que demoró tu viaje desde Los Confines, recibimos nuevas noticias de la resistencia. Ellos nos dicen que Molitzmós bebió una pócima que trajo consigo el capitán de Misáianes; y que esa pócima lo llevó por un sueño del cual regresó con un sello impuesto en su mano derecha. La resistencia afirma que es el sello del emisario...

Lentamente, Cucub fue comprendiendo. Pero, entre todas las cosas, una le dolía antes:

-¿Y entonces? -preguntó Cucub-. ¿Qué debo hacer en Beleram?

Thungür había descubierto una gran lagartija confundida en la piedra y, mientras respondía, no apartó sus ojos de ella.

-Eres zitzahay y más que eso... Eres el indicado para amparar y conducir a las aldeas de la selva. Cierto que hay muchos otros de tu pueblo en el ejército. Pero ninguno posee como tú las virtudes del mando generoso que aquellos hombres necesitan. Además -continuó Thungür- confío en tu naturaleza. Puedes fingir las cosas mejor que nadie, tienes el don de crear artificios. Y eso nos hará falta en la Comarca Aislada; allí donde no contamos con guerreros sino con hombres mansos.

Cucub asentía a cada palabra.

-Y lo más importante -continuó Thungür-: A la resistencia del Sol se le hace cada vez más difícil y riesgoso cabalgar hasta aquí... El tiempo de camino es largo, y se acercan días en que las noticias deberán tener alas. Tú serás el enlace entre ellos y nosotros; tu abrirás otro camino. ¿No es la selva de la Comarca Aislada un casa familiar para ti? ¿No eres acaso el mejor mensajero de la tierra?

-¿Y qué ocurrirá con el Supremo Astrónomo? -preguntó Cucub.

-Conozco la respuesta que estás esperando. Sin embargo, no es todavía el momento de intentar liberarlo de su prisión. Y me duele como a ti, Cucub.

Como ya el sol había caído tras las paredes de roca, la elección del animal con cabellera fue postergada para el amanecer siguiente. Cucub la realizó sin entusiasmo. Iba y venía entre los animales, los miraba con detenimiento; pero ninguno lo conformaba.

-Hay buenos animales aquí -le dijo el guerrero que lo acompañaba.

-Puede ser-respondió Cucub-. Pero no está Fuego Negro.

-¿Era tu animal con cabellera?

-¡Aún lo es! -se alarmó Cucub.

Finalmente, y tras muchas vacilaciones, Cucub eligió un animal joven de color gris. Su guía lo aprobó:

-Es demasiado joven para una batalla. Sin embargo será bueno para un largo viaje -y continuó-. No ha sido nombrado todavía, tendrás que hacerlo tú.

Cucub alzó los hombros para indicar que no deseaba nombrar a ese animal. Tenía el suyo, y se llamaba Fuego Negro.

-No es bueno que un animal no lleve nombre.

El zitzahay aceptó que aquellas palabras eran ciertas. Aún así, sentía que nombrar a otro animal con cabellera era una deslealtad con Fuego Negro.

Cucub pensó hasta hallar la forma de darle nombre al animal que montaría y, al mismo tiempo, aliviar su intranquilidad:

-Lo he resuelto -anunció-. Este animal se llamará Mientras-Tanto.

El guerrero miró al zitzahay con desaprobación.

-No lo culparé si alguien me dice que te condujo con desagrado.

Pocos días después, Cucub montaba a Mientras-Tanto. El zitzahay estaba listo para emprender viaje hacia Beleram.

-Diré algo una vez más -Thungür anunciaba la despedida.

Hunde-la-Tarde caminaba al paso junto a Mientras-Tanto. Los animales con cabellera conducían a sus jinetes por los senderos abruptos y rocosos que salían a la meseta.

-No sé qué encontrarás en Beleram. Ni siquiera es seguro que Bor esté con vida cuando llegues -el jefe husihuilke tiró la rienda de su animal y se detuvo-. Por eso mis órdenes deben darle espacio a tu decisión. Confío en que podrás distinguir las mejores acciones para llevar a cabo en la Comarca Aislada. Sé bien que podrás hacerlo.

El zitzahay había escuchado lo mismo durante esos días. Sin embargo, lo entendía mejor con la insistencia.

-Hermano -Thungür iba a decir lo que había callado—: Desearía ordenarte que regreses. Pero ésa es una orden que un jefe no puede dar a sus guerreros.

-Regresaré -respondió el zitzahay-. Es cosa de dejar algo a medio contar; entonces un buen artista regresa a terminar su cuento. Y yo debo contarte sobre Nanahuatli.

Se dijeron adiós con los puños en alto, porque así se despedían los guerreros.

Aunque Misáianes tuviera más tiempo que una montaña; aunque el paso de sus uñas abriera sepulturas donde se derrumbaban bosques enteros; aunque su estandarte avanzara desde el horizonte, y todos lo vieran llegar como la noche eterna que él ordenaba, ellos seguirían peleando.

Para las Tierras Fértiles, la victoria era un sueño difícil. Las criaturas estaban extenuadas de dolor. Y ya muchos deseaban descansar, sin entender que no hay reposo en el sueño de los humillados.

Thungür y Cucub, también extenuados de dolor, alzaron los puños para despedirse.

Un Kúkul en los establos de Misáianes

Había almas en Beleram. Almas que crujían como cáscaras de grillos y pregonaban miel en el mercado. Eso creían los sideresios.

Beleram, la ciudad sagrada de los astrónomos, había sido un sitio concurrido y ruidoso. La calle principal, cubierta de piedras blanquecinas, llegaba hasta la misma explanada de la Casa de las Estrellas. Y continuaba hasta el terreno de juegos y las pirámides. Bajando esa calle estaba el mercado. En él desembocaban los senderos angostos que venían de todas las aldeas.

Beleram tuvo sus fiestas y sus cantos. Fue esplendorosa a los ojos del sol que la amaba. Hasta que, un día, tomó el camino del fuego y quedó en cenizas.

Eso encontraron los sideresios a su llegada: cenizas y silencio, despojos y nadie.

Sin embargo, esa ciudad en ruinas por la que los sideresios no se aventuraban de noche, era familiar para Cucub.

-Aquí estuvo el puesto donde vendían huevos de tortuga.

El zitzahay caminaba por el mercado de sus recuerdos. En medio de un descampado ceniciento, con sólo algunos rastros de las construcciones que sostuvieron los toldos, Cucub tropezó con la gente, regateó sus semillas y saludó a los vendedores que conocía. Después se detuvo a comprar una tortilla picante.

-Hermanita, no quieras venderme la más pequeña -protestó.

Cucub, que había regresado a Beleram por orden de Thungür, llegó a la ciudad poco después de que los soldados del país del Sol partieran llevándose los códices para Molitzmós.

A partir de entonces, el Kúkul cantó con mayor frecuencia. Al oírlo, los sideresios se sobresaltaban. Odiaban ese canto y le temían. Pero los prisioneros en los establos y Bor en el observatorio pudieron reconocer sin dificultad la señal de un hermano que andaba cerca.

La aldea prisionera aguardó en silencio. A veces, el Kúkul dejaba de cantar durante un día y una noche. Pero cuando los zitzahay comenzaban a pensar que el buen sueño los había abandonado, el canto se oía de nuevo. Entonces Bor se apresuraba a tomar el tubo de jadeíta. Lo apuntaba hacia la selva, recorría los árboles y la fronda sin encontrar lo que deseaba. Era un zitzahay; de eso no tenía dudas. Nadie más podría imitar con tanto acierto la voz del Kúkul. Pero, ¿dónde estaba y a qué venía?

No siempre su canto llegaba desde la selva. El Kúkul cantaba en el mercado y en el terreno de juegos.

Una noche su canto se escuchó en la propia explanada de la Casa de las Estrellas. Los sideresios dispararon sus armas contra la penumbra. Pero los estruendos del fuego se acallaron, y entonces el Kúkul cantó en otro parte.

-Tú, seas quien seas, cuídate -murmuró Bor.

Cucub estaba en Beleram, transformado en Kúkul. Dispuesto a cumplir a cualquier costo las órdenes de Thungür. Decidido, también, a utilizar el espacio de confianza que el jefe husihuilke le había otorgado.

Cucub tenía dos tareas por delante: organizar una red de enlaces, y proteger a las aldeas zitzahay que quedaron desvalidas en la selva.

El corazón de Cucub quiso algo más; y Cucub siempre atendía a su corazón.

-Está bien -aceptó-, haremos una guerra de grillos y de almas.

Nakín recorrió su memoria como un paisaje abierto. Y anduvo el mundo de ida y vuelta, diciendo sus versos sin monotonía.

Para contar una historia de amor, Nakín de los Búhos caminó hacia el extremo sur de sus recuerdos.

Sobre la piel oscura, la túnica sencilla.
La delgada mujer se adentraba en el bosque.
Sobre su piel, la túnica danzaba.
Había viento en el mundo,
la lluvia se reunía en un lugar del cielo
y el amado esperaba.

La delgada mujer, la que dejó olvidado su cabello,
se llamó Wilkilén con trenzas y sin trenzas. El amado esperaba.
Sobre la piel oscura, la túnica sencilla.
Sobre la piel oscura, el viento helado. Sobre la niña oscura se
tendió el puma dorado de los montes. El sitio era de amor
como de almizcle y de hierbas picantes, junto y junto.
Él era una raíz en ella.

Ella olvidó trenzarse. Después, Nakín caminó hacia el norte de su memoria hasta llegar a los manglares del País del Sol, donde había algo olvidado por los hombres.

Guijarro con guijarro.
Guijarro con guijarro con guijarro.
Ya nadie recordaba los castillos de Drimus.
Pero estaban allí,
durmiendo en la humedad de los manglares,
poblados de alimañas
que ascendían lentas por sus escalinatas.
Los castillos de Drimus se quedaron sin Drimus,
solos en la humedad de los manglares.
Guijarro con guijarro con guijarro.

El Padrecito del Paso iba a mostrarle a Thungür los adelantos del arma en la que había trabajado incansablemente; seguro de que tendría gran utilidad en las batallas.

El Brujo de la Tierra no era el de antes ni en sus manos ni en su rostro. Los empeños para conseguir el polvo gris habían provocado estallidos y fuego. La primera explosión se llevó en pedazos dos dedos de su mano derecha y le ahuecó la parte blanda de la palma. En otra ocasión, el fuego le dejó quemaduras en el rostro.

Tuvo que llegar el agua en ayuda del Padrecito.

-¿Es posible aquí...? ¿Agua aquí? -vociferó ese día, lejos de su habitual gentileza-. ¡Podría decirse que hay enemigos entre nosotros!

Los sacos donde se guardaban las sustancias que componían el polvo gris estaban mojados. Queriendo rescatar algo de lo que creía perdido; o buscando solamente mitigar su enojo, el Padrecito comenzó a mezclar pequeñas porciones con ademanes que daban cuenta de su decepción. Así comprobó el Brujo que el salitre, el carbón y las piedras de humo molidas podían mezclarse sin peligro alguno si estaban húmedas. ¡Cuatro dedos, y no tres, debía levantar!

Thungür se dirigía hacia un sitio distanciado del campamento. Sentado a la grupa iba el Padrecito, hablando sin cesar acerca del provecho de su última invención. Quizás pretendía que el jefe husihuilke olvidara las reiteradas ocasiones en que había visto fallar el arma.

-Ahora será distinto -aseguró el Padrecito.

Y un rato después, mientras desenvolvía con cuidado los aparejos que necesitaba para realizar la prueba, volvió a decirlo:

-Ahora será distinto.

Thungür aguardaba en silencio. Conocía lo que el Padrecito intentaba hacer. Una invención que podría ser grande en la batalla. Pero ya había presenciado tantos intentos fallidos que prefería mantener aplacada su esperanza.

-Tomé precauciones para evitar que el fuego alcance la carga de polvo gris antes de tiempo. Y, como puedes ver, aligeré el peso de la flecha.

Thungür recibió el arma.

-Verdad es que, como nunca, hará falta un gran lanzador -dijo el Padrecito, frotando dos piedras de yesca.

Con ese fuego el Brujo encendió la cuerda embebida en polvo gris que colgaba por el extremo posterior de la flecha.

Sin embargo, y aunque Thungür era un arquero asombroso, el disparo no llegó a destino. Una vez más, el arma del Padrecito había fracasado.

-¡Espera, Thungür! -comenzó a decir el Brujo-, Podemos realizar otro intento...

Tres jinetes al galope distrajeron la atención del jefe husihuilke que, con sólo verlos cabalgar, tuvo la certeza de que algo malo sucedía.

Los jinetes traían una amarga noticia. Dos jóvenes guerreros husihuilkes habían sido atrapados no muy lejos del campamento cuando intentaban huir.

-Son hombres de mi guarnición... Iban preparados para un largo viaje y galopaban como perseguidos.

-Volvían a Los Confines -murmuró Thungür.

-Poco después de que tú y el Padrecito se marcharon, la guardia del sur llegó con ellos. Para intentar salvarse, les aseguraron que se dirigían con mis órdenes a otro emplazamiento y que habían perdido el rumbo. Pero ignoraban la contraseña de los mensajeros. No creí bueno esperar que regresaras porque hay furia en unos, dolor en otros. Y todos reclaman tu presencia.

De camino al campamento, Thungür recordó la ley de su pueblo. "La deslealtad de un guerrero deshonra a los vivos y a los muertos, ofende la sangre derramada y quebranta el nombre husihuilke que llevamos". La ley de los guerreros del sur hablaba con una sola voz: "Si hay uno que abandona a sus hermanos en la batalla, ése ya ha perdido el espíritu. La muerte es piedad para él y es tributo para los que pelean".

Al ver acercarse a Thungür, los dos jóvenes bajaron la cabeza.

Ellos habían comenzado a hablar de la huida como de una acción innoble que los ultrajaría a sí mismos, a sus familias y a sus linajes. Sin embargo, a fuerza de repetirla, la idea se les fue haciendo familiar, más fácil de llevar a cabo y menos penosa. Con el curso de los días, sujetos como el resto de los guerreros al duro adiestramiento que Thungür exigía, los dos jóvenes fueron acumulando razones y argumentos que los convencieron. "Es posible que muchos deseen huir, pero sólo nosotros nos atreveremos", se decían.

Los ancianos de su pueblo hubiesen podido advertirles:

"No es prudente conversar acerca de las acciones deshonrosas con liviandad y sin guía, como si se tratara de un parloteo de mujeres volviendo del río. No es prudente porque las palabras ablandan los actos, igual que la saliva los alimentos, y los hace accesibles a nuestro espíritu. Debemos recordar que hablar sobre una traición es hacerla posible."

La mirada de Thungür no era un palabra sino una roca. Bajo los ojos serenos del jefe husihuilke, los condenados sintieron que les pesaba más la vergüenza que el temor a la muerte.

Thungür conocía a aquellos jóvenes. Sabía que nunca habían logrado adaptarse a la vida rigurosa del ejército. Y que en otras ocasiones quebrantaron la disciplina y descuidaron sus deberes.

-Si Misáianes triunfa, estas tierras no tendrán nombre ni destino. Por eso la única vida posible para nosotros es la guerra.- Thungür hablaba para todos-. Aquí nadie se duerme o se despierta pensando en el regreso. Ese día llegará, si es que llega, cuando volvamos a ser dueños de las Tierras Fértiles... ¿Adónde regresaríamos ahora? No a nuestras casas ni a nuestros cantos, porque no los tenemos. No volveremos a tenerlos mientras Misáianes esté cerca. Lo único que nos pertenece es la pelea.

Thungür afirmaba la ley, y aun así no conseguía acallar sus incertidumbres. Pensaba de un modo, y luego del otro.

"Estos jóvenes guerreros no han de tener más de quince soles."

"También tú los tenías cuando Dulkancellin partió al concilio."

"Pero aún tienen en sus cuerpos las marcas de la niñez."

"Kume las tenía cuando fue atravesado en un madero."

"Y tienen en sus ojos el temor de una pequeña ardilla."

"Serás justo, Thungür. Muchos zitzahay sintieron el temor de una ardilla. Y con él a cuestas entraron al campo de batalla."

-No es igual -murmuró Thungür-. No es lo mismo.

Los dos que esperaban su condena habían llegado al desierto con la comitiva que trajo, desde Los Confines, algunos nuevos guerreros y animales para el ejército, y un Brujo.

-No es igual -repitió Thungür.

El jefe del ejército demoraba en ordenar la muerte de los desertores. En cambio musitaba cosas incomprensibles. ¿Por qué lo hacía, si la sentencia estaba dictada desde antiguo por la voz definitiva de la ley?

Los hombres más cercanos a Thungür, guerreros distinguidos por un rango que habían ganado en el campo de batalla, se inquietaron. Ya una vez Thungür y la ley se habían desencontrado. Todos ellos recordaron que Minché, por ese entonces el primer jefe, había decidido enfrentar a los sideresios en una batalla sin esperanzas. También recordaron que Thungür se había opuesto con razones que parecieron apropiadas. Sin embargo Minché se aferró a la ley y fue premiado. Eso pensaban los guerreros cercanos a Thungür, que ignorarían para siempre la verdad que se escondió tras esa engañosa apariencia.

Thungür ni siquiera sabía de qué lugar recóndito le llegaban aquellos pensamientos; pero de algún modo sentía que su oposición no iba contra la ley sino en su provecho.

También para él los ancianos de su pueblo hubiesen tenido una respuesta:

"El hombre que camina demasiado rápido se queda solo... Siempre habrá hombres que se adelanten en el camino, y es bueno que así sea. Pero ese hombre deberá aguardar a que los otros lleguen. Aguardará sin insolencia ni soberbia, recordando que si pudo andar más de prisa fue porque muchos otros sostuvieron la tierra en su sitio."

El jefe husihuilke miró el sol antes de comenzar.

-Nosotros hemos cambiado. Vean, por ejemplo, los animales con cabellera. Poco años atrás los desconocíamos, y ahora son nuestros hermanos. ¿Puede ser igual la ley para unos hombres que andan a pie que para unos hombres que cabalgan? Sé que pronuncio palabras confusas, razones que no termino de comprender, por eso les pido a ustedes que me escuchen con generosidad. La ley manda la muerte para los traidores. Y esto, sin duda, lo fue. La ley ordena muerte; y no seré yo quien me oponga. Hay algo, sin embargo, que no puedo callar. Y aunque no sirva ahora, tal vez sirva para luego... La mayoría de nosotros, los husihuilkes que aquí estamos, crecimos junto a nuestros padres guerreros. Ellos nos enseñaron, desde pequeños, a conversar con las armas. Y en cada enfrentamiento entre linajes nos llevaron al campo de batalla, arrancándonos de los brazos temerosos de nuestras madres. Pero, ¿qué ha ocurrido con éstos que eran niños cuando empezó la guerra contra Misáianes? Ellos se criaron entre mujeres y ancianos. Más los guerreros que regresaron, tan enfermos o mutilados que nada podrían enseñarles. Nosotros nacimos husihuilkes, y luego crecimos husihuilkes. ¿Cómo

hubiésemos sido sin el padre que guió nuestro brazo para que pudiéramos tensar el arco?

Alrededor de Thungür se encontraba apenas una pequeña parte del ejército. El resto estaba distribuido en guarniciones bastante alejadas de allí. Más tarde cada una de las palabras que el jefe husihuilke estaba pronunciando llegaría a oídos de todos los guerreros.

-Muchos de ustedes estarán pensando, igual que yo lo pienso, ¿qué hay entonces de los zitzahay? Desde siempre fueron hombres de paz que pasaron su tiempo entre la contemplación del cielo y las cosechas de la tierra. Sin embargo, llegado el momento de defender la vida de las Tierras Fértiles, se hicieron grandes y valerosos. Tanto que, sin ellos, no hubiésemos llegado hasta aquí. Los zitzahay cumplieron la ley; de modo que todos deberán cumplirla. Mando la muerte para los traidores, como la ley lo manda.

Thungür levantó la voz para acallar el murmullo de aprobación.

-Pero también digo... No somos mejores haciendo esto. Cumpliré la ley afirmando que me pesa. Si nuestros guerreros estuvieran aquí por temor al castigo ya tendríamos perdida la guerra. Sólo es posible enfrentar el poder de Misáianes guiados por el más grande amor y el más grande convencimiento.

Escuchando a Thungür, muchos hombres que antes se veían resueltos, perdieron la furia y aflojaron las mandíbulas.

-Cumpliremos la ley.

Nunca, desde que guiaba el ejército como primer jefe, Thungür se había enfrentado a la necesidad de imponer la muerte a uno de sus guerreros.

-Quien dicta la muerte -continuó-, debe ser capaz de ejecutarla con su propia mano. No dejaré que ninguno de ustedes cargue con el dolor que me corresponde -y agregó-. ¡Lleven a esos hombres!

Los condenados fueron conducidos hasta unas piedras anchas y lisas donde los amarraron.

Thungür blandió el hacha. Una vez, dos veces. Saltó la sangre. Se fue la vida.

El jefe husihuilke dejó caer el hacha.

-Entierren el hacha junto a ellos -ordenó-. Haré otra, que no tenga manchado el corazón.

La sierva ceñía una larga banda de lienzo alrededor del talle fuerte de su ama. Cuando acabó, el vientre de Acila había perdido la ligera sinuosidad ocasionada por la vida que crecía dentro. Luego la sierva le colocó la túnica y, mientras lo hacía, se lamentó. Parecía velar por ese niño más que la mujer que lo engendraba.

-Mi ama -dijo-, esto no puede continuar por mucho tiempo.

Pero Molitzmós debía ignorarlo todavía:

-C...cuando tú, anciana, me traigas la noticia que espero, podré desatarme -respondió Acila.

Una de las esposas jóvenes, igual que ella, esperaba un hijo de Molitzmós. Y Lengua Demorada debía conocer el augurio de los sabios.

Cinco esposas había tomado Molitzmós durante su primer año como príncipe gobernante. Luego llegó Acila, y fue la última.

Hasta entonces, dos de aquellas esposas habían dado a luz. Y las dos veces fueron niñas que Molitzmós agasajó con obsequios grandiosos; pero que enseguida entregó al cuidado de sus madres. Porque no eran hijas mujeres las que podían sucederle en el trono. Ahora, otra de las jóvenes renovaba la esperanza del primogénito.

-Por tu parte puedes estar tranquila -dijo la sierva-. Aguardaste la señal y concebiste en el día preciso, el que indicó el cielo. De ti nacerá el nuevo príncipe.

Acila ablandó el gesto de su rostro.

-Así es bueno verte, mi señora -continuó la sierva-. Sonríe un poco y descansa. Es muy posible que esa mujer lleve otra en su vientre.

La sierva salió. Acila se recostó sobre almohadones en una estera fresca. Su hijo tenía que ser el primer varón nacido de Molitzmós; destinado a heredar el trono del País del Sol. Si eso ocurría, todo dolor quedaría saldado. Y la sangre retornaría a su rueda.

Para Acila resultaba difícil sobrellevar la compañía de otra vida en su cuerpo porque tenía el hábito de la soledad. Engendrar al primogénito era un deber que Acila cumpliría con tenacidad, pero sin alegría.

Cuatro soles después, la sierva entró a la habitación.

Lengua Demorada no necesitó hacer preguntas. La anciana delataba en su semblante las peores noticias.

-Engendra un varón. Un niño que nacerá... -Acila se demoró en su dolor-, nacerá antes que éste.

-Sí, ama. Los sabios lograron hallar en el cielo el rastro de esa concepción. Ellos aseguran que nacerá un príncipe. Y el propio Molitzmós lo ha sabido... Oí decir que le ha obsequiado a su joven esposa unos pajarillos diminutos, de éstos que cantan como llovizna sobre láminas de oro.

Acila emitió un sonido afónico; más parecido a un lamento que a una palabra.

-¡Perdóname! -suplicó la sierva-. He hablado sin prudencia.

Esa tarde, la joven esposa de Molitzmós descansaba sus piernas en el estanque. La mujer se contaba entre las de mayor belleza, con sus párpados ligeramente más oscuros que resto de su piel. Y los dientes muy blancos y lustrosos. Estaba desnuda; salvo por un paño liviano atado por debajo del vientre que ella había levantado para descubrir sus piernas.

Y cantaba procurando imitar a las aves que su esposo le había regalado.

Sería madre del primogénito del príncipe; nada mejor podía desear.

Giró cuando oyó pasos a sus espaldas. Acila y su sierva llegaban por el sendero.

A diferencia de su trato habitual, Lengua Demorada le sonrió con gentileza. Luego, ella y la anciana se sentaron a orillas del estanque. Al cabo de un rato de silencio, la joven saludó para marcharse. Entonces, Acila habló al oído de su sierva:

-Dice mi ama que le satisface saber que serás madre del primogénito.

Aquellas buenas palabras obligaron a la joven a continuar la conversación. Sabía sobradamente que Lengua Demorada hablaba con Molitzmós como se habla a un igual. Y el príncipe podía enfurecerse si llegaba a saber que Acila había recibido desprecio cuando brindaba amabilidad.

-Agradezco tu contento, señora.

-Mi ama ya no está en disposición de engendrar... Es por eso que saluda con tanto agrado este nacimiento.

Todo lo dijo Acila a oídos de la sierva para que nadie pudiera afirmar que había escuchado una sola palabra de su boca.

Mientras hablaban, la sierva sacó un envoltorio que colocó sobre su falda. Con dificultad, a causa de sus dedos torcidos, desató el nudo que lo ajustaba y comenzó a comer golosamente.

-¿Qué tienes ahí que tanto te relames? -preguntó la joven, sintiéndose con derecho a sonreír y a preguntar.

La sierva de Acila se golpeó la frente:

-Disculpa, pequeña. Debí pensar que, para ti, todo se transforma en deseo. ¡Pruébalas...! -y extendió la mano-. Son confituras que yo misma hago con menta y leche.

La mujer comió con gusto los dulces que le ofrecían.

-Pregunta mi ama cuál será el nombre del heredero.

-¿Su nombre? -la respuesta fue dulce como la saliva-. Se llamará Yocoya-Tzin.

-Dice mi ama que es buen nombre para quien ocupará el trono del País del Sol.

Esa misma noche, Acila buscó a su esposo.

Hacía ya varios soles que no hablaba con él, y apenas lo veía. Molitzmós sonrió con franqueza al verla llegar.

-Estás feliz -dijo Acila-. Y deb... -tartamudeó su mentira-debemos estarlo.

Molitzmós la abrazó.

-Creí que te sentías menoscabada -dijo.

Pero Acila se veía tan calma y tan lejos de cualquier rencor, que Molitzmós comenzó a hablar como lo hubiese hecho consigo mismo.

-¿Comprendes, Acila? Pronto nacerá el que va a continuar mi sangre y mi reinado. Él será fuerte y bello como lo es su madre. Y yo aún tendré tiempo de forjarlo para que crezca parecido a mí en sus intenciones y en su fortaleza. Tú y yo le enseñaremos a jugar yocoy... Será el más grandioso jugador del reino. También le enseñaremos acerca de los códigos sagrados. Tú y yo, Acila. Solamente tú y yo podremos hacerlo.

Molitzmós del Sol estaba exaltado. Y no reparó en el rostro de Lengua Demorada.

-El primogénito fue concebido en un justo momento. Nacerá en medio de una victoria.

Acila intuyó, tras las palabras de su esposo, algo mucho más grande que un niño. Y le rogó que se explicara mejor.

-La guerra en las Tierras Fértiles tomará un nuevo rumbo; uno que Thungür no espera ni imagina. Lo concebí con la ayuda de Flauro. Y lo soñé a solas durante estos días en espera de poder decírtelo.

-¿A qué te refieres? -preguntó Acila.

-Las naves que han llegado son suficientes como para enviar una flota que navegue hacia el sur. Llegaremos por mar a Los Confines. Aquella es ahora una tierra de mujeres y niños, de ancianos y hombres enfermos que conquistaremos cantando... Puedo ver la expresión de Thungür, hijo de Dulkancellin. ¿Imaginas a los guerreros husihuilkes avanzando hacia el norte cuando sepan que, en ese mismo instante sus hijos y sus mujeres son arrasados por los sideresios?

El ejército del Venado llorará por las noches. Y así, quebrantados en su ánimo, y encerrados en el centro de estas tierras, los derrotaremos para siempre.

En ese momento Flauro irrumpió con brusquedad en la amplia sala.

-¿Qué sucede? -inquirió Molitzmós.

-Es tu esposa. Cayó vencida por fuertes dolores. El niño es un charco de sangre.

El príncipe miró a Acila para que ella le dijera que no era cierto, que no estaba pasando. Pero ella no pudo responderle.

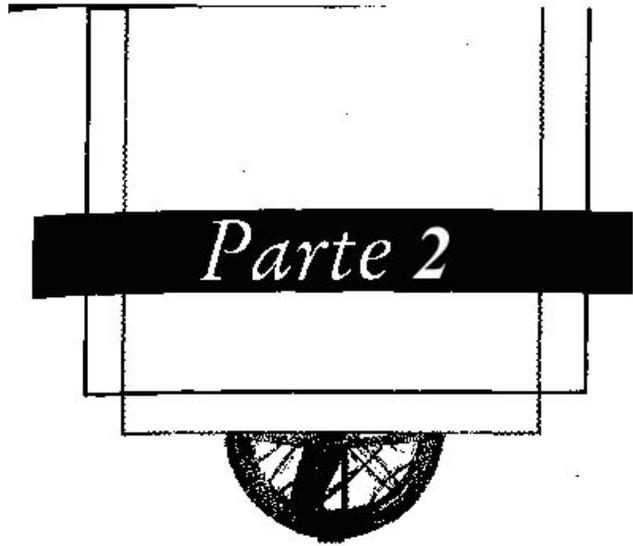
Molitzmós del Sol salió de allí para ver por sí mismo lo que ocurría.

Flauro y Acila se quedaron solos. El capitán de Misáianes y Lengua Demorada no querían lo mismo; pero ambos necesitaban a Molitzmós y se disputaban su confianza.

-¿Nada sabes sobre lo que le ocurrió a esa joven mujer?

Con esa pregunta Flauro rasgó las apariencias que ambos sostenían cada vez con mayor dificultad. Uno y otro se reconocieron enemigos con la mirada.

Después de eso, Acila fue la primera en sonreír. Saludó al capitán de Misáianes y se marchó.



Así ocurrió en las Tierras Antiguas...

Misáianes, el hijo de la Muerte, no se comprende sin el tiempo. Tiene un largo antes y un largo después; es tanto resultado como origen, tanto fin como inicio.

Para contar acerca de Misáianes y su guerra, es necesario hablar de su cuna: la boca de su madre, el monte, el continente de las Tierras Antiguas y las criaturas que, por entonces, lo habitaban.

En las Tierras Antiguas nació la magia. Junto a ella, crecieron exuberantes el conocimiento y la alegría.

Los magos de entonces acopiaron saber. Y lo heredaron, cada vez más potente, de maestro a discípulo.

Las nuberas, mujeres del bosque renombradas por su disposición para el amor, estuvieron cerca; siempre atentas al llamado de los magos que, a veces, requerían consejeras y, otras veces, amadas.

Los primeros reyes de las Tierras Antiguas gobernaron con generosidad. La gente de los valles dormía con buen cansancio. La gente de las colinas bailaba en ronda.

Pero algunas cosas se sustentan a costa de lo mismo que les ha dado vida.

Así, la magia acabó creyendo que el conocimiento era su obra y no su deuda. Se alejó de las criaturas para sentarse en un cielo remoto, desde el cual se proclamó primera en las virtudes. Elegida para regir sobre los simples.

Sin embargo hubo magos que se opusieron y se diferenciaron. "La única gloria es preguntar acertadamente", dijeron. "Si nos apropiamos de la creación, dejaremos de comprenderla."

Aquellas controversias se transformaron en una enemistad irremediable que acabó separando a la magia, mitad por mitad. La mitad que se llamó a sí misma Cofradía del Recinto permaneció en las Tierras Antiguas. La que se llamó a sí misma Cofradía del Aire Libre se marchó por un largo camino. Iban a refundar la magia en otro continente.

Las nuberas contemplaron con tristeza esta desunión. Se adentraron en el bosque porque no podían comprender. Y la ausencia fue larga. Pero, finalmente, todas regresaron. Caminaron hacia los magos del Recinto y permanecieron junto a ellos sin imaginar que, un día, los verían inclinados ante el Odio Eterno.

Y continuó el tiempo en las Tierras Antiguas.

Fuerte en el pensamiento y hábil en las manos, aquel continente tuvo ruedas y aspas. Fundió metales y concibió el modo de andar por el mar.

Los reyes se enfrentaron y se sucedieron, igual que los veranos y los inviernos. Pero, por sobre todos, estaba la Cofradía del Recinto con sus Órdenes de grandes maestros y sus ojos puestos en las estrellas.

Mientras esto ocurría, la Muerte se miraba las manos, las palmas sin líneas. "No engendrarás", le había sido ordenado.

-Engendraré desde mí misma. Seré madre también -decidió un día.

Luego buscó un monte olvidado. Buscó una cueva oculta en la cima. Allí se sentó y comenzó a amasar un brote de saliva.

Lo incubó en su boca hasta que lo sintió latir. Lo despegó de su paladar y continuó dándole calor entre las manos.

Saliva de la Muerte, espesa, cuajada. Grumo de saliva que fue emplumando. Era su hijo, y lo llamó Misáianes.

El hijo creció sin abandonar el monte. Crecieron sus brazos, sus dedos, sus uñas. La ferocidad del Increado era tan grande como su paciencia; y su paciencia tan esmerada como su astucia.

Hablando parecido a la verdad, Misáianes se erigió en Amo. Y todos los que se rindieron ante él, perdieron el alma.

Misáianes convocó a sus parientes. Los magos del Recinto tardaron en acudir. Pero cuando, por fin, marcharon hacia el monte, los caminos, detrás de sus pasos, desaparecieron.

El pueblo de las Tierras Antiguas fue sometido a la esclavitud. Y separado en manchas según los trabajos que realizaban. Despojados del nombre, se transformaron en carne que obraba.

Y sin embargo, hubo otros que no se sometieron.

Las nuberas del bosque irguieron las cabezas, las cabelleras alertas, los cuerpos aguzados frente a Misáianes.

Entonces, el amo las señaló para la muerte. Ellas corrieron al Recinto, donde nadie escuchó los aldabones contra las puertas, donde ningún ventanal se abrió para escucharlas. Clamaron por ayuda y las murallas de piedra cerraron los ojos. Maldijeron, increparon, y las torres alzaron vuelo.

Si había, en el Recinto, algunos deseosos de ayudarlas, no pudieron hacerlo ese día.

Abandonadas por los magos, las nuberas fueron perseguidas, y cazadas como ardillas en el bosque de Goenia. Los soldados de Misáianes las encontraron dentro de los nidos, metidas en los hormigueros, enroscadas alrededor de las ramas más altas de los árboles. Cuando lograron reunir las, las arrastraron hasta la orilla del mar. Allí, luego de amarrarlas a

gruesos maderos, las pusieron a arder de cara al mar. Sólo unas pocas lograron ocultarse y permanecer a salvo. Aquellas mujeres, que habían sobrevivido a la primera cadena del Amo, supieron que la resistencia se extendía más allá del bosque.

La resistencia, supieron las nuberás, se disimulaba en una Orden de magos que permaneció en el Recinto con el propósito de llegar al monte y escucharlo de cerca. La resistencia se hacía fuerte en la raza de los bóreos, navegantes de gloria cuyos reinos florecieron en los archipiélagos del noroeste y en la Gran Península. Los bóreos, capaces de avistar antes que nadie el tiempo funesto de Misáianes, enviaron naves a las Tierras Fértiles.

Cruzaron el Yentru llevando la noticia de uno que había nacido para aniquilar el tiempo de la Vida. Y sus palabras quedaron asentadas en códices escritos sobre láminas de cortezas plegadas que se protegieron en estuches labrados, que se guardaron en cofres de piedra, que se ocultaron en cámaras reservadas...

No sólo noticias llevaron los bóreos. También viajó con ellos parte de su descendencia para permanecer a resguardo en las Tierras Fértiles, lejos de la guerra que se avecinaba.

"A nosotros, los que habitamos en las Tierras Antiguas, nos corresponde dar las primeras batallas contra Misáianes. Así debe ser, porque Misáianes nació y creció en un monte de nuestro continente. Y es allí donde concentra sus fuerzas. Pelearemos hasta la última gota de sangre de la última buena Criatura; pero, quizás, no sea suficiente. Por ahora, este lado del mundo está a salvo. Nosotros y el mar somos el escudo. ¡Preserven este lugar y esta vida! ¡Protéjanse, y protejan a los hijos que dejaremos entre ustedes! En ellos depositamos la esperanza de permanecer, aunque caigan las Tierras Antiguas..."

Luego, aquellos navegantes regresaron a pelear una guerra distinta a todas.

Algunos clanes soberanos se sumaron a ellos. Se trataba de pueblos que habían vivido apartados de los grandes reinos y que, quizás por eso mismo, no dudaron entre Misáianes y la libertad. Juntos sostuvieron la resistencia en el mar. Juntos, fueron conocidos como los navegantes de cabello rojo.

Y transcurrieron generaciones arrasadas...

Misáianes siguió creciendo. Los sideresios hacían retemblar la tierra. Así, al cabo de muchos años, la resistencia parecía muerta.

Las nuberás se perdieron en el bosque. Los magos rebeldes apenas podían moverse porque Misáianes estaba atento, todo lo miraba.

Los navegantes de cabello rojo quedaron acorralados en las costas del Golfo de Sigia y en el Archipiélago de Las Cuatro Madres. En aquellas regiones, gracias al conocimiento del mar y a las prodigiosas dotes para la navegación, continuaron respirando y soñando con los días que esperaban después de la sangre y la derrota. Pero eso era nada, casi nada. Pececitos con minúsculos agujijones jugando entre los dedos del Odio Eterno.

Y pasaron generaciones silenciosas...

Misáianes y sus parientes, seguros ya de su dominio sobre las Tierras Antiguas, pusieron sus ojos en la otra orilla. El sueño del hijo de la Muerte abarcaba el mundo, de modo que las Tierras Fértiles se transformaron en el nuevo horizonte.

Una flota comenzó a prepararse para cruzar el Yentru.

Leogrós se llamaba el hombre que fue elegido como comandante. Drimus, el mago que hablaba la lengua del Designio, viajaría como emisario del Amo.

Los rebeldes de las Tierras Antiguas no desaprovecharon esa distracción. Mientras Misáianes desviaba sus ojos hacia una guerra lejana, ellos afianzarían su propia guerra. Ésa era la causa por la cual los navegantes de cabello rojo, Zorás y Foitetés estaban reunidos en un lugar de la costa.

Zorás, el mago de los ojos azules, representaba por entonces a la Orden de maestros que había jurado sostener el verdadero legado del Recinto contra el poder de Misáianes. Foitetés era su único discípulo.

-Es imprescindible aprovechar este tiempo -decía Zorás a los capitanes rebeldes.

Todos ellos sabían que nada iba a ser posible sin el levantamiento del pueblo de las manchas. Pero aquellos hombres y mujeres que se llamaban como su oficio estaban perdidos en la oscuridad de la desmemoria. Para traerlos de regreso sería necesario un largo trabajo de amor y redención. Alguien que les devolviera la luz de las Virtudes Primordiales: el conocimiento de las causas, el don de recordar, la poesía, y la honra de llevar un nombre.

-Hallaré el vientre apropiado y en él engendraré a los dos elegidos -anunció Zorás.

Luego, el mago de los ojos azules observó desde lejos el Paso de las mujeres de las manchas hasta que encontró a la que buscaba. Era una escardadora que se diferenciaba de las demás por su andar erguido. Detrás del vapor oscuro que

cubre cualquier cuerpo sin nombre, el mago pudo adivinar una noble belleza. La madre de los elegidos ya estaba señalada. Zorás aguardó a que llegaran los guardianes conduciendo hombres a la mancha de las escardadoras. Cubierto con un manto sucio y ayudado por la penumbra, se confundió entre ellos. Después buscó a la escardadora, le apartó el cabello de la cara.

-Ellos nacerán para la resistencia. ¡Bautízalos, escardadora! -le dijo. Y se marchó.

Cuando sus hijos nacieron, la escardadora les marcó la carne. Lo hizo sin entender por qué. Tomó un hierro candente y marcó Vara a la mujer y Aro al varón.

-¡Han nacido! -anunció Zorás a su discípulo.

—¿Crees que, tal como se lo pediste, la escardadora les dará un nombre? -preguntó Foitetés.

-Sé que va a hacerlo -dijo Zorás-. No tengas dudas... Pero recuerda que esa primera marca no se diferencia de la que, en otros tiempos, nuestros campesinos les hacían a sus animales. La marca que en verdad importa será realizada a su debido tiempo.

Foitetés sabía que su maestro se refería al día en que los gemelos cumplieran doce años y estuvieran listos para comenzar el camino de la iniciación.

-Cuando cumplan doce años iremos a buscarlos, Foitetés -continuó diciendo el mago-. Ese será el día definitivo, cuando la marca del hierro en la carne se transforme en signo de orgullo en sus espíritus.

-Doce años... -murmuró Foitetés-. Y luego la iniciación para que puedan comenzar su trabajo en las manchas. ¿Sabes, maestro, cuántos se perderán en ese tiempo?

-Lo sé -respondió Zorás-. Pero muchos más se perderán si no actuamos con cautela y paciencia.

Eso ocurría cuando la primera flota de Misáianes, con Leogrós al mando, arribaba a las Tierras Fértiles.

El tiempo, que permanece porque transcurre, siguió dando sus pasos. Un año, dos años...Y un día, aciago para los parientes del Amo, Leogrós regresó en busca de su castigo.

Leogrós anunció que las razas oscuras de las Tierras Fértiles los habían derrotado. Dijo Dulkancellin, dijo Kume. Habló de un Brujo anciano que había llegado al campo de batalla arreando animales. Por fin, hizo saber que Drimus se había quedado allí, junto a sus perros.

Zorás celebró estas noticias junto a los navegantes rebeldes.

Lubabáh, uno de los capitanes más jóvenes, reía sin mesura. Siempre lo hacía de ese modo. Lubabáh era un hombre tan corpulento como ninguno; un navegante audaz que andaba de aquí para allá como si todo fuera mar. Y el mar fuera dócil como la risa.

-Iré al bosque de Goenia. Las nuberías deben conocer las novedades -dijo.

-¿Será que quieres avisarle a Mármara, especialmente? -le preguntó uno de sus compañeros.

Lubabáh, que estaba bebiendo vino, alzó la jarra:

-¿Será que quieres avisarle tú?

Del otro lado de la alegría de los capitanes rebeldes comenzaba el tormento para Leogrós.

El capitán encontró el castigo que buscaba; suplicios que pocos hombres hubiesen sido capaces de soportar durante tanto tiempo. Por cinco años, Leogrós fue obligado a repetir su derrota, palabra por palabra. Misáianes lo escuchó en silencio.

Esos años fueron provechosos para la resistencia. Cinco años en los que Vara continuó creciendo en la mancha de las hilanderas, donde había sido llevada cuando la separaron de la escardadora. Cinco años para que Aro creciera en la mancha de los cuidadores de cerdos.

Cinco años pasaron en las dos orillas del Yentru hasta que, al fin, Misáianes decidió enviar una nueva flota a las Tierras Fértiles.

La capitana de esas naves era de roca eterna. Misáianes enviaba a su propia madre, dispuesto a doblegar el alma de aquel continente:

"Desperté, y mi flota había fracasado en la otra mitad del mundo. Leogrós fue vencido en las armas. Y Drimus se quedó entre los perros. Acepto que el Doctrinador consiguió cumplir, en algo, con el mandato que llevaba. Pero lo que consiguió no es bastante. Regresaré al sitio que llaman Tierras Fértiles multiplicado en ejército, en naves y en armas. Pero eso tampoco será bastante sin alguien que perfeccione la obra que Drimus ha comenzado. Esa serás tú, mi madre. Sólo en tí confío para que acompañes a nuestro jorobado en lo que es más importante. Nunca impondré mi Orden sobre aquel territorio, ni sobre aquellas criaturas, si antes no se socavan sus raíces. Si el dolor no les viene de adentro, conseguiremos tener muertos pero no esclavos. Si no les ensuciamos la sangre, no habrá para nosotros una victoria perpetua."

Cuando la segunda flota de Misáianes zarpaba hacia las Tierras Fértiles, un joven navegante y una nubera espían ocultos tras una roca cercana al mar.

-¡Ve el mascarón de proa! -musitaba Mármara- ¡Es ella...!, ¡es ella!

-Silencio, nubera -pidió Lubabáh.

Mármara y Lubabáh se tomaron de la mano y permanecieron callados e inmóviles. Los asustaba la cercanía de la Muerte. Y no podían creer que ella no los estuviese olfateando. Pero si lo hacía, ¿por qué no los señalaba con el dedo extendido? De todos modos, nada podían hacer más que quedarse muy quietos.

Al fin, las naves se alejaron. La madre de Misáianes iba al frente, como mascarón de proa de la nave madrina.

-Desdichadas Tierra Fértiles -dijo Lubabáh.

-Desdichadas Tierras Antiguas -respondió Mármara.

Luego, como sucede en medio de la guerra, se amaron con desolación.

Más tarde Lubabáh regresó a las costas a reunirse con la capitán rebelde. Mármara regresó al bosque de Goenia donde la esperaban sus compañeras.

Y el tiempo, que es una serpiente interminable, prolongó su rastro...

Los navegantes rebeldes consiguieron, con un alto costo, dificultar y menoscabar los refuerzos que los parientes enviaban a las Tierras Fértiles. Averiaban algunas naves, se apropiaban de otras. Pero lo que conseguían estaba lejos de ser suficiente.

Tan exigua era la ganancia de la resistencia en las Tierras Antiguas que, en la Casa de las Estrellas y frente a Bor, la madre del Amo se refirió a ella con palabras burlonas y despectivas. Bor le repitió esas palabras a Zabralkán. Y Zabralkán tomó una decisión afortunada para los dos continentes. Los hijos que los antiguos bóreos habían dejado allí debían regresar con sus hermanos:

"Nuestro primer camino. La Estirpe por el mar y rumbo a las Tierras Antiguas... ¡Que naveguen con fortuna! Confiamos en que el Yentru nos será favorable. El joven pueblo de la Estirpe hallará a sus hermanos rebeldes y con su llegada fortalecerá, en muchos modos, la resistencia contra Misáianes en las cercanías de su nido", había dicho Zabralkán.

Y así ocurrió...

La llegada de la Estirpe, el joven pueblo que navegó por mandato de Zabralkán hacia la tierra de su mayores, fortaleció la resistencia como la luna fortalece al cielo de la noche.

La madrugada del arribo cientos de antorchas en hilera se encendieron y se apagaron a lo largo de la costa señalando el sitio seguro para el desembarco.

Los navegantes de cabello rojo, advertidos por las mujeres peces, aguardaban con impaciencia la llegada de sus hermanos. De nuevo, Mármara y Lubabáh espían detrás de una roca. Pero en esta ocasión no se trataba de la partida de una flota enemiga sino de la llegada de un sueño.

No bien las naves estuvieron suficientemente cerca, Lubabáh desorbitó los ojos.

-¡Mira, nubera! Mira qué bellas son, mira qué rápido navegan -Lubabáh alzaba el tono de su voz-. ¡Míralas, Mármara! Se parecen a las naves de nuestras leyendas, ésas que ya no sabemos construir.

Entonces el navegante perdió el cuidado y, agitando los brazos, corrió hacia la orilla:

-¡Miren esas naves! -Lubabáh lo decía para todos, para el cielo, para su propio corazón sorprendido-. Vean cómo se mueven... Casi no se distinguen de las gaviotas.

-¡Regresa aquí! -gritó Mármara-. Parece que las amaras más que a mí...

Lubabáh le respondió desde lejos, riendo a su modo:

-¡Claro que las amo más que a ti, Mármara! Mucho más que a ti.

Desde entonces, todo cambió en el mar.

Las naves que la Estirpe había aprendido a construir, rescatándolas de los viejos relatos que sus padres les habían dejado en herencia, eran ágiles y livianas. Y poseían aparejos que les permitían navegar a gran velocidad y maniobrar con eficacia.

Aquellos navíos legendarios, más el minucioso conocimiento que los navegantes de cabello rojo tenían de vientos y corrientes, de puertos escondidos y de costas mortales, multiplicó el poder de la flota rebelde.

A partir de ese día los barcos de Misáianes debieron enfrentarse a emboscadas y acechos de naves que surgían de la niebla y los rodeaban como aves marítimas. Naves que parecían dueñas del viento: llegaban, disparaban con precisión sus cañones y escapan hacia sitios impensables para los grandes barcos.

La llegada de la Estirpe sumó cinco hombres a los seis que ya componían la capitanía rebelde.

Once capitanes; cada uno de los cuales tenía a su mando una flota con la que controlaba una zona marítima y costera.

En las Tierras Antiguas, los parientes estaban inquietos.

Tanto como el fortalecimiento de la rebelión en el mar, los atemorizaba el silencio que llegaba desde la otra orilla. ¿Qué pasaba con Drimus? La victoria, que creían segura, demoraba. ¿Y la Sombra, madre del Amo? ¿Por qué también ella hacía silencio?

Zorás tampoco conocía las respuestas a estas preguntas. Nadie en las Tierras Antiguas las conocía.

-Se acerca el día -le dijo el mago a su discípulo-. Vara y Aro están prontos a cumplir doce años. Ya ves que el tiempo ha pasado y ha sido bueno en el mar...

-Ahora debemos hacerlo bueno en la tierra -respondió Foitetés-. ¿Cuándo iremos en busca de tus hijos?

Foitetés sabía que a su maestro no le gustaba llamarlos de ese modo. Pero Foitetés era un discípulo obstinado.

-Pronto -dijo Zorás-. Antes, quizás, de lo previsto si es que confirmo algunos temores.

-¿Puedo saber a qué le temes? -preguntó Foitetés.

-Temo a los juegos de los días largos...

Nadie en las Tierras Antiguas sabía aún que, del otro lado del mar, los pastores habían dado vuelta la guerra. Y que el ejército del Venado controlaba la mitad del continente. Nadie sabía que Kupuka acababa de vencer en duelo al jorobado. Mucho menos, que la Sombra conversaba con una niña de trenzas negras en una isla blanca.

-Está cerca el día de ungir a los elegidos -dijo Zorás-. Y creo que la Sombra, esté donde esté, escuchará sus nombres. Éstas y otras cosas sucedieron en las Tierras Antiguas... Pero algunas merecen ser contadas con mayor detenimiento.

En las Tierras Antiguas, los magos fueron antes y después de Misáianes.

La Cofradía del Recinto y la Cofradía del Aire Libre provenían de un mismo tronco de sabiduría. Tal vez por eso, de un lado y otro del mar y con tan diferente pensamiento, se ordenaron de modos similares. Se trataba de una estricta gradación de rangos y sitiales de jerarquía que sólo eran renovados tras la muerte de quien los ocupaba.

En las Tierras Fértiles, fueron los Supremos Astrónomos quienes rigieron la Casa de las Estrellas. Debajo de ellos, los astrónomos menores. Finalmente, los aprendices.

En las Tierras Antiguas, el rango más alto de la magia estaba representado por los Venerables del Recinto; trece grandiosos magos que mantenían el legado de diferentes Órdenes de maestros. Y que ejercían tutela y magisterio sobre sus discípulos.

Deinos pertenecía, por descendencia, a la línea de Drimus; la primera en rendirse ante el Amo. Y mucho más... La que dio palabra y sostén a su Designio. Gracias a ellos, Misáianes hablaba parecido a la verdad.

Una voz resonó a espaldas del mago:

-¡Gloria, venerable Deinos!

Deinos giró vivamente la cabeza para responder al saludo. Con el movimiento, las dos cadenas de nueve eslabones que colgaban de su casco se golpearon una contra otra.

Deinos tenía rasgos agudos y barba corta que terminaba en una punta torcida hacia arriba.

Zorás, el mago que se acercaba en compañía de su discípulo se ocultaba tras una barba espesa y plateada. De su rostro, perdido en la penumbra de una caperuzo de piel, sólo resplandecían sus ojos azules.

Los dos magos se reunieron y, como era habitual, el discípulo de Zorás permaneció a diez pasos, cubriéndose los oídos con sus manos.

-Espero verte en los juegos de los días largos -dijo Deinos-, Según recuerdo, hace algunos años que no los presencias.

-He pensado hacerlo esta vez -la voz de Zorás era profunda y serena.

Transcurría el mes del barro; era temprano. Pero, aquel año, los juegos de los días largos iban a anticiparse para aplacar la inquietud de los parientes.

El gran fortalecimiento de los navegantes rebeldes, ocurrido desde la llegada del pueblo de la Estirpe, había sido un golpe inesperado. Naves blancas y ligeras tripuladas por jóvenes navegantes que cruzaron el Yentru para regresar a la playa de sus antepasados... ¿Quién habría podido imaginar aquello?

Además, pasaba el tiempo sin que señal alguna llegara desde las Tierras Fértiles.

Las aguas del mar caían incesantemente sobre la arena. Y los parientes ignoraban el destino de la flota que había partido llevando consigo a la madre del Amo.

En el reino de Misáianes, los nobles ardían en sus castillos.

¿Qué ha ocurrido con Drimus?, preguntaban. ¿Por qué no llegan sus señales? ¿Y la Sombra...? ¿Por qué no regresa la Sombra a la vera del hijo?

Deinos hablaba sobre los navegantes:

-Recuerda cuánto pierden los nobles en cada una de las incursiones a la Península Rocosa, donde los navegantes parecen burlarse de ellos. Sería más simple atrapar niebla.

-Es cierto, dicen que el pueblo de la Estirpe se mueve como la niebla -respondió Zorás. Y agregó-: Por lo demás, nadie conoce como ellos esos islotes y canales.

Deinos movió la cabeza con desaprobación.

-Zorás, tú sabes bien lo que pienso. Son las nuberías que viven ocultas en el bosque de Goenia quienes les brindan ayuda.

-Sé lo que piensas y siempre te he respondido lo mismo -dijo Zorás-. Una y otra vez, debido a tu insistencia, enviamos soldados al Bosque de Goenia... ¡Ninguna nuberia queda allí!

Deinos prefirió no continuar con aquel asunto. Sabía que era conveniente esperar. Cuando los rebeldes bóreos fueran finalmente reducidos y arrastrados fuera del mar, las nuberías vendrían tras ellos porque ya nada les quedaría por hacer en este mundo más que morir junto a sus amados hombres de cabello rojo.

-Y bien -dijo, desviando el tema-. Entonces te veré en los juegos.

-Allí nos veremos -respondió Zorás, que luego se interesó por saber cuándo serían elegidos los vasallos que, aquel año, quedarían en la arena de los juegos.

-En pocos días iremos a las manchas buscando a los más apropiados. Es importante una buena elección para lograr la excelencia del juego.

-Claro -los ojos azules de Zorás desaparecieron un instante. El mago los habría cerrado para no ver la sangre.

La línea que trazó el nacimiento de Misáianes también atravesó los juegos de los días largos.

Antes de Misáianes, fruto de la desobediencia de la Muerte, los reinos de las Tierras Antiguas celebraban sus juegos en el mes de la vendimia.

Enormes brazadas de cañas verdes eran encendidas como antorchas. Al llegar el fuego a los nudos, las cañas explotaban anunciando el inicio de los juegos.

Sonaban los pífanos, vibraban los panderos. Y la gente del pueblo se reunía a bailar en torno a las altas hogueras; se agolpaba para ver a los espadachines enfrentándose en lides sin muerte. Había competencias de carretas tiradas por bueyes, y uno que llamaban combate de la abundancia en el que dos aldeas rivalizaban arrojándose bolas de miga de pan.

La fiesta se celebraba en todos los grandes reinos de las Tierras Antiguas. La nobleza de entonces repartía monedas de cobre. Y los niños bailaban descalzos sobre toneles de uvas moradas.

Misáianes cubrió los ojos de las Tierras Antiguas con un paño enmohecido, y obstruyó su olfato con crecimientos de gangrena. Así logró que aquel pueblo perdiera el rastro de la luz y el camino del verano.

Uno a uno cayeron los reyes que no se doblegaron. Los demás cayeron también, sobornados por los susurros de Misáianes y sometidos a su voluntad. Desde los montes Nóferos, donde estaba el trono, se extendió su mandato de dolor. Y allí donde llegaba el aleteo de su aliento se extinguían las primeras virtudes de los hombres: la poesía y el don de recordar; el conocimiento de las causas y la honra de llevar un nombre.

Los juegos de los largos días se envenenaron de la misma ponzoña. Convertidos en otra oscura extensión de Misáianes, los juegos fueron recrudesciendo su impiedad. Los nobles, sentados en los podios más bajos y cercanos al círculo de arena, y los soldados sideresios, amontonados en los escalones altos, reclamaban sangre. Misáianes los oía, erguido en su monte.

-Ahora debo marcharme... ¡Gloria, venerable Deinos!

-¡Gloria, Zorás!

Sin embargo, Zorás, el mago de ojos azules, no tomó rumbo a su castillo. El discípulo lo seguía impaciente.

-¡Espera! -Foitetés apuró el galope y se puso a la par del maestro-. ¿Acierto al pensar que nos dirigimos a las manchas?

-Aciertas.

-Y, ¿para qué vamos hoy allí? Aún no es tiempo.

Foitetés amaba a su maestro. Zorás, por su parte, confiaba en él más que en sus propias manos. Compartía con Foitetés todos sus conocimientos y sus intenciones, y su único discípulo lo ayudaba en todo.

-La decisión está tomada: adelantarán los juegos de los días largos. Vara ya debe ser una hermosa niña en la mancha de las hilanderas. Y Aro será un joven fuerte en la mancha de los cuidadores de cerdos. Hay gran riesgo de que los elijan para morir en la arena. Debemos ir por ellos.

Foitetés comprendió la urgencia de rescatar a los hermanos.

-Faltan algunos días para que cumplan los años establecidos -dijo-, de todos modos.

-Faltan veinticinco días, exactamente -respondió Zorás-. Mientras llega el momento preciso los resguardaremos en nuestro castillo. Entonces, Foitetés... -Zorás sonrió dentro de la caperuza de piel-. Entonces, el nombre que les marca la carne les marcará el espíritu.

-¿Y ella...? -preguntó el discípulo, pensando que la Sombra no conocía orilla y todo lo escuchaba-. Dónde estará ahora; en este instante.

-¿Dónde estará? -repitió el mago.

La Sombra andaba aún por Los Confines. Había abandonado la isla de los lulus mientras Wilkilén dormía. Ahora, la anciana Sombra caminaba por los bosques del sur, esperando el fin de la temporada de lluvias para escuchar la historia que Cucub sacaría del cofre.

Zorás y Foitetés galopaban por caminos de barro, en un ocaso adverso.

Atardecía en las Tierras Antiguas, atardecía desde los montes Nóferos donde Misáianes tenía su trono. En aquella región del continente, el noreste cercano a los mantos de hielo, hacía ya muchos años que la luz atardecía sin llegar a ser noche, ni regresar a la mañana. El resto del cielo se teñía de su resplandor rojizo de modo que los días y las noches parecían incendiados. Sólo atardecía para siempre; sin sol y sin estrellas.

El mago y su discípulo se dirigían hacia la mancha de las hilanderas en busca de Vara. Los Venerables del Recinto compartían con los demás parientes de Misáianes el privilegio de visitar las manchas para elegir sus esclavos domésticos. Los preferidos eran niños con edad suficiente para la servidumbre y que aún conservaran buena salud.

Nunca antes Foitetés había escuchado a Zorás hablar de Vara y Aro con la voz de un padre. Durante doce años su Maestro se refirió a ellos como los que traerían de regreso las primeras virtudes para devolvérselas al pueblo de las manchas. En aquella ocasión, el mago habló de otra manera.

Oyéndolo, Foitetés sintió que por fin podía preguntar todo lo que en esos años deseó saber.

-¿Los has visto a menudo?

-Escasas veces en este tiempo.

-¿Se parecen a ti?

-En sus ojos. Al menos eso creí al verlos... Pero, en verdad, no estoy seguro -respondió el mago.

-¿Recuerdas a su madre?

Nunca Zorás había hablado demasiado sobre ella.

-Le aparté el cabello del rostro para no olvidarla. Era tan bella como es posible serlo sin tener nombre.

"Hubiese sido bella antes de Misáianes", entendió Foitetés. Y preguntó: -¿Cómo lograste llegar a ella?

-Ocurrió que...

El discípulo interrumpió su maestro.

-¿Por qué fue esa escardadora entre todas? ¿Supo ella quién eras?

-¡Aguarda! -la mano fuerte de Zorás apareció de las mangas de su túnica para pedir paciencia-. Ya veo que han sido muchas las preguntas que guardaste.

Foitetés, avergonzado por lo que creyó un exceso de curiosidad, comenzó a balbucear una disculpa.

-¡No te avergüences, Foitetés! Me complace tu interés por saber... Los días cruciales están cerca. Y debes conocer la historia de estos hechos porque en ellos ciframos nuestras mejores esperanzas. Ahora, déjame recordar tu primera pregunta -Zorás la pronunció lentamente, recordando cada palabra-. ¿Cómo logré llegar a ella?

El paisaje por el que avanzaban el mago y su discípulo era el jardín de Misáianes donde la vida, sometida a la monstruosidad y al error, padecía errores y monstruosidades. Menos alas de las necesarias para sostener el vuelo, más hambre, retroceso a los pantanos... Todas las imperfecciones provocadas por la supremacía del Odio se concentraban hacia el norte, y en los montes Nóferos. Y cedían hacia la Península Rocosa y las costas del golfo de Sigia, los sitios donde se acantonaban los rebeldes.

-Verás, Foitetés -el mago de ojos azules comenzó su relato-: Sabes, tan bien como yo, que debemos remontarnos doce años atrás... ¡Tú eras muy joven entonces!

Doce años atrás de ese día, Zorás había decidido que era el momento propicio para engendrar a los elegidos en el vientre de una mujer de las manchas. Misáianes y sus parientes tenían puestos sus ojos en la otra orilla. Doce años atrás, convencido de que en las Tierras Antiguas su poder ya no sufría fisuras, Misáianes quiso extender su dominio al continente de las Tierras Fértiles. Para ello preparó una primera flota que partió al mando de Leogrós. Y con Drimus como emisario. Cuando la flota se había alejado y ya navegaba en mar abierto, Zorás rondó las manchas en busca de la mujer con quien debía unirse. La que sería madre de los elegidos.

La Orden de maestros a la que Zorás pertenecía nunca se había doblegado ante Misáianes más que como disfraz para permanecer con vida y sustentar la resistencia.

-¿Por qué elegí a esa mujer...? Por muy poco. Su modo de caminar, erguido a pesar del suplicio, cierta fortaleza en su cuerpo y un destello que no hallé en las otras. Cuando estuvo señalada -continuó el mago- me aposté cerca de la mancha

de las escardadoras, oculto de la vista de los guardianes, y esperé. Por fin sonaron las campanillas indicando que venían hombres a aparearse con aquellas mujeres. Fue sencillo mezclarme con el tropel de hombres agitados; más aún porque me protegía la oscuridad de una de las noches más oscuras que aquí fueron. Entré a las habitaciones de piedra donde las escardadoras pasaban gran parte de su vida. Entré a una y a otra sin poder encontrarla. Seguí buscando, temeroso de que alguno de los hombres ya la hubiese tomado para sí. Pero antes de que eso sucediera la descubrí en la última barraca, iluminada por la luz escasa de los braseros, aguardando inmóvil en su jergón. El cabello sucio y enmarañado cubría su rostro. Lo aparté para verla, como antes te dije. Y también para que ella pudiera verme y escucharme. Recuerdo que se detuvo en mis ojos como si allí encontrara alivio. Luego, Foitetés...

Para continuar, el mago aguardó a que su corazón regresara.

-Luego le pedí que bautizara a los hijos que ya estaba engendrando, y ella me comprendió. La miré antes de marcharme para siempre. Yo no podía amarla y ella tampoco. Pero puedes estar seguro de que jamás la olvidaré.

Foitetés sintió dolor por la escardadora. Habían transcurrido doce años desde esa noche. Probablemente ella aún vivía. Sería posible hallarla, contarle que sus hijos crecerían fuertes y bellos. Decirle que ese hombre de ojos azules era un mago y que no podía amarla.

-¡Nada de eso sucederá, Foitetés! -el tono del maestro era terminante-. Te prohíbo que vuelvas a insinuarlo.

La mancha de las hilanderas ya estaba a la vista. Zorás guardó silencio.

Los guardianes de la mancha corrieron a abrir la cerca para que pasaran el mago y su asistente. Sin saludarlos, Zorás anunció que recorrería el lugar para elegir una niña que sirviera en su castillo.

-Hay muchas aquí -dijo el guardián.

En efecto, las niñas y las mujeres jóvenes eran apropiadas para aquel trabajo. No ellas, sus manos que todavía no estaban agarrotadas por el reuma ni inflamadas hasta que los dedos se apretaban unos contra otros.

-Por allí están las que hilan cáñamo -señaló el guardián-. Allí las que hilan seda. Más atrás, está el algodón.

Zorás y su discípulo recorrieron el lugar al paso lento de sus animales, observando con detenimiento a las mujeres que trabajaban bajo techados de paja. Ninguna miró a los jinetes. Las más pequeñas porque sabían que levantar la cabeza frente a los hombres que llegaban montados significaba un latigazo en el rostro. Las mayores le temían menos al látigo que al riesgo de ser elegidas.

El mago detuvo de pronto lo que aparentaba ser un paseo despreocupado en busca de servidumbre. Después apuró el paso del animal hacia un grupo de hilanderas que trabajaban con algodón. Foitetés comprendió. Sin duda, la pequeña de cabello ensortijado tan delgada y sucia como sus compañeras, era la hija de su maestro. Si hubiese estado a su cargo pronunciar una sola palabra, la emoción lo habría traicionado. Zorás, en cambio, señaló a Vara con sencillez:

-Ésa es la que quiero.

El guardián caminó hacia la hilandera que le indicaban y la llevó ante el mago asida por un brazo.

-¡Eh, hilandera! -y le alzó la cabeza para que Zorás pudiera verla con detalle.

-Son tus mismos ojos -pensó Foitetés.

-No pienses lo que no debes decir -le respondió Zorás más callado que nunca.

-¡Aguarda! -el guardián acababa de recordar algo que, pensó, debía advertirles. Tomó a la niña por la cintura y la apretó contra su cuerpo-. Esta hilandera está marcada, vean...

El guardián comenzó a alzar la falda de la niña. Arrastraba su mano desde el tobillo para dejar al descubierto la parte alta del muslo derecho. Foitetés escuchó llegar la furia indetenible de su maestro.

-¡No la toques, soldado! ¡Apártala de tu cuerpo!

El grito destemplado de Zorás detuvo la respiración de las hilanderas. El color del algodón se adueñó de todo. También del rostro del guardián que, de inmediato, soltó a la hilandera como si quemara.

Foitetés temió que ese desplante pusiera en evidencia a su maestro. Sin embargo, Zorás rápidamente recompuso el gesto.

-Comprende, soldado... Ella tendrá que aprender a cuidar que el vino no se agrie, ¡pero sólo mi vino! Y aprenderá a hacer fuego sin humo en el interior de una habitación; pero nada más que en la mía.

Al guardián le complació que un Venerable del Recinto se dirigiese a él con cierta complicidad.

-Si me permites, venerable Zorás -dijo-, le vendaré los ojos y tapparé su nariz. Lo hacemos para que no puedan reconocer el camino de regreso. Aunque tú no lo creas, suelen escaparse intentando volver a sus jergones igual que los perros.

En esta ocasión, Zorás fue más cauto:

~No es necesario que lo hagas -su caperuza de piel permitió que el guardián presumiera una sonrisa que no existía-. Ella

no escapará de mi castillo, puedes estar tranquilo. Y ahora, ¡dámela!

El guardián la tomó por debajo de los brazos. "Pesa lo que un ramo de espigas", pensó Zorás al recibirla. Acomodó a Vara frente a sí, sentada de costado sobre el lomo del animal. Deseaba marcharse pronto de ese sitio llevándose a la niña consigo.

Casi salían cuando el guardián, que los acompañaba para abrir y cerrar la cerca, habló de nuevo:

-Escuché decir que en pocos días empezaran los juegos. Creo que esta hilandera hubiese sido elegida. Ha tenido mucha suerte.

Zorás debía responder lo apropiado:

-Dices eso porque no sabes los muchos juegos que le aguardan en mi castillo.

La risa del guardián fue tras ellos durante un largo trecho. Cuando se alejaron lo suficiente, el mago observó a Vara. La única evidencia del temor que debía sentir la niña era su absoluta inmovilidad.

-Foitetés -Zorás habló con suavidad-, ¿recuerdas la canción que cantamos cuando cabalgamos hacia el bosque de Goenia? Vamos a silbarla juntos para que esta niña escuche los primeros sonidos de amor en toda su vida.

A Zorás y a Foitetés les gustaba cantar, recordar las viejas canciones que morían en el orden silencioso de Misáianes. Cuando era posible, Foitetés acompañaba con alguno de los muchos instrumentos que él mismo fabricaba imitando los grabados que Zorás escondía en su castillo. Era un hábito que los dos se sentaran a la par con el ánimo de observar detenidamente la infinidad de detalles que poseían aquellos grabados; dibujos que reproducían escenas de cacería, bodas y danzas, viajes y funerales... Todo lo que había sido y que un día, decía el maestro, habría que reconstruir.

Rumbo a la mancha de los cuidadores de cerdos, Zorás y Foitetés silbaron cada vez con mayor entusiasmo. Vara parecía no escuchar.

Cuando la mancha de los cuidadores de cerdos estuvo a la vista, Zorás entregó la niña a su discípulo.

-Tú aguardarás aquí mientras yo voy en busca de Aro. Los guardianes notarían que los niños son idénticos. Y no debemos hacer nada que llame su atención.

Foitetés obedeció. Zorás partió al galope.

Los cerdos blancos se criaban para la mesa de los Parientes de Misáianes.

Los cuidadores debían mantener muy limpias las porquerizas, quitando el excremento de los animales y cambiando diariamente el forraje que cubría el suelo. Cepillaban el pelaje corto de los cerdos a los que alimentaban con frutas frescas y granos para que su carne fuera pura y grata en el sabor. Los cerdos blancos eran un manjar apetecido en la mesa de los Parientes que percibían desde el aroma cualquier desarreglo en su crianza; jactándose de que sus paladares eran capaces de reconocer en la carne la ligera acidez de las manzanas y el dulzor de los higos.

Para los cuidadores, las sobras de los cerdos. Para las noches de los cuidadores, pesadillas pobladas de gruñidos y de hocicos rosados.

-Deseo el niño de cabello ensortijado -dijo Zorás.

El guardián obedeció.

-Súbelo -ordenó el mago. Y cuando Aro estuvo sentado a horcajadas sobre el lomo del animal, el mago dio la vuelta y partió sin pronunciar palabra.

Aro manifestaba el temor con mayor inocencia que su hermana. Apretaba los puños a cada lado del rostro y frotaba sus pies, uno contra otro, en un movimiento convulso.

Foitetés y Vara los aguardaban en el sitio convenido. Los niños se miraron sin reconocerse. Nunca habían visto sus rostros. No podían saber que estaban frente a sí mismos.

Foitetés no pudo evitar el asombro:

-Tus ojos dos veces -murmuró.

Zorás, su discípulo y los niños debían llegar cuanto antes al castillo.

-Nos separaremos aquí -dijo el mago-. Nadie debe verlos juntos. Si acaso alguien te cruza y te detiene, responde que llevas a la niña a mi castillo para que cumpla servidumbre. Yo responderé lo mismo si me preguntan por el niño.

Aunque la prisa era mucha, Zorás desmontó. Le pidió a Foitetés que ayudara a bajar a los niños en tanto él revisaba los alrededores para asegurarse de que no hubiese cerca cuervos ni alimañas que pudieran contar aquello.

Zorás se puso de rodillas procurando que la estatura perdiera importancia. Enseguida se quitó la caperuza y la dejó caer hacia la espalda. El cráneo del mago era de un trazo perfecto. Su cabello, plateado como la barba, le bajaba hasta el cuello. Aún para Foitetés era difícil adivinar sus años. Serían muchos, por cierto. "Pero en nada deslucen la majestad de su porte",

pensó el discípulo. Al contrario, la protegían.

Aro y sus ojos azules miraban al mago con temor. Vara y sus ojos lo miraban con desconfianza. Zorás habló para ambos: -En este instante y por el instante de un abrazo serán mis hijos -el mago hablaba como si los niños pudieran comprenderlo-. Muy pronto, serán ungidos. Serán Vara y Aro en sus espíritus. Entonces ya no serán mis hijos sino hijos de las Tierras Antiguas. Y vivirán y morirán como testimonio de las virtudes que poseímos y debemos recuperar.

Zorás abrazó a los hijos de ese instante. Los niños no pusieron resistencia. Pero dejaron sus brazos flojos y los ojos vacíos. Ninguno de los dos conocía el amor. Quizás el abrazo los había asustado porque, al apartarlos de sí, Zorás notó que por las piernas escuálidas de Aro corrían dos hilos de orín. Y oyó crujir los dientes de Vara.

-La escardadora los nombró con acierto -dijo el mago-. Vara para la niña porque tiene firmeza y es severa. Aro para el varón que es dócil y sensitivo.

A su pesar, y contra las advertencias del maestro, Foitetés pensó que la escardadora hubiese merecido estar allí.

Los juegos de los días largos

Chillidos de enjaulados, pero eran hombres. Avidez de enjambre. Espasmos grotescos como sustitutos del amor que ya no estaba. Pero eran hombres. O lo hubiesen sido sin Misáianes reinando en su monte.

Unos tras otros, los juegos de los días largos ensuciaban la arena.

No importaba que fuera el mes del barro y no el de la vendimia. Las costumbres no tenían sitio en el reino de Misáianes. Porque el Amo sabía que las costumbres eran cosas del alma, que necesitaban memoria y paciencia como todo lo que anda y perdura.

Las gradas altas, atestadas de soldados sideresios, se estremecían bajo las botas.

En las gradas bajas, separados de los soldados por un foso suficientemente grande como para que nadie pudiera traspasarlo, los nobles disfrutaban con maneras más contenidas. Del otro lado del círculo de arena estaban los Venerables del Recinto acompañados por sus discípulos. La mayoría de aquellos magos ya no necesitaba perdonarse. Pero otros aún se repetían que nada era cruel si su propósito no lo era.

"Estas pequeñas muertes afianzan y sostienen la pureza. Y la pureza sostiene a la Creación. Somos parte de un implacable orden de supremacías en el que la piedad sería un error sin regreso. Son muchas las hojas por cada árbol. El otoño no puede compadecerse de ellas sino velar por la vida de la raíz. Nosotros somos la raíz y el otoño nos ampara."

-Éste será el último juego de hoy -Deinos habló al oído de Zorás, que estaba sentado junto a él-. No será fácil que los soldados se resignen a esperar hasta mañana.

Zorás, cubierto de nuevo con su manto de piel y su caperuza, quiso saber:

-¿Cuál es ese juego?

-Según creo, es el juego de los péndulos.

Sobre las palabras de Deinos, un patíbulo rectangular montado sobre ruedas de madera entró a la arena. Se necesitaban varios vasallos para arrastrarlo y no sería por el peso de las seis mujeres desnudas que venían en él.

La plataforma hecha de tablas tenía gruesas columnas en cada esquina, que servían de soporte a cuatro maderos. Un techo vacío del que pendían, alineadas de a tres en todos sus costados, doce esferas de metal cubiertas de salientes filosas.

Los vasallos que habían entrado la plataforma recibieron la orden de iniciar el juego. Provistos de herramientas que les permitían cumplir su cometido sin herirse, los vasallos comenzaron a empujar las esferas. No lo hicieron simultáneamente, con el propósito de dilatar el tiempo de diversión que exigían los nobles y los soldados.

Una a una, las esferas comenzaron a moverse hacia el cielo, la tierra, el cielo. De ida y de vuelta.

Durante un tiempo, las mujeres evitaron los golpes corriendo y retorciéndose, empujándose unas a otras para salvarse.

Un poco después, todas las esferas estaban en movimiento.

Algunas subían en tanto otras bajaban... Las pesadas mazas cruzaban el espacio del patíbulo en un vaivén inexorable.

Los primeros golpes levantaron aullidos en las gradas... Algunas mujeres corrían enloquecidas, otras se agazapaban con la cabeza cubierta por los brazos. Pero las esferas llegaban a todas partes.

Una mujer se quedó con los ojos fijos en la esfera que ascendía, y soñó que era un hermoso pájaro plateado de muchos picos. El pájaro descendió del cielo y la llevó con él, enganchada por el vientre, hacia arriba, hacia abajo.

El festín de los péndulos no se detenía.

Los dientes de metal se ensartaban. A veces elevaban el cuerpo, y luego lo dejaban caer pesadamente. También sucedía que, a causa de la violencia de los golpes, las mujeres eran despedidas fuera del patíbulo. Entonces los vasallos se encargaban de comprobar si aún tenían vida para arrojarlas nuevamente al juego.

Así fueron abatidas seis mujeres. Nada más que seis hojas secas para que la raíz de Misáianes se extendiera por la tierra.

En el castillo de Zorás, durante veinticinco días, Vara y Aro recuperaron la salud. Sanaron sus heridas, fueron bien alimentados y muchas veces bañados con agua pura. Por lo demás, eran casi los mismos que llegaron de las manchas.

Exactamente doce años atrás, ambos habían nacido del mismo vientre en la mancha de las escardadoras. Por obediencia al hombre de ojos azules que le apartó el cabello del rostro, la madre los marcó a fuego en la carne. Vara para la mujer en el muslo derecho. Aro para el varón en el muslo izquierdo.

Vara y Aro eran del todo idénticos. El día de su bautismo definitivo, de la carne al espíritu, resultaba muy difícil distinguirlos ya que los signos del varón y la mujer eran imperceptibles bajo la ropa que vestían: una túnica gris y corta, ceñida

en la cadera. Y sandalias que se sostenían con tiras de cuero entrecruzadas, que llegaban hasta las rodillas.

La ceremonia sería presenciada tan sólo por Foitetés. Poco antes de iniciarla, Zorás se apartó para hablar con su discípulo:

-Presta atención, Foitetés. Es momento de marcar el alma de estos niños tal como el fuego les marcó la carne. Pronunciaré sus nombres. Lo haré como un susurro, y menos si es posible. Pero debemos saber que, por muy bajo que yo hable, la Sombra, esté donde esté, me escuchará y vendrá hacia aquí.

Luego Zorás colocó su mano derecha sobre la cabeza de Vara y su mano izquierda sobre la cabeza de Aro.

-Este que habla es Zorás, mago del recinto. Zorás soy en este mundo y en los venideros. Y estoy aquí para dar cumplimiento a la música de mis maestros. Sabios antecesores a los que, por el breve tiempo de mi larga vida, represento. Llevo adelante sus mismas razones. Creo en la Cofradía del Recinto y en sus principios verdaderos. El principio de la supremacía de la virtud, el principio del mando que sólo pueden detentar los mejores. Pero las verdades del Recinto han sido corrompidas. Muchos de los nuestros están de rodillas ante Misáianes. Con ello, la Creación entera camina a su extinción. Yo, Zorás, no soy mago del Aire Libre; no creo ni creeré como ellos. Y sostengo que la aniquilación de la supremacía de los virtuosos aniquilaría a la Virtud misma. Sin embargo, Recinto y Aire Libre deben unirse contra el Odio Eterno y salvar a la Creación de los dos lados del mar. Será así, o de ninguna otra manera. Engendré dos hijos en un vientre sencillo...

Habló Zorás durante muchas horas. Detrás de las pesadas cortinas, llegó la noche.

-El nombre que vuestra madre les marcó en la carne, sin poder hacer más que una loba, yo se los impongo en el espíritu.

Zorás tomó polvo de oro y lo derramó sobre las cabezas de sus hijos.

-Vara -dijo.

-Aro.

Lejos de allí, bajo el nogal que crecía a mitad de camino entre la casa y el bosque, una cabra y una anciana acababan de escuchar la historia del cuchillo de bodas que Cucub había contado. El pelaje de la anciana y el del animal se parecían mucho: blancos, desgredados y chorreando agua de lluvia.

Acabó la historia del cuchillo, pero la cabra y la anciana seguían allí, sin temerse una a la otra, diciéndose cosas absurdas. De pronto, la anciana se irguió como herida.

-Vara, Aro -dijo en voz alta.

Esta vez, la cabra no pudo entender a qué se refería la anciana; pero ella lo repitió:

-Vara, Aro -dijo, y agregó:- Ya es tiempo de que regrese a mi lugar.

En boca de la gente, las nuberas cambiaban de condición. Eran amables o sombrías, sensatas o absurdas. Y todo lo que había para contar sobre ellas carecía de evidencias. Hechos que nadie había presenciado; nada sobre lo que alguien pudiese depositar su juramento.

Y sin embargo, cuando las Tierras Antiguas aún tenían aldeas bulliciosas, las nuberas eran asunto y argumento obligado siempre que los lobos aullaban cerca o que, en los caminos de tierra, se hallaban huellas de comadreas corriendo hacia atrás.

Contaba la gente que las nuberas eran capaces de adentrarse en un tronco sin dejar rastro. Y, si lo deseaban, podían permanecer allí todo el invierno. En la primavera salían a través de las flores.

Fue dicho que la nuberas podían sanar hondas heridas con sólo lamerlas, y hacer piel nueva tejiendo hilos de araña.

Pero una cosa había, solamente una cosa, que todos daban por cierta y juraban por su descendencia. Hasta que llegaban a su más adentrada vejez, y eso ocurría con lentitud, las nuberas tenían afición a enamorarse con tanta vehemencia como deslealtad. Sus apasionamientos eran efímeros; las distraía cualquier nuevo amor. Y ellas ni siquiera notaban que algo dejaban atrás.

Las nuberas habitaron el bosque de Goenia, que llegaba casi a las costas del mar que le daba nombre y se extendía hasta los reinos centrales.

Por los días en que el tiempo se llamaba antes, las nuberas fueron amigas y consejeras de los magos del Recinto y sus discípulos. Fueron, además, sus amadas, sin que ninguno se atreviera a reclamar derechos ni fidelidades, sabiendo que sería inútil.

Luego, el hijo de la Muerte creció en su monte. Y cuando su poder fue lo bastante grande, los magos del Recinto se acercaron a escucharlo. Tan delgado fue el soborno de Misáianes, tan bien encontró el camino, que los magos fueron cediéndole sus corazones. Y más allá de acatar sus designios, los justificaron con grandiosos razonamientos.

No sucedió lo mismo con las nuberas. Ellas eran indómitas, jamás aceptarían doblegarse ante un amo. Mucho menos ante uno que deseaba igualarlo todo. Porque las nuberas, como cualquier habitante de los bosques, amaban lo profuso, lo que se entrelazaba en su crecimiento: exuberancia de hongos, flores, orejas de liebres y vuelo de colibríes.

Las nuberas de las Tierras Antiguas se empeñaron en mantener a los magos junto a ellas, y lejos de Misáianes.

Para lograrlo, las nuberas más ancianas y sabias visitaron asiduamente el Recinto donde proclamaron a viva voz que la magia debía combatir al Odio Eterno. En tanto, las nuberas jóvenes susurraron en sus lechos de pluma, buscando ganar el entendimiento de los magos por todos los caminos.

Pero Misáianes y sus uñas se agigantaban. El Amo ofreció a los magos y a los nobles un lugar en su Orden, que ya parecía tan vasto e inevitable como el cielo.

El soborno del Amo pudo más que el amor de la nuberas. Los magos debieron elegir entre un mundo quieto, donde ellos serían eternamente poderosos, y un bosque desordenado, poblado de mujeres fugaces. El bosque pudo menos.

Un día, las nuberas fueron expulsadas del Recinto. Tal vez a los magos les hubiese alcanzado con eso. Pero a Misáianes no le alcanzaba.

El Amo ordenó arrasar el bosque de Goenia. Cientos de soldados sideresios penetraron en el bosque y allí permanecieron hasta que las nuberas fueron capturadas. En lenta procesión, golpeadas y vejadas sin clemencia, sus perseguidores las condujeron hasta las costas del Mar de Goé. Aquél era el final del camino y del tormento; el sitio para arder hasta caer en cenizas sobre el oleaje.

Las nuberas se transformaron en una hilera de antorchas reflejadas en la noche del agua. Ardiendo, con sus largos cabellos en llamas, maldijeron al hijo de la Muerte. Y maldijeron más a la Cofradía del Recinto, esclava del Odio Eterno.

-¡Desciende de allí antes de que el viento te deshilache! -gritó Mármara sin mirar hacia la altísima cima del árbol donde la anciana Graís estaba encaramada.

Graís sacudió las ramas que tenía a su alcance:

-Escucho desde aquí el crujido de los dientes de granada. Deja de comer por un momento o acabarás tan gruesa como tu amado Lubabáh.

Mármara hundió sus dedos afilados en la fruta abierta, le extrajo el corazón y lo llevó entero a la boca.

Briseida, que estaba cerca de sus dos compañeras, se cubrió los oídos con ambas manos. Aquella nubera padecía con

frecuencia de extraños dolores y cualquier destemplanza le provocaba malestar e irritación. Pero ni a Mármara ni a Graís parecía preocuparles la irritación de Briseida.

-¿Qué ganas estando allí, más que el riesgo de caer arrastrando contigo nidos y pájaros? -rió Mármara.

-Gano algo que vale ese riesgo.

Graís era una anciana diminuta, cubierta con una tela oscura y rugosa que ella pasaba entre sus piernas y luego enrollaba alrededor de su pequeño cuerpo.

-¡Veo llegar el día antes que tú! -anunció triunfante.

En su sitio, Mármara hizo un gesto desdenoso. Ella podía esperar la llegada del día todo lo que fuera necesario. En cambio, le costaba soportar la lejanía de Lubabáh. O de un hombre cualquiera del cual enamorarse.

-Ustedes dos han conseguido que me duelan los párpados -se quejó Briseida.

-¡Calla, Graís! -Mármara gritó más de lo necesario-. Calla o derrúmbate sin hacer ruido porque a nuestra suave Briseida le duelen los párpados.

El trote de un animal se oyó en el bosque. Las tres nuberas supieron que era Zorás quien se acercaba. Lo habían estado esperando y conocían su cometido. Graís descendió del árbol ligera como una ardilla. Mármara se limpió los labios llenos de jugo de granada. Y ajustó muy fuerte la cuerda de piel de serpiente que ceñía su cintura. Briseida ni siquiera intentaría competir con ella.

Tal como lo suponían, Zorás no venía solo. Vara lo acompañaba, sentada de costado y asida a los arneses del animal. Las nuberas quedaron azoradas frente a tanto azul.

-Tú eres Vara.

Graís extendió una mano hacia la niña, que se retiró vivamente para impedir que la tocaran.

-Ya veo -sonrió la nubera-. Ojos de verano, condición de invierno.

Zorás desmontó. Enseguida ayudó a Vara a descender y la retuvo a su lado tomada por un hombro.

Los saludos no llevaron demasiado tiempo. Y Mármara, segura de que la visita también sería breve, respiró fuerte para lograr que el mago reparara en ella. Zorás la miró con cautela. La conocía muy bien; sabía que era necesario enfurecerla para que el amor que la nubera ya comenzaba a sentir acabara de pronto. Zorás se acercó a ella:

-Oigo algo como un quejido, Mármara -dijo el mago-. Y según creo es tu cintura estrujada con tantas vueltas de cuerda. ¡Déjala que ocupe su verdadero espacio!

De la mirada de Mármara se desmoronó un manantial de carbones encendidos. Graís rió sin disimulos. Briseida encontró el modo de ocultar su sonrisa para mostrarla bien.

Zorás no había cabalgado hasta el bosque de Goenia por encontrar el amor de una nubera.

-Ella es Vara, ungida en carne y en espíritu -el mago habló mirando a Graís-. He venido a dejarla al cuidado de las nuberas de Goenia para que, entre ellas, se cumpla su iniciación.

Regresaré por Vara dentro de cuatro años, como cuatro son las virtudes primordiales. No me verán hasta que el plazo se haya cumplido. Ningún sitio mejor que este bosque para ocultarla. Nadie como ustedes para despertar y afirmar en ella la excelencia del cuerpo y del alma. Cumplido ese tiempo, vendré a buscarla. Entonces, Vara regresará a las manchas como hija y enviada de la resistencia.

La tradición milenaria de la Cofradía del Recinto reconocía cuatro virtudes primordiales en las criaturas humanas: el conocimiento de las causas, la honra de llevar un nombre, la memoria y la poesía. Gracias a ellas pudieron erguirse entre los seres vivientes y andar sobre dos pies por todos los caminos de la Creación.

-Algo más les diré antes de marcharme -anunció el mago-. Cuando hayan transcurrido dos años, la mitad exacta de la iniciación, llevarán a Vara hasta las colinas que se interponen entre los lagos Véspero y Eféspero. Allí se reunirán Vara y Aro para reconocerse como hermanos. Ese encuentro es ineludible y debe suceder entonces, cuando el varón y la mujer obren en ellos. Luego los gemelos se perderán en las manchas -la mirada de Zorás tenía temores-. Se perderán en los sucios jergones de las manchas.

Tal vez para apartar sus miedos, o porque ya debía marcharse y no deseaba dejar a Mármara llena de resentimientos, Zoras tomó el rostro de la nubera por el mentón. Ambos sonrieron.

-¡Alégrate, Mármara! -dijo.

-¿Y por qué he de hacerlo?

-Graís es demasiado anciana, Briseida es demasiado débil... Tú serás la encargada de conducir a Vara hasta los lagos. Allí veras a Lubabáh puesto que a él le encomendaré la custodia de Aro.

Mármara se alegró sinceramente al oír las palabras del mago. Para una nubera los años eran breves como silbidos si la guardaba el amor.

Zorás miró a Vara por última vez deseoso de que en los ojos de la niña apareciera algún pesar por la despedida. Pero Vara no estaba prestándole atención.

El mago azuzó a su animal y desapareció en el bosque.

Ya a solas, las tres nuberitas se pusieron de acuerdo con la mirada. La natural inclinación de Vara, fuera cual fuera, debía manifestarse sin apremios ni forcejeos.

-Cada quien a lo suyo, como debe ser -dijo Grais.

De inmediato, la anciana anunció que se iría a recoger hongos para que luego pudieran comer.

-Al parecer, la única que piensa en el apetito antes del apetito es esta vieja nubera.

Mármara se tomó del tronco de un pino delgado y comenzó a girar. Al principio lo hizo con lentitud, moviendo el brazo que le quedaba libre al modo de un ala. Luego fue cobrando ímpetu y fuerza hasta que acabó corriendo, casi sin rozar la tierra, alrededor del árbol. Ese era uno de sus juegos preferidos. Si Mármara lo jugaba era porque se sentía especialmente feliz.

-¡De nuevo este dolor! -se quejó Briseida que, por un rato, había olvidado sus males.

La nubera buscó unas espinas diminutas que bordeaban el tallo de una mata, las arrancó y comenzó a picarse los párpados con ellas.

Nada de lo que allí estaba ocurriendo parecía importar a Vara, que permanecía inmóvil en el sitio donde Zorás la había dejado luego de ayudarla a desmontar.

Volvió la noche al bosque de Goenia.

Grais limpiaba los hongos que había encontrado. Después los envolvía con cuidado en unas hojas grandes y carnosas antes de ponerlos junto al calor del fuego.

Los sonidos del bosque eran simples. La tierra de Goenia estaba iluminada con luna y fuego. El aroma de los hongos cocidos era agradable.

De pronto, Mármara chasqueó los dedos para llamar la atención de sus compañeras:

-¡Vean! -musitó la nubera con orgullo-. Vara ya ha elegido.

Cerca de allí, la niña daba giros tomada del mismo árbol donde antes Mármara había jugado. Vara giraba cada vez con mayor prisa. Y aunque no hubiese podido decirlo, el viento contra el rostro fue la primera forma de la felicidad.

Lubabáh era enorme comparado con cualquier hombre. Lubabáh, el navegante, podía ponerse de pie junto a un árbol sin desmedro de su corpulencia. Podía jugar en el mar sin parecer insignificante.

Lubabáh era enorme y así se reía... Si no estaba guerreando, estaba riendo. Si no estaba riendo ni blandiendo su espada, estaba comiendo lonjas de salmón y bebiendo vino.

Lubabáh era enorme y así bebía.

Su cabeza era totalmente calva hasta la nuca, donde nacían unos cabellos rubios y ralos que, habitualmente, llevaba trenzados. Cuando Lubabáh golpeó con su mano abierta procurando acompañar el canto de los navegantes que celebraban una provechosa acometida contra los sideresios, las jarras tambalearon. Y de las fuentes repletas se derramó el jugo.

-¡Deja la música para nosotros, Lubabáh!

-Permite que bebamos y comamos en paz...

-Quédate quieto, Lubabáh, que bastante se mueve el mar.

Como un monte de hierro, Lubabáh no imaginaba nada más que la vida. Como un hombre con corazón de agua, el navegante no creía en la muerte.

Aquella noche, once capitanes esperaban la llegada de Zorás. Sabían que el mago estaba pronto a llegar para poner en sus manos el cuidado y el adiestramiento de Aro.

En las Tierras Antiguas, la resistencia se había fortalecido por la llegada de la Estirpe de los Acechadores del Mar.

Los jóvenes de cabello color de zapallo abandonaron las Tierras Fértiles, el continente donde habían nacido, con rumbo a las Tierras Antiguas, el continente donde hubiesen debido nacer.

Y en verdad ocurrió que los hermanos se encontraron y se reconocieron entre sí hijos de la potente raza de los bóreos. Los que llegaron de las Tierras Fértiles se mantenían puros en sus rasgos porque, acatando el mandato de sus padres, no cruzaron sangres. En cambio, las marcas de la raza se confundieron en las Tierras Antiguas. Allí, el larguísimo tiempo de pervivir bajo el dominio de la impiedad, hizo que pequeños clanes soberanos se pusieran al amparo de los bóreos mezclándose con ellos.

Pero el reencuentro fue simple. Y en nombre y honor de sus padres olvidaron pronto que, por muchas generaciones, el mar los había separado.

La llegada de la Estirpe, sus naves livianas y ligeras capaces de gran desenvoltura, su modo de concebir las batallas del mar como acciones ágiles e imprevistas, multiplicaron la capacidad de los rebeldes y extendieron su dominio en el Yentru. Desde el comienzo los rebeldes ocuparon la Gran Península. Se trataba de un territorio alejado de la heredad de Misáianes y unido al continente por una franja estrecha y montañosa que lo aislaba y facilitaba su defensa. Las costas del Golfo de Sigia y los canales que separaban las islas del Archipiélago de Las Cuatro Madres, al norte de la Gran Península, eran sitios provechosos para los navegantes de cabello rojo. La fortaleza de la flota rebelde estaba allí, donde las pequeñas embarcaciones tenían innumerables rutas de escape por las cuales las naves de Misáianes no podían darles alcance. Y donde, además, el trazo sinuoso de las costas les permitía salir al ataque de modo sorpresivo.

Los navegantes rebeldes no estaban solos en el mar. Contaban a su favor con las mujeres-peces que, a menudo, llegaban con noticias sobre la flota enemiga.

Y había una silueta que solía acercarse pegada a la neblina. Era el balsero del Yentru que pasaba acarreado consigo un islote de algas. No existía una criatura humana que pudiera jactarse de haber escuchado su voz. Sin embargo, el paso del balsero alentaba como ninguna otra cosa el ánimo de los navegantes, porque significaba que el Yentru los amparaba con su amor.

A los marinos les gustaba contar historias del balsero; en especial si era de noche y estaban reunidos en la playa alrededor de un gran fuego, esperando a un mago y a un niño.

Todos sabían que el balsero era un muerto del mar y que, por eso mismo, recorría el Yentru de orilla a orilla en un tiempo distinto al de cualquier barco, sin atarse a los vientos ni a las tempestades. Las razones sobre la causa de su peregrinaje eran confusas; unos lo contaban de este modo y aquellos le replicaban algo distinto. Pero lo cierto era que los navegantes no deseaban saberlo.

"No saques de la niebla lo que a ella le pertenece."

Mejor era dejarlo allí, apenas visto. "Si el mar lo disimula, no lo descubras tú..."

Aún así, con naves ágiles, con mujeres-peces y balsero, las batallas de los rebeldes no tenían otra ambición ni otra posibilidad que entorpecer la partida de los barcos enemigos hacia las Tierras Fértiles. La mayor parte de las veces los averiaban obligándolos a dirigirse a la costa donde, si era posible, intentaban el abordaje. Otras veces, los veían naufragar. En ese caso, los navegantes se quedaban mirando en silencio. Porque la agonía de un barco, la única que consigue ser bella, siempre es amarga para los hombres del mar.

Pero también, en numerosas ocasiones, la resistencia había sufrido reveses y derrotas. Los hijos de los bóreos tenían, en el lecho del mar, muertos esperando muertos.

-¡Salud, navegantes! -dijo Zorás.

De a uno, los once que estaban reunidos y que formaban parte de la capitánía rebelde le respondieron.

-¡Gloria, venerable Zorás!

Después de saludar al mago, los hombres miraron al niño que lo acompañaba. Algo en su rostro hizo que se comportaran como si estuviesen frente a otro capitán y no frente a un niño desolado. Todos lo hicieron, excepto Lubabáh.

Con sus enormes manos, Lubabáh lo tomó por el torso. Luego estiró los brazos y, allá arriba, lo sacudió con fuerza. Lubabáh reía:

-Lo primero será alimentarte mejor... ¡Puedo contar tus costillas!

Aro alzó la cabeza. Aro miró hacia arriba. Y aunque no hubiese podido decirlo, con los ojos tan cerca de las estrellas como nunca antes había tenido, Aro entendió el cielo.

Una trampa para los navegantes

Fueron los mejores navegantes que tuvo el mundo. Hijos de una leyenda; hombres que comprendieron el mar mucho mejor que la tierra.

Las corrientes marinas, algunas con la fuerza de muchos ríos sumados, les eran familiares como los senderos de una aldea. Y conocían con exactitud cada accidente de las costas.

Sin embargo, aquellos hombres del mar cayeron en un trampa...

A los navegantes les gustaba contar historias y escuchar historias. Y por aquellos días, todos deseaban seguir escuchando las que el pueblo de la Estirpe había traído desde las Tierras Fértiles.

Al principio los navegantes de cabello rojo preguntaron por necesidad, puesto que los recién llegados hablaban de personas y sitios desconocidos para ellos.

-Cuando Elek fue abatido en la guerra...

-¡Aguarda! ¿Quién era Elek?

Y entonces alguien contaba sobre el que fuera representante de la Estirpe durante la celebración del concilio en la Casa de las Estrellas.

-Cuando Illán-che-ñe...

-¿De quién hablas ahora?

-Hablo del que asesinó a un joven capaz de correr adelante del viento.

Entonces, escuchaban la historia de una gran traición.

-Thungür fue a despedirnos, en nombre de los Supremos Astrónomos, el día de nuestra partida -recordó una joven mujer que llevaba el cabello sujeto con pequeños caracoles.

De ese modo, los navegantes de cabello rojo conocieron al jefe husihuilke que, en ese mismo tiempo, peleaba del otro lado del mar.

Y aunque ya el tiempo había pasado, y todos podían reconocer con facilidad los nombres y los hechos, las historias seguían siendo bienvenidas.

Tres capitanes y sus hombres estaban reunidos en la costa. Los navegantes se separaban en grupos, con sus ristras de peces ensartados sobre el fuego y sus historias favoritas. De pronto, las luces de los miradores costeros se encendieron y se apagaron en una secuencia que indicaba, claramente, que una flota enemiga estaba lista para zarpar. El segundo mensaje llegó un poco más tarde, advirtiendo que las naves partían de la región de Leuster. Eso era lo habitual... Los barcos de Misáianes aún estaban lejos, así que había tiempo de acabar el pescado.

Tal como los capitanes lo esperaban, las mujeres-peces no tardaron en llegar con más precisiones. Según ellas dijeron se trataba de una flota muy numerosa que iba a rebasar por el norte el Archipiélago de Las Cuatro Madres.

Conociendo la ruta y el tamaño de la flota, los capitanes rebeldes dispusieron la mayor parte de sus naves para salirles al paso. Prepararon también naves fatuas que utilizarían llegado el momento.

Los rebeldes se vieron obligados a sostener el acecho durante varios días porque la flota de Misáianes se detuvo, a poco de zarpar, en las frías costas de Sigelés. Aunque los navegantes se extrañaron por esa maniobra, no alcanzaron a sospechar lo que estaba ocurriendo.

Una madrugada en que la bruma demoraba en levantarse, los rebeldes ocultos en el primer canal del archipiélago vieron aparecer la flota que esperaban.

Muchos barcos llegaban navegando en formación triangular. Aquella vez sería más difícil que nunca detenerlos.

El capitán rebelde posicionado en la vanguardia advirtió a sus pares acerca de la magnitud de la fuerza enemiga. Los navegantes, que podían ver el mar como un mapa, se acomodaron a fin de obtener las mayores ventajas del viento y la marea.

Algunas naves se dispusieron para un embate contra los barcos que abrían la formación enemiga. Pero la mayor parte iba a hostigar las últimas líneas, de modo de desviar los barcos de Misáianes hacia una corriente que les dificultaría el movimiento. Y, al fin, acabaría arrastrando a muchos de ellos hacia las costas.

Ya en sus sitios, los navegantes rebeldes aguardaron el siguiente amanecer.

¿Cómo habrá sido la noche para aquellos hombres que dormitaban entre el agua y el cielo?

Las siluetas enormes de los barcos que se acercaban pasaron por sus sueños sin hacer ruido. Los navegantes se desvelaron, y sus ojos claros se llenaron de estrellas. Por el sitio de los astros supieron que la mañana estaba cerca.

¿Cómo es el cielo de la última noche?

La niebla del mar se rasgó de pronto para mostrar que los enemigos estaban más cerca que la mañana.

Los barcos que abrían la formación de Misáianes comenzaron la batalla en una posición ventajosa, y con un cerrado ataque de cañones. Pese a la destreza de los remeros que conducían desde la proa el rumbo de las naves rebeldes, muchas fueron abatidas. O mortalmente dañadas por el fuego.

La batalla había empezado con pérdida para los rebeldes. Pero la desventaja se mantuvo hasta que lograron situar tres naves fatuas. Se trataba de barcazas que los navegantes incendiaban y luego enviaban, con las velas desplegadas a favor del viento, contra la flota enemiga. Cuando dos de aquellas naves en llamas llegaron al blanco, la batalla, en las primeras líneas, tomó el curso esperado.

Los navíos rebeldes se acercaban a voluntad y, luego de provocar voladuras y abrir boquetes de naufragio en la parte baja de los barcos, se alejaban hacia zonas de aguas poco profundas. O bien se perdían remontando los canales del archipiélago.

Pero algo extraño ocurría en las formaciones posteriores. Los barcos oscuros no atacaban ni huían. Parecían navegar en un curso errático, indiferentes a las naves que se acercaban.

Los primeros en llegar comprendieron de inmediato lo que sucedía:

-¡Sólo las remolcaron hasta aquí...! No hay nada en ellas, no hay nadie.

De nave a nave se repitió el mensaje: -Están solas, están vacías...

-¡Sólo las remolcaron hasta aquí!

Al atardecer de ese mismo día, los capitanes reflexionaban y debatían en una ribera resguardada. No tenían certezas sobre lo ocurrido; pero era seguro que los habían burlado.

La respuesta llegó pronto.

Mientras ellos esperaban para interponerse en el camino de una flota fingida, otra flota, vasta y verdadera, había zarpado por una nueva ruta hacia las Tierras Fértiles. Y, para entonces, ya estaba muy lejos de su alcance.

Aquella gran flota de Misáianes partió desde las costas del Mar Antelios. Luego, a la altura del Golfo de Eyrené, se desvió al sur, buscando alejarse de la Gran Península donde hubiese podido ser avistada. Recién entonces puso proa al noroeste. La nueva ruta era, por mucho, más larga que la anterior. Y atravesaba una zona de vientos inclementes y malas tormentas. Sin embargo, pudo llegar a mar abierto y navegar...

Más tarde, los rebeldes supieron que el almirante de aquellas naves se llamaba Flauro y que llevaba consigo, además de todas las plagas del Odio, un misterioso cometido.

Mármara y Vara, montando animales de piel rojiza, cabalgaban por el bosque de Goenia en dirección a las colinas que separaban los lagos Véspero y Eféspero.

Montados en animales de piel manchada, Aro y Lubabáh transitaban por los pasos bajos, pero muy abruptos, de los Montes Teijesis. Llevaban fuertemente fajados la cabeza y el vientre para soportar mejor el galope prolongado por terrenos difíciles.

Las mujeres, en cambio, iban a recorrer un trayecto de tierras suaves.

Unos y otros, sin embargo, debían viajar con mucha cautela. No había disfraces que sirvieran para esos caminos. Sólo contaba la posibilidad de no ser descubiertos. Y aunque el trono de Misáianes estaba muy lejos de allí, y la ocupación efectiva de los sideresios, que se repartía en dos mares y dos continentes, no llegaba aún a la zona central de las Tierras Antiguas, aquel viaje no animaba a cantar.

-¡Cantemos! -le ofreció Mármara a Vara.

-Cantemos -le pidió Aro a Lubabáh.

Dos años habían transcurrido. Mitad del tiempo de la iniciación.

Por orden de Zorás los hermanos debían reunirse y reconocerse; ya con los signos del varón y la mujer visibles en sus cuerpos. Y en sus silencios.

Entonces, escuchaban la historia de una gran traición.

-Thungür fue a despedirnos, en nombre de los Supremos Astrónomos, el día de nuestra partida -recordó una joven mujer que llevaba el cabello sujeto con pequeños caracoles.

De ese modo, los navegantes de cabello rojo conocieron al jefe husihuilke que, en ese mismo tiempo, peleaba del otro lado del mar.

Y aunque ya el tiempo había pasado, y todos podían reconocer con facilidad los nombres y los hechos, las historias seguían siendo bienvenidas.

Tres capitanes y sus hombres estaban reunidos en la costa. Los navegantes se separaban en grupos, con sus ristras de peces ensartados sobre el fuego y sus historias favoritas. De pronto, las luces de los miradores costeros se encendieron y se apagaron en una secuencia que indicaba, claramente, que una flota enemiga estaba lista para zarpar. El segundo mensaje llegó un poco más tarde, advirtiendo que las naves partían de la región de Leuster. Eso era lo habitual... Los barcos de Misáianes aún estaban lejos, así que había tiempo de acabar el pescado.

Tal como los capitanes lo esperaban, las mujeres-peces no tardaron en llegar con más precisiones. Según ellas dijeron se trataba de una flota muy numerosa que iba a rebasar por el norte el Archipiélago de Las Cuatro Madres.

Conociendo la ruta y el tamaño de la flota, los capitanes rebeldes dispusieron la mayor parte de sus naves para salirles al paso. Prepararon también naves fatuas que utilizarían llegado el momento.

Los rebeldes se vieron obligados a sostener el acecho durante varios días porque la flota de Misáianes se detuvo, a poco de zarpar, en las frías costas de Sigelés. Aunque los navegantes se extrañaron por esa maniobra, no alcanzaron a sospechar lo que estaba ocurriendo.

Una madrugada en que la bruma demoraba en levantarse, los rebeldes ocultos en el primer canal del archipiélago vieron aparecer la flota que esperaban.

Muchos barcos llegaban navegando en formación triangular. Aquella vez sería más difícil que nunca detenerlos.

El capitán rebelde posicionado en la vanguardia advirtió a sus pares acerca de la magnitud de la fuerza enemiga. Los navegantes, que podían ver el mar como un mapa, se reacomodaron a fin de obtener las mayores ventajas del viento y la marea. Algunas naves se dispusieron para un embate contra los barcos que abrían la formación enemiga. Pero la mayor parte iba a hostigar las últimas líneas, de modo de desviar los barcos de Misáianes hacia una corriente que les dificultaría el movimiento. Y, al fin, acabaría arrastrando a muchos de ellos hacia las costas.

Ya en sus sitios, los navegantes rebeldes aguardaron el siguiente amanecer.

¿Cómo habrá sido la noche para aquellos hombres que dormitaban entre el agua y el cielo?

Las siluetas enormes de los barcos que se acercaban pasaron por sus sueños sin hacer ruido. Los navegantes se desvelaron, y sus ojos claros se llenaron de estrellas. Por el sitio de los astros supieron que la mañana estaba cerca.

¿Cómo es el cielo de la última noche?

La niebla del mar se rasgó de pronto para mostrar que los enemigos estaban más cerca que la mañana.

Los barcos que abrían la formación de Misáianes comenzaron la batalla en una posición ventajosa, y con un cerrado ataque de cañones. Pese a la destreza de los remeros que conducían desde la proa el rumbo de la nave rebelde, muchas fueron abatidas. O mortalmente dañadas por el fuego.

La batalla había empezado con pérdida para los rebeldes. Pero la desventaja se mantuvo hasta que lograron situar tres naves fatuas. Se trataba de barcazas que los navegantes incendiaban y luego enviaban, con las velas desplegadas a favor del viento, contra la flota enemiga. Cuando dos de aquellas naves en llamas llegaron al blanco, la batalla, en las primeras líneas, tomó el curso esperado.

Los navíos rebeldes se acercaban a voluntad y, luego de provocar voladuras y abrir boquetes de naufragio en la parte baja de los barcos, se alejaban hacia zonas de aguas poco profundas. O bien se perdían remontando los canales del archipiélago.

Esto ocurrió en las colinas que se interponían entre dos grandes lagos de las Tierras Antiguas: el Véspero y el Eféspero. Fue el día en que Vara y Aro iban a reencontrarse.

-O-ve-ces ras-dul-mor.

-También yo veo moras dulces -respondió Vara.

El juego con el cual las nuberás procuraban disciplinar la atención y la agudeza de Vara todavía presentaba alguna dificultad para ella.

-¿Com-de-se-me as-ñar-a-pa?

-Sí...

Vara dudó un momento antes de responder.

-Sí, deseo acompañarte.

Era condición que la respuesta de Vara dejase claro que había comprendido lo dicho perfectamente. La niña reconcentraba su mirada. Frente a sus ojos azules las sílabas entremezcladas se intercambiaban hasta encontrar la ubicación exacta. Los sonidos se unían en palabras que luego se ordenaban para expresar algo con sentido.

-¡Mor-ver bro-sa tas-ras tan-sas es-en es-dad!

Esta vez, Vara tardó más en resolver el acertijo:

-¡Estas moras están en verdad sabrosas!

-¡Excelente, Vara!

-¡Excelente, Mármara!

Cumplida la mitad de la iniciación, como Zorás lo había ordenado, la nuberá y la niña estaban en las colinas esperando la llegada de Aro y Lubabáh.

-¿Lo añoras? -preguntó Vara.

-Mira -Mármara señaló su cuello-: Éste es el camino del amor.

-No te comprendo, Mármara.

-Claro que no comprendes -la nuberá volvió a juntar moras-. ¿Pretendes comprender el amor? El amor no se comprende, niña.

-Quizás seas tú la que no puede comprenderlo... -respondió Vara-. Yo no amaré como tú lo haces.

-¿No lo harás? -Mármara pensó un momento-. Eso está muy bien.

-Dice Briseida que la voz tronante de tu Lubabáh le produce picazón en las palmas de las manos.

-Ya conoces a Briseida. Su naturaleza es endeble. Aunque debo admitir que la voz de mi amado Lubabáh es capaz de producir dolores.

-Pero Graís dice que su nobleza es tan enorme como su enorme cuerpo.

Mármara se quedó pensativa.

-O-ven que-pron de-to se-ga.

-Deseas que venga pronto.

-¡Excelente, Vara!

-¡Excelente, Mármara!

En dos años de iniciación junto a las nuberás, Vara creció con fortaleza y salud. Fue templada en la resistencia y la agilidad del cuerpo. Aprendió los misterios de las luchas milenarias. Y también la sutileza y la gracia del pensamiento. Las nuberás le enseñaron lenguas antiguas, le relataron poemas legendarios. Trabajaron incansablemente en el refinamiento de su ingenio. Pero, sobre todo, la educaron en el conocimiento de lo que antes fuera el continente de las Tierras Antiguas. Las nuberás nombraron a Misáianes y, para su asombro, Vara comprendió rápidamente que hablaban de su enemigo. Comprendió que ese nombre había crecido por la aniquilación de todos los nombres del mundo. Y eso fue porque la sabiduría de un mago del Recinto y el dolor de una escardadora se reunían en ella.

Cuánto era lo que Vara podía recordar sobre los años pasados en la mancha de las hilanderas no lo sabían las nuberás, porque la niña no hablaba de aquello. Pero hasta el momento, Graís estaba satisfecha con los resultados. Aún restaba mucho por hacer; dos años más de tarea en los que Vara debería estar lista para regresar a las manchas... ¿Querría regresar al sitio donde tanto había sufrido? Las nuberás no pensaban en la despedida. Amaban a esa niña que estaba creciendo

sostenida por las cuatro virtudes primordiales: la honra de llevar un nombre, el conocimiento de las causas, la poesía y la memoria.

Pero Vara no crecía para su propia vida; Vara crecía para la resistencia.

-¿Por qué nunca me contaste cómo conociste a Lubabáh?

-Porque nunca cuento lo que no me preguntan.

-Eso que dices es mentira, Mármara. Siempre cuentas lo que nadie te ha preguntado.

La nubera se sentó en la hierba húmeda. Vara hizo lo mismo.

-Aprendiste a decir la verdad -dijo Mármara-. Ahora debes aprender la cortesía.

-¡Claro! -Vara habló con tono fingido-. Disculpa, Mármara, si hasta ahora no he tenido la gentileza de preguntarte acerca del día en que tú y Lubabáh se conocieron.

-¿Quién te enseñó la cortesía? -preguntó la nubera con cierto asombro.

-Tú lo hiciste.

-Muy bien -Mármara se sintió complacida-. Te contaré. Por el tiempo en que Zorás, tu padre, llegó al jergón de tu madre...

-De la escardadora -interrumpió Vara.

-Eso es, de tu madre, la escardadora... Decía que por el tiempo en que Zorás encontró a tu madre en la mancha de las escardadoras, y mientras tú y Aro crecían en su vientre, las reuniones entre todos aquellos que formábamos parte de la resistencia se hicieron frecuentes. Se acercaba el tiempo de desatar la guerra. Todavía se acerca.

Como si fuera porque sí, Mármara acarició la frente de Vara.

-Yo era casi de tus años cuando recibimos en Goenia la visita de un grupo de navegantes rebeldes. Con ellos venía un joven de gran estatura y largo cabello rubio. En cuanto lo vi, corrí hasta donde estaba Grais, que era un poco menos anciana de lo que ahora es, para decirle que yo estaba muy enferma.

-¿Por qué le dijiste eso a Grais?

-Porque así lo sentía -respondió Mármara-. Tenía deseos de devorar todas las frutas del bosque, y no por apetito sino porque se veían más bellas que yo. Quería bailar a la vista de todos y quería esconderme. Sonreía sin sentido, deseando que alguien me preguntara por qué estaba a punto de llorar... ¿Qué habrías pensado tú si eso te hubiera ocurrido?

-Que estaba muy enferma -aceptó Vara.

-Y bien... Grais me interrumpió: "Se llama amor", me dijo. "Permítele vivir."

-¿Y tú que hiciste?

-Caminé hacia él.

-¿Hacia Lubabáh o hacia el amor?

-Eran la misma cosa, niña.

A un tiempo, Mármara y Vara los oyeron llegar.

-Son ellos -dijo la nubera-. ¡Vamos! Esos hombres no tendrán la suerte de saber que los estuvimos esperando.

Mármara tomó la mano de la niña, y juntas corrieron a ocultarse tras unos matorrales. Ya en el escondite, la nubera habló muy bajo:

-Ahora, Vara, cerrarás los ojos. No debes ver a tu hermano sino hasta que yo te lo indique.

Vara obedeció agradecida. Tenía miedo. Y si tanto habló de Lubabáh fue por no pensar en Aro.

-Deseo que sepas -susurró la nubera- que si te hablé de Lubabáh fue para que dejaras de pensar y temer.

Lubabáh y Aro se acercaban por el camino a trote lento. Anduvieron durante muchos días, pero al fin estaban en el sitio preciso que Zorás había indicado.

-Aguarda, Aro -dijo Lubabáh.

Y mientras vendaba con fuerza los ojos del niño intentó dar explicaciones.

-Ya sabes lo que dicen, Aro. Ella es idéntica a ti y no creo que sea bueno que la veas sin algún cuidado. ¡Imagina si yo me encontrara con otro Lubabáh!

-No temas por mí -dijo Aro.

La voz y los modales del niño eran serenos. En todo sentido, parecía ser lo opuesto al hombre que lo acompañaba. Sin embargo Aro amaba sin condiciones al navegante. Muchas veces había soñado que Lubabáh era su padre, y no Zorás, del cual se sentía distanciado por el dolor de una escardadora.

-¿Por qué Zorás creyó que mi madre no sería capaz de comprender? ¿Qué hizo que el mago usara su vientre sin estimar su alma?

Cuando Aro hacía esas preguntas, el navegante se inquietaba; algo estaría fallando en la educación de Aro para que una y otra vez el niño volviera sobre la misma cosa. La capitanía de los rebeldes, con todas sus voces, ponía empeño en que Aro comprendiera las creencias de la Cofradía del Recinto: la sabiduría era el don de unos pocos destinados a velar por las criaturas y a soportar la pesada carga del mando. Si las criaturas podían tenderse a dormir era porque los sabios se desvelaban.

-¿Tú, Lubabáh, lo crees así? -solía preguntar Aro.

Entonces el navegante se ponía serio:

-Oye bien, Aro. No es Zorás nuestro enemigo; ni lo son las antiguas creencias del Recinto. Nuestro enemigo es Misáianes y su Designio. "Ni una sola flor, ni un sólo pájaro cantando..."

Aro entendía muy bien eso; único modo de que el tema se olvidara por un tiempo.

El saludo de Mármara fingiendo que recién llegaba sonó muy cerca.

Lubabáh miró en la dirección de su voz, y gritó alzando los brazos en señal de bienvenida. Aro tenía los ojos cubiertos con una venda. Lubabáh rió y le contó la causa de su risa:

-¡Qué pena que no puedas verla caminar, Aro! De aquí para allá... Casi no hay diferencia entre esta nubera y el rastro de una lombriz.

-Al parecer hemos llegado justo a tiempo -dijo Mármara, deteniéndose a unos cuantos pasos de Lubabáh.

En silencio, el navegante comenzó a acercarse con intenciones que Mármara conocía bien.

-¡No lo hagas! -la nubera se atajaba con los brazos-. Asustarás a los niños.

-Será por todas las veces que Aro me asustó con sus extrañas preguntas.

Una zancada que estremeció las colinas; una carcajada de navegante que acababa de echarse una mujer a las espaldas como si fuese un saco de trigo, y corría con ella trazando una ronda alrededor de los niños. Vara y Aro no podían ver lo que estaba ocurriendo. La nubera sabía que la fuerza de Lubabáh era su única posibilidad de volar, así que dejó de aparentar resistencia. Extendió los brazos y sostuvo un sonido agudo y ululante para completar el placer de su vuelo.

Sin ver, Aro imaginó un gran lobo rojizo avanzando sobre un campo seco que florecía a su paso.

Vara, que ni por un momento pensó en desobedecer la orden de mantener los ojos cerrados, imaginó a la nubera transformada en un trozo de seda blanca que se retorció al viento.

-¡Mármara! -gritó Vara-, ¿también ahora te sientes enferma?

Ni el navegante ni la nubera la escucharon. Sólo la oyó Aro, y se estremeció.

-No te asustes -dijo Vara-. No nos han prohibido hablar o escuchar.

-No es por eso -respondió Aro-. Creí que éramos idénticos, pero tú no pensaste en un lobo corriendo sobre tierra seca.

-El lobo rojizo dejó de correr -dijo Vara.

-La seda ya no vuela -replicó su hermano.

Lubabáh se detuvo a espaldas de Aro. Mármara se arrodilló junto a Vara y la rodeó con sus brazos.

Cada uno de ellos habló durante un largo rato a oídos de sus niños. Después, Mármara se dirigió a los dos:

-No regresaremos aquí hasta tanto nos llamen -anunció.

La nubera tomó del brazo a Lubabáh y ambos comenzaron a caminar hacia un sitio cubierto de diminutas flores amarillas.

-Hacia allá -dijo el navegante-, donde parece el cabello de Aro.

-Donde parece el cabello de Vara.

Vara acortó con un paso la distancia que la separaba de su hermano. Aro permaneció inmóvil en su sitio. Al cabo de un rato, la niña dio un paso más seguro.

-Dime, ¿por qué me amas? -le preguntó Mármara a Lubabáh.

-Afirmas cosas que yo jamás he afirmado...

-Lubabáh, dime por qué me amas.

Aro oyó a Vara caminar hacia él y respondió con un paso vacilante.

-Si te amara, como te gusta creer, sería por una causa sencilla.

-Aún así, deseo conocerla -insistió la nubera.

-Es por tu nombre -respondió el navegante-. Dice dos veces mar.

-¡Vean cómo el enorme navegante tiene su don para la poesía!

Aro avanzó dos pasos. Lubabáh puso a Mármara sobre las flores amarillas. Y entonces fue Vara la que se detuvo asustada.

-Navegante, no me ames como al mar.

-Ni lo sueñes, nubera.

Vara y Aro estaban frente a frente con los ojos vendados, con los ojos cerrados.

-¿Dónde te llamas Vara?

-Me llamó Vara en el muslo derecho.

Aro extendió la mano y buscó hasta hallar la cicatriz en la pierna de su hermana. Entonces pasó los dedos varias veces por la marca del hierro.

-¡Espera, Lubabáh! -lo detuvo Mármara-, quizás trates al mar con tanta insolencia; pero no a mí. ¿Lo comprendes?

-¿Y a ti? -preguntó Vara-. ¿Dónde te nombró la escardadora?

-Me nombró Aro en el muslo izquierdo.

Vara demoró en decidirse a reconocer el nombre en la carne de su hermano. Pero, al fin, apartó con cierta brusquedad la capa de piel liviana que Aro llevaba sobre la túnica y buscó en el muslo izquierdo. Vara dejó su mano sobre la cicatriz en forma circular que la escardadora había marcado a fuego.

-¿Y tú me hablas de insolencia? -alcanzó a decir Lubabáh-. Ni las peores tempestades del mar lograron vencerme con tanta facilidad.

Cuando Aro se quitó la venda que cubría sus ojos se encontró con que Vara ya lo estaba mirando.

A lo lejos sonó la risa enorme del navegante, pero los niños la ignoraron.

-No somos idénticos -dijo Aro.

-No somos idénticos -dijo Vara.

Luego ambos caminaron hasta quedar muy cerca; y como iban a decir cosas que nadie debía escuchar juntaron sus frentes despejadas y susurraron. Los dos hermanos mantuvieron los ojos muy abiertos mientras hablaban.

Al revés que ellos, la nubera y el navegante se separaron:

-Ahora sí -Mármara recostó su cabeza en las piernas de Lubabáh-, cuéntame algo... Lo que gustes.

Antes de que el navegante comenzara, la nubera se arrepintió del ofrecimiento:

-¡Aguarda, Lubabáh! Intenta contarme alguna historia que no te produzca risa. No es por darle la razón a Briseida, pero ya no deseo escuchar ese estruendo.

-Hay algo que puedo contarte, muy lejano a la risa -respondió el navegante.

-Entonces comienza -aceptó Mármara. Y cerró los ojos Para oír en paz.

-Debes saber que Misáianes cerró una trampa dentro de la cual quedaron atrapadas las dos orillas del Yentru. Comenzó cuando las mujeres-peces llegaron a advertirnos acerca de una flota muy numerosa que estaba pronta a zarpar hacia las Tierras Fértiles. Debido a la enorme fuerza de esta flota dispusimos casi todas nuestras naves en espera de cortarles el Paso. Luego estuvimos varios días al acecho hasta que las mujeres-peces, tan engañadas

como nosotros, nos informaron que la flota estaba detenida en las costas de Sigelés. ¡Una señal que no supimos ver! Por qué las naves se detendrían, a poco de haber zarpado hacia las Tierras Fértiles, en las costas de una isla helada y vacía...

El navegante contó los pormenores de la trampa en la que habían caído. Cuando terminó, Mármara ya no estaba recostada. Y tampoco en paz.

-Desdichadas Tierras Fértiles -dijo la nubera.

-Desdichadas Tierras Antiguas -respondió el navegante.

Un aire neblinoso cubrió el sol, y el aire se enfrió de pronto.

Mármara se sacudió el cabello.

-¡Iré a ver a esos niños!

-¡Déjalos! -Lubabáh la retuvo junto a él sin esfuerzo-. Nos llamarán cuando sea apropiado.

Vara y Aro hablaban en susurros con las frentes juntas:

-Cuando aprendas a amar -preguntó Aro-, ¿amarás al mago?

-Sí, lo amaré. ¿Y tú?

-Yo amaré a la escardadora.

-¿Por qué?-preguntó Vara.

-Porque tuvo miedo.

-¿Y el miedo la hace digna de amor?

-Lo dice Lubabáh: el miedo necesita dos corazones.

-Lubabáh piensa según su tamaño.

-Zorás piensa según el suyo.

-¿Sabes lo que ellos creen? -volvió a preguntar Vara.

-Creen mal -respondió Aro-. Creen que no conocemos a Misáianes.

-Y yo lo conozco desde la mancha de las hilanderas.

-Y yo lo conozco desde la mancha de los cuidadores de cerdos.

-Todos en las manchas lo conocen -dijo Vara-. Pero no saben decirlo.

-No estoy creciendo para el Recinto. -afirmó Aro.

-¿Para los cuidadores de cerdos...?

-Y otros parecidos.

-¿Me amarás si crezco como quiere Zorás?

-Te amaré.

-Toca de nuevo mi nombre -pidió Vara.

-Toco tu nombre -dijo Aro. Y extendió la mano.

-¿Por qué aceptas que Lubabáh te trate como a un niño?

-¿Por qué dejas que Mármara te ponga ropajes de serpiente?

Vara sonrió.

-Nacimos con un propósito -siguió diciendo Aro-. Y eso no es virtud de Zorás.

-Pero Zorás nos ha preparado para cumplirlo.

-La escardadora nos marcó la carne.

-Zorás, el alma.

-Uno no vale más que otro -dijo Aro.

-Cuando pueda amar, te amaré -replicó Vara.

En el campo de flores amarillas, Lubabáh y Mármara oyeron sus nombres.

Se levantaron, acomodaron sus ropas y corrieron en busca de los niños. Los hallaron en silencio y alejados.

Lubabáh y Aro debían regresar a la Gran Península. Mármara y Vara al bosque de Goenia. Todavía faltaban dos años de iniciación.

La despedida parecía resuelta, era tiempo de partir. De pronto, Mármara abrazó a Lubabáh y comenzó a llorar tristemente.

El navegante dirigió a Vara un gesto tranquilizador, como diciéndole que pronto pasaría. Después, Aro dio la vuelta y caminó en dirección a los animales que pastaban cerca de allí.

-¡No te vayas! ¡Espérame! -gritó Lubabáh, repartido entre el desconuelo de la nubera y la determinación de Aro.

-Ve con él -dijo Vara-. Ella llorará mientras tú estés presente. Apenas desaparezcas sentirá deseos de comer y se pondrá a buscar frutas.

El navegante rió con ganas, mezclando a su risa las palabras que Vara le había dicho. Aun mientras corría detrás de Aro se lo escuchaba reír y repetir: "Se pondrá a buscar frutas".

Mármara se secó las lágrimas y miró a Vara con seriedad:

-¿Cómo te atreviste a decir eso?

-Tú me pediste que lo dijera en el momento de la despedida. -Lo sé -dijo Mármara-. Y sin embargo este llanto se quedará conmigo.

-Lo sé -contestó Vara-. Y también conmigo.

El bosque de Goenia quedaba lejos; había mucho que andar.

Un largo viaje como un largo sueño

Mientras transcurría la primera mitad de la iniciación de los gemelos, llegaron a las Tierras Antiguas las noticias que los parientes tanto temían.

Una vez más el continente oscuro había logrado derrotar al ejército del Amo, Drimus había desaparecido en el desierto. Y la Sombra continuaba en silencio.

Las flotas de refuerzo que los parientes enviaron a las Tierras Fértiles, mientras creyeron que Drimus seguía al frente de la conquista, fueron desbaratadas por los navegantes rebeldes. Sideresios, cañones y pestes yacían en el fondo de Yentru, habitando naves tan muertas como ellos.

Ahora todos esperaban del Amo un movimiento prodigioso. Sin embargo, Misáianes estuvo quieto y mirando el mundo antes de decidirse a obrar.

El Recinto se había inquietado procurando adelantar el nombre del nuevo emisario de Misáianes. Algunos magos anhelaban ese sitio; se soñaban erguidos en las Tierras Fértiles como nuevos doctrinadores. La mayoría, en cambio, prefería permanecer en sus gradas. Sin arriesgarse a ser, también ellos, habitantes de otras naves muertas.

Deinos, por su parte, sabía que jamás le sería concedido ese rango. Compartía con Drimus la misma cadena de maestros y heredaría la carga del error.

Por fin, Misáianes obró. Engañó a los navegantes rebeldes y a sus naves ligeras enviando, por una nueva ruta, una flota vigorosa en armas. Y un pequeño recipiente de cristal...

Los venerables del Recinto también se sintieron engañados. Ellos, igual que los navegantes rebeldes, desconocieron hasta el final la existencia de una nueva ruta marítima. Hasta el último instante el Recinto ignoró todo sobre las naves que comandaba Flauro, y también sobre la decisiva misión que llevaba.

¿Por qué el Amo había trabajado a sus espaldas? ¿Por qué los jefes sideresios y algunos nobles supieron mucho más que los magos?

El Recinto se llenó de hervores y murmullos. El Amo los ofendía con un ademán que señalaba la orilla opuesta. Misáianes elegía, como prolongación de sus uñas, a un hombre del otro continente.

Los magos siguieron el ademán con la mirada seca y oyeron un nombre: el ademán decía Molitzmós.

Los venerables del Recinto no tenían espacio para la furia ni posibilidad de forcejear con el Amo. Entretejidos en el orden de Misáianes, tenían el mismo destino de los hilos de una telaraña, nada más que sostener la trampa que los sostenía.

Por su parte el Amo, que comprendía lo impalpable, alimentó el orgullo de los magos con migajas de poder. Y sólo él supo si era alimento cierto o ilusorio.

Que ellos eran los grandes del Recinto, les susurró...

"Ustedes son los grandes del Recinto, magos de un Orden que se hará sobre el mundo. El que hemos elegido como prolongación de mis uñas nos servirá con lealtad... Desde el comienzo, cuando era principio de guerra en las Tierras Fértiles, él se recostó junto a nosotros comprendiendo que la eternidad nos pertenecía. Éste que nombro, y conocemos como aliado, entiende el continente por sus entrañas. Digo del continente que se empeña en soñarse sin nosotros. ¡Dejémoslo entonces que arranque de cuajo la raíz indócil! ¡Dejemos que horade como un gusano de infinitas trompas y nos abra camino! Dejémoslo, puesto que él no será parte de la eternidad. Este de nombre Molitzmós será muy breve para nosotros. Tras la derrota de las Tierras Fértiles volveremos a ser los únicos. Es Misáianes quien les habla. Sepan ahora que Molitzmós llegará por los caminos del sueño. Salgan a su encuentro, impongan el sello del Recinto en su mano derecha. Así será reconocido por nuestros capitanes. Molitzmós nos ofrendará la sangre de su continente; y en esa ofrenda habrá tajadas de su propia sangre."

Tarde, como cualquier criatura, los magos supieron que Flauro llevaba un largo sueño para Molitzmós. Aún así tuvieron que cumplir la orden de Misáianes.

Para eso debían esperar que la flota llegara a las Tierras Fértiles. Durante esa espera, los magos se ensimismaron en sus prácticas.

Un día, Flauro le extendió a Molitzmós la pócima del sueño...

-Ha bebido su sorbo -dijeron los magos en el instante preciso-. Molitzmós comienza su viaje por el Yentru.

-Sueña, en este momento, la desazón de su estómago.

Molitzmós recorría los caminos del sueño. Caminos que, en aquellos tiempos y lugares, tenían la consistencia de la vigilia.

Y tenían anchura y profundidad como cualquier bosque.

-La nave que trae a Molitzmós se acerca a nuestra orilla.

-El nuevo emisario cabalga hacia nosotros -dijeron los magos- Sueña la pantanosa región de Leuster; la atraviesa.

-Bordea el Río Légamo; lo sueña.

-Es tiempo de prepararnos para salir a su encuentro -convinieron los venerables del Recinto-. Molitzmós está entrando al bosque de Púas.

El nuevo emisario del Amo avanzaba en su sueño por un bosque enfermo.

El bosque de Púas había sido un espléndido paraje de coníferas verdes, azules, grises, estiradas, metidas en el cielo. Un bosque colmado por el silencio que consiguen juntos los pinos y el viento. Ahora el bosque de Púas, donde se alzaban los castillos de los magos y el lugar del Recinto, había enfermado. Los árboles tenían color pardusco. Muchos yacían en el suelo. Otros se habían inclinado hasta apoyarse en los árboles contiguos. Un viento helado rondaba en lo alto. Y una plaga de hongos negros tapizaba la tierra.

Mientras Molitzmós atravesaba el bosque, los venerables se congregaron en el salón más importante del Recinto y ocuparon sus sitios dispuestos en gradas escalonadas, en forma de medio círculo. Todos llevaban mantos de piel. Algunos cubrían sus cabezas con caperuzas; otros con cofias oscuras, como la que usaba Drimus. Cada mago tenía una pequeña botella de cristal tallado.

Cuando Molitzmós traspuso el muro exterior por un portal levadizo, los magos se llevaron la botella a los labios y, todos al mismo tiempo, bebieron un sorbo y una hebra plateada.

Cuando Molitzmós recorrió el puente que cruzaba sobre una fosa llena de fuego hasta alcanzar el segundo muro, los magos se durmieron.

Entonces, Molitzmós y los venerables soñaron el sonido de un golpe de maza contra el metal. Se anunciaba el arribo del emisario.

Los magos miraron a Molitzmós. Uno de ellos habló en nombre de todos:

-Decimos claramente que fuiste elegido por Misáianes. El Amo manda que seas tú, Molitzmós del Sol, quien detente la instauración de su Orden en las Tierras Fértiles. Él te transformó en prolongación de su brazo, su mano, ¡su uña! Eres uña de Misáianes en el continente que espera cruzando el Yentru. Ahora, para que seas reconocido por los nuestros, te impondremos el sello del Recinto como emblema y testimonio de la autoridad que te otorgamos.

En el dorso del puño derecho, Molitzmós recibió la imposición de un sello. Le dolió de tan frío y tuvo la sensación de que su mano era sumergida en un hormiguero.

La marca de la Cofradía del Recinto, una estrella sostenida en la punta de una espada, se grabó para siempre en su mano derecha. El sello le dejó una cicatriz de contornos nítidos y color violáceo que se hundía ligeramente por debajo de la piel del dorso. Se trataba de un emblema inconfundible que Flauro reconocería sin dificultad. El emblema del Recinto que sólo por voluntad de Misáianes, y con el asentimiento de los magos, pudo ser colocado de manera indeleble en la mano derecha del Señor del Sol.

El emblema del Recinto en la mano derecha, la mano del mando y la supremacía...

En las Tierras Fértiles, el capitán comprendería de inmediato el significado de aquel prodigio. Y bajaría la cabeza en señal de aceptación, sin dudar de que tenía enfrente al elegido del Amo.

Fue entonces cuando Molitzmós reparó en un mago de ojos azules que lo miraba desde el fondo de una caperuza de piel.

El mago era Zorás, y pensaba en los días venideros. Pensaba sin odio ni furia.

Vara y Aro ya se habían reconocido entre los lagos Véspero y Eféspero. Y no distaba mucho el final de su iniciación.

Lentamente, la guerra contra el Odio Eterno encendía antorchas en las Tierras Antiguas. Pero quedaba lejos el monte, muy lejos todavía.

El pensamiento de Zorás fue interrumpido por el despertar. Los magos abrieron los ojos. Seguían sentados en las gradas escalonadas. Los recipientes de cristal de los que habían bebido estaban rotos a sus pies.

En el mismo instante, vigilado de cerca por Acila y por Flauro, Molitzmós despertó en una habitación de su palacio en la otra orilla del Yentru.

Vara y Aro. La escardadora les marcó la carne; lo primero que duele.

Aro y Vara. Zorás les marcó el espíritu; lo primero que ríe.

Vara y Aro fueron nombrados para la confusión... Sus nombres, Vara y Aro, se hicieron difíciles de pronunciar, inseparables. Como era difícil separar sus almas.

Hasta Nakín se consternó y entremezcló sus nombres.

Vara y Aro. Ellos fueron concebidos como dos partes del mismo hueso. Por eso sus nombres se confundieron en las mentes y se enredaron en las lenguas.

Vara y Aro.

Dijeron Varo..., corrigieron: Vara.

Dijeron Ara..., corrigieron: Aro.

Vara y Aro, nombrados como el anverso y el reverso de una misma piel.

Dijeron Varo y Ara... Se corrigieron. Dijeron Vara y Aro.

-¿Cómo la nombras tú? -preguntó una mujer.

Entonces el hombre tuvo que pensarlo.

-La nombro Vara -dijo.

-Ahora dime el nombre del varón.

El hombre frunció el ceño antes de responder.

-Se llamó Aro.

Vara y Aro, sus nombres se equivocaron en el andar del tiempo. Al recuerdo le costó desenredarlos, y también a las lenguas. Si hasta Nakín de los Búhos se confundía: Vara y Aro.

Nacidos y nombrados para ser dos y uno, anverso y reverso de la misma noche.

La cabra y su leyenda

La temporada de lluvia en Los Confines estaba cansada. Las aguas, las mismas que se derramaron sobre el abrazo del Halcón y Nanahuatlí, y sobre la fiebre de Cucub, empezaban a menguar.

Hacía ya muchos años que la lluvia caía sobre la pena de las criaturas. Lejos habían quedado las noches en que los husihuilkes se reunían en ceremonia alrededor del fuego para contar historias en sus casas de madera. Perdido estaba el tiempo de celebrar los dones recibidos y de aceptar, sin alardes, las tristezas naturales de los días.

Porque era distinto el dolor que Misáianes había derramado sobre la Creación con el anhelo de igualarlo todo.

Misáianes estaba en su monte para extender su monte. Y para que, desde las mieses al río, todo fuera prolongación de su voluntad.

El pueblo de Los Confines, abandonado de sus hombres jóvenes, atravesaba el peor tiempo de escasez. La caza y la pesca eran exiguas. Los sembradíos estaban enfermos y no tenían suficiente dulzura. Los ancianos, las mujeres y los niños deambulaban por aldeas desoladas, en medio de una guerra sin fuego. Sin embargo ellos se empeñaban en mantener la voz puesta en los cantos y no en los lamentos, los dedos ocupados en hacer trabajos y no en contar dolencias. Así se los exigía Kupuka. Y todos entendían que ese mandato era un fabuloso arpon que sostenía el alma husihuilke cerca del sol.

Los guerreros que habían regresado a sus aldeas por orden de Thungür, imposibilitados de seguir peleando o de realizar ningún servicio para el ejército, permanecían ocultos en sus casas. Esos hombres estaban llenos de furia contra sí mismos, contra sus piernas o sus brazos que no habían podido resistir. Pero mucho más contra sus corazones, porque aún perduraban. Avergonzados de que mujeres y ancianos les procuraran el sustento, muchos se inclinaron hacia la tierra por última vez. Y nadie logró que bebieran un sorbo o masticaran un bocado.

En casa de Kuy-Kuyén también había penas. La esposa de Cucub se las echaba cada mañana a las espaldas y pasaba el día conversando con ellas.

Su séptimo hijo no había crecido lo suficiente durante la temporada de lluvias. Ella misma y el resto de los niños habían enflaquecido mucho. ¿Y la luz negra de los ojos husihuilkes? Sólo la luz negra de sus ojos persistía.

Sus hijos sonreían procurando aliviarla.

-Es cosa que les viene de Cucub -solía decirle Kuy-Kuyén a Wilkilén.

El recuerdo de su esposo no la abandonaba. Sólo que, a veces, era un trino en el bosque. Y otras veces, el recuerdo aparecía con música de flauta, haciendo volteretas frente ella.

La última claridad de la tarde se apagaba en Los Confines. Wilkilén sostenía al más pequeño que movía sus bracitos enclenques y le sonreía. Ella lo miraba de a ratos pero, la mayor parte del tiempo, hablaba con los ojos sumidos en el bosque. Y el bosque sumido en un atardecer tormentoso.

-¿Sabes que pronto se irá la lluvia? -decía.

Wilkilén, que tenía por ese entonces diecisiete temporadas de lluvia, sabía que una mujer sin trenzas deseaba volver al bosque para encontrar al Brujo de los ojos dorados. La inocente pensaba en la Destrenzada igual que el resto de la gente de Los Confines. La Destrenzada era un misterio que los husihuilkes no deseaban develar.

-Cuando acabe la lluvia regresaré al bosque -le dijo Wilkilén al niño que ya dormitaba en sus brazos.

Shampalwe y Kutral, los dos hijos mayores de Kuy-Kuyén, ayudaban a su madre. Kupuka había avisado que esa noche los visitaría, y Kuy-Kuyén quería obsequiarlo con aquello que su pobreza le permitía: zapallo dulce y la casa perfumada con ramas de canelo.

Shampalwe fue la primera hija de Kuy-Kuyén. Luego llegó Kutral y otros cinco varones.

Todos los hijos de Cucub aprendieron a hablar claramente antes que la mayoría de los niños. Y apenas pudieron andar solos, se desparrramaron por los caminos tocando música de flauta, recitando y repartiendo noticias.

Por esos días, Kutral y tres de sus hermanos ya recorrían de ida y vuelta las aldeas de Los Confines, asistiendo a los imperiosos pedidos de los Brujos de la Tierra que los llevaban desde el volcán al lago de Las Mariposas, desde Wilú-Wilú hasta Hierbas Dulces.

Eran niños de baja estatura y cabello arisco; tan parecidos entre sí que los ancianos tenían dificultad para diferenciarlos y recordar sus nombres. Por esa causa Kuy-Kuyén trazó marcas en los cintos de cuero que llevaban en bandolera, y de los cuales pendía el morral, el odre para el agua, la flauta y variados objetos que, igual que Cucub, sus hijos recolectaban y llevaban consigo. Aquellas marcas que inventó Kuy-Kuyén para que los ancianos pudieran distinguirlos hicieron que,

finalmente, sus hijos fueran reconocidos en todo el territorio de Los Confines por el número de muescas que mostraban sus cintos. Kutral fue el único que preservó el nombre. Los demás fueron Muesca-Uno, Muesca-Dos, Muesca-Tres. Y así los llamó hasta su propia madre.

Los ancianos miraban con cuidado las tiras de cuero, contaban las marcas y recién entonces los reconocían:

-¡Buen día, Muesca-Tres! ¿Qué noticias nos traes?

O decían:

-Encontré a Muesca-Dos de camino al lago. Llevaba medicina para un enfermo.

La lluvia amainó con la llegada de la noche.

-¿Qué espera este niño? -dijo Kuy-Kuyén, mirando con ternura al hijo que dormía contra el pecho de Wilkilén- ¿Ya quiere su cinto con cinco marcas?

Wilkilén sonrió viendo la sonrisa de su hermana.

-Pronto lo tendrás, Muesca-Cinco.

-¡Viene el Brujo! -la interrumpió Wilkilén quien, más que verlo, escuchó el trote de su animal.

Kuy-Kuyén respiró aliviada; mientras durara la visita del anciano ella dejaría de sentir miedo. Wilkilén se apresuró a dejar al niño en su canasto para poder abrazar a Kupuka.

Los golpes de siempre sonaron en la puerta de la pequeña casa de madera. Kutral ya estaba listo para el saludo que Kupuka llevó a cabo sin ningún fingimiento:

-Te saludo, hermano Kutral. Y pido consentimiento para permanecer en este, tu país.

-Te saludo, hermano Kupuka, y te doy mi consentimiento. Nosotros estamos felices de verte erguido. Y agradecemos al camino que te trajo hasta aquí.

-Sabiduría y fortaleza para ti y los tuyos.

-Que el deseo vuelva sobre ti, multiplicado.

Kupuka los miró uno a uno con un amor que venía de lejos y de siempre. Kuy-Kuyén estaba preguntándose si el canelo aromaba lo suficiente. Wilkilén mordía sus trenzas. Era claro que Shampalwe aún le temía. Kutral se veía orgulloso de haber cumplido bien con el rito del saludo... Muesca-Uno, Muesca-Dos y Muesca-Tres, de pie y muy erguidos, trataban de decir que estaban listos para marcharse si era necesario. Muesca-Cuatro procuraba imitarlos. Muesca-Cinco dormía en un canasto. Kupuka sintió un golpe de puño en el corazón, y recordó el tiempo en que Kush amasaba. Entonces no había ni un trozo de pan para desperdiciar, pero tampoco había un sólo día de hambre.

-¿Por qué no enviaste a pedir harina? -le dijo a Kuy-Kuyén con severidad.

-Sé que los ancianos pasan necesidades, y están primero.

A Kupuka no le importaba estropear el inicio de una visita con tal de decir lo que debía. Y aquella respuesta lo había enfurecido:

-¡Eres buena para decir insensateces, Kuy-Kuyén! Pero oye esto, no hay hambres más o menos dolorosas que otras. Y si así fuera, no serías tú la indicada para decidir tan grande cosa. Hay la harina que hay, y debemos repartirla.

El enojo de Kupuka le sirvió a Kuy-Kuyén para derramar todas las lágrimas que esperaban detrás de su mirada oscura. Acaso el Brujo de la Tierra lo sabía... Tal vez simuló su irritación para que Kuy-Kuyén encontrara la excusa que necesitaba.

Recién cuando la vio estirándose los ojos con los dedos para terminar de secar el llanto, el Brujo habló de nuevo:

-Nos han empobrecido en el pan de la boca y en nuestras mantas. Sin embargo tú pensaste en los ancianos antes que en tus hijos... Entonces yo sonrío, mi corazón sonrío y dice que una sola mujer husihuilke está ganando esta guerra.

Más tarde, sentado junto al fuego, Kupuka continuaba hablando sobre otros asuntos y con un tono diferente. El Brujo sabía que su silencio estaba cerca. Por eso tenía prisa por contar ciertas historias; en especial aquellas que algunos reclamaban.

-Sé que Cucub, tu esposo, desea conocer mi origen: la verdad, la mentira. Asuntos que yo mismo supe por boca de otros y hace mucho tiempo... Cucub desea saber cómo me hice Brujo, cómo me hice cabra. Lo escuché murmurar ese deseo el día que me alejé de esta casa llevándome conmigo al Brujo Halcón. Desde entonces quise complacer su curiosidad; pero siempre hubo trabajos más urgentes. Ahora el zitzahay se ha marchado. Para cuando esté de regreso y pueda preguntarme, yo no podré responderle.

-¿Qué quieres decir? -Kuy-Kuyén estiró su mano hacia el anciano.

-Esta noche no importa mi silencio sino mi origen con todo lo que tenga de cierto y de inventado. Conozco la afición de

Cucub por las grandes historias y no dejaré de contarle ésta. ¡Más que eso! Se la obsequiaré para que luego la repita y le añada todos los hilos de colores que le convengan. Yo soy Brujo y él es artista. Las leyendas nos pertenecen a ambos, mitad por mitad.

-Pero Cucub no puede escucharte.

-¡Claro que no puede! -respondió Kupuka-. Eres tú quien escuchará por él. A ti te contaré la historia que un día repetirás frente a Cucub. Presta atención y procura recordar los hechos. No te propongas repetirlos con gracia porque sólo conseguirías oscurecer las cosas. Te referiré el hueso de mi historia, y tú le contarás un hueso a tu esposo. ¡Ya se ocupará Cucub de ponerle carne!

A partir de ese momento Kuy-Kuyén escuchó la historia con los ojos bajos. Preocupada, al principio, por la responsabilidad de recordarla y repetirla con exactitud.

El Brujo de la Tierra narraba con serenidad, sin asombrarse de lo que decía:

-Una mujer pidió permiso al esposo para marchar hacia la aldea de sus padres porque su madre estaba pronta a morir y ella deseaba saludarla. El esposo le negó el viaje y lo hizo con sentido. El camino que separaba las aldeas no era demasiado largo, pero sí era difícil; camino de montaña, pedregoso y árido. Su esposa lo había recorrido muchas veces antes, y podría recorrerlo después. Pero no lo haría con un vientre de siete lunas. Caprichosa y astuta la mujer abandonó su casa en plena noche, con el hombre dormido. Y tomó el camino ladera abajo...

Kupuka contaba con sequedad. Kuy-Kuyén repasaba en su mente lo que oía, palabra por palabra.

-Aquella mujer anduvo confiada sin saber que no hay camino en el mundo que pueda conocerse de memoria. La tierra cambia de lugar lo mismo que las piedras y las trampas. Entonces su pie se apoyó con seguridad donde no debía hacerlo. Y eso fue suficiente para que la mujer y su vientre se despeñaran por la cuesta. Cuando llegó al final de su caída se juntaban en su pobre cuerpo un nacimiento y una muerte.

El Brujo de la Tierra parecía no percibir que contaba asuntos tristes de oír para una mujer. ¿Cómo haría Kuy-Ku-yen para relatarle a Cucub el dolor de una madre viéndose morir y parir? No sería capaz de hacerlo con la sencillez de Kupuka.

-Por allí cerca pasó un rebaño de cabras salvajes en dirección a las pasturas. La moribunda oyó el retumbe de sus cascos y gritó cuanto pudo. El niño yacía entre sus piernas, tiritando. El corazón de la mujer se iba, se iba...

Para entonces Kuy-Kuyén había olvidado su deber de recordar la historia, sólo escuchaba.

-Las cabras salvajes llegaron hasta donde estaba la mujer. La rodearon y procuraron sostenerla con su aliento cálido. Pero la madre sabía que estaba muriendo. Con sus ojos eligió una cabra, un animal fuerte y de largo pelaje blanco, para decirle lo último que diría en este mundo. "No dejes que el niño pague mi capricho con su única vida." El rebaño esperó a que la muerte se consumara. Luego la cabra blanca tomó al niño por el cuero de la espalda y lo llevó con ella, colgado de su boca.

Kuy-Kuyén pensó que Cucub contaría aquella historia con ternura.

-Y aquel niño se hizo viejo y cabra... ¡Mira, Kuy-Kuyén, cuánto tiempo llevo de envejecer y de amarlos a todos! A ellos y a ustedes... ¡Tanto envejecer y tanto amar para que llegue este día en que no sé cómo ampararlos!

El silencio de la casa de madera se quebró con un sollozo de Wilkilén.

-¿Qué te sucede, inocente? -dijo Kupuka-. Todo lo que he dicho podría ser mentira.

-Algo no -respondió Wilkilén.

-¿A qué te refieres?

-Tanto envejecer..., y tanto amarnos.

La temporada de lluvias había acabado. Unos pasos se escuchaban, pisando la hojarasca, cerca de la Puerta de la Lechuza. Escasos visitantes llegaban hasta el nido del Brujo Halcón. Algunas veces Tres Rostros; y en muy pocas ocasiones, los ancianos del consejo husihuilke. Pero estos pasos eran diferentes.

-No puedo saber quién se está acercando -dijo el Brujo, que veía los techos de palma de una aldea lejana-. Ve tú, Nanahuatli, y mira.

La princesa se apresuró a cumplir con aquel pedido. Pero no tuvo que alejarse demasiado ni aguardar mucho para ver a Wilkilén que ascendía por el camino con un morral y un cántaro.

El corazón de Nanahuatli no supo qué hacer.

-Es Wilkilén -anunció.

-No puede ser... -murmuró el Brujo-. No es posible.

-¡Claro que es posible! La conozco muy bien -respondió Nanahuatli-. Viene cargando un cántaro donde, seguramente, nos trae leche fresca.

El Brujo Halcón aleteó procurando levantarse de prisa:

-¡Ayúdame! -pidió-. Wilkilén se asustará si ve este rostro y este cuerpo...

Nanahuatli torció la boca en una mueca desdeñosa, pero nada dijo y ayudó al Brujo a ponerse de pie. La voz de la inocente sonó muy cerca:

-Soy Wilkilén. Vengo con pan y con leche...

-¡Quédate allí! -le gritó el Brujo-. No avances todavía.

Wilkilén se detuvo de inmediato. Piukemán era así: siempre estaba enojado y gritando. "Detente, Wilkilén", "De nuevo tú, Wilkilén", "Siempre lo arruinas todo, Wilkilén". Pero después le tendía la mano para ayudarla a cruzar el arroyo.

-Ya puedes venir -anunció Nanahuatli-, El Brujo se ha ido.

Wilkilén dejó el cántaro en el suelo y corrió a abrazar a la princesa.

-Pero también quiero abrazar a mi hermano Piukemán.

-¿A Piukemán? -Nanahuatli habló con ironía-. ¿No sabes lo que ha pasado a tu alrededor, inocente? Si acaso lo llamas Piukemán, él te saltaría con las garras sobre el rostro y te lastimaría los ojos.

Al principio, Wilkilén se puso seria. Un instante solamente, y soltó su risa.

-Sabes mentir tan bien como Cucub -dijo-. Casi tan bien...

-¿Qué te hace pensar que estoy mintiendo? -respondió la princesa.

Y Wilkilén rió más fuerte porque ésa, exactamente, hubiese sido la respuesta de Cucub.

-Ya sé que Piukemán tiene nombre de Brujo. Pero los Brujos aman a la gente.

-¿Y tú...? -sonrió Nanahuatli-. ¿Amas a los Brujos?

-Sí, los amo.

-¿Y a cuál de ellos más?

La respuesta de Wilkilén fue diáfana y cierta como su vida entera.

-Amo más a Kupuka.

-Ahora eres tú la que miente.

Como solía hacerlo siempre que se confundía, Wilkilén repasó todo con los dedos:

-Te dije que traía pan y leche y eso es cierto. Te dije que deseaba abrazar a Piukemán y es cierto también. Te dije que...

-¡No quiero verte contar las cosas con los dedos...!

La princesa tomó las dos trenzas oscuras y brillantes de Wilkilén y las enroscó alrededor de sus manos:

-Yo me corté una trenza para enviársela a Thungür -dijo con voz mordida-. ¡Y entonces tuviste que hacer algo tú también!

Wilkilén no comprendía la furia de Nanahuatli, porque entonces era una niña que llevaba sus manos a la cabeza procurando aliviar el dolor. Pero la princesa continuaba tironeando con fuerza:

-¿Quieres que te nombren más que a mí?

-No, Nanahuatli.

-¿Quieres que te amen más que a mí...?

-No, Nanahuatli -dijo Wilkilén. Y su pecho se agitó con el llanto convulso de los niños.

Las trenzas de Wilkilén estaban enredadas en los muchos anillos que la princesa fabricaba con piedras y resinas del bosque. Nanahuatli las desprendió con brusquedad, y luego empujó a la inocente.

-Vete de nuestro nido -dijo-. El Brujo Halcón querrá regresar y no podrá hacerlo mientras tú estés aquí.

-Si es por tus trenzas... -comenzó a decir Wilkilén.

Nanahuatli se cubrió los oídos y cantó una canción de su país lejano. Sin embargo, Wilkilén continuó:

-Todos en Los Confines dicen que tus trenzas, una sí y otra no, son un don del amor. Y esperan que la historia de tu largo viaje se quede para siempre en los baúles del recuerdo. Y también dice Kuy-Kuyén que te alimentes bien y que, cuanto antes, vuelvas a la casa de madera.

Nanahuatli giraba como si estuviera muy lejos de allí y hacía tintinear sus brazaletes. Wilkilén se marchó sin recibir respuesta.

Los Brujos de Los Confines sabían tratar con los presentimientos. Los dejaban llegar sin ponerles obstáculos, pero sin apresurarse en comprenderlos. Y porque daban gran valor a ciertas prefiguraciones que se anticipaban a los acontecimientos, eran cautos y pacientes a la hora de determinar su verdadero sentido.

Todos los Brujos de las Tierra, con excepción del Padrecito que estaba caminando con el ejército, empezaron a sentir que se preparaba un vuelco. Sin embargo, continuó cada cual con lo suyo hasta que los presentimientos cobraran nitidez.

Welenkín fue uno de los que percibió con mayor claridad la fatalidad que se acercaba. Tal vez porque, a diferencia de sus hermanos, había pasado casi en completa quietud la temporada de lluvias. Welenkín permaneció durante el invierno en Lewán, la isla de los lulus, muy cerca del sitio donde había ocultado la Piedra Alba. El Brujo de los ojos dorados pasó gran parte de su tiempo mirando un punto en la arena. Debajo estaría la piedra sagrada de los lulus transformada en un trozo de roca negra.

Cuando las aguas del cielo perdieron espesor y se transformaron en una llovizna tenue que se moría a cada rato, el Brujo supo que debía abandonar la isla. Al día siguiente partiría en busca de sus hermanos... Y de su amada sin trenzas.

-Pero antes dormiré aquí por última vez en este invierno –decidió.

Welenkín deseaba pasar la noche en la isla porque, de esa forma, era posible que soñara con los lulus. Ya le había sucedido muchas veces durante esa temporada de lluvias. Y él esperaba que, en ese último sueño, los lulus hablaran claramente sobre el futuro.

En efecto, los lulus llegaron a su sueño. Eran tres lulus erguidos y encaramados uno sobre otro: primero un lulu de cola blanca; sobre él, un lulu de cola amarilla. Y rematando la incomprensible postura, con la cabeza bastante por encima de Welenkín, un lulu de cola roja. Los tres lulus hablaron al unísono, haciendo con sus voces un eco mínimo y preciso.

-Aquí, donde dormiste en tranquilidad durante el invierno, recomenzará la mortandad. Te pedimos, Welenkín, que protejas la Piedra Alba cuando llegue el momento.

Welenkín tenía mucho que preguntar; pero antes de hacer la primera pregunta ya estaba despierto. Quiso volver a dormir para seguir soñando y ya no le fue posible. Llegaba el sol por el este de la isla. Welenkín y el amanecer se contemplaron. Luego el Brujo fue en busca de su balsa para navegar hacia Paso de los Remolinos.

El Brujo Halcón, mientras tanto, pasó el invierno junto a Nanahuatli sin verla jamás porque el Ahijador no había pasado por allí en mucho tiempo. El Brujo Halcón no pudo ver a la princesa y apenas pudo escucharla. Nanahuatli habló menos de lo indispensable. Días y noches, con la lluvia cayendo, permaneció en completo silencio. Y, si dejaba de estar silenciosa, era para llorar.

El Brujo Halcón la alimentó, la abrigó, la apartó del viento, la obligó a no morir. Entre el afán por cuidar a Nanahuatli y sus propias inquietudes, pasó el invierno.

Terminada la temporada de lluvia, el ave abandonó las montañas Maduinas y voló hacia el bosque. "Ya es tiempo de hacer lo debido", pensó el Brujo. En vuelo, el Ahijador escuchó ese pensar, y aceleró el camino que lo llevaba a la Puerta de la Lechuza.

El momento no iba a demorarse. La decisión del Brujo Halcón respondía a los hechos que se aproximaban.

Los Brujos de la Tierra sabían antes de saber. Y por eso, con apenas el despunte de un presagio, el Brujo Halcón comprendió que había llegado el tiempo de ver su rostro. Porque eso lo ayudaría a transformarse en Señor de todos los halcones y las aves del cielo.

-Oye, Nanahuatli -de nuevo el brujo graznaba-, aléjate de aquí por un momento. Muy pronto llegará el Ahijador. Voy a enfrentarme con mi rostro, y no deseo que estés presente.

-¿No deseas verme a mí también?

El Brujo no respondió. No hizo falta más para que la princesa se alejara. Atrás estaba el tiempo en que los dos jugaban como niños. Nanahuatli ya no lo abrazaba ni lo agobiaba con sus caprichos. En cambio, le obedecía en silencio.

Por los ojos del ave, el Brujo reconoció las inmediaciones de su nido. Enseguida escuchó el batir de unas alas, de sus propias alas que llegaban.

-¡Espera! -le pidió el Brujo al Ahijador-. Cierra los ojos antes de pararte frente a mí.

Descendiendo a tierra, el ave cumplió con aquello que le pedían. Y el Brujo tuvo un mundo negro.

Por un momento el Brujo Halcón recordó el rostro de Piukemán: un niño husihuilke de mirada brillante y pómulos

redondeados.

-Ahora sí -dijo-. Ahora mira mi rostro para que yo pueda verlo.

El Ahijador abrió los ojos.

-Éste soy -dijo el Brujo Halcón con dolorosa sorpresa.

El rostro que estaba viendo, sin edad y de rasgos aguzados, ya no guardaba rastros de Piukemán.

-Ni Vieja Kush sería capaz de reconocerme -fue una sentencia de muerte para el niño husihuilke que había sido.

-Éste soy -repitió el Brujo.

-Éste soy -dijo el ave.

Y agitaron las alas, agitaron los brazos encogidos al costado del pecho.

Lejos de allí, sin saber lo que ocurría con su hermano Halcón y con su hermano Welenkín, Tres Rostros recorrió incansablemente las aldeas del este de las Maduinas donde las voces de Drimus, entrando por la nariz de las criaturas humanas, seguían horadando las almas.

"Muchas fueron las voces que Drimus sopló hacia el este. El mago sabía que aquellas laderas, puesto que había en ellas incontables padecimientos, serían territorio fértil para su maleza."

Al marcharse el Padrecito del Paso con el ejército, las personas de las aldeas del este volvieron a sentirse abandonadas. Recrudescieron su silencio y le dieron la espalda a sus hermanos de la otra ladera. Y aunque los linajes del oeste estaban tan lastimados y llenos de penurias que nada había para envidiarles o reprocharles, la gente del este no dejaba de advertir un enfermo de más o un fruto de menos.

"Una vez más, los hombres y su guerra no bastaban. Las voces de Drimus harían un trabajo lento; pero el Doctrinador se alegró como si fuese para el siguiente día."

Aquél era el territorio hostil donde Tres Rostros, por orden de Kupuka, repartía alivios y sustento. Cosas que muchos aceptaban por necesidad, pero sin amor. Y aunque Tres Rostros se empeñaba en su sonrisa, era recibido con desprecio en las aldeas. Y despedido con insultos y puñados de sal.

De Drimus no sólo quedaban las voces. También quedaba la jauría, que se había ocultado durante la época de lluvia.

Grande era el bosque de Los Confines y difícil de transitar cuando el viento sacudía, desgajaba, y el suelo perdía consistencia.

El Masticador buscó durante muchas jornadas a la jauría, sin poder hallarla.

Algunos animales de los que transitaban el temporal llegaron a indicarle el sitio en el que se habían producido los últimos ataques de las bestias. Sus yuyos también le advertían y señalaban, pero el Masticador llegaba tarde al lugar que la jauría ya había abandonado, relamiéndose el sabor de la carne aterrorizada.

Cierto que, después de comenzadas las lluvias, fueron pocos los ataques a criaturas humanas. Pero eso no le importaba al Masticador que perseguía a la jauría tanto por el pescador de río como por una liebre. Aun así, el Brujo sabía que, en cuanto terminara la temporada, la jauría avanzaría decididamente sobre las aldeas de los hombres.

Andaba el Masticador con su bolsa cargada de remedios y de venenos tras el rastro de las bestias negras, provisto de dardos para el día en que las hallara.

En los aguaceros finales de aquel invierno, el Brujo, con el oído aguzado por efecto de la pulpa de unos hongos que había devorado, escuchó sus aullidos. Corrió a través del bosque, dio largos saltos, cruzó arroyos..., persiguiendo el canto tenebroso de las bestias.

El aullido lo llevó hacia el noreste, lo sacó del bosque cerrado donde el Masticador había concentrado la búsqueda.

Casi a medio camino entre el río Nubloso y Wilú-Wilú, cercana al pie de las Maduinas, había una zona de cuevas y quebradas. Era allí donde la jauría había encontrado refugio en espera de la disminución de las lluvias pero, especialmente, de la parición de las hembras.

El Masticador no los había visto antes, de lo contrario hubiese comprobado que aquellos animales habían cambiado su aspecto y su tamaño: más fornidos, con los colmillos crecidos sobresaliendo de los hocicos achatados. Y la musculatura del cuello tan abultada que rebasaba por ambos lados el tamaño de la cabeza. Posiblemente, ni Drimus hubiese dicho que eran perros. Lo que sí entendió el Masticador fue que no podría enfrentarlos abiertamente.

Semejante atrevimiento sólo serviría para matar a unos pocos. Luego, acabaría entre los dientes de la jauría que, con la fuerza del alimento, continuaría bajando hacia el sur.

En su camino por el bosque el Masticador había recogido ciertas hierbas que velaban el olor de la carne. Sacó un puñado de su morral y lo comió ávidamente. Recién entonces pudo acercarse y vigilar los movimientos de la jauría. Sabiendo que,

aun así, debía mantener distancia.

De esa forma transcurrieron algunos tensos días. Cada tanto, el Brujo renovaba su porción de hierbas para no ser descubierto por el olfato profundo de aquellos animales. En ocasiones, algunos se alejaban solos o en grupos reducidos; el Masticador aprovechaba esas oportunidades para ir tras ellos y lanzarles sus dardos mortales.

Pero otras veces, si el hambre era mucha y no aparecían presas suficientes, la manada se miraba a sí misma. Entonces, los animales más jóvenes y fuertes rodeaban a los más viejos.

Estas cosas vio el Masticador desde lejos, a la espera del día en que la jauría reanudara su camino hacia las aldeas.

Ocurrió un amanecer... Cuando el Brujo de la Tierra despertó y miró desde la cima del árbol sobre el cual dormía, la jauría ya estaba alejándose.

-Marchan hacia Wilú-Wilú -dijo el Masticador.

Olfateó sus brazos... Era imprescindible disolver el olor de su cuerpo. Ya no le quedaban más que tres raciones de hojas. Y, en aquellos parajes, era imposible hallarlas.

-Tendré que encontrar otro modo de detenerlos -decidió el Brujo amigo de los venenos.

Pero, ¿y aquel tambor que se escuchaba?

Aqué! era el tambor de Kupuka que, sin cesar, batía el parche con su nueva rama. La última y de membrillo.

Kupuka deseaba que el tambor y la rama se conocieran porque se quedarían solos, y tendrían mucho para decir.

El más anciano de los Brujos presentía con mayor fuerza que ninguno. Más que Welenkín en su quietud, y que el Brujo Halcón con su rostro entre dos mundos. Kupuka presentía la llegada de un dolor imposible para su pueblo.

De haber seguido la natural inclinación de su alma, Kupuka se hubiese ocupado de todo, andando sin parar de un lado al otro.

Kupuka, sin embargo, reconocía la gravedad de sus trizaduras y la hondura de su cansancio. Era sabio comprender eso a tiempo, y confiar en los otros. Kupuka debía confiar a otros la estrategia de las armas, y hasta la conducción y asistencia de las criaturas. Tenía otra pelea que terminar.

Drimus lo esperaba, transformado en voces, para decidir el duelo que había empezado años atrás.

Contra las voces del jorobado..., pensó Kupuka. Contra las voces que buscan el alma por el camino de la nariz, siguió pensando. ¡Contra esas voces, un silencio!

Kupuka debía hacer un silencio de pozo profundo, un silencio que se impusiera sobre las voces de Drimus para que las criaturas que habitaban la ladera este de las Maduinas volvieran a escuchar la dulce voz de los antepasados... Un silencio de final de naufragio, el silencio en el centro de una manzana. Contra las voces devastadoras de Drimus, el primer silencio del mundo. Contra las voces que ensuciaban el alma, un silencio para empezar de nuevo.

Kupuka sabía que ese silencio debía comenzar en su garganta y desde allí crecer y derramarse.

Kutral y sus hermanos fueron nuevamente convocados por el Brujo. Kuy-Kuyén los vio partir.

"¿Qué querrá esta vez Kupuka?", se preguntó la madre.

El Brujo iba a reunir a su pueblo en el Valle de los Antepasados para hablar por última vez:

-Avisen a todos los habitantes de las aldeas que deseo verlos en el Valle de los Antepasados. Tú, Kutral, reparte los caminos entre las Muestras. Lleguen a todas partes de modo que nadie se quede sin saber.

Los hijos de Cucub salieron a desparramar la noticia.

"El Brujo nos convoca, dice que hará silencio." "Dice en el Valle de los Antepasados." "Dice que nos aguarda..."

Las mujeres y las ardillas, los niños y los pájaros, las moscas azules, los ancianos, las lagartijas, hasta los guerreros que habían regresado imperfectos, todos abandonaron sus casas cuando escucharon la noticia que los hijos de Cucub repartían a viva voz.

¿Kupuka debía hacer silencio? ¿Un silencio...? ¿El Brujo hablaría por última vez...? Nadie entendía del todo lo que Kutral y las Muecas anunciaban. Sin embargo, ninguno faltó a la reunión en el Valle de los Antepasados, con el primer sol radiante.

El pueblo de Los Confines empezó a llegar muy de madrugada. Aquellos que permanecían habitando las aldeas, mujeres, niños y ancianos, bajaban al valle y se saludaban con entusiasmo buscando animarse unos a otros. Cada uno pensó que su vecino había pasado más penurias y estaba más necesitado. Pero los pájaros que miraban desde arriba y las lagartijas que miraban desde abajo, vieron que todos venían de soportar un invierno con hambre.

Las mujeres intentaban disimular la pobreza en sus ropas y en la de sus hijos con habilidosas composturas. Traían en sus morrales algo de pan y unas pocas frutas débiles recogidas en el bosque; pero también ramas y piedras para que los sacos parecieran repletos y pesados.

Todos sabían que la abundancia de sus vecinos, igual que la propia, era fingida. Y se ayudaron a sostener esa mentira de la cual Cucub hubiese estado orgulloso.

-¿Deseas comer, hermana? ¡Mira mi morral! He traído demasiado alimento... -le decía una mujer a otra.

-Agradezco el don; pero puedes ver por ti misma que mi morral también está repleto.

Así era el pueblo husihuilke, de tierra fértil.

En grupos reducidos la gente se fue acercando hasta el sitio donde descansaba Vieja Kush, indicado por un óvalo de piedras alternadas blancas y rojas. Allí debajo dormía la célebre amasadora de pan, vestida con su mejor manta, en una fresca vasija de barro. Todos llegaban cerca y murmuraban un saludo. Una anciana de Paso de los Remolinos que había tejido junto a ella le habló como se le habla a los vivos:

-Aquí estamos, hermana Kush... ¿Nos oyen? Venimos porque Kupuka ha enviado a decir cosas extrañas. Fueron los hijos de tu nieta Kuy-Kuyén los que repartieron la noticia por las aldeas. ¿Has visto, hermana, cómo se parecen a su padre? -la anciana hizo un largo silencio antes de decir la verdad- ¡Ay, Kush! Muchos de nosotros deseáramos estar donde tú, acurrucaditos, de regreso en la madre. Hay mucho dolor en las aldeas. Y más llegará todavía..., dicen los Brujos.

Un grito se impuso sobre los que murmuraban:

-¡Allí está Kupuka!

Los husihuilkes miraron hacia donde señalaba el brazo extendido. Era cierto. De pie en las lomadas que encerraban el Valle de los Antepasados, estaba Kupuka. Y traía el mundo en su atavío. En su espalda tenía una gran cantidad de ramas y hojas que sobresalían por los costados de su cuerpo y por sobre su cabeza para indicar que las plantas venían con él. Los animales estaban representados por un vejiga de ciervo que el Brujo llevaba atada a la cintura. Y las piedras, por un cuchillo de cuarzo blanco con el que Kupuka tajeaba el aire.

De esa forma descendió la loma, alejando con señas a quienes se acercaban a saludarlo. Pocas veces, o nunca, la gente de Los Confines había visto a Kupuka en tal estado de agitación. Entonces supieron que los hijos de Cucub eran mensajeros tan confiables como su padre.

Sabiendo que se acercaba un largo ritual, mujeres, niños y ancianos se sentaron en un círculo amplio alrededor de Brujo. Sin prestarles atención Kupuka comenzó a dar pasos cortos hacia un lado y otro cada vez con mayor velocidad. Mientras lo hacía recitaba de modo incomprensible y batía su tambor con la vara de membrillo.

Llegó el mediodía y el Brujo continuaba su danza. Kupuka no transpiraba porque hacía mucho que estaba seco. En cambio parecía resquebrajarse más y más, como una vasija de barro abandonada al sol durante todo un verano. Lentamente la letanía del Brujo se transformó en palabras que todos pudieron comprender:

-Ahora llega el tiempo en que contemplaremos nuestro propio esqueleto -fue lo primero que se entendió con claridad. Recién entonces el Brujo se sentó sobre la tierra. Luego esperó a que los demás lo imitaran.

-Ésta es la virtud que no debemos perder -dijo el Brujo. Apoyó sus dos palmas en la tierra todavía húmeda del valle y continuó-. Sucede en el continente de Misáianes, sucede en el País del Sol... Las criaturas humanas construyen sostenes suntuosos para sentarse lejos de la tierra. ¿Sabrán ellos que queriendo elevarse están cayendo? Si el hombre teme sentarse

sobre la tierra, algo malo le ha pasado a su alma. Hermanos husihuilkes, no olviden que es honra sentarse en la tierra. Sentarse en círculos sobre la tierra, sentarse en círculos con un fuego ardiendo justo en el centro. ¿Quién cambiaría eso por un grotesco armazón donde el hombre deshace su apostura? Sentarse en la tierra es la serena felicidad, el único bien que debemos anhelar.

Ese era el Brujo que el pueblo husihuilke conocía y amaba. Y, hasta el momento, no había dicho nada doloroso.

-Me satisface ver que sus morrales, vacíos de alimento, están repletos de amor por los otros. Cada uno quiso que su vecino no se preocupara; y el vecino, lo mismo. Pero tenemos hambre. Y muchos evitan quejarse de la enfermedad que aparece en sus rostros. Hay hambre en Los Confines, aquí donde nunca faltaron zapallos y maíz, caza y pesca. Y ésta es la propagación de la guerra de Misáianes; la que nuestros guerreros están peleando en el norte.

Ahora sí, el dolor se acercaba.

-Igual que son propagación de Misáianes las voces que el jorobado dejó incubando en nuestros hermanos de la ladera este. Contra ellas dirigiré mi silencio... Para vencerlas dedicaré cada instante de mi tiempo hasta que se quiebre mi vara de membrillo. He decidido hacer esto porque mi cuerpo de barro ya no tiene fuerzas más que para estar callado; construyendo silencio.

Ya el dolor era grande entre la gente.

-He dicho todo cuanto debía decir en este mundo. Ahora mi silencio será provechoso; y no mis palabras. Tengo mi tambor y mi vara, látigo de las cosas vivientes. Juntos hablarán con los tambores de mis hermanos brujos. Yo no hablaré. Me encaminaré hacia las montañas a trabajar en el silencio que necesitamos. Comenzará pequeño, como una piedrecita en mi garganta, y se hará grande... -el Brujo fue elevando los brazos-. Se hará invencible, bajará como agua caliente y tupida por las laderas del este -Kupuka dibujó con sus manos el silencioso río que soñaba-. Descenderá y ahogará a su paso el vocerío del Odio; el estrépito que impide escuchar el crecimiento... ¡Shhh! ¿Escuchan ustedes? Si hay suficiente quietud se puede escuchar el crecimiento de nuestras raíces allá en el fondo de la tierra. ¡El crecimiento y la dirección del crecimiento! De ese modo recordamos quiénes somos y hacia dónde debemos caminar...

Mucho después, una mujer se atrevió a pedir:

-Pero tú, ¿ya no contestarás nuestras preguntas?

-Yo no las contestaré ni en mi pensamiento.

-¿Y podremos verte?

-Sí pueden distinguir la tierra de la tierra...

-Tomaste una decisión que nos carga de tristeza.

-La guerra llegará hasta nosotros con peor rostro que el del hambre y la enfermedad -respondió Kupuka-. No sabemos cómo o cuándo; pero sabemos que sucederá. El trabajo que voy a emprender será largo; quizás, deberé continuarlo en la muerte.

Sin embargo, algo espero lograr; algo para el día en que llegue a nosotros la plena desdicha.

Kupuka levantó el tambor hasta la altura de la frente y lo colocó a un costado de la cabeza. La rama de membrillo golpeó un son rabioso que anunciaba las palabras finales del Brujo de la Tierra. El tambor se calló en seco.

-Los he amado y sé que velarán día y noche; sé que pelearán cuando ya nadie pelearía. Miren al sol si se sienten cansados, coloquen sus buenas manos sobre la tierra. ¡Ahora escuchen bien! Estoy advirtiendo... -Kupuka sabía que ninguno de sus hermanos querría ser testigo de lo que se avecinaba. Ellos iban a abandonarlo-. Adiós, husihuilkes, dice mi voz. Y anuncia que aquí, junto a Vieja Kush, este viejo que soy ha de llorar.

Y fue como el Brujo lo pensaba. Un hombre husihuilke con un cuchillo entre los dientes era capaz de avanzar diez pasos más que su vida en el campo de batalla; las mujeres husihuilkes morían con sus hijos guerreros sin dejar de amasar para los hijos que crecían. Pero el pueblo más bravío de la tierra no pudo ver el llanto de Kupuka.

Las lagartijas, los pájaros y las moscas azules desaparecieron entre las piedras, las nubes, las heridas. Las criaturas humanas se apresuraron a reunir sus cosas, socorrieron a sus mutilados y abandonaron el valle sin mirar atrás.

Kupuka se quedó solo con su manojo de ramas en la espalda, la vejiga de ciervo en la cintura y el cuchillo de cuarzo. Muy despacio, se fue doblando sobre su tambor... El mentón afilado de cabra salvaje fue el único hueso que lo traicionó.

Abandonado en medio del valle, Kupuka soltó su llanto. Y el llanto corrió como un animal herido y revolvió el mundo.

Kupuka lloró por todos, y no por él. "Tanto envejecer y tanto amar para que llegue este día en que no sé cómo ampararlos."

El Brujo de la Tierra lloró mientras estuvo el sol. Después besó la tierra donde yacía Vieja Kush y caminó en silencio

hacia las montañas. Esto lo contaron los muertos, porque sólo ellos estuvieron allí.

En la ladera este de las Maduinas, las voces de Drimus encontraron su cuna.

Creadas para llegar al entendimiento por el camino de la nariz, las voces anidaron en aquellas aldeas; latieron, se engrosaron de sí mismas, hicieron conquista de maleza en el corazón de los hombres.

Poco antes del duelo que lo había enfrentado a Kupuka, Drimus se adentró en una maraña de matas; allí amasó sustancias en una calavera: astillas del fuego donde ardió la Sabiduría, sudor del Odio Eterno y el olor del miedo. El resultado de su prodigio fueron voces destinadas a corroer las almas.

Drimus, igual que su amo Misáianes, sabía que en el padecimiento de los hombres el odio puede hacer cosecha.

Entre las dos vertientes de las Maduinas hubo una larga historia de conflictos y rivalidades. Los hombres se enfrentaron en el campo de batalla por asuntos de honor y pertenencia que se perdían en el origen de los linajes. También rivalizaron los paisajes. El oeste era húmedo, pródigo en bosques y ríos caudalosos; lleno de peces y de aves. El este, en cambio, tenía una hermosura quieta de extensiones rojizas y lagunas. Y aunque su vegetación era austera, la vertiente este de las Maduinas poseía el perfume de los más poderosos minerales.

Los husihuilkes fueron guerreros, y no desearon ser otra cosa. Pero la ley era el sentido de la vida, la honra, lo único indispensable. Y ambas iban con ellos a la batalla.

Misáianes, que conocía las formas más sutiles del mal, echó allí su aliento pernicioso.

Después de la victoria del desierto, los linajes del oeste enviaron socorro a sus hermanos. Y continuaron haciéndolo mientras les fue posible. Cuando también entre ellos se acentuaron el hambre y la enfermedad, y privados de la presencia de los hombres jóvenes, la ayuda se hizo escasa. Mucho más durante la última temporada de lluvias, cuando el recorrido se hacía imposible para mujeres y ancianos debilitados.

Ya no era posible y tampoco justo decir que los sufrimientos del cuerpo fueran peores en una o en otra ladera. En cambio, sí ocurría que las almas del este estaban arrasadas por las voces de Drimus. La gente de aquellas aldeas estaba perdiendo la ley y la honra, su nombre husihuilke.

Tres Rostros permanecía entre ellos. Sin cesar machacaba hierbas para hacer medicinas con las cuales curaba a los hombres tanto como al maíz. Salía en busca de rebaños salvajes, sembraba junto a las lagunas alabando a la tierra. Por eso, solía llegar a las aldeas con un arreo de cabras o una carga de zapallos. La gente tomaba todo lo que el Brujo le ofrecía. Pero cuando Tres Rostros comenzaba a hablarles del perfume de la ley y la música de la honra, entonces lo expulsaban de sus hogares con malos modos.

Ese día Tres Rostros llegó a una pequeña aldea con una provisión de manzanas silvestres. Como siempre sucedía, un grupo de mujeres corrió hacia él y le arrancó los alimentos. Luego, con los frutos apretados entre los brazos, se quedaron mirándolo con hostilidad, diciéndole con los ojos dolidos que se marchara. El brujo empezó a alejarse, caminando de espaldas. Mientras lo hacía no dejó de repetir que había un manzanar dispuesto a dar frutos, y que era necesario marchar hacia él para darle ánimo con música y conversación.

-¡Vayan al manzanar, hermanas...! Lleven sus niños y sus flautas, hablen con los árboles. Ellos también están débiles y requieren amor para florecer.

La gente se congregó en el centro de la aldea, que se levantaba sobre una extensión agrietada y blanquecina, para comer en reunión las frutas que habían recibido. Todo alrededor, y hasta donde la vista alcanzaba, sólo crecían grandes cactus de formas retorcidas.

Las voces de Drimus se despertaron en los corazones y comenzaron a hacer su labor hasta transformar en rabia lo que debió ser alivio.

-¡Vean lo que comemos! -dijo una mujer, mostrando que aquellas frutas no eran tan grandes ni tan sabrosas-. Las aldeas del oeste deben tener manzanas grandes como zapallos, y zapallos dulces como manzanas.

De inmediato, otros se sumaron y añadieron rencores. Las palabras se superpusieron y, en poco tiempo, eran muchas voces diciendo que de nada valía la ley si los hijos morían, y de nada valía la honra si el pan era un recuerdo. Las voces decían que, tal vez, ese Amo que llegaba sería benévolo con la ladera este si ellos le ofrendaban su nombre husihuilke.

Una nube solitaria aligeró el peso del sol sobre sus cabezas. Todos callaron al mismo tiempo.

Un silencio benéfico refrescó el aire de la aldea. Y apagó el vocerío rabioso y estridente.

Se ahondó tanto el silencio que fue posible escuchar el golpe de los corazones, rítmicos y fuertes. La gente de la aldea

recordó, entonces, el batir de los grandiosos tambores de los Brujos. Los que hablaron desde antiguo recordando la ley que los erguía, redoblando alegrías. Rítmicos y fuertes.

Un anciano habló como su corazón:

-¿Qué seremos nosotros sin ley y sin honra? Sólo estómagos, bolsas donde arrojar trozos de pan.

Y una joven mujer habló como el suyo:

-Tres Rostros dice que el oeste tampoco tiene buenas manzanas ni zapallos sanos.

Pero la voces de Drimus habían conquistado mucho territorio. Y nuevamente avanzaron contra el silencio en el decir amargo de un hombre:

-¿Y tú lo crees, mujer? ¿No sabes que los Brujos son herma-nos del oeste, y que ese Tres Rostros ama los ríos caudalosos que aquí no abundan?

-Es cierto -dijeron las voces.

-No nos aman...

-¡Vean lo que comemos!

La nube se disipó. También, la calma. El vocerío volvió a ocupar el centro de la aldea.

Solitario en la cueva que habitaba, Kupuka se enterraba en su silencio de guerra. Silencio de amor contra las voces del Odio Eterno.

El bosque de Los Confines tenía muchos lugares misteriosos. Sitios que los cazadores y las liebres miraban desde lejos. Uno de ellos era La-gruta-que-siempre-llueve. Se trataba de una cueva de piedra absorbente que durante la temporada de lluvias acumulaba agua suficiente para seguir lloviendo, con gotas pesadas e intermitentes, que se colaban por los orificios del mineral.

Allí Welenkín esperaba a la Destrenzada. Ése era el motivo por el cual La-gruta-que-siempre-llueve estaba iluminada. Cuando la silueta de la Destrenzada apareció en la boca de la gruta, el Brujo sonrió.

La Destrenzada había humedecido su piel con aceite de madre selvas.

-Porque tengo amor -le respondió al brujo que buscaba el lugar donde empezaba el perfume.

A la Destrenzada le gustaba aquella cueva porque allí atrapaba gotas de agua que luego llevaba en sus manos para verterlas sobre la boca de Welenkín.

Y era siempre lo mismo.

-Sucederá con la sexta gota que bebas -prometía la Destrenzada.

La Destrenzada caminaba por la cueva mirando hacia arriba, procurando adivinar cuál de todas las gotas que pendían del techo rocoso sería la primera en desprenderse.

El Brujo la miraba, recostado contra una pared de la gruta. Welenkín la amaba siempre. Ella lo amaba a veces. -¡Aquí está!

La Destrenzada se acercó a Welenkín con la primera gota. -Bebe -le dijo-. Es agua que arde en la lengua.

Y los ojos negros sonrieron en los ojos dorados. Welenkín observaba ensimismado los pies descalzos de la mujer que andaba con gracia sobre la piedra oscura. -¡Aquí está!

La Destrenzada llegó con la segunda gota: -Bebe -dijo-. Es agua que da sed.

Y una boca sonrió sobre la otra.

Al poco rato, volvió la Destrenzada con la tercera gota.

-Y ésta es agua que desespera.

Welenkín era dorado. La Destrenzada era oscura.

Con la cuarta gota de agua la mujer hizo una promesa. Con la quinta gota de agua, hizo un pedido. Y con la sexta gota, la Destrenzada no quiso irse, ni Welenkín quiso que se fuera.

Hasta el amanecer, en La-gruta-que-siempre-llueve, el instante se transformó en el único tiempo. No fue larga ni breve la noche para los amantes. La noche giró sobre sí misma, anudó las piernas. Y se dispuso para la felicidad. Pero, al fin, la noche amaneció.

-Debemos irnos.

Cerca del sitio en el que iban a despedirse, Welenkín le dijo que, ese mismo día, tenía que ir a la casa de Kuy-Kuyén para hablar con Kutral y las Muecas. Lo que el Brujo quería decir, sin poder hacerlo claramente, era que no deseaba ver a Wilkilén con sus dos trenzas bien sujetas. Porque entonces ella no lo amaba. Pero él, sí.

Unas horas más tarde, Welenkín llegaba a la casa de madera. Entonces escuchó la voz de Wilkilén llamando a la menta del bosque:

-¡Menta, no te escondas de mí! -decía la inocente, apartando con sus manos las plantas que no le eran útiles ese día.

El Brujo de los ojos dorados se detuvo a mirarla.

-Ven conmigo, menta, que Kuy-Kuyén quiere hacer agua sabrosa para nosotros.

-¿Buscas menta? -la interrumpió el Brujo.

-No -contestó Wilkilén-. La llamo.

Y saludó a Welenkín agitando la mano, sin apartarse de su sitio. -Y tú -volvió a decir la inocente.- ¿A quién llamas?

-Es al revés de ti -dijo el Brujo-. Yo estoy buscando.

-¿A quién?

-A Kutral. Tengo un mensaje importante para darle.

Wilkilén se sacudió la tierra de las rodillas.

-Lo encontrarás en la casa, ayudando a Kuy-Kuyén con la leña.

Antes de marcharse el Brujo sacó el odre de cuero que llevaba cruzado en el torso. Tenía mucha sed, así que llevó hacia atrás la cabeza para beber hasta el fondo.

El cuello de Welenkín, tenso y luminoso, atrajo la mirada de la inocente. Allí, en el lugar del cuello, por un instante y por única vez, Wilkilén y la Destrenzada se confundieron. El Brujo lo advirtió. Y tuvo miedo de que, en aquella confusión, alguna de las dos se perdiera.

-¿En qué piensas, inocente? -le habló como a una niña descuidada- ¿Pretendes que Kuy-Kuyén aguarde todo el día por un puñado de menta?

Wilkilén sacudió la cabeza. Sus trenzas, de un lado al otro, la trajeron de regreso.

-Es cierto -respondió-. Llamaré a la menta por ese sendero.

Se levantó y salió corriendo.

-Adiós, Wilkilén -dijo el Brujo, sin saber lo que estaba diciendo.

Cuatro niños se alejaron de Wilú-Wilú, la aldea en la cual vivían, jugando a ser como los guerreros que estaban lejos. Cuatro madres no los vieron partir.

Mucho mejor, porque hubiesen llorado si ellos les decían que era su deber ir al encuentro de la jauría negra. Y vengar al pescador de río.

La mañana del día elegido, los niños hablaron en voz baja, agregaron atributos a sus nombres para competir en bravura... Si alguien les habló, respondieron sin mirarlo a los ojos. Separaron una parte de su ración de pan y la guardaron para el hambre del camino.

Al comienzo de la tarde, aprovisionados con piedras y guijarros, los niños marcharon hacia el norte. Se reían de ser tan valientes como Dulkancellin; se reían a carcajadas por haber logrado que nadie notase su partida.

Ya habían caminado un largo rato cuando uno de ellos encontró una rama que montó fingiendo subir a lomo de un animal con cabellera. Los restantes quisieron lo mismo, y no volvieron a reír hasta hallar una rama briosa y veloz, que nunca se cansara de correr.

Los cuatro guerreros montados avanzaron en busca de la jauría, hicieron un alto para comer el pan que habían reservado y volvieron a andar.

Los niños husihuilkes jugaban a buscar la jauría pensando que sería como todas las veces: matar, morir, y luego despertarse del juego sin ninguna herida. No podían saber que del otro lado de su juego estaba Misáianes.

La jauría abandonó la zona de cuevas donde se había refugiado en espera de la parición de las hembras. En las primeras jornadas no avanzaron de prisa porque las crías les demoraban el paso. Sin embargo, claramente su destino era Wilú-Wilú. Si bien los animales tomaron ventaja en el camino, el Masticador logró rebasarlos utilizando los atajos que conocía. Así se mantenía un poco delante de ellos, entre sus fauces y la aldea.

Mientras el Brujo tuviera algunas de las hojas que apagaban el olor de la carne, podría seguirlos y observarlos desde una mediana distancia. Pero las hojas se le acababan, y no crecían en esa zona del territorio. Además, el camino entre la jauría y Wilú-Wilú se acertaba cada día.

-¡Shañí! —el Brujo se agraviaba para obligarse a tomar la mejor determinación-. Masticador, ya no soporto convivir contigo y tus incertidumbres. ¡Decide pronto o yo lo haré por ti!

Una posibilidad era correr hacia la aldea para avisar a sus habitantes que la jauría llegaba y que debían marcharse de prisa. El Masticador se encolerizó con su pensamiento:

-¡Muy bien, zorrino! Corre a decirle a un puñado de mujeres, ancianos y niños que escapen porque se acerca la jauría negra... Entonces esta gente cansada y hambrienta huirá, tal vez, hacia Los Corales. Sabes bien que muchos ancianos no soportarán el rigor de esas jornadas y morirán en el camino. ¿Y luego? -el Masticador se tiraba con fuerza del cabello-. ¿Qué harás luego, zorrino? Correrás a Los Corales para decir que la jauría llega y deben irse a Las Perdices. ¿Y luego...? ¿Qué les dirás cuando estén a orilla del mar y la jauría se acerque? ¡Arrójense al agua con sus hijos en brazos porque yo no pude detener a las bestias negras!, ¿eso dirás? Shañí, Masticador, estoy empezando a aborrecerte.

El Brujo de los yuyos conocía la única determinación posible, pero aún no se atrevía a tomarla.

En dos soles más agotó la reserva de hojas que le permitían acercarse a la jauría. A partir de entonces el Masticador anduvo alejado de las bestias; siempre buscando sitios altos para no perderlas de vista.

Mientras tanto, los cuatro niños husihuilkes se habían alejado mucho de su aldea. Aburridos de sólo andar, decidieron olvidar la jauría y cambiar de juego. Una carrera al galope para ver cuál de los animales con cabellera era el más veloz, entusiasmó a todos.

Las cosas debían hacerse bien... Los pequeños guerreros desmontaron. Era necesario dar de beber y alimentar a sus animales. También arengarlos con expresiones aprendidas de los ancianos, porque los hombres no estaban y las palabras de la mujeres no servían para eso.

Cada uno tomó su animal e imaginó un río donde llevarlo a beber. Al tiempo que los animales bebían, sus jinetes les palmeaban el lomo. Cuando todos estuvieron listos se prepararon para largar la carrera. Uno de los animales con cabellera, vuelto a ser rama por un momento, sirvió para trazar una línea que nadie debía sobrepasar antes de la partida.

Un árbol a lo lejos era la meta. Los cuatro rivales partieron al galope. Las líneas delgadas que dejaban en la tierra

avanzaron juntas casi todo el trayecto; pero luego una tomó la delantera.

El vencedor enarboló su rama y saltó sobre un pie, gritando como los guerreros. Los demás desearon tener su victoria, y hubo una carrera hasta la gran roca blanca. Y otra carrera hasta el arroyo que llegaba cansado desde las montañas. Finalmente, todos saltaron sobre un pie y dieron gritos de triunfo. Después, arrojaron sus ramas a un costado, y se tendieron sobre la tierra a descansar.

Cuando decidieron regresar, vieron que el sol se estaba cayendo. Uno de ellos afirmó que podría pasar allí la noche porque era valiente y no tenía ningún temor. Además, cuando los ancianos lo llamaran para reprenderlo, él no iba a llorar. Los otros tres tampoco tenían miedo, tampoco iban a derramar lágrimas frente a los ancianos. Uno de los guerreros aseguró no sentir hambre; sus hermanos dijeron lo mismo. Todos estaban dichosos, y si no reían era porque los hombres no debían hacerlo con frecuencia.

Cualquiera que esté obligado a dormir a la intemperie, hasta los guerreros, buscan algo parecido a una casa. Los niños eligieron unos matorrales sin espinas. Alisaron el suelo con sus manos y pidieron a las alimañas que les permitieran compartir su territorio por una noche. Luego se envolvieron en sus mantas para dormir como husihuilkes.

Casi al mismo tiempo el Masticador comprendía que, como otras veces había sucedido, la jauría se preparaba para continuar su avance durante la noche. Acababan de alimentarse y no iban a desperdiciar esa fortaleza.

Sin vacilar, el brujo buscó en su morral unos juncos carnosos y los exprimió sobre sus ojos hasta que el líquido que contenían cayó en forma de gotas espesas. El brujo soportó el ardor y sintió el ensanchamiento de sus pupilas bajo los párpados cerrados. Sus ojos se transformaron en dos cuencas negras, capaces de percibir movimientos y volúmenes en la oscuridad. A la luz de la luna llena, el Masticador alcanzaría a distinguir, desde su camino alto, la marcha de la jauría por el valle.

Varias veces durante esa noche el brujo exprimió juncos en su mirada. Sabía que aquello le ocasionaría males, úlceras dolorosas de las cuales sus ojos jamás se recuperarían. Pero su cuerpo había sido siempre un instrumento, y lo era entonces más que nunca.

Cerca del amanecer, y aprovechando que la jauría se había detenido, el Masticador llevó a cabo su práctica por última vez. Según pensaba, antes de que el efecto se perdiera habría suficiente luz para que sus ojos reales, aun sufriendo, pudiesen continuar la vigilancia de las bestias negras.

-Quizás se echen a dormir -pensó el Masticador, deseoso de hacerlo también.

Pero no era reposo lo que le aguardaba.

Con la cabeza vuelta hacia el este, el brujo contempló las montañas cercanas. Miró hacia el oeste, y estaba el bosque. Metió sus ojos en el norte y vio a la jauría que merodeaba sin decidirse a seguir ni a detenerse. Después, miró hacia el sur para recordar que allí dormía Wilú-Wilú, y que él debía tomar una determinación difícil. Entonces, algo llamó la atención de sus pupilas despabiladas. Al principio fueron cuatro formas inciertas. El Masticador puso todos los sentidos en sus ojos. Y le rogó a la luz naciente que lo ayudara.

La luz lo ayudó despertando a uno de los niños que, acalorado, apartó la manta y se puso de pie. El Masticador ya no tuvo dudas: eran cuatro niños husihuilkes demasiado cerca de la jauría. Aún cuando lograra llegar hasta ellos antes que los animales, la salvación era impensable. La jauría no demoraría mucho en olfatearlos y comenzar una cacería de la cual ninguno podría escapar.

-¡Shañí! -dijo el brujo-. Así debió ser para que la decisión llegara.

De inmediato, el Masticador se lanzó cuesta abajo hacia donde estaban los niños. Saltó de piedra en piedra con tanto descuido que las plantas de sus pies, endurecidas como cuero, se lastimaron.

Los niños lo vieron acercarse desde lejos. Conocían a ese Brujo siempre furioso que escupía para dañar, de modo que corrieron rumbo a su aldea sin esperar a que llegara. Cualquier castigo sería dulce al lado de su saliva.

-Mucho mejor -dijo el Masticador, una vez en el valle.

Abrió el morral que había descendido con él, golpeando sobre su espalda. Y lo sacudió hasta vaciarlo por completo. Lo que necesitaba se hallaba celosamente cubierto por varias capas de cáscaras y hojas. Levantó y deshizo el envoltorio... Allí estaban guardados los venenos más atroces de la tierra: ponzoña de minerales, de plantas y de serpientes que el brujo había recogido para un día sin nombre.

Sin embargo, el día se llamaba Misáianes.

-¡Shañí!

El Brujo y la jauría avanzaban juntos, hacia el mismo sitio.

El Masticador empezó a tragar primero un veneno y luego otro. Una pizca de cualquiera de ellos hubiese sido bastante. Pero el Brujo no quería morir sino ser venenoso.

El dolor le punzó el estómago, las ingles, las rodillas. Los pies y las manos empezaron a inflamarse y ponerse moradas. El Masticador siguió caminando y tragando venenos. Ningún hombre ni Brujo en el mundo habría podido dar un solo paso con apenas una pequeña parte de su comida. El Masticador, en cambio, seguía caminado y escupiendo. Él había dormido abrazado a los hongos, estaba mixturado de muchas sustancias y podía resistir como nadie.

Su cabeza perdía el dominio de las distancias, la nariz goteaba sangre; y él continuaba imponiéndose venenos. Tenía que emponzoñarse de pies a cabeza para transformarse en comida mortal.

En un último instante de luz, el Masticador recordó al Padrecito del Paso:

-¡Aquí tienes, enclenque! He salvado a tus niños -intentó decir.

El interior del Brujo se disolvía. Sus brazos rígidos ya no podían llevar veneno a la boca. Pero antes de dejarse caer, el Masticador vio frente a sí los ojos amarillos de la jauría. Y en esa visión recobró su fuerza.

-¡Esto es lo que buscan, y no un pescador de río...! -señalaba su carne mortecina-. Coman de mí, apestosos.

El Masticador deseó que su cuerpo alcanzara para toda la jauría.

-Hagan lo suyo, ovillo de la desgracia.

Eso fue lo último que dijo. Y comenzó a escupir en círculo, porque la jauría ya lo había rodeado. Lo que salía de su boca eran vísceras. El olor enloqueció a los animales que acortaron el tiempo de la cacería y se abalanzaron sobre la presa.

El Masticador se repartió entre todos, carne y huesos. Y hasta el que apenas alcanzó a lamer su sangre se envenenó de muerte.

Después fue un largo tiempo de bramidos y agonía de bestias...

Mucho más tarde, guiados por los vapores de la mortandad, llegaron los habitantes de Wilú-Wilú. Alguien halló el morral y el manto del Masticador. Y fue imposible para ellos sentir alegría, y ni siquiera confortarse sabiendo que la muerte de la jauría había costado un Brujo conocedor de todas las plantas de la tierra. Si cada alivio iba a llevarse tanta alma, muy pronto no habría nada que defender.

La sepultura de las bestias negras demoró días enteros. El pueblo de Los Confines cavó tan hondo como pudo para que nada saliera a la superficie.

¿Cuánto le habrá dolido a la tierra ser costal de esos muertos? ¿Cuánto le costará para siempre?

El morral del Masticador quedó guardado en una vasija de barro que los husihuilkes llenaron de buenas hierbas.

Las mujeres husihuilkes llegaban a la cueva de Kupuka con malos semblantes. Estaban enojadas con el Brujo más amado a causa de ese silencio que a ellas les costaba entender. Y que les parecía abandono.

Antes de ascender hasta la cueva del Brujo de la Tierra, fueron a pedirle autorización a los ancianos.

-¿Qué quieren ustedes? -les preguntó uno de ellos-. ¿Nuestro permiso...? No lo necesitan. ¿Nuestra aprobación? No la tienen. Vayan, si lo desean, a desgranar enojos. Kupuka no admitiría que nosotros nos interpusiéramos entre él y ninguna criatura de esta tierra. Ofenderíamos su grandeza intentando detenerlas. Vayan, hermanas. Que nada es porque sí...

Las mujeres se marcharon confundidas; preguntándose si acaso estarían equivocadas. Y si su descontento era, en realidad, injusto.

Pero, ¿cómo comprender que Kupuka decidiera callarse?

Y sólo callarse. Y callarse más. ¿No sabía de la muerte del Masticador? ¿No le importaba la soledad de todos? ¿Hacia dónde marchaba por ese camino?

Las mujeres llegaron fatigadas, a causa del ascenso, hasta el sitio donde Kupuka hacía su gran silencio. Un poco más que de costumbre, su aspecto terroso y salvaje les produjo miedo.

Era posible, creían, que ante la primera pregunta el Brujo saltara de su túmulo. Y, furioso por la visita que él no había solicitado, las enviara de regreso de mala manera. Pero ya estaban allí. Y no iban a retroceder ni a regresar sin decir, al menos, algo de lo que pensaban.

Una por una saludaron al Brujo que no respondió. Ni abrió siquiera los ojos para verlas.

Las mujeres de Los Confines sabían que Kupuka no necesitaba hacerlo para saber, con precisión, cuántas de ellas había allí y de qué aldea provenían. De haberlo deseado, el Brujo hubiese podido llamarlas a todas por sus nombres.

Con dificultad primero, y después con apresuramiento, los reclamos comenzaron a llegar:

-Hemos perdido al Masticador. El Padrecito está lejos...

Yotra:

-Siempre nos sostuvimos en tu fuerza. Y ahora, cuando todo es peor, nos dejas solos.

Yotra:

-Todo, hasta el hambre, sería más fácil si tú nos aliviaras con tus palabras.

-Eres como los árboles del bosque... ¿Qué podríamos hacer nosotros si ellos decidieran marcharse?

Aunque las mujeres husihuilkes siguieron así durante largo rato, Kupuka no se irritó. Más bien celebró en su quietud las cosas que escuchaba decir.

Y lo hizo porque aquellas mujeres le estaban ofreciendo, en cada reproche, sustancias que fortalecerían su silencio.

Para el Brujo de la Tierra hubiese resultado sencillo defenderse con razones justas. Verdades y razones que acabarían avergonzando a las mujeres. Más de cien temporadas de lluvia..., hubiese podido decirles. Más de cien temporadas de lluvia ocupado en amarlos. ¿Le negarían el derecho a dormir, a morir, a callarse?

Miles de palabras para defenderse, de las cuales el anciano no pronunció ni una sola. En eso creció la generosidad de su silencio.

Tampoco hubiese sido difícil disciplinarlas. Kupuka hacía silencio en amparo de las aldeas del este... ¿Acaso no se debían los Brujos tanto a unos como a otros? ¿Pretendían que Kupuka abandonara las laderas vecinas...?

Había muchas palabras para disciplinar a las mujeres que le llevaban sus reclamos. Pero Kupuka no las pronunció. De ese modo, creció la humildad de su silencio.

Las mujeres le pedían alivio. El Brujo se lo daría con sólo decir: Aquí estoy; no los he abandonado. Pero Kupuka permaneció callado para que creciera en firmeza su silencio.

El Brujo trabajaba en un arma de guerra. Un arma contra el Odio Eterno que debía alimentarse con las sustancias del amor.

Dijo Nakín:

"Lo que voy a relatar sucedió en un tiempo lejanísimo, cuando los continentes tenían otra forma y los ríos tenían otro curso."

Dijo Nakín:

"He venido a dejar memoria de una grande y terrible batalla..."

Ydijo que:

"Todo comenzó cuando la muerte, desobedeciendo el mandato de no engendrar jamás otros seres, hizo una criatura de su propia sustancia. Y fue su hijo, y lo amó."

Dijo Nakín del Clan de los Búhos:

"Éstos son los hechos que ahora narraré, en lenguas humanas, detalladamente."

Ydinos, Nakín, ¿otras lenguas narraron estos hechos? "Otras lenguas y todas", nos responde.

La guerra del Odio Eterno ocupó el mundo entero, la morada de todas las criaturas.

En lengua de las montañas se narraron estos hechos; lengua que imaginamos lenta, casi sin pasado.

El agua narró en su lengua, que imaginamos cambiante; con un carácter si es mar, y otro si es llovizna o catarata.

Nakín de los Búhos recordó estos hechos y los contó en la lengua de los hombres. Pero lo mismo fue contado en cada una de las moradas, en cada dominio de la Creación.

La magia entiende las lenguas de las demás criaturas. Es magia por eso.

Los Brujos fueron Brujos porque pudieron entenderse con todo lo creado y puesto sobre la tierra. Los Supremos

Astrónomos pudieron entenderse con todo lo creado y puesto en el cielo.

Pero a nosotros, que sólo entendemos las lenguas humanas, nos contenta saber que nuestro alrededor sabe de Misáianes y su Designio. Nos hermana saber que los árboles tienen también sus muertos y sus héroes en la guerra del Odio contra la Vida.

Dinos, Nakín, ¿ese pájaro que cruza el cielo...?

"Ese pájaro conoce estos hechos como tú los conoces. Ese pájaro es tu hermano que vuela."

Las palabras y la mano de Molitzmós descendían juntas por el vientre de Acila que, liberado de la faja y el secreto que lo habían oprimido, se combaba con forma de niño.

-Yocoya-Tzin -decía el príncipe. Y repetía-. Yocoya-Tzin será grande.

Poco tiempo había transcurrido desde que su otro hijo se fuera en hilos de sangre antes de nacer. Sin embargo, la noticia de que Acila sería madre, y las señales claras de que daría a luz a un varón, hicieron que esa muerte se empequeñeciera.

Apenas lo supo, Molitzmós olvidó al otro niño. Y también olvidó a la joven mujer que jamás hallaría consuelo. El Señor del Sol expresó su alegría sin ningún reparo. Todo el palacio lo oyó proclamar su felicidad y hasta decir que, tal vez, aquel hijo debió morir para que éste naciera coronado: un hijo de Molitzmós y Acila era la promesa de una mente esplendorosa y un carácter rotundo; el mejor heredero posible para el trono del País del Sol.

-Yocoya-Tzin -dijeron los dos padres, mirándose a los ojos con una ternura impropia en dos jugadores de yocoy que ponían la victoria antes que toda vida.

Acila había solicitado ese nombre para el primogénito, como un homenaje al que no había nacido.

Molitzmós ya ni siquiera pensaba en el asunto. Y nadie poseía prueba alguna para acusar a la mujer que desde su llegada había ocupado un lugar de privilegio.

Y que ahora iba a darle un heredero.

En cambio algo muy diferente ocurría entre las jóvenes esposas del príncipe. Las mujeres se habían congregado en torno al dolor de la madre truncada. Y en esa alianza encontraron fuerzas para maldecir la soberbia de Acila. Tomaron la costumbre de reunirse sólo para idear modos de humillar a Acila y a su sierva, porque les resultaba imposible aborrecer a una y olvidar a la otra.

A partir de entonces las cinco jóvenes actuaron como si hubieran perdido el temor a Lengua Demorada. Le oponían la mirada con firmeza, no se apartaban del camino cuando se cruzaban con ella en los corredores del palacio. Ni salían del estanque cuando Acila llegaba con su sierva.

El alboroto de las palomas y sus rencores no se contaban entre las preocupaciones de Acila. Las últimas piezas se estaban disponiendo en el tablero de la guerra. Y ella debía andar con cautela y decidir con sagacidad, si quería, al finalizar el juego, estar del lado de los vencedores.

Era la alta noche. Los esposos habían conversado durante muchas horas acerca de la flota que, en pocos días, debía partir hacia Los Confines. Molitzmós continuaba exaltado y orgulloso de la estrategia que él y Flauro habían ideado.

-Las fuerzas de Thungüir son exiguas para atacar el País del Sol -decía Molitzmós-. Beleram es, por cierto, el único objetivo posible para ellos. El husihuilke marchará hacia Beleram seguro de que nosotros saldremos a darle batalla. En cambio los dejaremos moverse y hasta soñar. Los dejaremos acercarse. Y ellos lo harán sin imaginar que, mientras tanto, una flota estará arribando a Los Confines para tomar el sur.

Acila pensó que la exaltación embellecía a su esposo.

-Pinza de escorpión -el príncipe pensaba en una partida de yocoy-. Tomaremos las Tierras Fértiles por los dos extremos. el centro, habrá un animal acorralado.

De pronto, el príncipe lanzó una carcajada. Era claro que se trataba de algo antiguo que acababa de regresar a su memoria.

-¿Qué? -preguntó Acila.

Molitzmós demoró en serenarse. Y aun mientras respondía, la risa volvió a tomarle la voz. Su esposa tuvo que esperar un buen rato para que el relato estuviese completo.

-Acabo de notar que esta flota que enviamos será el cumplimiento de una visita que prometí hace mucho a un pequeño hombre; un zitzahay que me presintió antes que nadie... Quizás -dijo Molitzmós- por su ingenio de artista -volvió a reír y continuó-. El nuestro fue un aborrecimiento gentil que recuerdo con enorme placer. Era agradable verlo intuir cosas que no podía comprobar. Era todavía más grato ver cómo su ingenua honradez golpeaba contra mis convicciones para quedar yo en pie y él, tambaleando.

-¿Y ent... entonces? -preguntó Acila.

-Entonces, el día de su boda con una hija de Dulkancellin, cuyo nombre no puedo recordar, le obsequié un cuchillo. Y le aseguré que, alguna vez, llegaría hasta la puerta de su propia casa en Los Confines. Sólo él y yo supimos lo que esas palabras significaban -Molitzmós volvió a reír—. Recuerdo vivamente su respuesta: "Es posible que cuando llegues tenga

ya muchos hijos que salgan a recibirte".

La pregunta de Acila interrumpió el despunte de una nueva carcajada.

-¿S... será así?

-Es posible -respondió el príncipe-. Peor, entonces, para él y su mujer husihuilke. Porque cuando lleguen los sideresios tendrán más muertos que llorar.

Desde el día en que Molitzmós le habló sobre la nueva estrategia, Lengua Demorada comenzó a trabajar en un asunto que la preocupaba. Y lo hizo por los caminos habituales.

Acila advirtió a su esposo que debía embarcar soldados del Sol en la flota que pronto partiría a Los Confines.

Era insensato que un movimiento primordial de la guerra fuese llevado a cabo por mandos y soldados sideresios. Resultaba indispensable enviar hombres del ejército del País del Sol que impusieran, sobre la espalda quebrada del sur, el estandarte de Molitzmós. Dejar aquel triunfo en manos de hombres que respondían a Flauro era un acto de candor que, cuanto menos, retardaría su destino de reinar sobre todas las Tierras Fértiles. Que Molitzmós mirara el dorso de su mano derecha y recordara: ¿En verdad creía que Flauro ordenaría proclamar su nombre en la victoria? ¿No sería necesario llevar hombres leales que impusieran la legitimidad de su poder? Alguien debía estar allí para elevarlo como la auténtica prolongación de Misáianes en aquel lugar del mundo.

Pero Molitzmós no compartía los temores de su esposa.

Flauro había demostrado acatamiento. El capitán sideresio sabía que detrás de Molitzmós estaba el mandato del Amo; y nada haría por menoscabarlo.

Acila insistió, con escasa suerte, en sus argumentos. Hasta que comprendió lo que debía hacer.

Y lo hizo una noche en que su esposo y ella bebían en compañía de Flauro, antes de iniciar la diaria partida de yocoy.

Como si hablara de un asunto doméstico, Lengua Demorada expresó su deseo de que los soldados del Sol acompañaran a los sideresios en su viaje hacia el sur.

La provocación surtió efecto. Fastidiado por la intromisión de Acila, sorprendido una vez más por su astucia, Flauro fue incapaz de disimular su ira. Y eso era lo que Acila deseaba. El capitán reaccionó con los modales de quien detenta el mando, tal como Acila necesitaba que lo hiciera.

Molitzmós del Sol percibió claramente la altanería que se ocultaba tras el enojo del capitán. Recordó los días en que estuvo sometido a la constante humillación de los sideresios... Y más por afianzar su incipiente poder que por creerlo necesario, anunció a Flauro la determinación de acrecentar en varios centenares el número de soldados del Sol que embarcarían hacia Los Confines.

-Bien sabes, príncipe -dijo Flauro-, que tus hombres no servirán en esa batalla. Han estado ociosos durante largo tiempo. Y, ¿no crees que flaquearán a la hora de avanzar sobre aldeas sin hombres?

-Tus sideresios arrasarán la tierra con todo lo que se oponga: súplica de mujer, silencio de los ancianos y candor de los niños-respondió Molitzmós-. Los hombres que envío serán los encargados de levantar y sostener mi estandarte, ellos cuidarán allí la ganancia de mi poder.

-¡No olvides al Amo que espera en el monte! -se atrevió a decir Flauro.

-¡No olvides tú quién es el emisario!

El grito destemplado de Molitzmós había puesto fin a la disputa, con ganancia para Lengua Demorada.

En esos pensamientos se distraía Acila, mientras su esposo continuaba recordando a Cucub. Y riendo.

Dos golpes suaves a la puerta los regresaron a la habitación en la que se encontraban.

Quien llamaba era la sierva, y traía el pan que su ama había ordenado; el pan redondo y delgado que amasaban en la cocina del palacio.

Molitzmós tomó la bandeja de plata que traía la anciana sierva y se la ofreció a su esposa:

-C...cuando te marches -le respondió Acila, rechazándolo con un gesto suave.

Desde que gestaba a Yocoya-Tzin, Acila había tomado algunas costumbres extrañas. Una era aquella de comer pan. Otro era el deseo, expresado a su esposo, de no dormir a su lado hasta tanto el niño naciera.

Por eso Molitzmós saludó y abandonó la habitación donde Acila pasaba las horas en compañía de su sierva.

Apenas se vio sola Lengua Demorada se apresuró a destapar la bandeja que contenía un pan redondo y delgado. Lo partió al medio. Dentro se ocultaba un trozo de pergamino que Acila leyó con cuidado.

En la Casa de las Estrellas de Beleram, Bor continuaba reescribiendo códices falseados que periódicamente entregaba a los enviados de Molitzmós. También reescribía, a la luz de la luna, códices verdaderos que ocultaba bajo la piedra rectangular.

Para Molitzmós, Bor enviaba códices con volutas de humo. Bajo la piedra rectangular, Bor ocultaba estrellas.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad. Escribimos en predicciones; por eso escribimos para nadie. Lloraríamos si nuestro llanto pudiera hacer que la serpiente mantuviera unidas su cabeza y su cola. Pero aunque lloremos nosotros, los Primeros Viejos, la serpiente se hendió al medio."

La llegada de Cucub a Beleram fue fructífera de muchos modos.

En cumplimiento de la orden de Thungür, Cucub obró como un artista. Trabajando con las apariencias enmendó lo real; como un tallador que alterando los contornos de una piedra la transforma en un rostro.

Al principio, el Kúkul fue uno solo.

Cucub recorrió la ciudad abandonada por caminos que conocía desde pequeño, imitando con perfección el canto del pájaro sagrado. Para encontrarlo, los sideresios organizaron cacerías: saetearon la copa de los árboles y dispararon inútilmente contra cada crujido de la fronda. Y sucedía que, rodeando ellos el sitio desde el cual había surgido el canto, el Kúkul cantaba a sus espaldas con tan visible intención de burla que los sideresios dejaron de pensar en un ave verdiazul y comenzaron a imaginarlo como un hombre ágil y astuto, aliado a la magia de aquel continente.

La primera tarea de Cucub fue reconstruir el lazo entre las aldeas de la selva que, después del cautiverio de Bor, y desconociendo lo que ocurría, quedaron solas y aturcidas, sumidas en la desesperanza.

Donde Cucub llegaba, los zitzahay recibían noticias del Supremo Astrónomo y de los prisioneros. Más todo lo que pudiera saberse acerca de la guerra que se preparaba tras los gigantes árboles de la Madre Neén.

Cierta vez, un hombre que oía maravillado el relato de Cucub sobre las burlas del Kúkul, pidió ser también un pájaro sagrado para atemorizar a los sideresios. Cucub fingió estar meditando cuando, en verdad, disfrutaba por anticipado.

-No hay guerrero mejor que quien elige serlo -dijo Cucub-. Y nada mejor que dos Kúkul amedrentando a los soldados de Misáianes.

-También yo sé cantar como el Kúkul.

Nada mejor que tres pájaros sagrados desparramados en la noche de Beleram.

-¿Quieres oírme?

Nada mejor que cuatro.

-Mi madre me enseñó a imitar al Kúkul cuando era yo muy pequeño.

Nada mejor que cinco.

A partir de entonces fueron muchos los Kúkul que caminaron por las ruinas familiares de la ciudad amada.

Los sideresios redoblaron las partidas de caza. Pero los cazadores regresaban con las manos vacías, humillados por las presas escurridizas.

Los soldados sideresios ya no se atrevían a recorrer la ciudad si no era en compañía de otros.

La zona del mercado era especialmente temida porque, en noches sin luna, se oían desde allí pregones de mercancías y risa de gente. Al día siguiente los sideresios encontraban puesto levantado entre las ruinas, con su estera bien tirante y una colección de semillas o frutos para la venta. Y todo como si Misáianes no hubiese nacido.

Furiosos, los sideresios disparaban sus armas. Derribaba el puesto y lo pisoteaban para asegurarse de que estuviese muerto. Pero mientras los sideresios llevaban a cabo su destrucción, un Kúkul cantaba.

Cosas extrañas ocurrían también en el campo de juego que, ciertas mañanas, aparecía marcado con líneas de yeso, listo para que los contrincantes se enfrentaran en el juego de pelota.

Con estos engaños, los Kúkul protegieron a las aldeas de la selva. Y levantaron niebla para ocultar lo más importante.

"El tiempo de las profecías no es el primero, ni el segundo, ni el tercero. No es el tiempo que transcurrió y llamamos ayer; no es el que llegará y llamamos mañana. Tampoco es el tiempo inasible al que llamamos hoy, este instante. Las profecías tienen algo del pasado puesto que allí fueron dichas, pero tienen del futuro porque allí se cumplirán. La profecías también tienen del instante presente porque aquí las comprendemos. Decimos los Primeros Viejos que las profecías pertenecen al

tiempo del Siempre y del Nunca."

Nuevamente llegaron hombres de Molitzmós a la Casa de las Estrellas con orden de llevar consigo los pliegues que Bor hubiese terminado.

Entraron sin cortesías al observatorio...

El Supremo Astrónomo les dirigió una mirada esquiva y continuó su tarea hasta que acabó de dibujar los tres puntos rojos que completaban un glifo de complejo trazado. Recién entonces se puso de pie, evidenciando su fastidio con un resoplido, y caminó hacia donde guardaba las cortezas. En esa ocasión, eran cuatro las que estaban listas.

-Es poco trabajo -dijo el hombre que las recibía-. Nuestro príncipe se pondrá furioso.

Le dirás a tu príncipe que sigo el ritmo de mi memoria y mi conocimiento -respondió Bor-. Y que si lo desea puedo ir más aprisa permitiéndome imprecisiones. La discusión fingida y saturada de palabras tenía como fin disimular las contraseñas y dar espacio a los mensajes cifrados, para asegurarse de que los enviados que llegaban desde el País del Sol eran hombres de la resistencia, y antes siquiera de cruzar sus ojos con los de ellos, Bor aguardaba hasta oír la señal de lealtad: los soldados del sol repetían, disimulándola con risotadas y comentarios adversos, la última frase que Bor hubiese dicho en el encuentro anterior.

Aquellas visitas llenaban de buen ánimo al Supremo Astrónomo y lo convencían de que la resistencia en el País del Sol era inteligente y actuaba con cautela.

De ese modo se tendieron enlaces que comenzaban cuando los soldados del Sol partían en busca de los códigos. Y terminaban cuando un Kúkul, enviado por Cucub, galopaba a toda prisa hacia el campamento del Venado. Terminaba para empezar de nuevo.

Fue así porque la vida, igual que la memoria, se refuerza en el círculo. Y en el círculo, las Tierras Fértiles intentaron salvarse.

Un espejo dando señales de luz desde el observatorio, un canto en la espesura, la última frase que Bor pronunciaba y luego los soldados repetían... El espejo, el canto, la última frase; armas para pelear contra el poder del Odio Eterno.

Cada vez, luego de la partida de los soldados del Sol, Bor regresaba a su trabajo con mayor ahínco.

"Desde que la Serpiente sufrió hendidura hay aflicción en el mundo. Una mitad de la Serpiente, la que lleva puesta la cabeza, se quedó en la tierra. La otra mitad, la que lleva la cota, quiso trepar al cielo. Así cada mitad dijo ser legítima y grandiosa, y se puso un nombre. Junto con la Serpiente se quebró lo que pisamos."

El sitio en el que estaban reunidos los Kúkul era un pedregal de lajas verdes. Allí llegaron emisarios del País del Sol. Una dolorosa noticia los traía mucho antes de lo establecido.

-El capitán de Misáianes y Molitzmós alistan una flota que partirá con rumbo a Los Confines...

Aquellos soldados no conocían los nombres que pasaron por el alma de Cucub: Kuy-Kuyén, Shampalwe, Kutral, Wilkilén Kupuka...

-Molitzmós cumple sus promesas -murmuró Cucub-. Llegará hasta mi casa.

El soldado continuó:

-Pero la resistencia del Sol ha logrado mitigar, en parte, este golpe imprevisto.

Los Kúkul se irguieron imperceptiblemente.

-Muchos de nuestros soldados se embarcarán en esa flota y allá, en el sur, van a pelear junto al pueblo husihuilke. Tú, Cucub, que viviste largos años con ellos, eres el indicado para darnos una señal que nos identifique como aliados y hermanos. Algo que ellos puedan reconocer como a ti mismo.

Cucub no tuvo que pensar demasiado.

Crucé al otro hombre

y el río me ayudó

y no tuve orillas.

Las palabras de reconocimiento estaban pactadas.

-Ahora es el jefe husihuilke quien debe conocer estos hechos -dijo el mismo soldado.

No fue sólo por decírselo a Thungür que Cucub cabalgó al encuentro del ejército.

¿Cómo hacía el zitzahay para quedarse quieto? Su desesperación no le permitía otra cosa que galopar sin tregua. Tan rápido que su dolor quedara, a causa del viento, montado a la grupa de Mientras-Tanto.

El príncipe gobernante estudiaba los últimos pliegos recibidos de Beleram, cuando la joven esposa entró sin anunciarse.

-¿Qué deseas? -preguntó Molitzmós de buen modo.

La joven traía los ojos inflamados, y estaba vestida y peinada con cierto descuido para lo que exigía la fastuosidad de la corte.

-Yocoya Tzin -murmuró.

-¿Qué ocurre con mi hijo? -Molitzmós se sobresaltó de pronto.

-El mío... -dijo la mujer-. Hablo del mío.

-¡Ah...! -entonces Molitzmós regresó a los códices- ¿Qué podría ocurrir con él?

La mujer recorrió con sus ojos toda la habitación. Se pasó la lengua por los labios. Pero cuando quiso hablar sólo pudo articular un sonido incomprensible.

-¿Deseas beber agua? -preguntó su esposo.

Sin responder, la joven se aferró a una pequeña jarra plateada y bebió sin delicadeza, dejando que el agua mojara su cuello.

Molitzmós había regresado su vista a los signos que intentaba desentrañar.

-Fueron aquellos dulces que ellas me dieron -dijo la joven. Como su esposo no demostraba interés alguno, ella tuvo que decir más-. Dulces envenenados...

-No sé de qué me hablas.

Aunque temía la reacción del príncipe, la mujer encontró en su desconuelo la valentía necesaria.

-Yo estaba en el estanque esa tarde, refrescando mis piernas, cuando tu esposa, Acila, y su sierva, llegaron a sentarse a mi lado.

¿Cómo hace quien debe convencer a otro de una verdad sin sustento? ¿Cómo lo hace, si no sabe construir buenos razonamientos ni posee habilidad con la palabra?

Posiblemente porque la joven se estaba haciendo esa pregunta, perdió la calma que mantenía con esfuerzo. Se hincó ante el príncipe y lo tomó por el brazo:

-¡Créeme, esposo! La sierva de Acila me dio de comer unos dulces que ocasionaron la muerte de nuestro hijo.

Para asombro de la mujer, Molitzmós le acarició las mejillas húmedas y enrojecidas por la ira, y le pidió que siguiera hablando:

-Yo sé que ese niño iba a nacer fuerte. Soy joven y saludable. Y no había desdichas escritas en el cielo... Fueron ellas quienes malograron mi vientre.

Las lágrimas acrecentaban la belleza de su rostro.

-Veamos... -Molitzmós besó las manos suplicantes de la mujer- ¿Supongo que me dirás que Lengua Demorada lo hizo para que su hijo fuera el primogénito y sucesor del trono?

La joven asintió en silencio.

-¡Escúchame, esposa! -Molitzmós se apartó de ella para hablarle, y lo hizo con franca ternura-. Es propio de nuestra condición señalar culpables cuando fracasamos... Tu cuerpo fracasó engendrando al primogénito. Ahora tú buscas aliviarte creyendo que Acila y su sierva planificaron tu derrota.

-¿Por qué entonces lo llamará Yocoya Tzin? -con aquella pregunta la mujer parecía una niña lastimada.

-Lo hizo en recuerdo de tu propio muerto. El dolor te impide la gratitud...

Molitzmós la tomó por los hombros, y la besó a modo de despedida. Luego le habló tal como Drimus lo había aconsejado a él, años atrás:

-Ve con los mejores orfebres del palacio. Diles que fabriquen para ti el brazalete y el collar más suntuosos de cuantos poseen mis esposas. Más imponentes aún que aquellos que usa Lengua Demorada. ¿Estás feliz ahora...?

Sin esperar respuesta el príncipe volvió a los códices.

La joven hubiese preferido ser maltratada. Porque aquella felicidad de Molitzmós, tan grande que le permitía aceptar sin enojos los reclamos de una esposa menor, la hirieron mucho más que el rigor que esperaba. El rencor suele crecer con la indulgencia. Al rencoroso le duele la piedad más de lo que le duele el deprecio.

-También puedes ir al estanque -siguió su esposo-. Pasea por los jardines... Conversa con tus hermanas. Y aguarda, que pronto te visitaré en tu lecho.

-Pero -la mujer tenía que decirlo- ...pero, soy madre.

-¿Madre...? - Molitzmós se endureció-. ¡Eres madre de un charco! Ahora retírate.

Flauro observó el rencor de esa mujer. Lo tocó con cuidado para estimar su consistencia, se asomó para ver su hondura. Entonces decidió que la joven mujer y su rencor podían ser valiosos.

La flota zarpaba al día siguiente.

Sideresios y soldados del Sol viajarían juntos por decisión del príncipe. Pero ninguna decisión, por irrecusable que fuera, serviría para atenuar el desprecio y la desconfianza que existía entre unos y otros.

Los hombres de Flauro zarparían primero para encabezar la travesía. Detrás, partirían las naves de los soldados del Sol. La flota estaba dividida tal como los tripulantes. Aun así, los soldados del Sol estaban obligados a dejar en manos de un grupo de sideresios el gobierno de sus naves, puesto que ellos no tenían más pericia que la obtenida en los trayectos costeros que realizaron regularmente, antes de la guerra de Misáianes, con fines mercantiles o de gobierno, hasta las aldeas de la Estirpe y Beleram.

En víspera de la partida, el herrero hablaba con los hombres que había designado para que detentaran el mando en la expedición a Los Confines. Flauro hacía lo mismo con los suyos. El herrero y sus soldados estaban reunidos en una barraca militar. Flauro y los suyos, en un salón del palacio.

-Tal como hemos dicho -repetía el herrero-, lo mejor será que nuestras fuerzas se separen de los sideresios durante el viaje. Una vez en tierra, resultará más costoso. Sin embargo, sólo podrán hacerlo cuando estén próximos a su destino y avisten una costa dócil para el desembarco. Va a ayudarlos la distancia que los propios sideresios se encargarán de mantener; ansiosos por arribar antes que nosotros. Llegado el momento, doblegarán a los sideresios que estén al frente de sus naves y los obligarán a torcer el rumbo. La travesía es larga. Durante el transcurso podrán observar el trabajo de los hombres de Flauro. Y si fuera necesario, se bastarán a sí mismos para llevar las naves hasta la costa.

Quienes lo escuchaban eran soldados de ciudad y calles empedradas, pertenecientes a un pueblo que hacía mucho había perdido la costumbre de sentarse sobre la tierra. Quizás por eso volvieron a insistir en algo que les resultaba difícil de entender:

-Herrero, dices que en Los Confines las criaturas saldrán a recibirnos...

El herrero sonrió y movió la cabeza en señal de asentimiento.

-Allí, en la tierra de los guerreros del sur, hay un lenguaje que todos entienden. Las criaturas van a observarlos y a seguirles el rastro. Sólo aguarden, que los husihuilkes llegarán a ustedes. Entonces será útil la contraseña de Cucub. Esto lo afirman los nobles de la resistencia; ellos conocen todo lo necesario sobre aquel pueblo... Recuerden que Hoh-Quíu peleó junto al que llamaron Dulkancellin. Y que su hijo, Thungür, se llevó tras de sí a Nanahuatli.

La historia de la princesa que había huido en busca de su amor era conocida por todos en el País del Sol.

-Pero recuerden -continuó diciendo el herrero- que nada es tan importante como determinar con acierto el sitio apropiado para alejarse de los sideresios con la menor pérdida posible. Ellos intentarán detenerlos. Pero no van a torcer el rumbo ni las órdenes por perseguirlos.

-¿Y si lo hicieran? -preguntó uno de sus hombres.

-Llevarse a los sideresios detrás de ustedes sería un buen modo de defender las aldeas del sur. Sin embargo, no creo que eso ocurra...

En el palacio de mando, Flauro también daba órdenes estratégicas:

-Lo harán en el extremo sur, antes de poner proa hacia el oeste -decía-. Y que sea de tal modo que ni una sola de sus naves logre salvarse.

-¿Qué diremos a nuestro regreso?

Flauro sonrió y jugó con los rulos de su cabello:

-Tal vez, podríamos decir que sus naves fueron asoladas por una extraña peste, y que luego fue necesario quemarlas para evitar que el daño se propagara hasta nosotros. O tal vez, que murieron en manos de los brujos husihuilkes... ¡Eso no importa ahora!

Flauro estiró las piernas. Y golpeó una contra otra las puntas de sus botas negras.

-No sé todavía qué desea Acila. Pero no se trata solamente de veleidades de soberana. Ni de desplantes ociosos.

El capitán de Misáianes desconfiaba de Acila desde el día mismo en que la conoció. Muy pronto creció en él una fuerte aversión por aquella mujer. Hasta comer en su presencia le resultaba intolerable. O rozarle los dedos cuando ella le ofrecía su mano como saludo frente a Molitzmós.

-Pero aunque se tratara de eso sería suficiente para mí -dijo Flauro-. La soberana que no sabe hablar se sintió poderosa

obligándonos a embarcar a sus soldados. ¡Muy bien! Lengua Demorada va a saber que la repugnancia es motivo suficiente para un capitán de Misáianes. Es posible que cuando conozca la suerte de sus soldados le suceda lo que a mí frente a sus jugadas. ¡Nada podrá hacer más que tragar amargo!

Flauro había ordenado arrasar las naves del Sol en alta mar. Y que ni una sola pudiera regresar a contarlo.

Nadie mencionó a los propios hombres asignados a viajar junto a los soldados del Sol. Quien pensara en ellos, también estaría condenado.

Poco después de que la flota partiera con rumbo a Los Confines, Flauro buscó a la joven esposa de Molitzmós; aquella que había perdido a su hijo luego de comer los dulces ofrecidos por la sierva de Acila.

Cada vez más, el capitán sideresio se convencía de que la causa final de Lengua Demorada no era la de ellos. Ni siquiera la de Molitzmós. Y aunque lo ofendía someterse a un príncipe de piel oscura, y hubiese deseado como emisario a un mago de la Cofradía del Recinto, era Molitzmós quien llevaba el sello del amo. Por el momento, sus destinos estaban ligados.

Flauro podía imaginar que en la definitiva instauración de Misáianes, Molitzmós del Sol sería un desecho. Sin embargo, lo primero era una guerra que debía ganar si no quería compartir el destino de Leogrós.

Con la victoria, llegaría el momento de abofetear la soberbia de Molitzmós. El día de presentarlo, maniatado y desnudo, frente al auténtico emisario que el amo enviaría.

Pero, por entonces Flauro necesitaba ayuda. Y la buscó en el resentimiento de una mujer.

-Lo que tú y tus hermanas hacen ni siquiera roza el ánimo de Lengua Demorada -dijo el capitán. Y aclaró, para que la joven entendiera-. Actúan como niñas. Se burlan de Acila y luego corren a ocultarse.

-Transformó a mi hijo en un charco caliente -dijo la mujer.

Oyéndola, el capitán comprendió que había dejado de ser paloma. Y se alegró.

-Acila es un rival demasiado grande para ti. ¿Sabes eso?

-Sé que mi único deseo es hincar mi talón en su vientre y hundirlo hasta el fondo.

Flauro no necesitaba oír más para saber que podía confiar en ella. Ahora debía lograr que esa mujer resultara provechosa. Para eso tenía que moderar su dolor y darle cauce. También estaba obligado a cederle alguna información. Flauro correría el riesgo.

-Acila oculta algo -siguió diciendo-. Aún no puedo determinar si es ambición, intriga. O algo mucho más grande.

Pero aún lo más grande que el capitán de Misáianes podía imaginar en ese instante era diminuto comparado con lo que encontraría.

-Tu condición de mujer te permite andar libremente por las cocinas y los pabellones de trabajo. Sitios que me están vedados y a los que siempre llegan los secretos. Los que cocinan y lavan suelen saber ciertas cosas, muchas más que los soberanos... Comenzarás buscando en esos lugares. Allí escucharás, observarás. Y si fuera necesario, ofrecerás algunas de tus muchas joyas -Flauro insistió-. Si quieres vengar a tu hijo, debes concentrar tu rencor en cada huella que esa mujer deje. No serán muchas, porque sabe andar por el aire. Pero estaremos atentos..., tú y yo.

Recién entonces Flauro dedicó a la mujer una mirada atenta y prolongada. Era bella, sin duda.

"¡Thungür..., Thungür!"

Las voces de agua llamaban al jefe husihuilke. "¡Que Thungür llegue a nosotras porque andar por la tierra no nos es permitido!" "Que el guerrero venga a la orilla."

Al principio los hombres las dejaron pedir. Les gustaba ver el alboroto de las mujeres-peces, sus torsos cubiertos y descubiertos por el oleaje, sus cabelleras enredadas de algas y caracoles.

Un grupo de balsas pescaba en las aguas del Lalafke. Los ocasionales pescadores eran, en verdad, guerreros del ejército del Venado. Las mujeres-peces iban de unos a otros reclamando la presencia de Thungür. Pero los hombres sonreían y fingían no escuchar para obligarlas a permanecer allí con toda su belleza.

"Thungür... Digan a Thungür que llegue hasta el mar."

Durante un largo rato los hombres continuaron jugando, y ellas, pidiendo. Sin embargo acabó cuando una mujer-pez se aferró a una embarcación y, elevándose con los brazos, volcó su cuerpo sobre el borde de madera. No era habitual que las mujeres-peces se acercaran tanto a los hombres; ésta lo hizo porque su hermosura estaba opacada por su tristeza.

-Una flota ha pasado por alta mar con rumbo al sur...

Los guerreros quedaron inmóviles. Dejaron caer los remos y las sonrisas.

-Thungür debe saber... ¡Que Thungür venga a la orilla!

De balsa a balsa, los guerreros se gritaron con urgencia. Después, todas las embarcaciones giraron hacia la orilla y se alejaron rápidamente. Al mismo tiempo las mujeres-peces se sumergieron en las aguas azules. Pero no se alejaron demasiado porque sabían que el jefe del ejército del Venado llegaría tan pronto como pudiese.

"Thungür... Thungür." Las voces se encimaban queriendo decir todo.

El guerrero husihuilke había descendido por un filón rocoso para llegar a un sitio sin transcurso entre el mar profundo y la tierra.

La roca donde Thungür se hincaba era un nido que el mar ocupaba por las noches y abandonaba al amanecer, dejándolo incrustado de caparazones, cubierto de musgo. En algunos huecos, llenos de agua, la vida del Lalafke continuaba en unos peces negros y diminutos. El jefe husihuilke se inclinó hacia adelante para escuchar a las mujeres-peces. Pero antes eligió un caracol de la roca, rebuscado y colorido, y fijó en él sus ojos. Thungür no quiso mirarlas; sabía que de algún modo su belleza resultaba inolvidable y el hombre quedaba para siempre abrumado por la nostalgia.

"Thungür, una flota ha pasado por alta mar navegando hacia el sur... ¡Son barcos de Misáianes! ¡Son sideresios! Surcan el Yentru, y han dejado atrás las aldeas de la Estirpe. Dicen las aves marinas que están prontos a rebasar Amarilla de las Golondrinas. Dicen que avanzan de prisa y sus proas miran al sur."

El cielo se había oscurecido. Las mujeres-peces ya no estaban. El mar había cubierto por completo la roca y llegaba hasta la cintura del guerrero que continuaba allí, hincado en la piedra que ahora era de agua.

Thungür comprendió de inmediato que la flota se dirigía a Los Confines. Y vio frente a sí la derrota inexorable de las Tierras Fértiles.

Era claro que Molitzmós contaba con mayores fuerzas que las que habían supuesto, y las estaba moviendo con maestría. Mejor que Drimus, Molitzmós del Sol les había tendido una trampa implacable.

El mar y el guerrero se miraron; la derrota les concernía a ambos y ninguno de los dos tenía respuestas. Ahora Thungür debía ponerse de pie, trepar el filón rocoso y caminar hacia los campamentos de Umag a enfrentar a sus hombres para decirles que la victoria se hacía irreconocible. Para decirles que sus esposas, sus hijos y sus ancianos pronto serían la primera línea de batalla. Y ellos, muy lejos.

El ejército del Venado permanecía en Umag del Gran Manantial a la espera de ajustar el ataque conjunto con la resistencia del Sol.

Mientras estuvo en el desierto de los pastores, ignorando aún que una importante fuerza rebelde se había conformado en el País del Sol, Thungür no pudo imaginar mejor objetivo que la reconquista de Beleram.

El conocimiento de que sus fuerzas se duplicaban en un ejército hermano y en el lugar mismo donde los sideresios se creían invulnerables, lo cambió todo.

Casi un año del sol había pasado desde entonces. El ejército del Venado fue cauto en el reconocimiento de sus aliados. Y

los puso a prueba. Finalmente, ambas fuerzas aunaron sus estrategias y soñaron con la victoria.

En esos días, el ejército de Thungür se alistaba para iniciar el avance hacia el norte por distintos caminos. Rebasado el Río Yum, allí donde los Montes Dientes de Jaguar se confundían con las Colinas del Límite, terminarían de afianzar la alianza con la resistencia del País del Sol.

Así lo habían soñado. Pero de pronto el sueño se deshacía.

La jugada de Molitzmós tuvo su primera victoria en el entendimiento de Thungür. ¿Sería posible que los guerreros husihuilkes aceptaran continuar hacia el País del Sol sabiendo que sus aldeas serían arrasadas sin misericordia? ¿No cabalgarían día y noche, aunque sólo fuese para morir al lado de sus muertos?

Y si seguían adelante... ¿Cuánto más era posible para ellos?

La estrategia de Molitzmós le reveló a Thungür una verdad que, hasta entonces, había sido un poco más pequeña que el heroísmo: Misáianes tenía el tiempo de una montaña. El hijo de la Muerte respiraba flotas, sus males llegarían sin cesar a las Tierras Fértiles. Ellos, en cambio, perdían fuerzas. Cada criatura tenía una única muerte para ofrecer, y no era suficiente.

Misáianes aguardaba en su monte el día en que el Venado se volcara sobre sus patas y pusiera la cabeza en tierra, rendido al fin.

Thungür habló para sus hombres sin reservas. Y les dijo que había visto los ojos de la derrota.

-No podremos llegar a Los Confines antes que la flota de Misáianes, esto es lo cierto. El Odio Eterno puso sus pies en los dos extremos de las Tierras Fértiles. El norte está cerca de nuestras armas; el sur está cerca de nuestra sangre.

Thungür miró a sus hombres. Estaban en silencio, aguardando una orden que cumplir.

Cuando el dolor es tan hondo no encuentra forma ni palabras; se cierne como el aire, ocupa el mundo. Y moverse es absurdo porque no hay adónde ir.

-Hoy me toca ver y avergonzarme -dijo el jefe husihuilke-. Creí que intentarían imponer su voluntad de regresar al sur, y lo hubiese entendido. Pero ustedes eligieron cumplir el deber de los guerreros. Pongo aquí mi vergüenza y me honro llamándolos hermanos.

Primero había sido aquella profunda diferencia con Minché; mucho después, el castigo impuesto a los desertores. Y siempre, su sacrificio y su bravura. Los guerreros amaban a ese hombre que, en días de tregua, peleaba con sus pensamientos. Pero que en el campo de batalla era un grito de sangre, un hacha indetenible y una ofrenda.

-Falta poco para el alba -dijo Thungür-. Volveremos a reunirnos entonces.

Lentamente, los guerreros se desperdigaron dejando al jefe husihuilke junto a una fuerte hoguera. Thungür repasó cada instancia de aquella guerra interminable, desde el día en que Cucub llegó a su casa en Paso de los Remolinos anunciando que unas naves cruzaban el Yentru...

Pero no importaba cuánto fuera capaz de recordar o cuánto fuera incapaz de comprender. Con la llegada de la luz, Thungür debía ser uno solo y dar órdenes irrenunciables.

Cucub, que venía de una cabalgata alucinada, llegó antes que el alba. El zitzahay estaba sucio, desorbitado. Se dejó caer del lomo de su animal y avanzó hacia Thungür musitando un nombre:

.-Kuy-Kuyén -decía-. Kuy-Kuyén...

Thungür lo tomó del brazo con firmeza.

-¡No sigas diciendo...! ¡No te empeñes en nombrarla, Cucub! -lo atrajo hacia sí-. Todos aquí tienen alguien a quien llorar y nadie ha pronunciado un nombre.

Cucub apretó los ojos. Thungür comprendió que su hermano estaba en el trabajo de silenciar su corazón.

-Ahora siéntate y habla de prisa porque el amanecer querrá saber hacia dónde cabalgaremos.

Cuando Cucub terminó de hablar, la mañana había llegado. Y los jefes de guarnición se apiñaban alrededor de los restos de la hoguera extinguida. Todos habían escuchado gran parte de lo que Cucub tenía para decir.

La peor noticia era tardía... El ejército ya sabía acerca de la flota que Flauro y Molitzmós enviaban hacia Los Confines; las mujeres-peces se lo habían dicho.

Sin embargo había algo que los guerreros no sabían.

-La resistencia del País del Sol embarcó soldados en aquella flota.

La noticia trajo un poco de alivio; como una ráfaga de aire que no alcanza pero es bienvenida. Las aldeas husihuilkes no estarían solas, ni en la lucha ni en la muerte.

Después de escuchar a Cucub, Thungür pudo tomar su decisión.

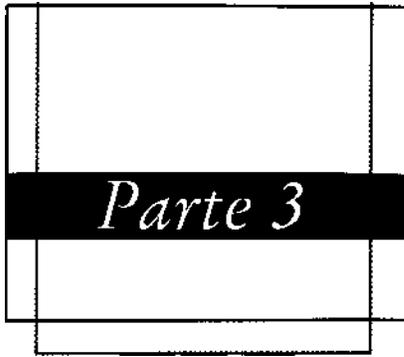
-Tú, Cucub, galoparás de regreso a Beleram. Intenta liberar a los prisioneros. Y de inmediato, marcha con los Kúkul hacia las Colinas del Límite, donde te reunirás con nosotros.

"¿Y el sur...?", preguntaban las almas.

-Dos guarniciones completas partirán a Los Confines... -continuó Thungür -. No llegaremos antes que las naves. Pero si nuestro pueblo puede resistir, con ayuda de los soldados del Sol... si nuestras aldeas logran sostener la defensa; entonces la llegada de los guerreros podrá ser decisiva. El resto de nosotros, husihuilkes y zitzahay, avanzaremos desde este día y sin descanso hacia el País del Sol. Ya no hay atajos, ya no hay nada más que aguardar. Si la resistencia del Sol está lista, que pelee junto a nosotros. Si no lo está, que muera en soledad.

Luego agregó:

-Vamos a pelear como sabemos hacerlo... No esperaremos a nadie cuando nuestro pueblo va a morir. Sabemos que en nuestras aldeas cada uno luchará hasta el final por la única recompensa de morir peleando. Nosotros haremos lo mismo. Obraremos como Dulkancellin y Minché lo hubiesen hecho, como lo demanda la voz de los Antepasados. "Quien muere honrando la ley que lo hizo hombre está naciendo otra vez."



Cuando los caminos estaban cubiertos de escarcha y el bosque de Goenia tenía los huesos al aire porque todo el follaje había muerto, Zorás iba en busca de Vara.

Cuatro años habían transcurrido desde el día en que la dejó al cuidado de la nuberás. Vara ya debía resplandecer en el cuerpo y en el alma: dueña de su propósito, impuesta de las cuatro Virtudes y de todas las gracias de la tierra.

Zorás, que cabalgaba en su busca, había enviado a Foitetés para que fuese guía y resguardo de Aro desde las costas del Mar de Goé hasta un sitio preciso del bosque.

Las nuberás esperaban al mago en una gruta de roca diamantina, entibiada con fuegos. Una enorme vasija con néctar y frutas de pulpa fuerte esperaba también.

Mármara no terminaba de conformarse. Ajustaba las joyas en el cuello de Vara; le torzaba el cabello a un costado, lo dejaba caer sobre la espalda. A los ojos de la nuberá nada era suficiente para el reencuentro.

Grais jugaba cerca imitando los ruidos del bosque en verano, del bosque en otoño. Y Vara se reía como agua dulce.

Briseida se preservaba del frío metida entre las llamas.

-Zorás podrá ver que hemos hecho un trabajo sagrado -dijo Mármara frente a la impecable hermosura de Vara.

Y así ocurrió... El mago del Recinto entró a la cueva quitándose el manto de piel que lo había protegido durante el viaje.

Cuando vio a Vara, olvidó lo que estaba haciendo. Y el manto de piel cayó al suelo.

Las miradas, no. Las miradas azules se extendieron por el aire para encontrarse antes que las manos; antes de que Vara se inclinase, antes de que Zorás acariciara su cabeza.

-Hija dorada del Recinto, se cumplió el tiempo.

Luego el mago hizo las cuatro preguntas que se esperaban. Y una más.

-Dime Vara, ¿cuál es la primera Virtud, y cuál su consistencia?

-Es la memoria, y tiene la consistencia de la savia que une la raíz con los frutos.

-¿Cuál es la segunda Virtud, y cómo oficia?

-La segunda Virtud es el nombre; la honra de llevar un nombre... Oficia esta Virtud como marca que distingue los rostros. El que tiene nombre tiene espíritu, y el cielo puede llamarlo.

-¿Y la tercera? ¿Cuál es la tercera Virtud?, ¿y cuánto pesa?

-Es el conocimiento. Y pesa tanto, tanto pesa saber, conocer y comprender las causas, que sólo pueden sobrellevarlo los mejores. Repartiremos migas dulces entre el pueblo; pero nosotros sostendremos el arduo pan del conocimiento en nuestras espaldas. Y, con él a cuestas, transitaremos el tiempo.

-¿Cuál es, Vara, la cuarta Virtud que nos afirma?

-Es la poesía... Único modo de decir la verdad.

Vio Zorás que Vara había crecido luminosa, y que ya estaba lista para cumplir con su tarea. Sin embargo, hizo otra pregunta:

-Entre la multitud de ingenios que las nuberás te heredaron, ¿cuál guardas como mayor tesoro?

Vara sonrió:

-El arte de fabricar grandes abanicos con plumas de grullas doradas, blancas y grises.

De cada una de la nuberás Vara había aprendido. Pero no a todas las amaba por igual. Y cuando se despidió de ellas lo hizo de modo que su predilección se notara claramente.

El mejor abrazo fue para Mármara, que la sostuvo contra su pecho y le acarició largamente el cabello dorado.

-Sal-de-sa-ci a-bi-da-du na-la- ri-ve.

-Nacida de la sabiduría, salve.

-Excelente, Vara.

-Excelente, Mármara.

Vara se calzó largas botas de piel. Se envolvió en una manta grosera que le permitiría pasar como sierva del mago. Y dijo adiós con serenidad.

Salió de la gruta, las nuberás no fueron detrás. Zorás montó primero, Vara después y sobre las ancas.

Lo que las nuberass dijeron o lloraron quedó dentro de la piedra.

Zorás y Vara cabalgaron por el bosque de Goenia metidos en un viento escarchado. Como el mago lo suponía, no cruzaron a ningún viajero en aquellos caminos. Avanzaron de prisa y en silencio hasta el lugar previsto para el encuentro. Foitetés aguardaba allí. También Aro, con los signos del varón y tan bello como su hermana.

Los que esperaban junto a una hoguera se pusieron de pie. Los que llegaban desmontaron.

De nuevo se reunían los ojos azules. Foitetés recordó a la escardadora y, contra las órdenes recibidas, pensó que hubiese merecido estar allí.

Vara y Aro eran agua mirando agua.

En cuanto Vara vio a su hermano deseó avanzar hacia él. Zorás se lo impidió, reteniéndola con firmeza por un brazo. El era quien debía detentar la ceremonia del reencuentro.

Aro se paró frente al mago. Y agachó apenas la cabeza en señal de respeto.

-Hijo dorado del Recinto -dijo Zorás.

Luego hizo las cuatro preguntas que se esperaban. Y una más.

-Dime Aro, ¿cuál es la primera Virtud y cuál su consistencia?

-Es la memoria. Y ¿podría tener consistencia sin tener movimiento? La consistencia de la memoria es el movimiento.

-¿Cuál es la segunda Virtud, y cómo oficia?

-Es el nombre; la honra de llevar un nombre... Oficia esta Virtud como marca que distingue los rostros. El que tiene nombre tiene espíritu, y el amor puede llamarlo.

-¿Y la tercera...? ¿Cuál es la tercera Virtud? ¿Y cuánto pesa?

-Es el conocimiento. Y pesa tanto como un arduo pan; y pesa tan poco como muchas dulces migas repartidas.

-¿Cuál es, Aro, la cuarta Virtud que nos afirma?

-La poesía; único modo de decir la verdad.

Zorás vio que Aro había crecido luminoso. Y aceptó sus respuestas desafiantes, distintas de las respuestas fieles que Vara había dado, como una muestra de la altivez del varón. Pero luego Aro respondió como un cuidador de cerdos:

-Entre la multitud de ingenios que los hijos de los bóreos te heredaron, ¿cuál guardas como mayor tesoro?

-El arte de quitar pulgas de una manta tan bien como lo haría un pajarillo hambriento.

Estaban reunidos en medio de un cipresal del bosque de Goenia, con árboles delgados y altísimos que, si terminaban de crecer algún día, lo harían atravesando el cielo.

Allí se reunieron un mago y su discípulo. Vara, Aro y el invierno.

El frío era inclemente dentro de ese mundo de cipreses, pero ninguno de los cuatro parecía sufrirlo. Ni siquiera notarlo.

Zorás y Foitetés acordaban el camino de regreso. Vara y Aro hablaban entre ellos con un imperceptible movimiento de los labios.

-Nacimos con un propósito -dijo Aro-. Y eso no es virtud de Zorás.

-Pero Zorás nos ha preparado para cumplirlo.

-La escardadora nos marcó la carne.

-Zorás, el alma.

-Uno no vale más que otro -dijo Aro.

-Cuando pueda amar, te amaré -dijo Vara.

-Te amo ahora -dijo Aro- aunque hayas crecido para el Recinto.

-Te amo también -respondió Vara- aunque hayas crecido para las manchas.

Zorás era un gran simulador, capaz de concebir un engaño sin fisuras y sostenerlo durante el tiempo de una larga vida. Era enorme la simulación: comportarse como un fiel súbdito del Odio Eterno, inclinado ante su Designio. Y era difícil porque debía desplegar su fingimiento ante magos y nobles, parientes de Misáianes que escuchaban, dormían y velaban por él. Pero Zorás la estaba llevando a cabo con lucimiento.

Antes que él, sus maestros lo habían hecho. Pero eso fue ante un amo que empezaba a crecer en un monte alejado. Y que aún necesitaba seducir a los magos del Recinto, susurrar promesas a los nobles; ofrecer y extenderse. Zorás, en cambio, simuló ante un amo abultado en su crecimiento y poderoso en los dos lados del mar. Zorás simuló cuando Misáianes respiraba cerca y vigilaba con los ojos de aquellos que había envilecido.

Zorás vivió largos años simulando...

Con palabras fingidas obtuvo autoridad entre los magos del Recinto. Con los ojos entrecerrados presencié los juegos de los días largos sin que nadie notase su horror; escurriéndose en el tiempo y el espacio logró trabajar en alianza con las nuberías y los navegantes. Encubriendo su cuerpo y su modo de andar llegó al jergón de la escardadora para concebir a los elegidos.

Zorás había simulado en la mancha de las hilanderas y también en la mancha de los cuidadores de cerdos con el fin de rescatar a sus hijos.

Ahora, cuatro años después de aquel día, tenía que regresarlos.

El mago del Recinto decidió comenzar con Aro. Eligió para él la mancha de los cordeleros que se llamaban cordeleros y tejían sogas finas y gruesas para los barcos, para las redes, para los bueyes y las carretas; todas las cuerdas del reino de Misáianes.

Zorás dijo que aquel siervo había cometido torpeza y desobediencia. Y que el látigo no le enseñaba.

-Aquí lo dejo. Sudará para el amo, hasta su muerte.

Los cordeleros trabajaban cerca del agua, en una laguna donde sumergían parvas de hilos y estambres que debían tejer y tensar, tejer y tensar para las cuerdas de Misáianes.

Para los cordeleros, la vida era el vaivén de las cuerdas: tejer y tensar... Y el amor era el sonido de las campanillas de los guardianes, el camino agitado hacia alguna otra mancha. Y después, el permiso de arrebatar a una mujer desconocida: tejer y tensar.

Zorás terminó de hablar y se alejó sin girar su cabeza.

El guardián de la mancha miró de pies a cabeza al nuevo cordelero. La fortaleza de Aro y el adiestramiento de su cuerpo se ocultaban bajo un blusón gris.

-¡Camina, cordelero!

Aro dejó que el guardián creyera que podía empujarlo con facilidad; en algo se parecía a su padre.

Un poco más tarde, sentado junto a otros cordeleros, Aro comenzó su trabajo.

Y simulando más que nunca, porque nada le había dolido tanto, Zorás llevó a Vara de regreso a las manchas. Llegó y dijo que aquella sierva le disgustaba.

-Hay otras más jóvenes y dóciles -dijo el mago. Y agregó-. Exijo que nadie toque lo que yo he tocado porque mis manos todavía están allí, y lo estarán por siempre.

Los guardianes entendieron.

Era la mancha de las pringosas... Así llamaban a las mujeres que trabajaban con sebo de animal transformándolo en jabones y velas; en aceites y unturas para las armas.

Zorás debía abandonar a Vara, pero tardaba en decidirse, finalmente dio la vuelta y se alejó con lentitud. Estaba a punto de trasponer los muros que demarcaban la mancha cuando oyó la voz carcomida del guardián.

-Camina, pringosa. Pronto olerás a rancio igual que todas.

Zorás dejó de ver lo que tenía frente a sus ojos. Vara era su hija luminosa, y un vasallo de Misáianes la estaba injuriando. Vara y el guardián lo vieron girar bruscamente y regresar al galope sobre su camino. Por instinto, sin comprender lo que sucedía, el guardián retrocedió cubriéndose con los brazos. Cuando casi llegaba Zorás tiró con fuerza de la brida. El animal que montaba se detuvo en seco y sacudió con fuerza la cabeza. El mago miró a su hija y no vio miedo en sus ojos. Entonces dio la vuelta y se marchó.

El guardián esperó que Zorás se alejara para volver a hablar.

-¿Qué me dices de tu nombre? -dijo, encimando su rostro al de Vara.

La joven controló un estremecimiento.

-¿Qué me dices...? -esta vez la tomó con fuerza del cabello-. Hasta ayer te llamabas sierva de mago y hoy te llamas pringosa. Yo que tú, lloraría.

Y la arrastró, asida por el cabello, hacia los toneles rebosantes de sebo viciado.

Escardadora de la resistencia

Cuando la escardadora marcó a sus hijos en la carne, nadie lo supo. Ni las mujeres que dormían cerca, tiradas en jergones de escardadoras. No lo supo la Sombra. No lo supo Misáianes que miraba el mar por donde había partido la primera flota hacia las Tierras Fértiles.

Aquel bautismo que nadie percibió quedó vivo en el recuerdo de la escardadora.

Le quedó una nostalgia; el reflejo del nombre de otro viviendo a su lado, escardando a su lado. Y le quedó el sueño de una maravillosa luz azul en la que ella tenía parte.

No es que la escardadora imaginara a sus hijos. Era incapaz de vislumbrar el modo y la causa por la que habían crecido.

Pero recordaba claramente el momento en que los guardias de Misáianes se los habían llevado: dos hijos de escardadora en sus tablillas.

Luego, envejeció muy de prisa. Y aunque algunos hombres que llegaron después, con el sonido de las campanillas, la encontraron tiritando en su jergón, la escardadora no volvió a engendrar.

Se quedó sola con el frío, con los agujonazos de las cardas, con la noche y el desconsuelo.

Si Foitetés hubiese podido, si le hubiesen permitido buscarla...

Foitetés le habría tomado las manos para contarle sobre sus hijos.

Pero Foitetés no podía porque Zorás se lo había prohibido.

La tormenta arreciaba en ese paraje de las Tierras Antiguas cercano al monte de Misáianes. Viento y agua sobre una extensión de piedras oscuras.

El manto de la Sombra se sostenía apenas de sus hombros puntiagudos. Pero su cuerpo delgado y desnudo no tiritaba, porque ese frío le pertenecía.

-Apártate de mí... Tú, la que trenzó mi cabello sin temblar. No deseo recordarte, inocente. Aleja tu sonrisa de mi dolor porque no voy a amarte... ¡El es mi hijo, no tú! Pintaste las líneas de mis manos, es cierto. Navegaste conmigo hasta la isla de los lulus y dormiste a mi lado. ¿Nadie te había dicho que, a mi lado, nadie despierta? ¿Cuánto es lo que sabías sobre mí, inocente? Pero mucho más debe haber sido lo que desconocías; de otro modo no habrías tomado mi mano. ¿Por qué tu sonrisa cruzó el mar? ¡No la deseo aquí! ¡Llámala a tu orilla! Yo tengo un hijo al cual debo lealtad.

Sentada al lado de Kupuka, junto al nogal que crecía a mitad de camino entre la casa y el bosque, la anciana Sombra había escuchado una voz que pronunciaba dos nombres: Vara y Aro. Eran dos bautizados en espíritu, contra el mandato del Amo... Entonces la Sombra supo que debía volver a su lugar. Hacia ya tiempo que estaba de regreso en las Tierras Antiguas rondando y cumpliendo faena, sin decidirse todavía a llegar hasta el trono de Misáianes. La Sombra sabía que aquellos dos soñaban que el Tiempo fuera, otra vez, antes del hijo. Lo sabía, quería advertirle; pero giraba y se perdía sin llegar al monte. -¿Cuánto más se me pide...? Los cantos y las bendiciones son para la Vida. Ella es celebrada con pan y bienvenida con agua. ¿Qué hay, en cambio, para mí? Para mí hay rabia de todos y maldición de todos. Hay miedo de todos... ¿Cuánto más se me pide? Sin mí, la vida no podría lucir sus dientes frescos. Sin la Sombra esperando, la vida no sería un camino. Un pozo, eso sería. Y sin embargo he recibido furias y maldiciones. Las recibí y las acepté como sólo una madre es capaz de hacerlo...

El viento era tan violento que hacía ondular las rocas. De pie en el paisaje, la Sombra se asombró de sí misma.

-Así como lo digo... Como sólo una madre es capaz de hacerlo. Y en cambio, ¿qué guardaban para mí las Grandes Leyes? Guardaban una insensata prohibición: Sombra, no engendrarás... ¡A mí, tan madre de mis viudas y de mis huérfanos que soporté cuantas ofensas quisieron proferir! A mí: ¡No engendrarás! Y hoy, ajada de viento, no sé hacia dónde debo caminar. No lo sé... Allá está mi hijo; el que engendré de mi saliva. Y allí están mi tarea y mi propósito. Aparta tu sonrisa de mí, inocente, que ahora parece burla.

La voz de la Sombra clamaba a gritos. Un viento quería arrastrarla a oídos de Misáianes. Un viento la deshacía. Y así, como su propia voz, estaba la Sombra.

-Caminaré hasta el trono de mi hijo. Mi propósito vale menos que el suyo. ¿No diría lo mismo cualquier madre?

La capa de la muerte se enredó hacia arriba, como una cuerda que estuviera sosteniéndola del cielo.

-Me sentaré al lado de Misáianes en su jardín de huesos... ¡Ahora sí serán justas las maldiciones! Y cuando las criaturas me odien hasta el espanto, entonces... Entonces se parecerán a mi hijo.

La Sombra comenzó a andar sobre las rocas. Sus pasos no eran de anciana. Caminaba erguida y el viento le tensaba la piel. La capa detrás, retorcida. El cabello detrás. De pronto, se detuvo:

-¿Qué buscas aquí?

La Sombra increpaba al recuerdo de Vieja Kush que apareció cortándole el camino.

-¿Buscas que me arrepienta...? Tú, la que fue madre de madres, ¿buscas que olvide a mi hijo?

La Sombra y la tormenta perdieron furia. La capa gris cayó sobre la espalda, la capa muerta.

-Sé muy bien que has venido hasta aquí a recordarme cosas... Viniste a recordarme que no había furia en tu rostro cuando fui a buscarte. Tampoco, miedo. Vieja Kush me dio la bienvenida, lo recuerdo. Como recuerdo cada palabra de las que le enseñaste a la inocente.

"Ven, Wilkilén, siéntate a mi lado... Voy a contarte de una que a partir de esta noche será mi hermana y compañera eterna. No te asustes cuando escuches su nombre ni la culpes por hacer lo necesario. ¿Conoces a alguien a quien le agrada comer manzanas que penden años y años de los árboles? Tampoco lo conozco yo. Y, dime, ¿cómo nacerían manzanas nuevas si las que ya cumplieron con lo suyo no dejaran sitio en las ramas? ¿Podríamos tú y yo ser viejas al mismo tiempo? ¿Quién le enseñaría a quién? La hermana muerte carga con una tarea que todos comprenden pero pocos perdonan. Sin ella, los hombres no mirarían al cielo en las noches claras. Tampoco cantarían. Sin ella no existirían el suspiro ni el deseo. Sin ella nadie en este mundo se ocuparía de ser feliz."

Cuando el recuerdo de Kush desapareció, la Sombra se detuvo. Estaba fatigada. Deseó un árbol, pero no había árboles en

las cercanías del trono de Misáianes. La Sombra se sentó en medio del paisaje:

-¿Cuál es, cielo que esperas, mi verdadero sitio? La hermana podadora, dicen los husihuilkes.

Desde los montes, una ráfaga le azotó el rostro y pareció devolverle la inquietud.

-Pero, ¿cuánto más se me pide...? Engendré a Misáianes. El está en este mundo a causa de mi desobediencia, ¿puedo ahora abandonarlo?

La Sombra se puso de pie, decidida a llegar al monte.

-Es cierto, inocente. Dices la verdad. Perdí mi propósito... Me aparté del círculo. Pero, escucha bien y respóndeme, ¿quién puede ser solamente su propósito? ¿Es propósito de las nubes aliviar el calor de un hombre que siembra maíz? Ya ves, una nube es más que su propósito. ¿Es propósito de una huella guiar al que viene detrás? Hasta una huella es diferente a su propósito. Entonces, inocente, por qué no he de serlo yo.

Por el camino de la Sombra cruzaron unos pocos pájaros enfermos. Sin plumaje, con la carne rosada y temblorosa, los pájaros se arrastraban buscando las últimas briznas; porque en las cercanías del monte, los pájaros habían perdido el vuelo. La Sombra se agachó, tomó en sus manos al más pequeño y comenzó a oprimirlo.

-¿Cuál es, cielo que miras, el sitio en el que debo erguirme? Soy madre y Sombra.

Si ella continuaba, las tripas del pájaro iban a aparecer por el pico entreabierto.

-Y sin embargo, llegan dudas a mis manos. Y pienso que tal vez...

La mano se aflojó para que el pájaro pudiera respirar:

-Tal vez soy madre de todos. Madre en el círculo donde me toca la parte del dolor. La parte de hacer una tarea que no se comprende sino hasta después... ¿No es eso lo que un día le ocurrió a Vieja Kush? ¡Piensa conmigo, pequeña Wilkilén! Será que en el círculo una madre da y otra madre quita... ¿Será que soy madre de todos, pequeña Wilkilén?

La muerte apretó la mano, abrió la mano. Y el pájaro cayó sobre las piedras:

-Otro muerto del Odio -murmuró.

Así estaba la Sombra, entre un pájaro muerto y sus dudas opacas. En jirones.

Nada hay grande que no sea resultado de incontables fragmentos reunidos con un mismo propósito.

Las montañas resultan de fragmentos de roca y fragmentos de tiempo reunidos para hacerse altura. Los cielos son fragmentos de agua y fragmentos de altura reunidos para hacerse tiempo.

Zorás entendió que el despertar del pueblo de las manchas, suceso grande y definitivo, sólo podría lograrse por la acumulación de imperceptibles sucesos de redención. Con ese fin, Vara y Aro estaban de regreso.

Vara sacó de entre sus ropas un peine que ella misma había construido con astillas pulidas. Sopló con cuidado para quitarle el polvo y luego lo pasó por su cabellera hasta contar quinientas veces. Vara hacía lo mismo cada noche. Las pringosas que compartían con ella la barraca la miraban en silencio, creyendo que la recién llegada padecía algún mal. Y que de esa manera, lo aliviaba.

Vara llegó a su jergón con algunas hojas carnosas que crecían en los lindes de la mancha. Las hojas estaban llenas de un líquido lechoso que los guardianes les permitían beber.

Pero Vara no bebió. Se quitó la túnica que vestía, idéntica a la de todas las pringosas. Se sentó en su jergón, rompió una de las hojas, y esparció el agua blanca por sus piernas. Después por sus brazos.

En esta ocasión sus compañeras se acercaron para ver mejor lo que hacía. Vara no dio muestras de notar la curiosidad a su alrededor, y continuó con el cuello y el rostro. Sus ademanes eran serenos; Vara les enseñaba la serenidad. Eran suaves; Vara les enseñaba las caricias.

-¿Qué haces, pringosa? -le preguntó una de las que miraba.

Entonces Vara acercó sus manos a la nariz y aspiró fuerte:

-Ya no huelen a sebo -dijo-. Huelen bien... Y sonrió.

Jamás las pringosas habían visto una sonrisa como ésa: verdadera y crecida en el bosque.

Vara extendió las manos para que también ellas pudieran percibir el olor limpio.

Las pringosas se apretujaron y respiraron cerca de su cuerpo. Algunas se atrevieron a tocar la piel reluciente, pensando que la luna del cielo estaba en la barraca.

Vara permitió que lo hicieran... Recordaba el día en que, siendo una niña, se tomó de un tronco y giró como Mármara lo había hecho. Ahora era lo mismo; sólo que giraban las pringosas.

En la mancha de los cordeleros, Aro eligió la música.

Lo hizo porque le habían enseñado que todo lo que está vivo se sujeta a un ritmo: el mar, los frutos, el corazón de las criaturas.

Un día, mientras los cordeleros tejían redes de pesca a orillas de una laguna, Aro buscó tres ramas delgadas que midió y quebró con exactitud. Dos tenían el largo de su antebrazo; y la restante era un poco más corta. Después ató los extremos con esparto. Cuando el triángulo estuvo firme buscó crines de animales y las lió de la cima a la base.

Los cordeleros miraban de soslayo, sin abandonar su tarea.

Apenas concluyó, y luego de confirmar que los guardianes estaban lejos, Aro se hincó con una rodilla en tierra. Sobre la otra afirmó el instrumento que acababa de construir.

Entonces pasó sus dedos ligeros y fuertes sobre las cuerdas recién nacidas. No lo hizo de cualquier manera; eso podían notarlo los cordeleros.

Y mientras escucharon la música, se sintieron parte de algo mucho más grande que ellos mismos.

¿Cómo lograba ese hombre que las crines hablaran de un modo familiar?

¿Qué me sucede, cordelero...? ¿Por qué siento que estoy despertando si no es la madrugada en mi jergón?

Era música en las manchas de Misáianes. Música en el sitio donde los hombres se llamaban como su oficio. Música de nuevo en las Tierras Antiguas.

Pero un guardián se acercaba y Aro arrojó el instrumento al medio del lago. Los cordeleros lo miraron flotar sobre el agua y alejarse.

-Haremos otros -aseguró Aro-. Haremos muchos.

Las manchas fueron concebidas para alimento del Designio. Los condenados eran parte del manantial de muertos que caía sin cesar en la garganta de Misáianes. Pero allí mismo Vara y Aro traían de regreso, desde un viejo y honroso pasado, la luz del nombre.

Antes del amanecer, sonaron las campanillas. Vara las oyó por vez primera desde su regreso a las manchas y supo lo que

ocurría.

-¡Toneleros!- gritó un guardián afuera de las barracas.

Las pringosas abrieron los ojos sin cambiar de posición.

Vara, en cambio, se levantó con presteza y se agazapó contra el muro; muy cerca de su jergón.

Mientras aguardaba recordó cada una de las palabras que Mármara le había dicho para el día en que aquello sucediera:

-Recuerda esto, Vara... Los hombres de las manchas no llegarán a ti con crueldad, ni siquiera con furia. Los guía la propensión de sus cuerpos, sólo eso. Y se aturdirán y sentirán temor ante cualquier pugna. ¡Ya sabes! Harás lo mismo que hicieron las primeras nuberías para compartir el bosque con los lobos.

Pero un tonelero ya estaba en su jergón. Y la buscaba.

-Recuerda lo que hicimos con los lobos. Primero impusimos nuestra templanza sobre su bajeza... -le había dicho Mármara.

El hombre no halló una mujer tendida e inmóvil. Aquella pringosa tenía la espalda pegada al muro, lo miraba con firmeza y respiraba hondo. El tonelero movió la cabeza hacia un lado y hacia otro, buscando entender lo que ocurría.

Pensó confusamente en buscar otro jergón. Sin embargo la pringosa de larga cabellera a la luz del fuego olía distinto. Y el hombre continuó acercándose.

Vara recordó todo una vez más.

Había sido adiestrada para la lucha. Conocía el modo de sujetar a un hombre y sostenerlo a un hilo de la muerte. Conocía los sitios del cuerpo donde duerme el dolor infinito, y sabía despertarlo.

Ahora, Vara tenía que doblegar al lobo.

Esperó a que el tonelero se acercara lo suficiente, dejó que la tocara... Entonces fue útil la destreza que había conseguido en los años de aprendizaje y disciplina.

Vara tomó la mano que se posaba en su cuerpo y la retorció con firmeza. Los dedos del hombre se doblaron hasta el final; casi salidos de su sitio. La mano libre de la pringosa se hundió entre las costillas del tonelero y empujó hacia arriba.

Perdido en el dolor, espantado por el rostro encendido y furioso que se pegaba al suyo, el tonelero se quedó inmóvil. Lentamente, cediendo una mínima distancia, Vara lo volcó de espaldas. Y tendida a su lado, le habló al oído.

Era la parte de enamorar al lobo.

-Primero impusimos nuestra templanza sobre su bajeza -dijo Mármara-. Luego les impusimos nuestra ternura.

Al tonelero no le había ocurrido jamás algo parecido.

-Ámanos, hombre, como antes era el amor en las Tierras Antiguas...

La voz de Vara pedía y otorgaba:

-Vuelve a hacer lo preciso. Regresa cada día con el sol, álzanos por la cintura, permanece despierto en las tormentas. ¡Ámanos como era antes en las Tierra Antiguas!

Cuando sonaron las campanillas anunciando la partida de los toneleros, Vara dejó de hablar y aflojó la presión de sus manos. Pero el hombre ya no quería lo uno ni lo otro.

Más tarde, en otros jergones, buscando reencontrar el sentimiento que había conocido, el tonelero susurró junto a mujeres sin nombre:

-Regresaré, te alzaré por la cintura, permaneceré despierto.

En las manchas, al borde de Misáianes, lo pequeño se hacia grande. Y el nombre se contagiaba de unos a otros sin remedio.

Los Búhos y el tiempo

En la memoria de Nakín, el tiempo no fue una cuerda desenrollándose y desenrollándose. Porque la línea recta apenas sirve para espacios que se miden en palmos, y vidas que se miden en lluvias.

Para Nakín de los Búhos estaba el círculo, sin antes ni después.

Porque..., ¿quién reconoce el antes y el después en la perpetuidad de la rueda? ¿Dónde empieza y termina lo que empieza?

Los sucesos que Nakín preservó en su memoria pertenecen al siempre y al nunca: el tiempo de la rueda. Y sin embargo, son tan ciertos como un puñado de agua.

¿Antes de qué? ¿Antes del cielo?

Un día se rasgó la seda de la magia,
se quebró en mitades su poderío.

¿Eso fue antes del cielo?

¿O después del cielo?

La magia se dijo adiós,
puso el mar de por medio.

En las Tierras Antiguas quedó el Recinto.

Mientras el Aire Libre

atravesó el estrecho de Balameb, la franja,

la planicie alargada

tupida de volcanes

rodeada por anillos de agua y cobre.

¿Fue antes o después, cuando la magia se rasgó en mitades?

Ni antes ni después porque aún se rasgaba.

Y Misáíanes...

¿fue antes o después de la desobediencia de su madre?

La Muerte engendró un hijo contra las Grandes Leyes,

pero el Odio acechaba.

La Muerte quebrantó lo que estaba mandado,

y no sabía...

No sabía la Muerte que su desobediencia

era la grieta que esperaba el Odio.

Imperfección y herida suficiente.

¿Misáíanes fue antes o después

de la desobediencia de su madre?

Para contar y recordar cuanto debía, Nakín se deshizo de la línea recta, ni bastante firme ni bastante cierta.

Nakín eligió el círculo; allí donde no existen ausencias para siempre. La rueda donde todo regresa. Y nada queda lejos.

Flauro sabía que espiar no significa ocultarse tras una puerta entreabierta. Espiar es un modo de ver...

No es porque sí que quienes espían afilan los ojos. Tiene un sentido, puesto que espiar significa ver líneas.

Flauro sabía que espiar no es atrapar sino desenvolver, seguir los pasos con perseverancia y terquedad.

Por eso instó a la joven esposa del príncipe a visitar el pabellón donde se teñían telas, las salas donde se cosían los vestidos reales. Le indicó que frecuentara los talleres de cincelado y las cocinas.

-Con paciencia -aconsejó el capitán-. Porque deberás escuchar cientos de palabras inútiles a fin de hallar una sola que, tal vez, tenga alguna sustancia para nosotros.

La joven desempeñó con propio anhelo la tarea; y ya no hizo otra cosa más que estar espiondo, afilando los ojos, desenvolviendo...

Desde su conversación con Flauro, la joven frecuentó las salas donde hervían enormes recipientes llenos de colores encarnados, de añiles y púrpuras. Allí encontró a una mujer cansada de trabajar entre vapores fétidos y en medio de un calor sofocante.

-¿Te gustaría ser mi sierva y vivir dentro del palacio? -ofreció.

Espiar es el arte de encontrar el momento propicio y el lugar blando. Flauro no tuvo que repetirlo porque la esposa del príncipe lo comprendió con su cuerpo. Espiar se transformó en una razón que la joven mujer arropaba, alimentaba y acunaba, por las noches, entre sus brazos.

Las primeras delaciones, ingenuas y hasta distraídas, condujeron a la esposa del príncipe hasta las cocinas.

En una cocina de palacio cabe el mundo entero. De modo que la joven encontró lo que buscaba: ambición y procacidad - el momento propicio y el lugar blando.

Una nueva delación la condujo a los fogones donde se horneaba el pan.

"Siempre es el mismo horneador quien se encarga de cocer el pan para Lengua Demorada", le dijeron.

"Siempre es su sierva quien lo retira de aquí. Sin permitir jamás que alguien lo toque."

Tal vez aquellos que dijeron eso no supieron, hasta mucho después, cuánto costarían sus palabras. Porque espiar es el arte de hacer que las traiciones parezcan confidencias.

"El horneador de pan y el herrero se encuentran a menudo fuera de las cocinas", le dijeron.

La joven mujer supo que, al fin, tenía algo en las manos para entregarle a Flauro.

La joven esposa de Molitzmós intentó acariciar el rostro barbudo de Flauro. El capitán sideresio la apartó con brusquedad... Le fastidiaba que esa mujer lo tocara cuando ya no era necesario. La paloma, que no lo había hecho por ternura sino por curiosidad, no comprendió la ofensa y siguió hablando:

-Me avisarán la próxima vez que la sierva de Lengua Demorada busque un pan para su ama. Las otras esposas del príncipe me ayudarán, creyendo que se trata de un juego. Nada importante les he dicho, tal como me lo ordenaste.

Por fin la mujer llegaba con una noticia digna de ser atendida. Flauro creyó que era posible que ese pan, lleno de coincidencias, escondiera algo.

Aunque quizás se tratara de un simple capricho de Lengua Demorada.

-La coincidencia de un pan no es demasiado -murmuró el capitán-. Pero es lo único....

"Y el error no me concierne", pensó.

Sin nada mejor, Flauro decidió perseguir aquella extraña circunstancia. Y trazó un plan que las palomas llevarían a cabo. Si el resultado era malo, todo quedaría como un exceso de las esposas jóvenes.

-Ya sabes -le dijo a la mujer que lo escuchaba atenta-, ninguna de tus hermanas debe conocer nuestras verdaderas razones. Déjalas creer que es otro juego para dañar a Lengua Demorada. Algo más... Ve que no lastimen a su sierva más de lo necesario. Eso enfurecerá a Acila. Y si el pan no esconde secretos, tendrá motivos para exigir nuevas ventajas.

Luego, y para evitar otra caricia, el capitán se levantó con brusquedad y se alejó.

El ejército del Venado cabalgó incansablemente hacia el norte. Iban a pelear como sabían hacerlo, por la ley y la honra. Pero en las inmediaciones del Río Yum les salió al encuentro una comitiva de soldados del Sol, con el herrero al frente. Por vez primera se veían los jefes de ambos ejércitos; los dos hombres que habían fraguado un ataque a través de jaguares y mensajeros.

-He llegado a pedirte, en nombre de la resistencia del País del Sol, que no continúes avanzando. ¡Retarda unos días el ataque puesto que los nobles aún no están listos!

Thungür sonrió con amargura:

-¿Dónde dejaste el alma, herrero? ¿Dónde, para decir frente a estos hombres, que tus nobles aún no están listos? ¿Dónde dejaste la vergüenza para decir, ante estos padres y esposos, que tu nobleza no acaba de ajustar sus capas?

El herrero aceptó los agravios sin perder la calma, sabiendo que los provocaba el dolor.

-No se trata de un capricho, Thungür -dijo el enviado de la resistencia-. Se trata de un nacimiento.

-No sé de qué estás hablando...

-Hablo de un niño que nacerá muy pronto, hijo de las dos sangres. Un hijo de Acila y Molitzmós, la prenda de unión entre las dos Casas.

El husihuilke procuraba contener la furia porque aquel hombre que tenía frente a sí lo miraba con honradez.

-Estamos aquí, listos para la muerte. Y tú me pides que demore el ataque por motivos de poco tamaño -respondió.

-No dirías eso si comprendieras debidamente... El reino del cual provengo es el resultado de una antigua pugna de poderes. El mío es un país como una partida de yocoy que enfrenta a contrincantes sentados en taburetes de oro, y no una aldea donde todos ocupan un sitio de igualdad alrededor del fuego.

Thungür recordó el día en que, años atrás, el príncipe Hoh-Quiú le había dicho algo parecido. Pero él continuaba siendo husihuilke, y como tal respondió:

-Los sideresios se acercan a mi pueblo, al sitio donde viven los niños de mi pueblo. Llegarán, y nosotros no estaremos allí para protegerlos. ¿Y los nobles me piden que retarde el avance de mis guerreros por un niño que nacerá y debe ser salvado?

-Lo llamamos Yocoya-Tzin.

-¿Qué intentas pronunciando su nombre? -Thungür alzó la voz-. ¿Pretendes que lo ame más que a los míos, como ustedes lo aman? Tengo frente a mí cientos de nombres y de rostros. Niños husihuilkes... Nuestra última sangre abandonada.

Thungür se tragó la voz porque iba a salir quebrada. El otro hombre aprovechó el silencio:

-Nada de lo que deba suceder en el sur cambiará porque tu aguardes solamente una sucesión lunar. En el próximo creciente de luna nacerá el primogénito. Lo pondremos a salvo fuera del palacio y, entonces sí, comenzará la gran batalla.

Quien hablaba con Thungür era el herrero, jefe militar de la resistencia en el País del Sol. El herrero escuchó a Thungür, pero luego regresó a sus razones.

La resistencia del País del Sol era numerosa, pero estaba sostenida por la alianza de dos Casas rivales. Dos Casas que se debían muertos, y que jamás declinarían ambiciones.

-Yocoya-Tzin, el primogénito, es la única prenda de esa alianza porque lleva sangre de las dos Casas. Por Acila tiene una vertiente; por Molitzmós, la otra. Los nobles se repartieron el poder y acordaron respetar el equilibrio sólo porque el heredero del trono reúne la gloria de ambos escudos.

Thungür debía entender que los nobles del Sol trazaran líneas de poder para después de una guerra que aún no habían ganado. Y que se preocuparan por sus pugnas cuando la vida entera estaba sucumbiendo.

-Tus nobles no pueden tener espaldas... Si las tuvieran, el que está junto a ellos los traicionaría.

-Tablero de yocoy, husihuilke -prosiguió el herrero. Y como la noche corría, agregó-. Los nobles del Sol no te están suplicando... Me envían a decirte que no se sumarán a la lucha sino hasta que el heredero haya nacido y esté a salvo. Te recuerdan también que se desprendieron de muchos de sus mejores hombres y que los enviaron con la flota de los sideresios para que, en Los Confines, defiendan a tu pueblo. ¿Entiendes lo que significa para ellos el valor de esa ofrenda? Los nobles dicen que no podrás derrotar a los sideresios sin su ayuda. Y tú sabes que es cierto.

Thungür pronunció palabras en las que ni él mismo creía:

-Quizás los nobles pongan sus ambiciones antes que la vida de las Tierras Fértiles. Pero no hará lo mismo el pueblo del País del Sol.

El herrero sonrió sin burla:

-Tú no los conoces lo suficiente, Thungür. Ellos son labradores de tierra, vecinos de otros labradores. Desde el alba del País del Sol realizaron mansamente sus trabajos, fumaron hojas y otorgaron al príncipe gobernante su tributo de maíz y de obediencia. Y no te engañes -prosiguió-. Si ellos se enfurecieron y tomaron armas contra Hoh-Quiú fue porque otro grande los condujo y les ofreció protección. Ahora que Molitzmós los entregó como esclavos a los sideresios, ahora que les arrebató la escasa dicha que pretendían, acuden al llamado de la resistencia. Y lo hacen en sumisión a un nuevo gran príncipe que aún no ha nacido... ¡El pueblo del País del Sol no hará nada más que continuar sufriendo hasta que la nobleza le ordene otra cosa!

Thungür sabía que era verdad lo que estaba oyendo.

-Si pudieras verlos, husihuilke... -el herrero seguía hablando-. Los que mueren hoy son considerados dichosos por los que morirán mañana. ¡Menos sufrir! Los sideresios les dan hambre que luego les aplacan con comida sucia. Y no importa cuánto se doblen en la esclavitud, siempre es poco para los látigos de los guardianes. Yo, husihuilke, no soy noble ni labrador. Soy soldado, y te pido en nombre del País del Sol que nos otorgues esta breve espera. Tampoco nosotros podremos hacer nada sin la fuerza de tu ejército.

Thungür aguardó un momento y luego dio su respuesta:

-Dile a tus nobles que los husihuilkes no creemos que la vida y la muerte sucedan en un tablero. La vida y la muerte suceden en la tierra... Avanzaremos contra los sideresios sin importar lo que ustedes decidan. Mis guerreros tienen vergüenza de estar vivos; vergüenza de comer y dormir. ¿Pretendes que les pida que se detengan porque la nobleza no acaba todavía con su juego? Dile a los nobles que no los necesitamos para vivir. Y para morir, mucho menos.

A pesar del desacuerdo, el herrero quiso dejar una esperanza antes de marcharse.

-Puedes estar seguro de que nuestros soldados defenderán a los niños del sur como ustedes mismos lo hubiesen hecho.

Pero Thungür no iba más allá de lo indispensable, y habló con dureza:

-Me bastaría con saber que podrán defenderlos como los harán nuestras mujeres.

Apenas se quedó solo, el husihuilke se dirigió en voz alta al espíritu de Dulkancellin.

-Mira, padre, cómo es de confuso todo lo que sucede. Para ti la guerra estaba en un solo sitio, frente a tu cuerpo. Ahora la guerra está también en nuestras filas. Padre, nuestra ley no alcanza a veces para guiarme. ¿Qué habrían hecho tú y Minché ante esta exigencia del País del Sol? -Thungür miraba el cielo de la noche y oía el paso del río cercano-. Pero el tiempo es éste. Y tú te has ido... Padre, ¿me equivoco cuando decido que la honra está por encima de la victoria?

Al galope, y cambiando de animal varias veces a lo largo del camino, el herrero avanzó hacia el norte. Cruzó las Colinas del Límite, atravesó el territorio desértico de La Pezuñera y, por fin, llegó a la ciudad. Aguardó oculto la llegada de la noche y, con ayuda de los suyos, traspuso los muros exteriores del palacio de mando.

Apenas llegó a las barracas, el herrero buscó un trozo de pergamino y comenzó a trazar signos sobre él.

Por esos días Molitzmós y Flauro continuaban aguardando el primer movimiento del ejército del Venado.

Todo estaba inmóvil. Y desde Trece veces Siete Mil Pájaros, el valle prodigioso que se extendía al sur de los montes selváticos, hasta las Colinas del Límite, solamente se percibían vuelos y siseos, gruñidos y trinos.

¿Por qué el jefe husihuilke no avanzaba sobre Beleram? ¿Qué lo detenía?

El príncipe del Sol y el capitán sideresio discutieron largamente la situación.

¿Ya sabría el ejército del Venado que una flota navegaba hacia Los Confines? ¿Thungür estaría enfrentando una rebelión interna? ¿Cuánto tiempo más permanecerían quietos?

Pero sin importar lo que se preguntaran o lo que se respondieran, los hombres coincidían en que el tiempo estaba de su lado. Por tierra y por mar el tiempo corría en favor de los que dominaban el territorio, asentados en ciudades fortalecidas y fuertemente armadas. Y en contra de los que sobrevivían en la espesura de la selva; aunque la selva fuese amiga. El tiempo les servía a los que, pronto, cerrarían una pinza de dominio en el territorio. No podía servirles a los que quedarían encerrados.

Tarde o temprano Thungür tendría que sacar sus fuerzas de la selva y avanzar. Molitzmós y Flauro acordaron en que, por el momento, era adecuado esperar.

Ese amanecer, las cinco palomas esperaban.

La pequeña ruindad se alimenta en compañía. El impudor, también. Algunas de ellas pronunciaron palabras grotescas y, bajo ese amparo, otras mostraron sus muslos en señal de decisión.

Susurraban las palomas en espera. Querían dañar, picotear, herir.

El trayecto entre los hornos y las habitaciones donde Acila esperaba era largo para una anciana de huesos torcidos. Solitarios corredores de piedra esculpida que velaban los sonidos y disimulaban la presencia de mujeres con túnicas blancas.

Las palomas aguardaban ocultas, sofocando la risa entre las propias manos o contra el cuerpo de la que estaba próxima.

Las jóvenes esposas del príncipe se veían bellas en la crueldad. Los hombros, las rodillas, los dientes afilados. Las uñas, las túnicas crujientes. Los cabellos, los celos desatados.

La que había sido designada para hacer guardia junto a la salida de la cocina principal del palacio llegó corriendo:

-¡Viene!, ¡viene! -venía la sierva de Lengua Demorada.

Como la paloma corrió velozmente sobrevino un tiempo de silencio entre el anuncio agitado y el sonido de los pasos de la anciana por el corredor.

-Ya viene, ya viene...

La sierva de Acila caminaba con dolorosa lentitud. En una bandeja de plata llevaba un pan para su ama.

De pronto, escuchó un aleteo. Y antes de que pudiera comprender, cinco palomas furiosas le cortaron el paso. La sierva se detuvo y apretó el pan contra su pecho.

-¿Qué quiere tu ama...? ¿Engrosar más su enorme cuerpo?

Las risas se veían mucho más de lo que se escuchaban.

-¿Qué sucede con Lengua Demorada? Parece que engulle pan para olvidar que su esposo nos busca por las noches.

La sierva de Acila intentó avanzar. Pero las palomas la rodearon.

Los ultrajes contra Lengua Demorada y Yocoya-Tzin le dolían a la sierva mucho más que si hubiesen sido proferidos contra ella.

Una de las mujeres se adelantó y le arrebató el pan de las manos. La anciana intentó defenderlo, pero sus manotazos débiles no consiguieron nada. Y se redoblaron las burlas.

Dos brazos jóvenes la empujaron. Otros brazos la sostuvieron por la espalda evitando que cayera; pero fue sólo para echarla hacia adelante. Otros la recibieron, y volvieron a empujarla hacia atrás. Otros, hacia adelante. Mientras algunas palomas jugaban con el cuerpo liviano de la anciana, otras se pasaban el pan de mano en mano por sobre sus cabezas:

-Maldigo el pan de Lengua Demorada y se lo doy... ¡A ti!

-Yo lo recibo, vuelvo a maldecirlo. Y te lo doy a ti.

-Maldigo el pan de Lengua Demorada y se lo doy... ¡A ti!

-Yo lo recibo...

Pero una de las mujeres sabía que aquello no era un juego. Y reservaba para sí lo más importante; lo que ni sus hermanas debían conocer. Cuando recibió el pan por segunda vez, se encimó a la anciana:

-¡Mira, sierva! -la mujer introdujo el pan por el escote de la túnica, lo dejó resbalar, y luego lo retuvo a la altura de su vientre-. Tu ama engendra un pan y no un príncipe.

Luego dejó caer el pan entre sus pies. La sierva de Acila intentó levantarlo pero no llegó a tiempo.

-¿Le llevarías a tu ama un pan sucio? Mejor dile que si tiene hambre se devore las manos.

Aquella joven mujer, la misma que había alentado el juego, pareció aburrirse de pronto:

-¡Vete ya, vieja! -dijo. Después se dirigió a las demás jóvenes- ¡Juguemos a buscarnos en el jardín!

Sus hermanas, sin hijos que vengar, olvidaron un juego y aceptaron otro.

Corrieron las palomas, se perdieron entre la fronda verde para ocultarse, sorprenderse y elegirse escarmientos. ¿Quién podría decir entonces que eran capaces de dañar, picotear y herir?

Cerca de allí, en un brozal que limitaba con los jardines, Flauro esperaba.

La joven llegó hasta él con la respiración agitada y las mejillas enrojecidas.

-¿Lo tienes? -preguntó Flauro.

Por toda respuesta la mujer sacó el pan que había vuelto a ocultar entre sus ropas, y se lo entregó.

Cuidadosamente, el capitán de Misáianes comenzó a romperlo. Se quebró la corteza dorada. Aromó la miga dulzona y aún tibia. Entonces, algo estorbó desde adentro.

-¡Mira! -dijo Flauro. Y luego le acarició el rostro-. Llegamos a tiempo.

Dentro del pan asomaba un trozo de pergamino enrollado. Flauro retuvo la mano ávida de la joven:

-No debemos sacarlo -dijo-. Así Molitzmós tendrá la seguridad de que el pergamino fue colocado dentro del pan antes de su cocimiento.

El capitán no podía saber de qué se trataba aquello; pero fuese lo que fuese, se hacía a espaldas de Molitzmós. Eso era bastante...

-¡Aguárdame aquí! -agregó-. Iré a ordenar que no permitan a Lengua Demorada salir de su habitación ni recibir a nadie. Luego regresaré para acompañarte hasta las habitaciones del príncipe.

La noche volcó su miel negra sobre la ciudad. Pero nadie iba a dormir o soñar.

Adentro de aquella noche oscura todos se moverían de un sitio a otro; y las pesadillas serían de carne.

Luego de anunciarse, Flauro se hizo presente en las habitaciones del príncipe acompañado por la joven esposa de Molitzmós, que entró temblorosa y con algo entre las manos.

-¿Qué ocurre? -preguntó Molitzmós con asombro.

-Encontré a tus esposas jugando indebidamente con la sierva de Acila... Intervine, seguro de que se trataba de una insignificancia -Flauro señaló a la mujer-. Aunque será mejor que lo explique ella misma.

El príncipe asintió.

-Íbamos de camino al estanque cuando nos cruzamos con la sierva de Acila. La anciana llevaba un pan para su ama. Conoces a mis hermanas... Son inquietas y sienten celos de Acila que, sin cesar, las llama palomas.

-A pura tu relato -le exigió Molitzmós.

-Tus esposas sólo querían jugar. Pero la anciana se asustó y en su apuro por escapar dejó caer el pan. Lo levanté. Cuando quise romperlo para comer la miga caliente, porque así me gusta, hallé algo extraño. Sin saber si tenía importancia, busqué al capitán que había presenciado lo ocurrido. Fue él quien consideró indispensable que tú lo vieras de inmediato.

Antes de que la mujer terminara de hilvanar su mentira, Molitzmós le quitó el pan que le mostraba y terminó de abrirlo. Estuvo inmóvil un momento, estuvo pálido.

-¿Dices que éste era el pan que la sierva de Acila llevaba?

-Ése era.

-Retírate -dijo el príncipe.

La joven esposa salió, aliviada porque su parte había terminado.

Molitzmós sintió que se avecinaba una nueva soledad. Y no quiso... Triste con la tristeza que precede a la furia, se aferró a la esperanza de que aquello fuera algo trivial; intrigas de esposas contra esposas.

Extrajo el pergamino. Caminó hasta una ventana y dejó el pan sobre el alféizar. Pensó, remotamente, que los pájaros llegarían pronto.

El capitán aguardaba sin quitarle los ojos de encima, y él no tenía excusas para demorarse.

Desenrolló el cuero delgado y blanco. En la pequeña superficie de aquel pergamino se acumulaba una gran cantidad de líneas y figuras que, a simple vista, parecían no tener sentido.

Pero Molitzmós reunía dos condiciones: era un insigne jugador de yocoy y también un gran conocedor de los códices y sus signos. De inmediato supo que aquello que tenía ante sí era el diseño de una conspiración. Las imágenes no eran simultáneas sino sucesivas, y representaban un trayecto estratégico. Allí había movimientos, espacios a recorrer y alianzas. Allí se leían inscripciones en lengua sagrada que muy pocos eran capaces de comprender.

El príncipe se hallaba frente a una tragedia que no había imaginado, y que todavía distaba mucho de comprender.

Flauro no sabía de yocoy ni de códices, pero sí de guerra.

-Entiendes como yo que estamos ante una conspiración y que es imprescindible actuar con premura.

Molitzmós del Sol le respondió sin mirarlo.

-Aun con este pergamino en la mano, es muy poco lo que sabemos y demasiado lo que ignoramos.

-De cualquier forma -dijo el capitán de Misáianes- no aguardaré demasiado para dar mis órdenes.

El príncipe se irguió en sus vestimentas suntuosas.

-¡Aguardarás, Flauro! -pero enseguida ablandó el tono de su voz-. Dime, ¿qué haríamos en mitad de esta noche? ¿Cómo dar un paso sin antes saber quiénes están al frente de esta traición y hacia dónde se dirigen?

Molitzmós y Flauro ajustaban sus posiciones en una alianza que, en ese trance, se hacía imperiosa. Ambos compartían la urgencia por desbaratar aquel movimiento.

-Pero para ello es imprescindible comprenderlo -insistió Molitzmós.

-No hay más tiempo que esta noche -respondió Flauro-. Y tú conoces el atajo.

El príncipe comprendió lo que Flauro decía: Acila debía ser sometida a tormento hasta que confesara lo que sabía.

-Y sabrá todo -aseguró Flauro.

-Ella es, ahora, Yocoya-Tzin -replicó Molitzmós-. Y nadie la rozará hasta después del nacimiento. Además, capitán, no la conoces... Ningún tormento doblegará el temple de Acila.

Molitzmós recordó, tal como si nunca lo hubiese sabido, que Acila pertenecía a la Casa rival cuya cabeza él mismo había levantado en una pica.

Lengua Demorada había logrado que él olvidara eso; que lo olvidara como si nunca lo hubiese sabido. Por la memoria del príncipe pasaron las razones que Acila tartamudeó, llena de insolencia, el día en que entró por vez primera al palacio de mando. Molitzmós creyó en esas palabras porque correspondían a su pensamiento. Él las hubiera dicho idénticas.

Pero no fueron sólo las palabras. Acila había dado una rotunda prueba de lealtad señalando la conjura que se urdía en contra de Molitzmós. Y con ello condenó a muerte a su propia Casa.

La sagacidad de su esposa lo había despertado a tiempo, cuando él dormitaba saturado de sábanas y de oacal. Fue Acila quien lo indujo a ser impertinente y partir en busca de las aldeas zitzahay para ofrecérselas a Misáianes. ¿Sería emisario de otro modo?

Ésos y otros obsequios podía recordar el príncipe del Sol.

Era difícil desconocer, de pronto, la incuestionable lealtad que Lengua Demorada le había demostrado. Pero tampoco era posible ignorar lo que veían sus ojos.

Pocas cosas le resultaban irrealizables a Molitzmós. Pero había una: no sabía engañarse. Jamás Molitzmós negaría una espina por el temor de hurgar la carne.

-Y cuáles serían tus órdenes, capitán -preguntó el príncipe.

-Desarmar de inmediato a los soldados del Sol, aprehender a su jefes. Impedir que los nobles abandonen el palacio -Flauro hablaba como si ya estuviese ordenando-. Desplegar fuerzas por toda la ciudad. Y, por supuesto, tomar los atajos del tormento.

-Es posible que debamos hacer eso, y mucho más -Molitzmós no podía demostrar debilidad ni dolor frente a Flauro-. Sin embargo, tomaré esta noche para desanudar este enigma. Sé que podré hacerlo y entonces nuestras acciones se dirigirán al blanco correcto.

-¿Por qué hablas de enigmas cuando todo está a la vista?

El capitán estaba poniendo en ridículo su inteligencia. Un sideresio se atrevía a ignorar la sustancia de sus argumentos. Molitzmós se irritó visiblemente:

-¡Responde, capitán! ¿Qué ves aquí tan claramente? -dijo, acercando el pergamino a los ojos de Flauro que giró dándole la espalda.

-Una conjura, un movimiento de guerra.

-¡Has entendido algo...! -Molitzmós sonrió con desprecio y buscó de nuevo el rostro de Flauro-. Ahora ve a todo lo que no puedes responder.

Entonces, Molitzmós preguntó y esperó, preguntó y esperó sin obtener respuestas.

-¿Es esto una sublevación del País del Sol contra el orden que estamos instaurando? ¿O es sólo una conjura de la casa rival contra mi principado? En ese caso, ¿puedo yo estar seguro de que no hay sideresios complotados? ¿Qué significa esta línea ondulante que cruza el pergamino? ¿Quiénes son los cabecillas de la rebelión? ¿Está aquí presente el ejército del Venado? ¿Tiene esto alguna relación con su extraño silencio? ¿Qué han hecho ya? ¿Qué van a hacer? ¿Cuándo?

Y Molitzmós continuó:

-¿Saldrás a pelear una guerra que no entiendes contra enemigos que no conoces? Tú sabes que eso es muy malo, capitán.

-Responde tú esas preguntas -aceptó Flauro-. Mientras tanto, yo organizaré a mis soldados. Al amanecer regresaré a escuchar tus respuestas.

-Sólo esto -dijo Molitzmós, deteniendo a Flauro que partía-. Coloca guardias en la habitación de Lengua Demorada. Que no hable con nadie ni salga de allí hasta que este pergamino nos hable.

Flauro sonrió:

-Haré lo que ordenas -dijo.

Cuando quedó solo, Molitzmós desplegó el pergamino, apenas más grande que su mano abierta.

Aquel mapa era un pozo frente al príncipe. Y él no iba a bordearlo; descendería hasta el fondo aunque el fondo fuera la boca de otro pozo cuyo fondo fuera la boca de otro pozo. En el País del Sol, un jugador de yocoy no contemplaba su propia tristeza. Molitzmós se sentó frente al tablero dispuesto a dar la mejor partida.

Mientras tanto, en su habitación, Acila escuchaba el lamento de su sierva.

-Quise defender el pan, ama. Quise defenderlo, pero no pude.

Acila, que era capaz de sostener en su mano el hierro candente de la traición y soportar el peso de los conspiradores asesinados, no podía sostener ni soportar una esperanza vacía.

El plan urdido pacientemente, sin regatear muertos, no había fraguado por completo. Y una pequeña mujer, la menos considerada por Acila, tenía el privilegio de haber colaborado con su caída.

Sin embargo los sacrificios no habían sido inútiles.

Su boda con Molitzmós permitió que la resistencia entrara al palacio de mando. Conducido por sus palabras, el príncipe dio los pasos precisos para ser nombrado emisario del amo. Si, en cambio, Misáianes hubiese elegido a un mago del Recinto, mucho se habría perdido. O quizás todo. Pero Lengua Demorada estuvo donde debía y dijo lo acertado.

En tanto eso ocurría, la resistencia consolidó sus alianzas y se unió al ejército del Venado para la lucha definitiva.

Pero sobre todo estaba Yocoya-Tzin, concebido en el día indicado por los sabios de la corte. El reunía la sangre de las dos Casas y sería la piedra de un nuevo imperio.

La noche era el tiempo que ambos bandos tenían para realizar sus movimientos y modificar estrategias. Al amanecer, correría sangre. Y es cierto que cuando la muerte espera al pie de la mañana, la noche anda de prisa.

Acila ya sabía que era una prisionera. También que, fuera de aquella habitación, la resistencia no iba a detenerse en lamentos o en falsas esperanzas. Con seguridad ya estaría reacomodándose según los nuevos y malos acontecimientos.

La sierva aguardaba una decisión que, aunque desconocía, imaginaba dolorosa.

Acila pidió a la anciana que acomodara las mantas en el suelo. Cuando el trabajo estuvo listo, se recostó con lentitud.

-Aquí naceremos y m... moriremos -dijo.

La noche daba un paso en el cielo y dos en la tierra; porque antes de la guerra, la noche anda de prisa.

Entonces Acila colocó una mano sobre su vientre, y extendió la otra mano hacia la sierva que se apuró a tomarla entre las suyas.

-Atiende bien -volvió a decir.

Lengua Demorada estaba tomando decisiones de guerra.

Casi escuchó un ruido de cristales.

-¿Escuchas? -preguntó a su sierva.

Estaba rota en añicos la posibilidad de sorprender a los sideresios con un ataque conjunto: por fuera, el implacable ejército del Venado; por dentro, la resistencia del Sol.

-Sí, escucho -le respondió la anciana.

Sin embargo esa noche no era para llorar sino para rehacer lo posible. Con la confianza depositada en la sagacidad de sus aliados, Acila determinó pelear por el estandarte. Y el estandarte de la guerra era Yocoya-Tzin. El hijo engendrado con sangre de las dos Casas como una promesa de refundación.

Yocoya-Tzin encerrado en su vientre, en una habitación, en un palacio, era apenas un niño.

Yocoya-Tzin vivo y libre sería el corazón de la resistencia.

-Pero aún no es tiempo de que nazca -murmuró la sierva.

-Lo s... será si los astros lo disponen -respondió Acila-. Lo será si te acuestas sobre mi vientre.

La anciana se estremeció ante aquello que le estaban pidiendo. Y, por vez primera, sintió que no sería capaz de cumplir los deseos de su ama.

Acila buscó razones suficientes para que la ayudara.

-Haz de cuenta que éste es mi c...cadáver -dijo, señalando su propio cuerpo-. Sabes mejor que nadie que ya he muerto. Pero soy una muerta que aún p...puede elegir. ¿Pretendes algo mejor para mí, anciana?

La sierva besó la mano de Acila como un modo de aceptación.

Luego Acila habló sobre Yocoya-Tzin... Si el primogénito nacía en el imperio victorioso de Misáianes no tendría camino ni sepultura. Para los sideresios, Molitzmós era una capa de plumas que arrojarían al fuego en cuanto la conquista fuera consumada. Detrás de Molitzmós estaría Yocoya-Tzin. ¿Había alguien más propicio para sostener en una pica cuando el continente sucumbiera?

-Comienza -dijo Acila-. Comienza que la noche -dijo Acila-. Comienza que la noche no aguarda.

La anciana secó sus lágrimas. Se arrodilló junto al cuerpo de su ama, le besó la frente.

-Sufrirás -le dijo.

-Tú, d...dulce anciana, sufrirás más que yo.

Con la noche corriendo, la sierva comenzó a oprimir hacia abajo el vientre de Acila.

Cuando la anciana no se presentó a tiempo en las cocinas del palacio indicando que su ama ya había recibido y dado asentimiento al último mensaje, los conjuradores entendieron que algo adverso sucedía. Pero la resistencia era ágil y capaz de saltar hacia otro sitio.

Lengua Demorada estaba segura de que, muy pronto, los jugadores de yocoy se reunirían en algún escondite de la ciudad para tomar decisiones de urgencia.

También Molitzmós y Flauro obrarían de prisa; ya estaban obrando.

-Apresúrate -pidió Acila procurando disimular el dolor.

Pasillos y paredes más allá, Molitzmós trabajaba en una sala repleta de pergaminos, cartas territoriales y escritos cifrados. El vasto saber del príncipe sobre los códices fue decisivo en su impensable tarea. Tanto como su conocimiento de las lenguas sagradas.

Molitzmós decidió comenzar con la geografía de aquella traición.

Empezó por llevar un cristal de lado a lado, minuciosamente. Se detuvo en unos diminutos caracteres arcaicos trazados bajo una línea redondeada. Se quedó quieto en memoria; examinó cada trazo y los comparó con otras escrituras. La inscripción aludía a una antigua batalla librada por las tribus originarias, antes de la existencia del País del Sol. El príncipe recordó que aquellos hechos habían ocurrido en el territorio donde se alzaban las Colinas del Límite.

-Línea combada -dijo Molitzmós-, ya no eres un secreto. Ya sé cómo te llamas...

El príncipe se permitió un instante de descanso. Había dado un enorme paso porque a partir de aquella deducción podría determinar fácilmente el resto de los lugares que el pergamino aludía: la selva Madre Neén, la Casa de las Estrellas de Beleram. Y hasta el palacio donde, en ese mismo momento, desgarraba la corteza de una conspiración.

-Ahora, el tiempo -dijo.

Molitzmós no buscó constelaciones. Sabía que el pergamino carecía de un cielo desde el cual trazar ángulos.

-El tiempo no es preciso, ha de estar sujeto a alguna contingencia humana...

Molitzmós reconoció el signo del Kúkúl, ave sagrada de alas verdeazules.

-El nacimiento del Kúkúl es el nacimiento de un grande.

El pergamino amanecía ante el entendimiento de Molitzmós.

El príncipe comprendió que aquello era más ancho y más hondo que una sublevación de la Casa rival, justo cuando la noche trasponía su medio.

Silenciosa en su habitación de condenada, Acila se cubría de sudor y frío. Sus dientes se golpeaban unos contra otros sin que pudiera evitarlo. El cuerpo se tensaba de pronto; se moría de pronto. Pero la templanza de Acila alcanzaba para ella, el niño y la sierva.

Cuando la anciana vio salir de entre las piernas de su ama un golpe de agua, supo que ya no había retorno. Y que lo mejor para Acila y Yocoya-Tzin era apresurar el alumbramiento.

-Vamos, mi ama -murmuró-. ¿Recuerdas cuando eras una niña en nuestro antiguo palacio...? Piensa en eso, y así sufrirás menos.

Con todo su peso en lo alto del vientre de Acila, la sierva había desencadenado el nacimiento. Ahora tenía que trabajar con sus manos.

Todo lo soportó Lengua Demorada sin un quejido porque los guardias apostados en la puerta no debían percibir nada inusual.

-Sofoca su llanto -dijo Acila.

-Aún no ha nacido -la anciana perdía las esperanzas.

-N... nacerá .

Y como lo había hecho ante la puerta del palacio de mando, Acila reunió toda la fuerza de su amargura. Las manos de la sierva tuvieron que adentrarse más en el cuerpo de su ama. Y allí, en lo cálido y resbaladizo, debieron moverse con firmeza.

-Amanece -dijo Acila.

Pero no era el sol. Era la cabeza sangrada de un nuevo príncipe.

En otra habitación de la misma noche, el pergamino cedía los últimos secretos. Los signos hablaban con Molitzmós:

-Estos son tus primos, tus soldados y tus consejeros, con rostros diferentes a los que muestran ante ti. Ésta es Acila, la mejor contrincante que jamás has tenido.

-Éste que ves aquí, listo para erguirse como cien animales, con la furia de cien animales; éste es Thungür, hijo de Dulkancellin.

Ya no hacía falta más. Al amanecer correría sangre. Pero Molitzmós deseaba ver de cerca el rostro de Acila cuando supiera que había perdido la partida. Guardó el pergamino entre sus ropas y caminó hacia la habitación donde su esposa estaba prisionera.

En ese momento la sierva tomaba en brazos al recién nacido. Por orden de Acila, la anciana sofocó su llanto indefenso con una manta.

De inmediato descubrió el pecho de Lengua Demorada y sostuvo al niño para que se alimentara.

-¿Qué beberás, Yocoya-Tzin? -se lamentó la anciana, viendo un niño endeble sobre una madre reseca.

Cuando la boca del niño se aferró a su cuerpo, Acila sonrió:

-Ahora sé lo que vale un instante.

Pero el tiempo también lo sabía. Era urgente envolver en mantas a Yocoya-Tzin y sacarlo de allí. El herrero se encargaría del resto.

-Espera un poco -pidió la anciana-. Déjalo que cobre algo de fuerza. No soportará la vida de otro modo.

-La soportará -aseguró Acila-. El sol se alimenta de sí..., de sí mismo.

Pero aun así permitió que Yocoya-Tzin bebiera un poco más de leche fatigada.

Los sideresios que custodiaban la entrada de la habitación vieron llegar al príncipe y, sin esperar orden, se abrieron para darle paso.

De pie ante la puerta, Molitzmós del Sol imaginó su rostro rasgo por rasgo. Debía asegurarse de que no revelara ningún vestigio de tristeza.

En la penumbra de la habitación, el príncipe reconoció la silueta de Lengua Demorada.

-¿Por qué hiciste tu cama en el suelo, esposa? -su voz parecía la de cada mañana.

Con idéntica calma, aunque débilmente, Acila explicó que había sufrido de fiebre durante toda la noche. Y que los dolores y las incomodidades de su espalda se sobrellevaban mejor en la dureza del mármol que entre las plumas.

-¿Y tú, en qué te ocupas? -mientras escuchaba a su esposa, Molitzmós descubrió a la sierva, que sostenía entre sus brazos un bulto de mantas y lienzos.

-Como dijo mi ama... La fiebre le provocó abundante sudor. Yo me disponía a llevarme estas mantas viciadas para traer otras, limpias y frescas.

Molitzmós aspiró hondo. Los nacimientos tienen su olor; pero el príncipe no pudo reconocerlo y creyó en la tranquila explicación de la sierva.

Como la anciana no estaría sola ni por un instante y él deseaba decir lo suyo sin testigos, le permitió salir en busca de sábanas limpias.

-¡Hazlo pronto! -dijo. Y agregó-. Pero un soldado de los que guardan la puerta te acompañará hasta que regreses.

-Claro que sí -respondió la anciana-. Lo sabía.

Una vez solos, los esposos se miraron en silencio. La noche se acababa y no había mentiras que sostener.

Por el contrario, Lengua Demorada debía ganar tiempo contando la verdad. Una verdad tan punzante que retuviera a Molitzmós hasta tanto la anciana consiguiera llegar a los patios traseros del palacio.

-Alcázame mi corona de bodas -pidió Acila, adelantándose a cualquier palabra de Molitzmós.

El príncipe admiró la fortaleza de aquella mujer, que seguía jugando en la derrota.

Quizás por eso accedió al pedido de Acila. Quitó los paños bordados que cubrían la corona y la puso entre las manos extendidas de su esposa.

Ella la acarició lentamente, mientras aguijoneaba con palabras oscuras la sensible curiosidad de Molitzmós.

-Tú siem...siempre me preguntaste por su origen. Y yo nunca te di una respuesta.

-¿Crees acaso que su historia me importe ahora?

-Lo creo -la sonrisa burlona de Acila resplandeció de tal modo que alumbró la penumbra-. Un día de viento alguien robó...

-la lengua de Acila, demorada y terca, prolongaba el misterio-, alguien robó el cráneo de mi primo.

Un día de viento alguien había robado el cráneo de Hoh-Quiú, quitándolo de la lanza que lo sostenía.

El recuerdo de aquel hecho consiguió paralizar a Molitzmós.

Entonces Acila, sin quitar la vista de la corona, explicó minuciosamente cada detalle de su trabajo para que Molitzmós supiera cómo había logrado transformar el cráneo de Hoh-Quiú en una corona de bodas. Habían sido, dijo, larguísimas noches de trabajo en su palacio ruinoso, cortando y puliendo con improvisadas herramientas los huesos que sus sirvientes habían robado para ella al amparo del viento.

-De modo que te desposaste con ambos. Con...conmigo -la furia del príncipe avanzaba hacia ella, pero Acila logró decir lo que quería-. Conmigo y con Hoh-Quiú.

Escasas veces en su vida Molitzmós había perdido el dominio sobre su furia. Y nunca tan perdido como entonces.

Acila vio llegar los golpes pero renunció a protegerse. En cambio se irguió cuanto pudo en su nido de mantas ensangrentadas. Y frente al puño alzado de príncipe, se descubrió para mostrar su vientre vacío.

-Ya hay nuevo Sol -dijo.

Molitzmós estaba tan lleno de padecimiento que tuvo que gritar para seguir respirando. Y por lo mismo descargó el golpe que traía sobre el rostro de Acila que, vencida por el dolor, cayó sobre un costado. Y allí se quedó quieta; abrazada a su corona.

El soldado que había quedado custodiando la puerta entró al oír el grito.

-¡La anciana...! -balbuceó Molitzmós-. ¡La anciana se lleva a Yocoya-Tzin!

¿Cómo podía explicar lo que estaba ocurriendo, a un sideresio que seguramente ni siquiera reconocía el nombre del primogénito? ¿Cómo le diría que hasta su propia Casa lo había traicionado; y que su hijo llegaba a las manos de la resistencia para transformarse en prenda de una alianza definitiva?

-¡La anciana! -repitió- ¡Ordena que detengan a la anciana!

Pero se oyó un disparo sobre sus palabras. Un mínimo silencio. Enseguida, una descarga de fuegos atronó en el palacio y

en sus alrededores. Molitzmós supo que ya era tarde.

El primer disparo había dado en el pecho del sideresio que custodiaba a la sierva.

El silencio fue el principio del amanecer.

Lo demás fue la guerra desencadenada en el País del Sol.

Aquella noche Flauro había movido a sus hombres dentro de los límites del palacio y enviado órdenes más allá de los muros. La resistencia, por su parte, había vigilado. Y estaba alerta.

La anciana salió por un pórtico posterior del palacio seguida por un guardia sideresio, y comenzó a caminar en dirección a los pabellones domésticos. Llevaba en sus brazos un bulto de ropa que no debía llorar...

Miró hacia el cobertizo, imploró que el herrero estuviese allí.

Como todos en la ciudad la sierva no tenía tiempo que perder.

Unos cuantos pasos más, y pasaría cerca del cobertizo. ¿Estarían los soldados del Sol viendo lo que ocurría?

¿Estaría alerta la resistencia...? ¿Tan alerta como para actuar en el instante preciso?

Su ama lo había creído así. Había confiado. Aquel pensamiento le dio a la anciana el coraje definitivo. Frente al cobertizo fingió asustarse a causa de algo que sucedía a sus espaldas. Y giró con la vista puesta en las balaustradas del palacio. Conocía la condición de los sideresios: brutal y cobarde.

-¿Qué...? -el sideresio se volvió hacia el palacio con el arma en alto-. ¿Qué es? -preguntó.

Y caminó dos pasos, alejándose de ella y del niño.

Esa distracción y esa distancia era todo lo que la sierva podía obtener. Rápidamente descubrió a Yocoya-Tzin y lo puso ante los ojos del cobertizo; si es que el cobertizo tenía ojos.

Los tenía y eran muchos. Pero el herrero reaccionó antes que nadie, y disparó certeramente contra el sideresio. La anciana cubrió al niño con su cuerpo. Amanecía, y ése fue el silencio.

Un grupo de soldados del Sol salió de inmediato disparando en círculo; cubriendo con sus vidas al nuevo príncipe.

Rodeada por la resistencia la anciana logró atravesar el espacio abierto.

La zona destinada al servicio y provisión del palacio tenía, por necesidad, amplios accesos al exterior. Por alguno de ellos la sierva y Yocoya-Tzin abandonaron el palacio de mando.

Pero para que así ocurriera, muchos tuvieron que caer en su defensa.

Amanecía, y la vida de un príncipe recién nacido ya había costado decenas de hombres.

Ante Thungür, el herrero había expuesto una posición que parecía inflexible. Sin embargo la resistencia del Sol sabía que sin el ejército del Venado su destino era la derrota. Si el jefe husihuilke no aceptaba esperar el tiempo requerido, los nobles sacarían a Lengua Demorada de la ciudad y adelantarían el alzamiento. Ese era el plan... Eso era lo que el herrero había cifrado en el pergamino.

"Thungür no aceptó nuestras demandas y galopó hacia aquí con todo su ejército..."

Luego, el pergamino detallaba los pormenores de la nueva disposición estratégica.

Pero el plan se había truncado.

Durante aquella noche, sin noticias ciertas sobre lo que ocurría dentro del palacio, la resistencia del País del Sol había razonado de muchos modos.

Los jugadores de yocoy, seguros de que la conjura había cedido en algún sitio y se desmoronaba, ideaban un modo de rescatar a Acila y a su vientre.

Pero los jugadores de yocoy no sabían que el tiempo ya se había ido. Y que la madrugada era demasiado tarde.

Lengua Demorada, en cambio, comprendió que no contaba con más tiempo que esa noche, y entonces rescató su vientre sin más ayuda que la de una anciana.

La guerra llegó al amanecer.

Los sideresios habían recibido de Flauro la orden de matar nobles y sirvientes, mujeres y niños. Matar a los consejeros del palacio y a los hambrientos de las calles; cualquier hijo del País del Sol era la resistencia.

-Al amanecer comenzará la guerra que esperábamos -dijo Flauro-. El príncipe oscuro se equivocó. Seremos nosotros los que caminaremos sobre la carne amontonada, y el Amo nos retribuirá con gloria y riquezas.

No hubo, no pudo haber mañana más sangrienta en el País del Sol.

Aquello no fue el repliegue de un ejército sino una estampida desesperada que tropezó cientos de veces con la muerte.

Los soldados sideresios irrumpieron en las cocinas del palacio. Después los caldos hirvientes se volcaron, y el pan se hizo cenizas.

Las lavanderas cayeron acribilladas sobre sus cestos. La sangre de los consejeros salpicó los poemas antiguos y cambió para siempre su sentido.

Los pasillos y las escaleras se atiborraron de sirvientes y de nobles que se mezclaban intentando escapar. Y el capitán de Misáianes ni siquiera recordó a la joven esposa de Molitzmós, que cayó muerta junto a sus hermanas sin comprender lo que había hecho.

La huida se extendió por las calles donde una multitud de frentes de batalla se armaban y desarmaban. Cambiaban de posición o desaparecían, dejando muertos de los dos bandos.

Cientos de campesinos corrieron por los maizales en busca de la salvación.

Los puentes de madera y sogas que procuraban una fácil salida de la ciudad fueron destruidos por los hombres de Flauro. En canoas por los canales, galopando por caminos abandonados; en multitudes o en grupos reducidos el pueblo del Sol escapaba hacia las Colinas del Límite. Muchas veces los sideresios les cortaron el paso. Y entonces los más afortunados murieron, pero muchos regresaron a la esclavitud que ahora ya no tendría esperanzas.

Un día entero duró aquella batalla, repartida en insólitas trincheras y en vanguardias desordenadas. Y aunque la resistencia combatió con fiereza y con inteligencia, los sideresios celebraron una victoria en la ciudad llena de incendios y de muertos.

Los que lograron salvarse se reunieron lentamente en La Pezuñera y vieron que, a pesar de todo, eran un pueblo.

-Por qué lo dices, vecino. Por qué dices que somos un pueblo.

-Porque tenemos todo lo que un pueblo necesita: niños y mujeres. Y al herrero que es jefe de soldados. Pero más tenemos; tenemos un príncipe.

-Mira, vecino, que también tenemos muertos.

-¿Y qué he dicho yo? Todos los pueblos tienen muertos.

Cerca de allí, en un campamento improvisado bajo la luna, el herrero hablaba con sus hombres. Antes de detenerse, había enviado algunos mensajeros para que informaran a Thungür lo que estaba sucediendo.

-Apenas descansaremos antes de continuar. Debemos reunirnos cuanto antes con las fuerzas del ejército del Venado... Y poner a Yocoya-Tzin bajo su amparo.

El herrero no iba a decir a sus hombres que, a los ojos del jefe husihuilke, Yocoya-Tzin sería un niño igual a cualquier otro. Pero que eso era suficiente para que Thungür muriera por él.

Molitzmós había permanecido en la habitación de Acila escuchando el sonido de la guerra, viendo los fuegos dispersos por la ciudad. Ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Sólo dos veces, el príncipe mojó los labios de la moribunda. Luego regresó al ventanal y a sus pensamientos.

Molitzmós miraba el fin de su batalla... Ya no tenía nada; ni siquiera el escudo de su Casa para defender. No tenía nobleza, ni sirvientes. No tenía hijo.

El que quiso ser príncipe del Sol y de las Tierras Fértiles, el que soñó un pacto con Misáianes, se quitó la capa de plumas. Iba a arrojarla al suelo; sin embargo decidió cubrir con ella el frío de Lengua Demorada.

Con la noche, Flauro entró a la habitación. Y se dirigió a Molitzmós sin necesidad de disimulos:

-Y bien, príncipe, ¿encontraste ya las respuestas?

Molitzmós, que continuaba de pie junto al ventanal, no respondió.

-Temprano envié órdenes a Beleram -Flauro hablaba para dejar claro que era él quien tenía el mando-. Vamos a derribar cada piedra de la Casa de las Estrellas. Luego todas las fuerzas que la ocupan vendrán hacia aquí. Aquello es roca inútil. Y no es en la tierra vacía de los Astrónomos donde se librará la última batalla. Es aquí donde el ejército de Thungür encontrará la humillación y la derrota.

Acila se quejó en sueños. Flauro se acercó a ella.

-No es preciso que la toques -Molitzmós estaba pidiendo-. Se muere.

El capitán tenía en sus manos la victoria que el amo reclamaba. Y allí estaba Acila muriendo en la suciedad y en la derrota.

-Sólo esto, Lengua Demorada, los soldados que enviaste a Los Confines serán sacos llenos de peces y de algas.

Flauro los miró. ¡Las grandes inteligencias del sol!, ¡las alas del Kúkul! Allí sólo había una mujer con el cabello transpirado, ajada por la agonía; y un hombre que sin su capa de plumas se parecía a cualquier oscuro de la ciudad. Ahora, Flauro era por entero capitán de Misáianes. Y salió a comandar su guerra.

El viaje de regreso desde Umag del Gran Manantial a Beleram fue menos desesperado. La tristeza de Cucub era la misma, pero el zitzahay ya sabía qué hacer. Había hablado con Thungür, y eso le devolvió la calma. Y también le prestó la voz que un jefe debía tener ante sus guerreros:

-No es posible aguardar, como hubiésemos deseado, el momento oportuno para liberar a nuestros hermanos del establo. El momento será mañana mismo. Porque luego debemos partir sin demora hacia las Colinas del Límite donde la guerra grande nos necesitará más que aquí.

-¿Y Bor? -preguntó uno de los Kúkul.

-Pienso en él sin cesar -respondió Cucub-. Y no puedo resignarme a abandonarlo, aunque sé muy bien que ése sería su deseo y su orden. ¡Oigan esto...! Comenzaremos por lo que apremia, liberaremos la aldea. Luego, y según los sucesos, tomaremos una decisión. Es posible que el Supremo Astrónomo permanezca en el observatorio, reescribiendo códigos sin que los sideresios lo dañen.

Los Kúkul no podían conocer los últimos sucesos ocurridos en la ciudad del Sol. Mucho menos que Flauro había enviado hombres a la Casa de las Estrellas con orden de destruirla, piedra por piedra.

Durante las jornadas que duró la guerra de grillos y almas, los Kúkul rondaron la Casa de las Estrellas, observando con atención cada movimiento de los sideresios: sus horas, sus costumbres, sus borracheras. Disimulados en el follaje, cubiertos ellos mismos de hojas y ramas, los Kúkul acompañaron el ir y venir de los prisioneros realizando las faenas que los sideresios les imponían. Por eso, no bien observaron los primeros movimientos del día, los Kúkul supieron dónde llevarían a los prisioneros.

-Van a la colina a talar y recolectar leña gruesa -dijo Cucub-, Me adelantaré para construir mi escondite.

En esas ocasiones los sideresios trasladaban sólo a los hombres. Ya en el lugar los contaban antes de desamarrarlos, y lo hacían nuevamente al final de la extensa jornada.

El día amaneció limpio. El Kúkul cantó desde temprano y con tanta vehemencia que los zitzahay supieron que algo ocurriría. Los sideresios, atemorizados, golpearon más que de costumbre a los prisioneros mientras los conducían a la selva. Los sideresios querían que el Kúkul se callara. Pero el pájaro habló con voz sorda:

-Sigue trabajando, y escúchame.

El zitzahay que hachaba un árbol de resina oyó la voz desde un enorme montón de ramas y hojas secas, junto a él. Pero nada en su rostro delató asombro.

-Te lo diré una vez y, si me entiendes, despide fuerte el aire de tu boca.

Los guardianes se paseaban entre los prisioneros. Sin cesar llevaban la vista hacia arriba esperando que, de un momento a otro, cantara un Kúkul.

-Cuando caiga el árbol que estás talando, acércate a mí. Yo te entregaré una pequeña bolsa con cerbatanas y dardos envenenados. Ocúltalos y llévalos al establo.

El zitzahay que talaba respiró con fuerza para indicar que había entendido.

Luego hubo un largo silencio. El hacha golpeaba contra el árbol de resina. Un poco más tarde, Cucub habló de nuevo:

-Esta noche cantaremos alto para que los sideresios salgan a cazarnos. Cuando eso ocurra canten también ustedes en el establo...

El Kúkul hizo silencio. Después continuó:

-Ellos irán a castigarlos. Pero serán pocos y ustedes tendrán sus cerbatanas. Nada mejor podemos hacer.

El prisionero continuó talando a buen ritmo. Y recién habló cuando la luz comenzaba a opacarse.

-Es ahora -dijo.

Y el Kúkul respondió:

-Es ahora.

El árbol iba a derrumbarse. El zitzahay gritó para alertar a los demás de su caída.

Donde cae un árbol, el mundo se confunde. Hay estruendo de montañas, olor a tierra. Y por un momento las figuras oscilan detrás del aire turbio. La selva no quiere callarse cuando cae un árbol; las formas agitadas demoran en recobrar su nitidez. Disimulados por la muerte del árbol de resina, Cucub le entregó a la aldea una posibilidad para vivir.

Atardecía, y era bello el rojo detrás de la selva.

Ese día los Kúkul se aventuraron más que de costumbre, y cantaron muy cerca. Dentro del establo los prisioneros ya estaban preparados.

El canto repetido del pájaro sagrado perturbaba a los sideresios que, esa noche, ocupaban los puestos de centinelas en los alrededores de la Casa de las Estrellas. Los demás permanecían resguardados tras los muros, gritando y bebiendo para no escuchar.

Los Kúkul cantaban en las escalinatas...

No era en las escalinatas sino un poco más allá, cerca de las pirámides solitarias.

No era en la pirámides, sino en las orillas de la selva...

Los centinelas sideresios avanzaban ofuscados tras el canto. De ese modo los Kúkul los arrastraron hasta una zona de robles tan copiosos que permitían, pasando de uno a otro, caminar por lo alto.

El robledal de la selva se llenó de cantos... Los sideresios se adentraron en él con las armas en alto, sin alejarse demasiado unos de otros.

¿Qué puede hacer la noche, en un robledal de la selva, más que espesarse?

¿Qué puede hacer la cobardía en la noche espesa de un robledal, más que tiritar y perder el discernimiento?

Los sideresios dispararon contra los robles. El ruido del fuego sacudió la selva, pero el único trofeo de esa primera embestida fue un silencio oscuro. Los sideresios recargaron sus armas y apuntaron a la espesura verde donde los pájaros continuaban burlándose de ellos.

El eco de los estampidos se acababa. Y enseguida, un Kúkul cantaba robledal adentro, robledal arriba. O en el mismo sitio que los sideresios acababan de dejar a sus espaldas.

Mientras tanto, en los establos, los prisioneros comenzaron a imitar el canto del ave de alas verdeazules.

Los pocos centinelas que permanecían apostados en las inmediaciones los escucharon incrédulos; nunca antes aquellos prisioneros se habían atrevido a desafiarlos.

¿Qué pretendían ahora, débiles y desarmados como estaban? Con seguridad, el canto de los Kúkul en la selva los había trastornado lo suficiente como para hacerles olvidar el castigo que recibirían. Los centinelas iban a quebrarles las espaldas a golpes... Llegaron al establo, abrieron de par en par la puerta de madera. Entonces los prisioneros se callaron y, en la penumbra, llevaron las cerbatanas a sus labios.

Los centinelas levantaron las antorchas para alumbrar el lugar. Se oyó un silbido. Y un enjambre de dardos envenenados salió disparado desde el fondo del establo.

Aprovechando el desconcierto, los prisioneros corrieron hacia la salida. Los hombres cubrieron la huida de las mujeres que llevaban a los niños en sus brazos. Salir del establo significaba apenas el comienzo, porque luego debían atravesar un buen trayecto a campo abierto. Los zitzahay intentaban llegar a la selva.

Si alguno alzó los ojos hacia el observatorio, debió ver la mano de Bor que pretendía hacerse enorme para ocultarlos de las antorchas que los perseguían.

El estruendo alertó a los soldados dentro de la Casa de las Estrellas que acudieron en ayuda de los centinelas. Algunos zitzahay no lograron salir del establo. Otros apenas pudieron correr un breve trecho por la explanada.

Apenas unos pocos llegaron al amparo de la selva.

Los Kúkul del robledal habían hecho su parte; era momento de alejarse por las copas frondosas. Pero un Kúkul permaneció en el lugar. El fuego incierto de los sideresios lo había alcanzado. Herido de muerte intentó aferrarse a las grandes ramas de los robles. No pudo hacerlo y, finalmente, su cuerpo se desplomó en tierra.

Cuando lo vieron caer los sideresios se abalanzaron para arrancarle el plumaje.

Volcados sobre el Kúkul muerto, los sideresios se disputaban su parte. Tan enfervorizados estaban que demoraron en entender que no arrancaban plumas verdeazules. Era puñados de cabello negro.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie."

Como ningún otro, el Códice Balameb había sido estudiado en sus reescrituras. Obstinadamente, los eruditos se volcaron sobre sus fragmentos, puesto que nada intacto ni primigenio se conservaba de él. Y en cambio existían versiones de distinta procedencia y antigüedad, muchas de las cuales parecían no tener ensambladuras.

Ningún códice fue tan interrogado por las inteligencias más resplandecientes de los dos lados del mar. Tanto para nada, porque las respuestas importantes se negaban.

El Códice daba noticias del gran cisma de la magia. Cuando la Cofradía del Recinto se aposentó en las Tierras Antiguas, cuando la Cofradía del Aire Libre cruzó el estrecho de Balameb, en larguísima peregrinación, hasta arribar a las Tierras Fértiles. Decía el Códice Balameb que la franja de tierra que unía los continentes fue cubierta por el mar. Y que, de ese modo, la magia se hendió al medio.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad. Escribimos en predicciones; por eso escribimos para nadie. Lloraríamos si nuestro llanto pudiera deshacer la partición. Funesto acontecer que se llevó hacia un lado la cabeza; la cola hacia otro lado. Pero aunque lloremos nosotros, los Primeros Viejos, nada cambiaremos de lo que fue.

Cuando la Serpiente sufrió su hendidura hubo aflicción en el mundo. Una mitad de la Serpiente, la que llevaba puesta la cabeza, permaneció en la tierra. La otra mitad, escogió el cielo. Así, cada mitad dijo ser legítima y grandiosa, y se puso un nombre. Junto con la Serpiente se quebró lo que pisamos.

Aquí nosotros haremos profecía. ¿Es destino de la serpiente permanecer separada? ¿O un día su cabeza y su cola completarán un solo cuerpo?

Pero sepan, porque nosotros sabemos, que el tiempo de las profecías no es el primero, ni el segundo, ni el tercero. No es el tiempo que transcurrió y llamamos ayer; no es el que llegará y llamamos mañana. Tampoco es el tiempo inasible al que llamamos hoy, este instante. Las profecías tienen algo del pasado puesto que allí fueron dichas, pero tienen del futuro porque allí se cumplirán. Las profecías también tienen del instante presente porque aquí las comprendemos. Decimos los Primeros Viejos que las profecías pertenecen al tiempo del Siempre y del Nunca.

Aquí nosotros, escribimos para nadie. Y lo que se rasgue de nuestra voz, permanecerá en otro sitio. Y así ha de ser porque lo verdadero tiene más tiempo y más procrea que lo falso.

¿Es destino de la serpiente no unir jamás su cabeza y su cola? ¿Es destino de la serpiente unir un día su cabeza y su cola? Aquí nosotros, los Primeros Viejos..."

Esto era lo que Bor había logrado reconstruir. Y en verdad no hubiese podido mucho más porque el Códice Balameb estaba inconcluso, se quedaba callado de pronto sin completar la predicción que prometía.

Algunos eruditos dijeron que aquella predicción jamás había existido. Otros creyeron que se había malversado a lo largo del tiempo y de las reescrituras.

Y aunque en todas las reconstrucciones aparecía nítido el relato del cisma, la profecía estaba perdida y parecía imposible recobrarla.

Por fin, los eruditos se dedicaron a interpretar el significado de los remotos silencios, las minucias de los signos dibujados, los disfraces que las palabras se fueron poniendo a través del tiempo.

Y acabaron declamando elocuentes poesías. Se entretuvieron por siglos en debates llenos de énfasis donde la verdad ya no contaba.

Obligado por Molitzmós, Bor reconstruyó el Códice Balameb con falseamientos. Pero bajo la piedra rectangular de la Casa de las Estrellas, Bor preservó la sabiduría.

Aquella noche, el Supremo Astrónomo se sentía más agobiado que de costumbre. No podía quitar de su recuerdo a Zabalkán. Y los enfrentamientos y las convicciones del Concilio sonaban en su cabeza como si todos estuviesen allí discutiendo el destino: Illán-che-ñe, Elek, Nakín..., todos.

La tristeza, que jamás lo había abandonado, se recostó a su lado y le tomó la mano.

El anciano astrónomo se quedó muy quieto hasta que la oyó respirar dormida.

-Esta vez será diferente -pensó-. Este amanecer seré yo quien la espere al borde de su despertar para ser el primero en saludarla.

En mitad de la noche, se oyeron ruidos de jinetes y gritería.

El Astrónomo olvidó su asunto con la tristeza. Se levantó de prisa y se asomó por el mirador.

Un grupo de sideresios provenientes del País del Sol acababa de llegar. Traerían, por cierto, importantes noticias porque sus primeras palabras desataron corridas y griterío. Casi de inmediato, fueron escoltados hacia el interior de la Casa de las Estrellas, y Bor los perdió de vista.

El movimiento en los pasillos y las escaleras era un triste presagio. Los hombres de Misáianes hablaban y reían con intemperancia, como si ya no temiesen a los Kúkul de la selva ni a sus guerra de almas.

-¡Digan una palabra; una que me aclare lo que está ocurriendo! - Bor habló en voz baja con sus enemigos.

Pocas veces, o nunca, había visto tan exaltados a los sideresios. Y aunque al principio se movieron desordenadamente, yendo de un lado a otro sin un sentido seguro, se hizo claro lo que ocurría:

-Se van... -murmuró Bor-. Se van de aquí.

La tristeza lo tenía tomado por los hombros y miraba junto a él. Y junto a él, la tristeza supo que llegaba el final.

El Supremo Astrónomo prestó atención a lo que algunos soldados gritaban:

-¡Esto no es más que piedra!

-Flauro lo manda...

-Será en el País del Sol.

De pronto, a la luz de cientos de antorchas encendidas, el destino comenzó a tomar forma.

Lo primero fue el traslado de una gran cantidad de cargas de polvo gris al interior de la Casa de las Estrellas. Desde su sitio, Bor no podía ver sino una parte del trabajo. Pero no precisaba más para saber que los sideresios estaban colocando los barriles en la base de las grandes columnas, en las raíces de los arcos que sostenían el cielo, en la tensión de roca que había mantenido en pie la majestuosa construcción de la magia. La Casa de las Estrellas de Beleram, la que fue bella bajo el sol y la luna, estaba cerca de morir. Bor miró la piedra rectangular:

-Quizás los códigos logren salvarse... Quizás, en un nuevo lugar del círculo, alguien vendrá a revolver las piedras. Ése encontrará y leerá: "Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie". ¿Leerá eso o alguna otra cosa? ¿Qué entenderá el que revuelva piedras?

Ocultos en la selva, los Kúkul miraban cargados de espanto y desconsuelo. También ellos habían comprendido lo que iba a suceder; pero nada les era posible hacer para evitarlo.

Apenas estaban preparados para luchar como almas y cáscaras de grillos; haciendo sonido aquí y yéndose a otro sitio. De ningún modo podían enfrentar abiertamente al ejército sideresio. Y menos impedir que la Casa de las Estrellas se transformara en un amontonamiento de roca descuajada.

-Acompañar a Bor en su muerte; sólo eso podemos hacer -dijo Cucub.

Alzó los ojos al cielo. Y entonces vio una luna diferente, sólida y prometedora como una puerta.

La luna de aquel cielo era enorme. La nitidez de su perfil y su color intenso hacían que pareciera un orificio a través del cual pasaría una bandada de aves peregrinas de ida y de vuelta entre dos mundos.

La luna se reflejaba en cada río de la selva; de modo que estaba arriba y estaba abajo. Aquella puerta, parecida a la luna, no estaba arriba ni estaba abajo.

Cucub sintió una gran debilidad en su cuerpo. Sus músculos perdieron vigor y su piel se puso fría.

-Van a tomar prestada mi voz -alcanzó a decir, antes de quedarse estático.

A su lado, los Kúkul se sentaron en silencio. El rostro ausente de Cucub los asustaba. Pero cuando oyeron las primeras palabras se tranquilizaron porque reconocieron, en su voz, la voz amada de Zabrankán:

-Hermano Bor, desde aquí te estamos viendo. Los Búhos te están viendo y también tu pueblo.

Bor miraba la luna.

En la voz de Cucub la voz del Tiempo Mágico cobró sustancia audible, que el Supremo Astrónomo pudo entender claramente.

¿Se escucha o se siente el batir del propio corazón? El batir del propio corazón se entiende; como Bor entendió cada una de esas palabras.

-Somos los que un día traspusimos la Puerta. Y aquí transformados en Símbolos, preservamos la índole que nos dio sentido sobre la tierra. Mucho se ha perdido en esta guerra, mucho se perderá todavía. Ahora mismo arderá para siempre la Casa de las Estrellas, llena de sabiduría y belleza, para reconstruirlas vamos a necesitar del carozo que permanece en el Tiempo Mágico a resguardo de la destrucción del Odio Eterno. Bor, hermano mío, enviamos un pájaro sagrado para que nos traiga lo mejor de tu alma. ¡Lo enviamos en busca de lo que tú aprendiste y nos enseñaste!

El centro de la luna dorada cambió de color y de consistencia.

En el centro dorado de la luna un pájaro majestuoso comenzó a tomar forma. Agitó sus alas de luz y descendió en vuelo hacia el observatorio.

Cucub habló con la misma pausa que Zabrankán solía hacer cuando advertía sobre algo importante:

-El hombre no se contentó con el barro y lo transformó en vasija. ¡Que nunca se conforme con su alma! ¡Que siempre sea alfarero!

El ave sagrada de alas verdeazules estaba cerca, porque había recorrido la distancia del entendimiento que, a veces, es breve como un instante.

-De cada uno tomaremos algo a la hora de refundar nuestro pueblo -Zabrankán hablaba para Bor-. Por ti recobramos al primer alfarero: aquél que entendió el barro y lo amó. Tanto lo amó que aprendió a transformarlo.

El Kúkul ya casi cubría por completo el cielo que Bor podía ver desde el mirador.

-¡Sopla tu alma! El Kúkul la traerá hasta nosotros. Por el fuego nos fuimos, volveremos por el fuego, y en el carozo estarás tú.

En desorden, los sideresios, sus animales y sus armas abandonaban el lugar que pronto sería un viento de fragmentos ardientes.

El Kúkul se alejaba también. Volaba de regreso al Tiempo Mágico con un legado luminoso. Cuando el ave sagrada traspuso la Puerta, Cucub volvió a ser Cucub. Y la luna volvió a ser luna.

Bor envió sus ojos a la selva. La tristeza permaneció junto al Supremo Astrónomo para hacerse astillas a su lado.

Las explosiones comenzaron. Y de inmediato el fuego se extendió de una a otra por las salas bajas de la Casa de las Estrellas.

Antes de partir, los sideresios encadenaron la puerta del observatorio. Bor iba a morir sin completar su vasija.

-Me marchó como toda criatura -pensó el Supremo Astrónomo-: con algo a medio hacer.

En el Tiempo Mágico, Zabralkán le habló a la paloma posada en sus rodillas:

-¿Escuchaste, parda...? Ni se jacta de su vasija terminada, ni se lamenta por su vasija inconclusa. Al fin ha regresado.

Las columnas estallaban. Las grietas avanzaban como ríos. Y el fuego, conducido por caminos de aceite, subía todas las escaleras. Bor permaneció junto al ventanal del observatorio, repitiendo las palabras del Códice Balameb.

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad. Escribimos en predicciones; por eso escribimos para nadie. Lloraríamos si nuestro llanto pudiera deshacer la partición. Funesto acontecer que se llevó hacia un lado la cabeza; la cola hacia otro lado. Pero aunque lloremos nosotros, los Primeros Viejos, nada cambiaremos de lo que fue."

El ruido de las llamas era más amenazador que los estruendos provocados por las detonaciones. La piedra se calentaba, y Bor recitaba con tono monocorde:

"Aquí nosotros haremos profecía. ¿Es destino de la serpiente permanecer separada? ¿O un día su cabeza y su cola completarán un solo cuerpo?"

La tristeza se reclinó sobre el hombro del Supremo Astrónomo. Bor acarició la cabeza de la que había sido su compañera en el cautiverio. Y continuó:

"Decimos los Primeros Viejos que las profecías pertenecen al tiempo del Siempre y del Nunca. Aquí nosotros escribimos para nadie. Y lo que se rasgue de nuestra voz, permanecerá en otro sitio."

El fuego se asomaba por los miradores. Igual que antes, los tubos de jadeíta. Bor pronunció las palabras finales del Códice:

"¿Es destino de la serpiente no unir jamás su cabeza y su cola? ¿Es destino de la serpiente unir un día su cabeza y su cola? Aquí nosotros, los Primeros Viejos..."

Y enseguida volvió a comenzar:

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos, escribimos para nadie. Decimos que una vez la magia fue noche y día, mitad por mitad."

Un derrumbe estremeció la construcción entera. Hacía ya mucho que las palomas se habían marchado. Bor, que no podía hacerlo, continuó con dificultad a causa del mal aire:

"Pero sepan, porque nosotros sabemos, que el tiempo de las profecías no es el primero, ni el segundo, ni el tercero."

El calor y el humo llegaban hasta las habitaciones altas. A Bor le costaba respirar. Sus ojos no lograban precisar los objetos, y en su cuerpo ya no había humedad ni para mojar el paladar; pero él siguió diciendo:

"Aquí nosotros escribimos para nadie."

Bor estaba encerrado en un cataclismo. Y ya no había afuera porque el humo y el estruendo le impedían ver el cielo, escuchar la selva.

"¿Es destino de la serpiente no unir jamás su cabeza y su cola? ¿Es destino de la serpiente unir un día su cabeza y su cola? Aquí nosotros, los Primeros Viejos..."

A su lado, la tristeza respiraba en calma porque estaba hecha de distinta materia. Bor apenas tuvo fuerzas para recomenzar:

"Aquí nosotros, los Primeros Viejos..."

El Supremo Astrónomo se dejó caer. Estaba muriendo en una habitación de piedra hirviente. De su boca salían estertores, sonidos sin aire.

—Continuaré por ti -le dijo la tristeza.

Ella había estado a su lado mientras Bor reconstruía el Códice Balameb. Y pudo decirlo, palabra por palabra.

Bor escuchaba desde lejos, desde el sueño. Pero de pronto, se estremeció y balbuceó un pedido. La tristeza comprendió que el Supremo Astrónomo quería que repitiese las últimas palabras que había dicho:

-Y lo que se rasgue de nuestra voz, permanecerá en otro sitio. Y así ha de ser porque lo verdadero tiene más tiempo y más procrea que lo falso.

Bor le rogó con la mirada que volviera a decirlo.

-Y lo que se rasgue de nuestra voz, permanecerá en otro sitio.

La mirada del Supremo Astrónomo continuaba pidiendo:

-Y lo que se rasgue de nuestra voz...

Bor murió como si se aliviara.

...permanecerá en otro sitio.

Muerte en Beleram de las estrellas

¿Cómo se cuenta el estallido de un sueño? ¿Con qué palabras se recuerda el dolor de la tierra cuando le arrancaron de cuajo una inimaginable prolongación de su hermosura?

Las palabras no lo pueden todo. Y si las lenguas intentaron relatar el derrumbe de la Casa de las Estrellas sólo consiguieron ponerle sonidos, colores y grandeza a lo imperdonable.

Largas horas después de la partida de los sideresios, las ruinas continuaban ardiendo. El humo y el calor todavía resultaban intolerables para la vida. Y no fue sino hasta el final del día que los Kúkul pudieron acercarse.

-Es triste sepultura para Bor -dijo Cucub a los que estaban cerca-. Demasiado espacio para un anciano y una muerte...

De a poco, los Kúkul fueron ganando confianza y se desparramaron por los alrededores de la Casa de las Estrellas observando cada cosa para confirmar que no quedaba nada.

Luego Cucub los convocó a su lado:

-Tampoco nosotros vamos a quedarnos. Ya no hay nada por hacer aquí. La guerra camina de prisa y daña más de prisa. Iremos tras ella, hermanos. Nos uniremos a las fuerzas de Thungür.

Por su natural propensión a los misterios, Cucub pensaba la guerra con argumentos y tensiones.

-Las aldeas de la selva permanecerán ocultas y calladas, en ellas dormirán los que no pueden empuñar armas. Los Kúkul nos iremos de aquí por caminos mentidos que nos conducirán sin riesgo a las Colinas del Límite. Y llegaremos a la guerra antes de lo que Thungür supone -a Cucub le faltaba cuento, y lo encontró-. Pero hay algo más...

Para explicarse, señaló el fuego que cubría las ruinas.

-Recordemos que nuestro amado Zabralkán y gran parte del pueblo que somos partieron hacia el Tiempo Mágico a través de una hoguera sagrada. Cuando sea dispuesto, y los calendarios se unan en sus inicios, ellos regresarán trayendo consigo el carozo del renacer. Nosotros preservaremos hasta entonces parte de este fuego, el más sagrado de todos, como señal y camino de retorno... ¡Aquí estamos!, les dirá este fuego. ¡Aquí los esperamos!

Los Kúkul comprendieron y pensaron igual.

Una zona de la enorme hoguera fue rodeada por una pared de rocas, baja y circular. Y luego resguardada del viento y la lluvia con un techo de palmas.

Cincuenta y dos, ciento cuatro, ciento cincuenta y seis años del sol... Todo el tiempo que fuera necesario alimentarían los zitzahay la pira del regreso.

Así se fue del mundo la Casa de las Estrellas de Beleram, la que fue bella bajo el sol y la luna.

Pero quedó una hoguera esperando ser camino; porque lo imperdonable deja huellas.

Las naves de los sideresios viajaron hacia el sur por una ruta que se alejaba de la costa apenas lo imprescindible para permitir la navegación de sus barcos.

En una formación de menor número y cuantía, los soldados del Sol navegaban un poco alejados de ellos.

Las primeras jornadas de travesía transcurrieron en calma. De tanto en tanto algunos botes sideresios llegaban hasta las naves de los soldados del Sol con órdenes y advertencias de ruta que daban a sus propios hombres.

Los soldados del Sol observaron con cuidado, durante los largos días de travesía, a los encargados de tripular las naves. Fingiendo distracción, escucharon sus conversaciones, los comentarios acerca de las condiciones del mar y las singularidades de las costas que se divisaban.

El herrero tuvo razón al insistirles en la importancia de elegir con sagacidad el sitio en el cual debían separarse de los sideresios. Los hombres que cargaban con el peso de esa decisión miraban el mar con ansiedad. Les preocupaba cometer un error sustancial. Todo, en aquellos parajes del Yentru, les era desconocido. Y al cabo, la determinación que tomaran estaría basada en la información sobre distancias, dirección y ubicación que, sin notarlo, le proporcionaban los sideresios. Los soldados del Sol estaban dispuestos a cumplir la promesa que habían hecho al herrero: Thungür sabría que ellos habían peleado con bravura en defensa de los niños y las mujeres husihuilkes.

Faltaban escasos días para alcanzar el extremo territorial donde la flota viraría con proa al oeste. Los soldados del Sol comenzaron a prepararse. Cuando esa maniobra se llevara a cabo, ellos consumirían el levantamiento.

Pero los sideresios tenían sus propias órdenes por cumplir.

Era de noche cuando un bote llegó hasta la nave madrina de los soldados del Sol con la indicación de internarse mar adentro debido a que una zona rocosa hacía peligrosa la navegación costera. Los sideresios que tripulaban la nave aceptaron la orden sin ningún resquemor.

-Siento una carga en el corazón -le dijo una mujer-peza a otra que nadaba a su lado.

-El mar está espeso... Algo sucederá.

Las mujeres-peces avanzaban a la par de los barcos; más cerca por las noches, más lejos durante el día.

De pronto, los barcos sideresios quedaron súbitamente a oscuras.

-¿Por qué se han ocultado? -preguntaban unas a otras las mujeres-peces.

-¡Ésa era la carga en mi corazón!

Los barcos sideresios hicieron un rodeo rápido. Las bocas de sus cañones apuntaron a la flota que navegaba a la retaguardia.

-¡Ésa era la espesura del mar!

Los primeros disparos destruyeron la nave madrina. Las llamas caminaban sobre el agua. Los gritos de los hombres ascendían al cielo.

-Aléjate, hermana.

Agua punzante y fuego, astillas de metal, carne y madera encendida; lluvia que caía sobre el Yentru.

Las mujeres-peces se sumergieron. Desde la profundidad escucharon estruendos, vieron voladuras y estallidos. Mucho después, contaron una batalla que sucedió sobre sus cabezas, y a todos les costó comprenderlas.

Los hombres de Flauro cumplieron sus órdenes.

Sorprendidos y acorralados en medio de la noche del mar, las naves donde viajaban los soldados del Sol intentaron escapar. Los sideresios que las conducían pelearon por esa huida en la que sólo contaban ellos mismos.

Pero la orden de Flauro se cumplió sin errores; ninguna nave.

Algunos barcos se incendiaron. Otros continuaron a ciegas, hundiéndose con lentitud, como si el mar fuera un pantano.

Los sideresios permanecieron en la zona. Al amanecer se aseguraron de que nada quedase con vida. Hasta donde alcanzaban sus ojos, el Yentru estaba vacío.

-¡Mira, hermana! -dijo una mujer-peza-. Vamos hasta él.

Y llegaron al sitio en el que un hombre se aferraba a un madero. Su carne era azul a causa del frío que lo había matado.

-¡Allá...! -y nadaron apartando algas y cardúmenes para alcanzar un bote que navegaba a la deriva.

Dos hombres permanecían con vida. Las mujeres-peces los remolcaron hasta la costa.

-¿Dime qué es eso, hermana?

-Un hombre asido a un mástil...

De ese modo, unos pocos soldados del Sol lograron salvarse. A todos ellos, las mujeres-peces los condujeron a la orilla y les indicaron el mejor camino.

Después, bajaron hasta las naves que habían naufragado. Sus cuerpos gráciles y silenciosos las recorrieron con cuidado. Y donde encontraron un muerto, besaron sus labios y los recibieron como almas del mar.

-¡Mira! -dijo la mujer-pezuña, apartándose de unos labios-. Este hombre es un sideresio.

Se acercó a él y se alejó. Otra vez llevó su boca junto a la del muerto, y volvió a dudar.

-¿Qué debo hacer? -la mujer-pezuña le preguntaba al Yentru.

Y mientras Cucub conducía a los Kukul hacia las Colinas del Límite aparentando no recordar que tenía una mujer y un huerto, Kuy-Kuyén cargaba los morrales de sus hijos y alistaba la partida como si no recordara a su esposo. Y es que Cucub y Kuy-Kuyén, como ocurre con un hombre y su sangre, no necesitaban recordarse para andar en la misma dirección.

Las naves de los sideresios estaban a menos de dos soles de Lewán, la isla que habían elegido para el desembarco.

La flota de Misáianes estaba cerca. Los guerreros, muy lejos.

Pero en Los Confines todos iban a pelear orgullosamente: los ancianos del pueblo y las mujeres, los niños y también los ríos, los mutilados y también el bosque.

Hacia ya muchos años que la guerra había llegado a las aldeas husihuilkes. Llegó como el roce de una uña que fue salida y fue entrada.

El primero en partir por el camino que abrió la uña fue Dulkancellin. Detrás partieron las noches contadas alrededor de un fuego y un zapallo. Después se marcharon incontables guerreros sin los cuales el poder del Odio Eterno le hubiese ganado al viento.

Y por el mismo roce entró la enfermedad de las manchas rojas, y la escasez de frutos y de caza... Por él penetraron las voces de Drimus, avanzó la Sombra, la jauría.

Ahora, la guerra llegaba a Los Confines con barcos y fuego.

Muy cerca del arribo de la flota, los Brujos de la Tierra estaban desperdigados, y tan sumidos en sus faenas mágicas que parecían indiferentes al día cercano.

Las criaturas los reclamaban. ¿Por qué Kupuka se empecina en su silencio cuando la muerte de todos será un silencio definitivo? ¿Hasta cuándo permanecerá el Brujo Halcón rodeado de sus aves? Oscura conversación de pájaros con pájaros. Si hasta el Masticador, que jamás había sido amigable con los hombres, era una ausencia dolorosa.

Pero el Masticador estaba cumplido. El Padrecito del Paso permanecía en el otro extremo de la guerra. Y Kupuka batallaba con el jorobado en el territorio de las almas. El sitio que, años atrás, Cucub había intentado describir:

"Donde no se admiten guerreros sino artistas de buen pulso... Donde no vence el que ataque más certeramente, sino el que trace líneas de colores con mayor maestría. Un lugar lleno de enormes aves que gritan recuerdos, en el que el hombre nada puede y el miedo es mandamás."

Entre todos los Brujos de la Tierra, Tres Rostros era el único que permanecía cerca de las criaturas humanas.

Tres Rostros y los ancianos del consejo husihuilke habían decidido que las mujeres y los niños partieran a las montañas; tan lejos de la orilla del mar como era posible en un país angosto. Sabían que el ancho entero de Los Confines era una exigua distancia para recorrer a lomo de animal. Y que, sin duda, los sideresios lo harían apenas lograran rebasar las líneas de defensa.

El espacio sólo se extendía hasta el pie de las Maduinas. El tiempo, en cambio, iba a extenderse hasta la caída de una línea de ancianos husihuilkes que habían sido guerreros, y lo recordaban.

Con todas las marcas de su raza, erguidos y ágiles, blanco el cabello y atado a la altura de la nuca, los ancianos sonreían viendo que sus flechas daban en el blanco. "El pulso no se olvida. Ni el orgullo."

Era de mañana. En obediencia a la orden del consejo, Kuy-Kuyén, sus hijos y Wilkilén abandonaban la casa de madera en la que habían crecido. Sólo Kutral no estaba allí, puesto que había sido convocado por los ancianos para realizar una tarea de importancia.

Kuy-Kuyén llevaba a Muesca-Cinco sentado a horcajadas a un costado de su cintura, porque el niño continuaba débil para andar. Con la mano libre tocó a sus hijos fingiendo preocupaciones cotidianas.

-Shampalwe, ajusta el morral a tu espalda. ¡Muesca-Uno, vigila a tus hermanos menores! ¡Muesca-Dos, no pellizques el pan!

Antes de partir, Kuy-Kuyén llevó a sus hijos hasta el nogal que crecía a mitad de camino entre la casa y el bosque. Y habló para que la escucharan los niños y el árbol:

-Nogal que nos conoces, que conociste a mi madre y a mi padre, no es posible que yo hable como Cucub. No sé hacerlo... Pero creo que tú, creo que tus raíces podrán ir bajo tierra hasta donde duerme Vieja Kush. ¡Despiértala, nogal! ¡Cuéntale que abandonamos la casa de madera porque así lo ordenaron los ancianos! Y dile que deseo pedirle algo. Si vamos hacia la tierra de la muerte, que ella nos aguarde a la puerta.

Kuy-Kuyén miró a sus hijos para indicarles que debían partir. Se alejó de allí la familia sin padre llevando cada uno sobre la espalda, junto al morral con las provisiones, la máscara que Cucub había fabricado para ellos.

Cuando se internaron en el bosque, la casa de madera se llenó de sonidos. Era el baúl de los recuerdos, eran las vasijas de barro, la leña sin arder y los cestos apilados contra el muro... ¿Qué estarían diciendo y recordando? No es posible saberlo. Pero la casa se oscureció en plena mañana como si dentro viviera la noche.

Kuy-Kuyén les exigía andar de prisa. Tenían el tiempo justo para llegar al sitio donde iban a reunirse con otras mujeres y niños de la aldea.

-Quizás Tres-Rostros esté con ellos -dijo Kuy-Kuyén.

A Wilkilén le importaba otra cosa:

-¿Dónde estará ahora Welenkín?

Como su hermana mayor no le respondió, Wilkilén repitió la pregunta de idéntica manera:

-¿Dónde estará ahora Welenkín?

-¿Welenkín...? -Kuy-Kuyén pareció sorprenderse- ¿Qué sucede con él?

-¿Dónde estará ahora?

-No puedo saberlo, Wilkilén. Los Brujos están haciendo sus trabajos. Y tú sabes que no es momento de preguntar cosas inútiles.

Wilkilén entornó los ojos negros. Entonces Kuy-Kuyén procuró suavizar su respuesta.

-Pensándolo bien, es posible que se encuentre en la isla donde vive. Oí decir que allí ocultó la Piedra Alba. Quizás deba buscarla para ponerla a salvo.

Kuy-Kuyén no podía imaginar que Wilkilén se destrenzaba por la noches y caminaba por el bosque hacia una luz dorada. Mucho menos que en su absurda cabeza las palabras sonarían de otro modo: "Le oí decir a la Piedra Alba que Welenkín debe estar oculto en la isla... ¡Búscalo allí para ponerte a salvo!"

Wilkilén aguardó hasta llegar al lugar del encuentro sabiendo que, entre mucha gente, sería más fácil burlar la vigilancia de su hermana.

Las mujeres husihuilkes se saludaron con pocas palabras. Le anunciaron a Kuy-Kuyén que Tres Rostros iba a encontrarlas más adelante, y tomaron por uno de los senderos que llevaban hacia el oeste. Los niños pequeños se comportaban como en día de fiesta. "Vamos a las montañas", habían dicho sus madres. Y eso no ocurría a menudo.

-¿Iremos donde está Kupuka?

- A otro sitio.

-¿Treparemos?

-Tal vez.

-¿Buscaremos cuevas con arroyos dentro?

-Tal vez.

-¿Dormiremos allí?

Las madres no respondieron esa pregunta porque el sueño, en vísperas de guerra, recuerda demasiado a la muerte.

Fingiendo hablar con una y otra mujer de la aldea, Wilkilén se fue rezagando. Mientras lo hacía desató el cordel que sujetaba sus trenzas. Por fin, quedó junto a los que cerraban la marcha. Un poco antes de un recodo del sendero Wilkilén se detuvo simulando acomodar el morral y la vasija que cargaba.

La procesión de mujeres y niños continuó avanzando. Kuy-Kuyén, que estaba entre los primeros, ya no podría verla.

Wilkilén conocía el lugar. Pero era como era, la que no había crecido en su cabeza, por eso lo señaló para sí misma:

-Hacia allí debes ir, ¿me entiendes? Llegarás a la orilla del Lalafke y podrás ver la isla... ¡Apresúrate!

Wilkilén comenzó a correr en la dirección que indicaba su dedo extendido. Las trenzas terminaron de deshacerse con el viento.

Al revés que su pueblo, la inocente iba hacia la orilla del mar. Allí tenía que construir una balsa ligera que alcanzara para llegar a la isla de los lulus.

Una vez lo había hecho por favorecer a una anciana sin sandalias. Ahora quería encontrar a Welenkín.

La Destrenzada de Los Confines, igual que los sideresios, marchaba hacia Lewán.

-¡Wilkilén...!

Kuy-Kuyén llamó a su hermana, segura de escuchar enseguida la respuesta. No sucedió así, y Kuy-Kuyén llamó de nuevo.

-¡Wilkilén! Regresa con nosotros.

Nadie respondió. Entonces Kuy-Kuyén miró alrededor para ver si era una mosca o la sombra de una mosca lo que tenía a Wilkilén tan entretenida. Pero Wilkilén no estaba cerca.

-¡Wilkilén!

Kuy-Kuyén se volvió hacia su hija:

-Shampalwe, ¿has visto a Wilkilén?

-Hablaba con las mujeres de la aldea -respondió la niña.

Kuy-Kuyén desanduvo el sendero con lentitud, llamando y preguntando:

-¡Wilkilén...! ¿Han visto a Wilkilén?

-Aquí estuvo.

-Conversé con ella.

-La vi sonreír.

Cierto que Wilkilén siempre se demoraba, equivocaba el camino y se distraía mirándose los pies. Pero era cierto también que sabía que estaban en guerra y escapando de los sideresios.

Como seguían sin obtener respuesta, Kuy-Kuyén y las mujeres de la aldea comenzaron a inquietarse. Por fin detuvieron del todo la marcha, reunieron a los niños y se dispersaron a ambos costados del sendero. Las mujeres sabían que la cabeza de la inocente era capaz de llevarla tras cualquier despropósito.

-¡Wilkilén!

Su nombre sonó alto y repetido.

-Debe estar consolando a una piedra...

-¡Wilkilén!

-Se habrá puesto en procesión con las hormigas.

Pero a cada momento aquellas expresiones de confianza perdían utilidad. La inocente no respondía y el sol subía por su cuerda.

Una de las mujeres de la aldea encontró abandonada la máscara de Wilkilén. Entonces Kuy-Kuyén se apretó el pecho con las manos:

-Fue mi culpa -comenzó a repetir-. Fue mi culpa.

Shampalwe y las Muecas se apretaron en torno a ella. El llanto de su madre los asustaba. Aunque, quizás, era lo único capaz de despertar a Wilkilén, que debía estar durmiendo a la sombra de algún arbusto florido.

-Regresaré por el camino que hicimos -anunció Kuy-Kuyén.

Las mujeres de la aldea aprobaron su decisión y decidieron acompañarla. Pero antes de que pudieran ordenarse, una voz las sobresaltó:

-¡Eh, ustedes! ¿Por qué se han detenido?

Era Tres Rostros que, como lo había prometido, llegaba para guiarlos hasta las cuevas de las Maduinas.

Algunas mujeres se adelantaron, acompañando a Kuy-Kuyén que corría a su encuentro:

-Fue mi culpa, Tres Rostros -repetía-. Yo no supe cuidarla...

El Brujo de la Tierra la tomó por los hombros:

-Espera Kuy-Kuyén -y cambió varias veces de mueca-. Serénate para contarme lo que ha ocurrido.

Kuy-Kuyén, sin embargo, fue incapaz de hacerlo. Solamente miraba alrededor:

-¡Wilkilén! -repetía- ¡Wilkilén!

Otras voces debieron contarle por ella:

-Y es por eso que hemos decidido regresar por el sendero que nos trajo -dijeron finalmente.

Tres Rostros caminó hacia Kuy-Kuyén que, en su afán de seguir buscando, se había alejado del grupo.

-Escúchame -le dijo-, no es posible ni sensato que tú y los demás regresen... Las naves ya están llegando a la isla. Y el riesgo, lo sabes, es innumerable. Prosigue con las mujeres hacia las montañas, lleva a tus hijos, que yo mismo iré en busca

de Wilkilén.

-Soy yo quien debe ir -insistió Kuy-Kuyén-. Yo no supe cuidarla.

Si hubiese sido Kupuka quien la escuchaba, Kuy-Kuyén habría recibido una dura respuesta:

"Hay remordimientos que son remedios, hay otros que son insolencias. Es insolencia el tuyo, Kuy-Kuyén... ¿Por qué imaginas que tus ojos todo lo pueden, y que serías capaz de evitar cualquier pena? ¿Qué te hace pensar, sino la insolencia, que donde tú estés nada malo ocurrirá?"

Eso le hubiese dicho Kupuka. Pero Tres Rostros, que tenía los modos del agua, habló con suavidad. Finalmente, vencida por las pacientes razones del Brujo, Kuy-Kuyén aceptó continuar con los demás hacia las montañas.

-Escucha, Kuy-Kuyén -dijo Tres Rostros-. ¿Dónde la buscarías tú?

Kuy-Kuyén no dudó:

-En el bosque. Wilkilén ama el bosque y lo recorre a menudo.

De esa forma las mujeres y los niños retomaron el camino. Mientras tanto Tres Rostros partía en busca de Wilkilén con rumbo equivocado.

Equivocado porque Wilkilén no estaba en el bosque. Equivocado anduvo el Brujo buscando a Wilkilén que, equivocada, construía una balsa para cumplir su sueño. Equivocada porque no era su sueño lo que iba a suceder, porque no era Welenkín el que estaba en la isla.

Una balsa no era tan fácil de construir sin ayuda de la anciana. Aún así, Wilkilén se esforzó durante horas amarrando ramas gruesas y livianas. Algo que llegara hasta allí nomás, ¿entiendes, balsa?, hasta la isla.

-¿Me entiendes, balsa? -dijo Wilkilén-. Hasta la isla.

Cuando creyó que su embarcación estaba lista, la empujó hasta después de las rompientes y luego trepó en ella.

Seguramente porque ya amaba a esa niña, la balsa navegó bien durante un trecho; pero a poco más de la mitad del camino, las fallas en la construcción se hicieron sentir. Y la balsa comenzó a ceder.

Wilkilén redobló la fuerza con la que remaba. Pero tampoco era lo mismo remar sin la anciana. Aunque la distancia a la isla era corta y el mar, en ese sitio, era manso, la inocente sintió que no llegaría. Se quedaba sin fuerzas y sin balsa...

Desde donde estaba podía ver el contorno de algunas de las grandes rocas que se alzaban a orillas de la isla.

Lewán, la isla blanca de los lulus, lo veía todo:

-Deja que tu balsa se desgaje, Wilkilén. Elige el fondo del mar, que será mejor de lo que aquí te aguarda...

Equivocado Tres Rostros en el bosque. Equivocada Wilkilén en el mar. Equivocada la balsa que intentaba resistir para ayudarla, porque Wilkilén no debía llegar porque no era Welenkín el que la esperaba.

Equivocados Tres Rostros, Wilkilén y la balsa.

Los sideresios que custodiaban la orilla vieron que alguien se acercaba.

Temerosos, sin saber si se trataba de uno de aquellos Brujos de los que habían oído enormidades, se aprontaron para un ataque. Algunos pocos, por orden de sus jefes, abordaron dos botes que cautelosamente avanzaron hacia la balsa casi deshecha.

Wilkilén vio unos botes por el mar, y eso bastó para alegrarla: no estaba sola en aquel lugar del Lalafke. Alguien más estaba allí. Quizás los lulus habían regresado; quizás Welenkín navegaba en alguno de ellos. Wilkilén agitó los brazos a manera de saludo. Era fácil comprender que los botes la habían visto y venían en su ayuda.

Cuando los sideresios vieron que la balsa traía a una joven mujer que los saludaba, comenzaron a reír. Al principio mordieron la risa, todavía temían una trampa. Pero siguieron acercándose. Parecía seguro: nadie más que una joven mujer que los saludaba. Los sideresios rieron más fuerte. Ningún Brujo en la balsa, ni hechicerías; solamente una mujer agitando los brazos.

Cuando la inocente los oyó, supo que se había equivocado. Lo que oía no era la risa de Welenkín, ni de los lulus que nada reían, ni era risa de botes navegando. La inocente recordó la guerra, las incansables advertencias de Kuy-Kuyén y comprendió lo que sucedía.

Metido aún en el bosque de Los Confines, Tres Rostros encontró inesperadamente a uno de sus hermanos:

-Tanto me asombra como me alegra hallarte aquí, Welenkín.

-Estoy de regreso de la isla de los lulus donde fui, como lo acordamos, a rescatar la Piedra Alba. Muy poco después de mi partida deben haber llegado las naves -Welenkín detuvo sus ojos dorados en la mueca triste de Tres Rostros-. ¿Y tú? Creí que estarías caminando hacia las Maduinas...

La cara del Brujo acentuó su pena.

-Busco a la hermana más pequeña de Kuy-Kuyén.

Tres Rostros dijo eso, y vio cómo se crispaba el cuerpo de su hermano.

-¿Por qué la buscas? También ella debe estar caminando hacia las Maduinas.

-Así debería ser. Pero Wilkilén tomó otro camino. Las mujeres la buscaron en vano. Y en vano he revuelto yo el bosque...

Tres Rostros contaba los sucesos y, al mismo tiempo, trataba de entender la expresión de Welenkín; mucho más que intranquila, mucho más que turbada.

"¿Qué separa tanto el dolor de Welenkín de mi propio dolor...?", pensó Tres Rostros. "¿Wilkilén es la misma para ambos?"

-¡La isla! -dijo de pronto Welenkín, interrumpiendo las dudas de su hermano-. Wilkilén fue a la isla.

-¿Por qué a la isla?

Welenkín comenzó a hablar de prisa:

-Ven conmigo, Tres Rostros. Sólo tú, que eres parte del agua, puedes remontar mi balsa hasta la isla. ¡Llévame pronto, hermano!

Sin más explicaciones Welenkín comenzó a correr hacia el lugar de la playa donde ocultaba su bote. Tres Rostros se esforzaba por seguirle el paso. Welenkín, el que tenía la belleza como primera virtud, se movía veloz entre la vegetación tupida. Su hermano trotaba detrás, y se rasguñaba con la maleza.

Por fin alcanzaron la orilla del mar. Welenkín arrastró su bote, mientras Tres Rostros se sumergía y cambiaba de consistencia. Montado sobre el lomo de su hermano, como un animal marítimo que avanzara contra el oleaje, Welenkín se dirigió a Lewán.

Allá, cerca de la isla de los lulus, los botes de los sideresios se colocaron a cada lado de la balsa de la inocente. Wilkilén ya no tenía tiempo, ni modo de regresar.

Los sideresios eran un largo trabajo de Misáianes. Alimentados con víctimas eran incapaces de clemencia, porque la clemencia los hubiera matado.

Quizás por eso se detenían en la humillación de las criaturas, como queriendo regresar a la leche atroz que los había crecido.

La muerte de un hombre era seca y breve. Un ademán, un estampido y todo terminaba. La humillación, en cambio, era un lugar donde el dolor perdía su altivez y su decencia. Un largo juego que saciaba a los sideresios; lo mismo que si estuviesen repletos de alimentos y se volcaran a dormir sobre los desperdicios.

A Wilkilén le aguardaba el tiempo demorado de la humillación.

Disputándola para ver quién la cargaba hacia la orilla, los sideresios de uno de los botes la tomaron de un brazo. Los otros, del largo cabello destrenzado.

Desde su sitio, la isla de los lulus vio una débil figura tironeada y sacudida con violencia hacia uno y otro lado:

-Quiébrate, pequeña. Deja que tu cuerpo se abra en dos -musitó la isla-. Será mejor que lo que te aguarda.

Pero Wilkilén ya estaba en un bote, bajo las manos turbias de los sideresios.

La inocente no gritaba. Rogaba en voz baja, con los ojos muy abiertos. Wilkilén llamaba a Kupuka. En él pensaba, en el anciano padre de Los Confines, para que le quitara aquel dolor como un día le había quitado la comezón de las hormigas. Cuando llegaron a la orilla y descendieron de los botes Wilkilén tenía sangre entre los dientes. Sus brazos tiesos se movían hacia adelante y hacia atrás, como si su cuerpo se empeñara en seguir jugando.

Los sideresios rodearon a Wilkilén pidiendo su parte. Aquéllos que la habían traído actuaban como dueños, guardándose el derecho de establecer las condiciones del juego y las apuestas.

La isla de Lewán había sido testigo de grandes dolores. Acompañó el duelo incurable de los lulus luego de la matanza; los vio consumirse en el rencor y, más tarde, internarse en el mar para morir intactos.

Sin embargo nada se parecía a la mirada de Wilkilén suplicando piedad a la impiedad. Ni a su delgado cuerpo que se ponía rígido para inutilizarse.

Tres Rostros, transformado en mar, avanzaba tan rápido como le era posible. A veces aparecía una parte de su cabeza que, inmediatamente sumergida, volvía a confundirse con el agua.

Welenkín iba de pie en su bote, con los ojos puestos en la isla que se acercaba. Su desesperación iba adelante.

El atardecer sería la luz del tormento.

La túnica de la inocente fue arrancada a tajos de cuchillo. Cuando la niña gritó, un puño se metió en su boca para callarla. Y le abrió las comisuras de los labios.

Wilkilén cayó de rodillas sobre la arena blanca de los lulus.

-¡Ven conmigo! -la llamó el mar-. Wilkilén, ven a mi casa.

La inocente debió escuchar claramente ese llamado porque alzó la cabeza. Con un movimiento inesperado se arrancó de las manos de los sideresios y corrió hacia el mar. Pero la playa era demasiado ancha. No había duda de que sus perseguidores la alcanzarían antes de que el Lalafke le abriera la puerta.

Los sideresios no querían matarla todavía. Uno de ellos apuntó a sus piernas.

Welenkín, a distancia todavía, vio a Wilkilén corriendo hacia el mar. Enseguida la vio caer.

La niña manoteó el agua sin conseguir levantarse. La sangre que fluía de su pierna herida se mezclaba con la espuma del mar.

Welenkín ya no podía hablar, ni Tres Rostros necesitaba que lo hiciera.

Los sideresios que perseguían a Wilkilén llegaron a su lado. Las botas negras rompieron el agua ensangrentada. Uno de ellos hizo girar el cuerpo de la inocente, que continuaba llamando a Kupuka.

Los sideresios debían castigar la pureza. Para aplacar la furia golpearon las piernas con las que Wilkilén había recorrido el bosque, trenzada y destrenzada. Castigaron la boca del Dañino Mosquito, las manos de aplaudir con agua. El cuerpo con el que Wilkilén había iluminado el mundo.

La isla le habló al Brujo de los ojos dorados:

-Welenkín, tú debes ayudarla y quitarle de encima el suplicio sin nombre que le aguarda. Welenkín, comprende que la inocente ya está hecha pedazos.

El Brujo sabía que así era. Tomó su arco y preparó una flecha delgada y certera.

La isla de los lulus le habló a Wilkilén:

-Pequeña, toma tu última fuerza. ¡Arráncate de ellos y corre hacia Welenkín!

El nombre que la isla había pronunciado le otorgó una fuerza ajena a sí misma. Una vez más, se libró de los brazos que la arrastraban. Y corrió en dirección a la balsa.

Los sideresios apuntaron sobre ella. Pero la flecha que Welenkín había preparado, tan implacable como el amor, encontró a tiempo el pecho de Wilkilén.

Y así ocurrió. Wilkilén, murió con los ojos puestos en el cielo rojizo.

-Gracias, Welenkín -dijo la isla.

Semejante a su padre, la inocente cayó muerta donde el mar se arrepiente de su espacio y retrocede.

Dulkancellin había recibido el disparo altanero de un enemigo. Para su hija, en cambio, hubo un disparo de salvación.

-¡Continúa...! ¡Sigue hacia la isla! -gritó Welenkín cuando comprendió que Tres Rostros giraba para regresar- ¡No hagas eso! Llévame donde están... ¡Llévame allí, Tres Rostros!

-Nada podrás hacer tú solo -respondió el Brujo del agua-. Mucho más podrás hacer junto a nosotros.

Welenkín golpeó el mar con su remo, con sus puños:

-Regresa, Tres Rostros, o te maldeciré para siempre.

-Maldíceme, si quieres -y Tres Rostros continuó su camino.

Welenkín, entonces, abandonó el bote. Procuraría llegar a nado hasta la isla. Pero no pudo lograrlo porque las olas le obedecían a Tres Rostros.

Welenkín luchó furiosamente contra la fuerza que lo encerraba y lo arrastraba lejos de la isla. Peleó en vano... El mar es más fuerte que un puma.

Al fin las olas lo arrojaron en la orilla. Welenkín se quedó muy quieto, con la boca contra la arena.

Tres Rostros llegó tras él y lo miró en silencio.

-El mar traerá su cuerpo -murmuró-. ¡Espérala! Sepulta a la que solamente tú conociste. Por mi parte, iré a decírselo a Kuy-Kuyén. Será como mirar el cielo y ver que le arrancaron un pedazo.

Un río por el mar condujo a Wilkilén. Un camino entre las olas que la dejó cerca de Welenkín, lavada por dentro y por fuera, sin ninguna sangre, enarenada y fría.

El Brujo miró en dirección a la isla. Sus ojos vieron lo mismo que un puma hubiese visto.

Welenkín alzó la cáscara quebradiza donde antes Wilkilén había vivido.

-Te llevaré con Vieja Kush.

Con la inocente recostada en su pecho, Welenkín se dirigió al Valle de los Antepasados.

Un insecto de alas translúcidas voló a su alrededor sin que el Brujo lo notara. Las flores de los cardos estaban abiertas,

pero Welenkín no se apropió de su hermosura.
La inocencia del mundo estaba muerta. Y él iba a sepultarla.

Caminaba la Sombra hacia el monte del hijo. Debía advertirle sobre los dos nombrados que estaban propagando las Virtudes entre los hombres y las mujeres de las manchas. Pero la Sombra caminaba sin llegar.

La madre de Misáianes descansó a la vera de un mismo árbol: con hojas una vez, después sin hojas. De camino al monte vio dos veces el apareamiento de los lobos. Pasó por una madriguera nueva, y luego abandonada. "Ya llegaré", se repetía. "Pronto llegaré."

Sin embargo volvió al árbol. Y nuevamente se sentó a descansar:

-No caerán tus hojas antes de que yo ascienda hasta el trono de mi hijo -dijo la Sombra.

Volvió una vez más, y se sentó a su vera:

-Pero no crecerán tus hojas antes de que yo ascienda hasta su trono.

-Pero no caerán.

-Pero no crecerán...

Cierto día, en su peregrinar, la Sombra se detuvo a mirar el monte. Una inmensa roca de perfil brusco, abandonada de todo paisaje.

Aquél era el sitio al cual le debía lealtad; allí estaba el brote de su saliva.

La Sombra imaginó el nicho donde Misáianes dormía. Imaginó el silencio del nicho, acompasado por la respiración larga y lenta del hijo, días para arrojar el aire, días para tomarlo.

De pronto la sobresaltó el largo tiempo que había caminado rodeando el monte. Casi el tiempo de una traición. Maldijo al árbol donde había descansado. Era de nuevo madre de Misáianes, sometida a su obra. Se embozó con su manto dejó afuera sus ojos para ver el camino:

-Ahora llegaré con mi advertencia -prometió.

Y quizás lo habría hecho, quizás habría cumplido. Pero antes de hacerlo, escuchó pasos en su reino.

Era el caminar de alguien que había sido arrebatado antes de cumplirse; como tantos otros desde que Misáianes reinaba.

La Sombra se paralizó de dolor, el pecho se le llenó de piedras. Aquellos pasos eran los mismos que la habían acompañado por el bosque y por la isla.

-¿Qué haces aquí, pequeña? -preguntó- ¿Quiénes se han atrevido?

La Sombra sacó los dedos del otro lado de sus puños cerrados. A causa de la furia, olvidaba mantener su forma y consistencia. Miró en dirección al monte. Habló con una voz extraña y hueca que llegaba muy lejos:

-¡Despierta! -dijo- ¡Despierta y mira la horda que alimentaste! Entran al galope en mi territorio, pisan con botas encharcadas. ¿Es que no han sido avisados de sus límites? ¿No saben que el camino de los muertos es mi alfombra? ¡Que nadie olvide quién soy! Ni ellos, escasos de sangre y de entendimiento, ni tú mismo -su rostro era una nube oscura-. ¡Ni siquiera tú mismo!

Mientras la Sombra hablaba, su manto anocheecía.

-¿Es ella la primera niña en llegar a destiempo, muerta por tu mandato y no por mí propósito? No lo es..., no es la primera. Muchos niños llegaron incumplidos, y yo lo acepté como deber de la madre que soy del hijo que engendré en desobediencia... Pero esta niña tuvo nombre para mí: se llamó Wilkilén y me trenzó cantando. Nadie antes lo había hecho, nadie jamás lo hará. Y no hablo de tiempo sino de eternidades.

Wilkilén se sentó a mi lado sin temor alguno... Esa niña me amó. Respóndeme tú, hijo y Misáianes, ¿alguien hay que me ame como ella lo hizo?

La Sombra se llenó de púas. Sus huesos asomaron a través de la escasa carne que los cubría.

-Conozco a los que se atrevieron a tocarla -dijo-. Los vi mancillar vírgenes y medir niños para gusto del jorobado. Ellos ignoran el valor de lo que arrebatan y prontamente lo olvidan. Pero yo soy la Sombra, conozco la virtud de lo que tomo, comprendo el porqué de cada final. Eso se llama propósito y ceremonia. Wilkilén era una forma de la vida, y como todas debía acabar un día. Pero era mi atribución realizar esa faena. ¡Era mi honor deshacer su materia inocente y devolverla para un nuevo destino! -la Sombra extendió, de frente al monte, la mano con la línea azul-. Las bestias que cebaste ultrajan la vida. Pero también ultrajan la muerte.

La Sombra peleaba con la Sombra una guerra idéntica a la del mundo.

-¿Recuerdas aquello que cantamos juntas, pequeña Wilkilén? -la Sombra acercó a sus ojos la línea azul. Después dejó caer

el brazo-. Hasta pronto, venado... Corre, escóndete.

Más tarde, sentada junto al árbol, volvió a dudar.

La Sombra se sentía vejada por la prohibición. "No engendrarás."

La Sombra se aliviaba en su condición de hermana podadora. "Tal vez, soy madre de todos. Madre en el círculo donde me toca la parte del dolor."

Luego, la Sombra se irguió impulsada por una decisión: no saldría de su boca ninguna advertencia. Sólo ella podía anticiparle a Misáianes el renacimiento de la luz en las Tierras Antiguas. Y podía señalarle a los dos elegidos. En cambio caminó de espaldas al monte, y murmurando:

-¿Qué sería de mí si el Odio Eterno no hubiese ocupado el espacio de mi Desobediencia? ¿Qué serías tú...? No sé si hijo es el nombre de la propia saliva corrompida; pero así te llamé: hijo y Misáianes. Soy la Muerte, tengo un propósito. Habrá un día para ir a buscarte.

Los sideresios se acercaban a la casa de madera.... El sitio donde Kush amasó cierto pan que mitigaba mucho más que el hambre.

Luego de abandonar la isla de los lulus los sideresios desembarcaron en el continente.

La primera aldea, viniendo del sur, era Paso de los Remolinos.

Los sideresios se despararon por la pequeña aldea abandonada. Derribaron puertas sencillas. Acribillaron mantas de lana, cántaros con guardas de colores y cestos de juncos. Después se tendieron a comer y a beber en medio de objetos que no parecían rotos. Parecían muertos.

Al atardecer, un grupo de reconocimiento llegó balbuceando palabras incomprensibles. Los hombres aseguraban que una casa de madera, alejada del resto de la aldea, hablaba y se reía.

Los sideresios siguieron el camino que les indicaban, a través del bosque. Avanzaban tal como si fuesen a batirse con Thungür y todos sus hombres.

Sin embargo un viejo nogal lleno de nidos abandonados era lo más parecido a un guerrero. Y la casa de madera exhibía como única defensa unos pocos zapallos que habían crecido a pesar de la pena.

Cuando llegaron, estaba oscureciendo. Los sideresios encendieron antorchas y rodearon la casa a cierta distancia, de modo que los unos vigilaban las espaldas de los otros. Los sideresios no querían tener atrás; porque el atrás, en ese bosque de Brujos, los espantaba.

Sin embargo, después de un rato de calma y viendo que todo estaba abandonado, los sideresios empezaron a ganar confianza.

El sitio aquel no se movía; parecía vencido y muy cansado. Era una casa de madera igual a las otras. Un sideresio avanzó dispuesto a derribar otra puerta sencilla. Un golpe seco de sus botas iba a alcanzarle. Pero no pudo hacerlo. Lo detuvo una amenaza que comenzó con un leve cambio en el color del aire. Y continuó con un siseo que decía algo.

En el cielo del atardecer, un ave gigantesca se detuvo a mirarlos. Los sideresios apuntaron sus armas para derribarla; pero antes de que pudieran disparar, el rugido de un puma se oyó en la espesura. La casa tenía música de flauta, el nogal se reía.

Lo quieto se levantó hasta el cielo, lo vencido extendió las alas, lo cansado rugió en venganza de su amor muerto.

Y desde el bosque de Los Confines, como si anduvieran en dos patas, llegaron cientos de pequeños remolinos levantando las hojas secas que cubrían la tierra.

Los soldados de Misáianes le prendían fuego a todo lo que no comprendían. Y aquella vez, mientras algunos disparaban sus armas, otros arrojaron antorchas sobre la casa de madera que luchaba por su vida.

Cómo saber si fue el nogal... Quién podría saber si Welenkín o el Ahijador contaron esta historia.

Pero alguien lo dijo.

Cada una de las antorchas que arrojaron los sideresios fue atrapada por un remolino que las estiró igual que largas cintas que se sacudieron en el aire.

Tanto se estiraron las llamas que, al fin, se vieron como colas de luz. Luces blancas, amarillas o rojas según la edad del fuego.

qué tiene de extraño si la aldea se llamaba Paso de los Remolinos.

qué tiene de extraño si allí llegaron los lulus, cada atardecer de la buena estación, en busca de tortas de miel y calabazas.

Decían los ancianos husihuilkes que los niños crecían durante los días calurosos, y en las noches de fiebre o pesadillas. Pero que más crecían en épocas de guerra.

Para los hombres de Los Confines la infancia duraba apenas unas pocas temporadas de lluvia. Luego llegaba el momento de transformarse en guerreros de bravura y honra. Porque, decían los husihuilkes, no había la una sin la otra.

La guerra contra el Odio Eterno, distinta a todas, fue un horizonte detrás del cual estaría el tiempo o el cadáver del tiempo; el mar o una eternidad de agua vieja; la tierra o un abismo en cuyo fondo yacería el cadáver del tiempo, el agua vieja y un nuevo abismo.

Por pelear esa guerra, los husihuilkes habían partido hacia el norte y avanzado hacia el norte sin imaginar que, a sus espaldas, el sur amado iba a llenarse de dolor. Cuando lo supieron se aferraron nuevamente a la ley que los sostenía, y decidieron continuar su destino.

Decían los ancianos que la vida y la libertad compartían el mismo cuenco; y que era imposible derramar una sin la otra.

Los niños de las aldeas que habían traspuesto ya las diez temporadas de lluvia fueron convocados para la defensa.

Y Kutral, como todos los otros, recibió su parte. Rodeado por algunos miembros del consejo de ancianos, escuchó atentamente cada palabra:

-Kutral, hijo de Cucub, te nombramos mensajero de esta guerra porque eres el mejor dotado para llevar la carga. Tienes la agilidad de los guerreros jóvenes. Tienes adiestrada tu resistencia para correr largas distancias y para permanecer oculto, agazapado, o tendido sobre el vientre el tiempo necesario. Y tienes también, como herencia de padre, las dotes del buen decir. Es eso lo que te distingue. Hasta hoy hemos permanecido ocultos, permitiendo a los sideresios avanzar sobre el territorio. Las fuerzas de Misáianes suben y se adentran. Llegan a cada aldea vacía, la arrasan y continúan. Conocemos que dos columnas se mueven en direcciones distintas. Una de ellas abandonó el Lago de las Mariposas y marcha en dirección a las montañas. La otra, que se detuvo primero en Paso de los Remolinos, avanza por la costa del Lalafke. Eres hijo de un gran mensajero, destinado a serlo tú mismo. Nunca, hasta ustedes, el pueblo husihuilke había tenido artistas. Los tenemos ahora y los estimamos como a una clase especial de guerreros. Cucub nos enseñó que los artistas ven grietas en la piedra y puertas en el aire. Irás y vendrás sin cesar por la tierra.

El anciano hizo silencio, antes de encomendar la primera tarea:

-Hay motivos para creer que algunos náufragos recorren nuestras costas, dejando a su paso jirones de una canción. Si acaso los encuentras, Kutral, corre de regreso con la noticia.

Los ancianos del consejo husihuilke y los Brujos de la Tierra estaban reunidos en la Puerta de la Lechuza. Cerca de ellos, y recostada contra un árbol, Nanahuatli se debilitaba.

-¿Qué le ocurre? -preguntó un anciano.

-Hace varias jornadas que está postrada allí -respondió el Brujo Halcón-. Ni semillas ha querido comer...

-¿Sucede esto desde que conocimos la muerte de Wilkilén? -intervino Tres Rostros.

-Así es, desde entonces.

Sin embargo, los husihuilkes y sus Brujos tenían otras urgencias. Un anciano descargó su morral frente a todos: el jirón de una capa, una rebanada de mineral. Cáscaras, cortezas, pellejos; todo con un mismo mensaje escrito con caracteres zitzahay.

Aunque los que estaban reunidos allí conocían cada detalle, los hechos fueron repetidos con detenimiento. Y todos volvieron a enterarse de lo que sabían; porque el tamaño de los acontecimientos así lo requería.

Las palabras que intercambiaban los Brujos y los ancianos llegaban lentas y pastosas a oídos de Nanahuatli. La princesa pasaba del sueño a la vigilia sin mover un músculo. Abría y cerraba los ojos; ésa era toda la diferencia.

-Kutral halló al grupo de náufragos que se acerca por la costa. Y siguiendo su rastro fue encontrando esto que aquí vemos -el anciano señaló lo que había salido desordenadamente de su morral-. Aquí y aquí y aquí... En la corteza y en la piedra está escrita la canción de Cucub.

Todos en Los Confines conocían la canción del zitzahay. Y más aún conocían la lealtad de Cucub.

-A nadie que no fuese un hermano Cucub le habría entregado estas palabras. Las mujeres-peces nos advirtieron de ellos: son los soldados del sol que lograron sobrevivir al naufragio. Claro que se trata de un puñado de hombres cansados... Pero, ¿podemos desdeñar la fuerza de una brizna? Ni eso, ni tampoco abandonar a los que vinieron en nuestra ayuda. Les enviaremos un mensaje para acordar con ellos el tiempo y el lugar del encuentro. Kutral los guiará con bien.

La conversación avanzó por los caminos de la guerra que se avecinaba. Y nadie, ni siquiera los Brujos, advirtieron que Welenkín se había marchado.

-También nosotros —dijeron los ancianos. Y se alejaron por distintos senderos.

Tres Rostros se dirigió al Brujo Halcón:

-Dices que Nanahuatli dejó de comer cuando...

-Cuando supimos que Wilkilén estaba muerta -el Brujo Halcón escondía el dolor.

-¿Duerme ahora? -pregunto Tres Rostros, señalando a Nanahuatli.

-Siempre está dormida y siempre está despierta.

-Permíteme hablar con ella.

-Será inútil.

Tres Rostros eligió la mueca de incertidumbre.

-Ninguna cosa he podido nombrar de esa manera: ni bueno ni malo, ni enorme ni insignificante. Nada que yo pueda llamar inútil me ha tocado ver en esta tierra.

Fue en el segundo acantilado al norte de Los Corales, aquél donde la niebla se apretaba. Ese fue el sitio que los ancianos escogieron para reunirse con los náufragos del ejército del Sol.

En la debida madrugada, un grupo de soldados llegó al sitio indicado siguiendo los pasos de Kutral que, una vez allí, partió en silencio.

Era un acantilado estrecho y profundo, disimulado por el corte de la costa y completamente tapado por la bruma. Agazapados en el roquedal, los ancianos husihuilkes esperaban. Tenían el torso desnudo y los pies descalzos.

La espesura de la niebla era su protección. Nadie los vería hasta tanto ellos no lo desearan. Y si así lo querían, podrían desaparecer en un instante.

A pesar de la niebla, tan densa que no dejaba a un hombre ver su propia mano extendida, los ancianos supieron que quienes llegaban y se detenían tiritando de frío eran soldados del Sol.

Aquellos hombres venían de un viento seco y caluroso que apenas amainaba desde el fin de la guerra de las Casas, cuando la cabeza de Hoh-Quíú fue enarbolada en una pica. Por eso, un acantilado marítimo, saturado de niebla, los ponía a temblar.

-¿Están aquí? -murmuró un soldado.

-Aquí estamos -le respondió una voz desde lo alto.

Después se oyó una sucesión de ruidos leves: arrastres y saltos. Eran los ancianos que se dejaban caer desde sus escondites sobre un suelo entremezclado de piedras, líquenes y musgo.

La firmeza de las voces y la nítida comprensión de la guerra hacía difícil imaginar que había ancianos del otro lado de la bruma. En poco tiempo, los soldados del Sol hablaban de igual a igual con guerreros que, a diferencia de ellos, no temblaban de frío.

La conversación no debía prolongarse.

Los ancianos estaban determinados a realizar acometidas fugaces contra el campamento de los sideresios, y a salirles al paso en los sitios más impensados del camino. Lo harían con el fin de retrasar su avance hacia las montañas. Pero mucho más, para azuzarles el miedo y hacerles saber que había alguien... Alguien alrededor, alrededor y siempre, de noche y de día, alguien y siempre.

La llegada de los soldados del Sol, aún reducida a un debilitado grupo de náufragos, era muy valiosa.

Los ancianos husihuilkes iban a enfrentar, sin titubeos, acciones de guerra en las que apenas tenían posibilidad de regreso. Ahora eran los soldados del Sol quienes debían decidirse.

-No es esto lo que el herrero y la resistencia soñaron -dijo el hombre que comandaba al grupo de náufragos.

-¿Crees tú que alguien soñó el tiempo que nos toca vivir? -le respondió un anciano.

Los detalles se ajustaron con precisión, pero rápidamente. El acantilado cobijaría el secreto. Los soldados del Sol abandonaron el lugar tanteando la niebla con los pies y las manos. Los ancianos husihuilkes corrieron sin ruido por un paisaje que conocían desde antes de ser ellos mismos.

En Los Confines, el amanecer apretaba la noche contra el mar.

Dos días después, un grupo de ancianos husihuilkes llegó a las cercanías de Los Corales. Allí se detuvieron, encendieron un fuego y se sentaron a su alrededor. Repartieron hojas de mano en mano que masticaron con gusto y en silencio. Uno de ellos habló con maneras cotidianas; tan evidente le parecía lo que estaba diciendo:

-Entre un pueblo menguado en ancianos y un pueblo menguado en niños nada hay que dudar o que elegir. Estas hojas que masticamos saben dulces y frescas. ¿Podríamos vivir avergonzados? ¿Podríamos vivir cautivos?

Los demás negaron con la cabeza.

-Es posible que algunos de nosotros no volvamos a sentarnos, con estas formas y estos rostros, junto a una fogata.

Los demás asintieron.

Los ancianos continuaron un largo rato masticando hojas. De pronto, como si alguno hubiese dado una orden silenciosa, se levantaron a un tiempo. Y avanzaron sin vacilaciones hacia el punto desde el cual se lanzarían en ataque sorpresivo y fugaz sobre el campamento enemigo.

Ni un solo pájaro cruzaba el cielo...

Un poco más adelante los ancianos tomaron por un sendero estrecho, flanqueado de vegetación tupida. Aquel camino desembocaba en unos riscos desde donde podían observar los movimientos de los sideresios. Allí los esperaban los náufragos del Sol.

-Este campamento no tardará en levantarse -dijo el soldado de mayor rango.

-Buena razón para atacar sin demora -respondió un anciano.

El hombre miró a los ancianos con una mezcla de respeto y recelo: parecían temerarios o estúpidos, según se viera.

-Muchos de ustedes y muchos de nosotros moriremos en estos ataques -dijo, como volviéndose a preguntar si debía atar a sus soldados a una estrategia de insensatos.

-Nosotros moriremos de cualquier manera -la voz del anciano sonó afable cuando agregó-. También ustedes.

-Estoy hablando de la disposición de estos ataques... -dijo el hombre del Sol-. Aquí no hay correspondencia razonable entre el riesgo que correremos y el daño que podamos ocasionar a los sideresios.

El mismo anciano respondió:

-¿Correspondencia razonable? ¿Sabes adónde están ahora nuestros guerreros? Peleando razonablemente cerca de tu pueblo... ¿Sabes, soldado, cómo están nuestras mujeres y nuestros niños? Razonablemente solos, para ser vejados y morir en pedazos. ¿De qué viciada correspondencia estás hablando?

Ya nada quedaba por decir...

Los ancianos caminaron entre las rocas. Y los soldados del Sol se asombraron de ver cuánto eran capaces de avanzar sin ser vistos ni oídos. También los asombró la fuerza de sus brazos al extender la cuerda del arco.

Enseguida se lanzó un ataque que, aunque no ocasionó graves pérdidas, atenazó el ánimo los sideresios. Aquellas embestidas, propias de los hombres oscuros, podrían repetirse inesperadamente. En efecto, tal como los sideresios temían, sucedió.

Los atacaban en pleno día. Ancianos husihuilkes y soldados del Sol saltaban, disparaban y desaparecían como lagartos entre las piedras calientes del desierto. De ese modo lograron detener y retardar el avance de los sideresios hacia las Maduinias.

En cada uno de esos breves ataques quedaron muertos de ambos bandos.

Los ancianos husihuilkes estaban listos para ver marchar su sangre. Pero los que murieron sin matar se fueron del mundo avergonzados de sí mismos. Porque los guerreros del sur no podían obsequiarle a Misáianes ni una sola muerte infructuosa.

¡Cuánto les dolería sentarse alrededor de la fogata eterna sin nada que mostrar a sus hermanos! Allí donde estaba Dul-kancellin, donde estaba Minché, ¿cómo llegar acarreado apenas sus propias muertes?

Desde el encuentro con el herrero en las cercanías del Río Yum, ningún mensajero había llegado del País del Sol.

El ejército del Venado siguió avanzando hacia el norte como lo hacía frecuentemente, utilizando caminos separados.

Ya en las Colinas del Límite, Thungür ordenó detener la marcha para reunirse con sus principales de guarnición, y organizar el avance a campo abierto por el árido territorio de La Pezuñera.

Sin dudas, aquel alto resultaba imperioso antes de lanzarse a la batalla. Pero también era cierto que Thungür quería dar una oportunidad a la resistencia del País del Sol. Porque, a pesar del duro desacuerdo con el herrero, el husihuilke confiaba en que los nobles actuarían con grandeza. Y que, finalmente, por la vida de todos y la de ellos mismos, respetarían el plan que habían trazado.

-Un día y su noche -dijo Thungür-. Después avanzaremos, aunque sea en absoluta soledad.

Sin embargo, ese mismo día, los guerreros que vigilaban La Pezuñera, una estepa yerma que se interponía entre las Colinas del Límite y las primeras ciudadelas y plantaciones australes del País del Sol, vieron una multitud que avanzaba lentamente por aquella extensión de piedras.

No caminaban con el mismo paso, ni en formación. No vestían de negro, ni brillaban sus armas.

No eran sideresios; eso lo supieron de inmediato.

Alertado, Thungür ascendió con algunos de sus principales hasta una cima rocosa. Desde allí verificó lo que sus centinelas habían dicho: quienes llegaban no eran sideresios. Pero el anuncio que traía esa muchedumbre cansada y polvorienta era igualmente funesto.

De inmediato, el jefe husihuilke entendió que su ejército ya no contaba con el respaldo de otra fuerza. No habría una ofensiva conjunta, por dentro y por fuera, que dejara sin salida a los sideresios.

Thungür envió un grupo de socorro y, sin darse tiempo para el dolor, comenzó a juntar los añicos de un sueño.

-¿Y en qué transformarás eso que tan cuidadosamente reúnes? -le preguntó el Padrecito del Paso.

Thungür se volvió a mirarlo.

-En una muerte que no nos pese en la eternidad -respondió.

Horas después, el pueblo del Sol llegaba a las Colinas del Límite. No cargaban fardos porque venían huyendo de una matanza. Cargaban dolor y miedo.

En vez de un ejército, Thungür recibía centenares de personas a las que sanar, alimentar y proteger.

Todos ellos venían del mismo amanecer, y sin embargo no caminaban juntos.

Thungür vio con incredulidad que aún allí, con muertos atrás y adelante, el pueblo del Sol se había separado por lo que eran y no eran.

De un lado, los que habían vivido esclavizados desde la entrada de los sideresios al País del Sol, comiendo maíz agrio, compartiendo su escudilla y su piel con las moscas. Algunos aún tenían cadenas en los tobillos, que no habían podido quitarse. Todos tenían los ojos espantados.

Del otro lado, la nobleza.

Los nobles de la Casa de Molitzmós, los que habían participado de la resistencia entrando y saliendo del palacio de mando, llevaban joyas y vestiduras que ni la caminata por el desierto había logrado opacar.

Los nobles de la Casa de Hoh-Quíú no conservaban tal arrogancia en el ropaje, pero sí en el porte y en la voz. Y aunque muchos habían permanecido ocultos y relegados en los bordes de la ciudad, en nada mostraban marcas de hambre ni trabajo esclavo.

"Entre ellos estaría Nanahuatli." No era así como Thungür hubiese querido recordarla después de tantos días de olvido.

-Pero si te vanaglorias por ser distinto, eres igual a ellos -dijo a sus espaldas y en voz muy baja el Padrecito que, desde hacía horas, parecía vivir en la cabeza de Thungür.

Al frente de todos, y en brazos de una anciana que caminaba junto al herrero, llegaba el que los unía más allá del oro y los escudos.

El herrero se adelantó para detenerse ante el jefe husihuilke. No se mostraba avergonzado. Su autoridad no parecía debilitada por el fracaso de la estrategia.

-Él es Yocoya-Tzin -dijo, indicando a la anciana que se acercara-. El príncipe nació antes de tiempo, por sacrificio de Acila, su madre, para salvarlo.

Thungür miró al niño. Era demasiado pequeño y respiraba agitado contra el regazo de la mujer. No halló nada que decir

sobre él.

En ese momento se acercó un grupo de hombres que representaba a las dos Casas del Sol. Uno de los nobles habló por todos y con autoridad:

-Es urgente que reorganicemos la estrategia. Hemos hablado en el camino y tenemos claras ideas al respecto...

Thungür le puso encima los ojos negros como si fueran sus manos asiéndolo de la capa bordada. Le echó encima los ojos para exigirle que se callara. Lo miró de pies a cabeza, conteniendo en sus puños apretados el deseo de arrojarse sobre él para enseñarle lo que era el dolor.

Después desvió la vista para llamar a uno de sus principales:

-Es necesario ordenarlos -le dijo. Y encerró al pueblo del Sol y a su nobleza con un mismo gesto-. No por sus vestimentas, sino por su salud, por su edad. Y especialmente por el servicio que puedan prestar -alzó la voz para tapar el creciente murmullo de los nobles-. Den a todos una ración de comida. Y vean que sea mayor para los que traen hambre de muchos soles. El mismo noble que antes había hablado tiró hacia la espalda, en un gesto airado, el medallón que llevaba colgado:

-No admitimos que separes a los miembros de nuestra Casa y a nuestras familias...

El rostro de Thungür, enmarcado por el largo cabello negro y atravesado de músculos, le impidió continuar. El husihuilke se acercó al noble; la diferencia de estaturas y de fortaleza se ganó la atención y el silencio.

Thungür sabía que, por causa de una enorme desgracia, toda la fuerza había regresado a sus manos. Y que no era momento de desperdiciarla:

-Mi nombre es Thungür, hombre husihuilke del sur, primer jefe de este ejército. Tú, sin importar quién seas... Tú y todos los que te acompañan harán lo que se les ordene. Di muerte a mis hombres cuando traicionaron la lealtad de la guerra. ¡No dudes de que haré lo mismo contigo! No importa quién seas en tu enorme país, aquí serás un guerrero -calló un momento y luego continuó-. Repite a los tuyos lo que acabas de oír. Y diles a las mujeres que vienen a tu lado que nadie llora aquí -por entonces Thungür hablaba para sí mismo, procurando que la ira se fuera con las palabras-. Diles que no pueden llorar porque no lloran las mujeres husihuilkes, como no lloran estas otras mujeres que tengo delante. Mujeres del pueblo del Sol que, si bien miras, todavía temen que las golpeen por la espalda. Aquí no hay taburetes de oro... Aquí hay fuego, tierra y alrededor.

Detrás de los nobles, el herrero delató, en su voz, una sonrisa:

-Si me permites, Thungür, formaré a mis soldados para que podamos presentarnos ante ti. Y ponernos bajo tus órdenes a los ojos del cielo.

Un viento que duró cuarenta soles

-¿Cuánto hace, vecino, que nos satura el viento?

-Tanto...

El viento seco y caluroso, que había llegado después de la guerra, volvió a levantarse. Lo hizo con tanta inclemencia como nunca antes. Llegó desde el norte, cubrió la ciudad del Sol y se desmoronó sobre La Pezuñera y las Colinas del Límite.

-¿Y dónde estará el sitio en que se canse?

-No podemos saberlo.

Los dos hombres hablaban sin dejar de realizar el trabajo de molienda para la fabricación de polvo gris.

-¿Oíste lo que a menudo dice el Padrecito?

-Dice que el viento seco es tiempo para el Venado. Sí, oí lo que dice...

Cuarenta soles con los ojos sucios. La Pezuñera se había transformado en un lugar sofocante y oscuro donde eran impensables los caminos. Días de viento seco que aplazaron la guerra cuarenta veces.

El viento había comenzado muy poco después de la llegada del pueblo del Sol.

Al principio, todos creyeron que amainaría en dos o tres soles. Pasaron cuatro y el viento seguía amaneciendo. Pasaron cinco, y sólo amanecía el viento.

Fue entonces cuando el Padrecito comenzó a murmurar que se trataba de un tiempo enviado; de un plazo para la vida de las Tierras Fértiles.

Alentado por las premoniciones del Brujo, Thungür redobló el trabajo que ya era extremo. Él mismo, antes que nadie, trabajó incansablemente; con poco sueño y escasa comida. Y en el esfuerzo prodigioso, como a veces sucede, parecía feliz.

-Del otro lado del viento están los sideresios.

-Están, vecino, rechinando los dientes a causa de la tierra.

-Aquí nadie rechina los dientes...

-Será bueno, entonces, que el viento nos sature.

-Eso dice el Padrecito.

El polvo se adosaba a los cuerpos transpirados, de modo que hombres y mujeres semejaban seres de barro moviéndose día y noche. Eso ocurrió cuando, en el norte de las Tierras Fértiles, ambos eran indistinguibles: los hombres de las mujeres, y el día de la noche.

-¿Sabes algo? No distingo tampoco a los nobles... ¿Dónde están ellos?

-Tampoco puedo distinguirlos.

-Será que fatigados, sucios y mal comidos todos somos iguales.

Thungür y el herrero pudieron entenderse y completarse a la hora de planear el último campo de batalla, concertando las diferencias de las armas que manejaban, el número y las destrezas de sus hombres.

-Pero está el fuego, vecino... Las armas que disparan fuego y se llevan muchos de nosotros de un solo golpe.

-Está, es cierto. Y sin embargo, escuché este murmullo: también nuestro fuego creció bajo el viento.

-¿Y cómo habrá sucedido algo tan bueno?

-Escuché este murmullo: se juntaron un Brujo y un herrero; el polvo gris y su coraza.

Los arcos para arrojar flechas que llevaran una carga de polvo gris a suficiente distancia y con precisión, debían ser más largos que los que habitualmente usaban los husihuilkes. La madera con que el Padrecito del Paso los fabricaba no era capaz de retomar su forma con suficiente fuerza y velocidad en el lanzamiento.

Uniendo varias lonjas de metal, el herrero construyó un arco resistente que podía impulsar la flecha, con su carga de polvo gris, tanto como era necesario.

Cuando vieron que el arco funcionaba, hubo que trabajar sin cesar en la fragua para construirlos por decenas.

Thungür escogió a los guerreros cuyos ojos brillaban a la sola vista de las nuevas armas, y se las entregó para que las amaran y las entendieran en pocos soles.

-Ya no es un murmullo, vecino. Es fuego que vuela.

-Vuela, así es. Y dicen que se llevará consigo algo más que un solo sideresio.

El tiempo dilatado del viento reservaba todavía un nuevo suceso provechoso...

Un día, pasados treinta soles de viento, el ejército de las Tierras Fértiles celebró la llegada de los Kúkul.

Y ya nadie tuvo dudas de que el viento no corría porque sí.

Cucub se dejó caer del lomo de Mientras-Tanto. A causa del viento terroso que llenaba el mundo, no reconoció a Thungür sino hasta que lo tuvo muy cerca. El zitzahay se había prometido durante el largo y fatigoso viaje no pronunciar los nombres amados frente al hermano de su esposa. Luego le pareció que Thungür se había decepcionado por esa demostración de templanza.

"Nunca comprenderé a los husihuilkes", pensó Cucub. Su prolongada estadía en la Comarca Aislada le había hecho recuperar el modo de pensar de los zitzahay.

Hacía cuarenta soles que un viento inclemente revolvió el desierto haciéndolo impenetrable para ambos ejércitos. Todo lo viviente se inclinaba hacia el mismo sitio, el aire y la tierra eran la misma cosa.

Junto a una hoguera Cucub comenzó a dar saltos mientras emitía extraños sonidos como si preparara su garganta y su cuerpo para algo indecible.

-¿Qué le sucede al hombre pequeño?

-¿Qué crees tú, vecino?

-Agua de maíz.

Thungür lo conocía muy bien, y caminó hacia Cucub sabiendo que no era posible que hubiese transgredido las leyes. Seguro de que no había bebido agua de maíz, iba preguntándose qué le ocasionaría a su hermano tan extraño comportamiento.

Al llegar vio que el centinela no había exagerado. Al contrario, las contorsiones que desarmaban el pequeño cuerpo de Cucub y las inflexiones de su voz eran más desmesuradas de lo que Thungür imaginó cuando le anunciaron la noticia.

Muchos guerreros se habían reunido a su alrededor. Algunos reían; pero la mayoría miraba con recelo. Aquello que tenían frente a sí no eran los males que solía ocasionar el exceso de agua de maíz.

Llegaba Thungür, y los hombres se abrieron para darle paso. Ninguno dudaba de que, si se trataba de una borrachera, el jefe husihuilke lo castigaría sin compadecerse, ni recordar que se trataba del esposo de su hermana. O quizás, por eso mismo, lo castigaría más duramente.

En cuanto vio a Cucub, Thungür confirmó su confianza:

-No es agua de maíz -murmuró. Luego habló más alto-. ¿Qué cosa te sucede, hermano?

El zitzahay reaccionó como si hubiese estado esperando que Thungür llegara para hacerle esa pregunta. Al instante, dejó de moverse. Quieto en su sitio, pálido y sereno, Cucub comenzó a hablar.

Algunos guerreros zitzahay reconocieron de inmediato la voz inconfundible de Zabrankán. Ciertamente Cucub era un gran artista capaz, entre otras virtudes, de imitar todos los sonidos. Sin embargo no se trataba de Cucub fingiendo la voz y las palabras de Zabrankán; sino de Zabrankán usando al artista como instrumento.

-Cuatro veces diez soles lleva soplando el viento. Pero el tiempo se acaba; puesto que tanto como nosotros avivamos el viento desde este sitio que no está arriba ni abajo, otro lo absorbe desde un monte. ¡En todas partes es la guerra! Ustedes han sabido utilizar con grandeza este tiempo. Sepan que al amanecer el viento cesará de pronto y el desierto que los separa de los sideresios se derrumbará sobre sí mismo. Los hombres de Flauro no saben esto. Y demorarán hasta alistarse para avanzar. Ustedes lo saben. Ustedes, hermanos, ganen este último tiempo otorgado.

Cucub dejó de hablar. Cerró los ojos y sacudió fuerte la cabeza como si procurara quitarse algo de adentro. Luego miró a todos con una sonrisa que le pertenecía.

-No sé lo que he dicho -dijo-. Pero a juzgar por sus rostros debo haberlo hecho con gran maestría.

Cucub había regresado; de eso no había dudas.

Esa misma noche, Thungür y el herrero tomaban las decisiones finales para iniciar la marcha sobre La Pezuñera apenas amainara el viento.

-Quisiera estar tan seguro como lo estás tú -dijo el herrero, que no confiaba tanto como Thungür-. Al cabo, fueron palabras de uno al que le gusta relatar cuentos.

-En la Comarca Aislada aprendí que los cuentos dicen verdades.

-Aun así... -insistió el herrero.

-Aun así —repitió Thungür—. No fue Cucub quien habló. Creo en la advertencia que nos trajo su boca tanto como creo en el árbol en el que ahora me apoyo. Al amanecer cesará el viento y estaremos preparados para avanzar y posicionarnos en el campo de batalla mucho antes que los sideresios.

-Cesó el viento -dijo Molitzmós, asomado al ventanal que daba a los patios del palacio de mando, que daba a las guerras pasadas, que daba a la próxima guerra.

Aunque la orden no había sido expresada con claridad, Molitzmós estaba prisionero.

No abandonaba el cuarto donde aún persistía el olor del nacimiento de Yocoya-Tzin. Los sideresios le manifestaban abiertamente el desprecio que estuvieron obligados a disimular. Flauro había dejado de visitarlo desde el regreso del viento seco. Molitzmós sabía que el capitán estaría encolerizado por la imposibilidad de avanzar sobre el ejército del Venado.

¿Cuánto de la rebelión habrá logrado salvarse? Lo suficiente. ¿Vivirá Yocoya-Tzin? Vivirá porque tiene doble sangre. ¿Se habrá desperdigado el pueblo, o estará con Thungür? Las dos cosas deben haber sucedido.

Éstas y muchas otras cosas se preguntó repetidamente Molitzmós durante los cuarenta días en que sólo vio pasar por su ventana el viento oscuro. Distintas respuestas llegaron a su mente según estuviera más o menos fatigado ese día. Pero Molitzmós del Sol, que era una criatura de las Tierras Fértiles, comprendió de inmediato que aquel viento venía de un sitio que no estaba abajo ni arriba.

"Éste es un tiempo para el Venado", pensaba. Y no había odio ni alivio en ese pensamiento.

Hacía cuarenta días que Acila agonizaba a su lado, cubierta de polvo, también ella.

-Como si... si ya me estuviesen sepultando -murmuraba Lengua Demorada en sus momentos de lucidez.

Con los escasos elementos que había podido procurarse, y proporcionándole extremos cuidados, Molitzmós atemperó la agonía de Lengua Demorada. El amanecer era el mejor momento para ella:

-Ven -le dijo a Molitzmós.

El Señor del Sol la observó. Los ojos de Acila, brillantes y exaltados, eran el último portal que la unía al mundo. Diría lo suyo, y moriría.

Molitzmós se sentó a su lado sobre las mantas sucias, dispuesto a escuchar. Había temido que Acila muriera sin confesar la conjura de los jugadores de yocoy. Por cierto, Molitzmós había logrado reconstruirla paso a paso; pero la confesión de Acila era una muestra de amor. Eso reconfortaba la soberbia del Señor del Sol: si Acila lo amaba, también ella había perdido la partida.

Molitzmós ayudó a Lengua Demorada mojándole los labios y completando sus palabras cansadas.

-Allá en el quinto puente se in... inmolaron los mejores...

-Los mejores hombres de las dos Casas -completó Molitzmós.

-Debíamos ganar tu confianza y t... tener acceso a tus decisiones.

Acila se perdía. Molitzmós se adentró sin temor en el espacio de la moribunda.

-Y nadie ganaría mi confianza como alguien capaz de advertirme sobre una conspiración en mi contra, condenando a muerte a su misma Casa.

Cuando Hoh-Quiú fue derrotado y se hizo evidente que Molitzmós, el nuevo príncipe gobernante, era el camino por donde llegaba el orden de Misáianes, gran parte de la nobleza de ambas Casas declinó sus odios y sus diferencias para trabajar en una alianza que buscaba derrotar, a un tiempo, a Molitzmós y a los sideresios.

La sagacidad de Molitzmós era célebre en el País del Sol.

Los nobles de ambas Casas sabían que Molitzmós iba a llevar a cuestras la desconfianza de los traidores y la soledad de los príncipes sin poder. Usando esas certezas trazaron las líneas de una sangrienta partida de yocoy.

Alguien debía ganar por entero la confianza del príncipe y permanecer a su lado para vigilar de cerca sus intenciones y movimientos; tanto como las intenciones y los movimientos de los sideresios. Pero había algo mucho más importante... Era imperioso inducir a Molitzmós a apropiarse del trono y, desde allí, tomar decisiones favorables a la resistencia. Entre ellas, rearmar al ejército del Sol.

Una mujer era lo apropiado. Una mujer de mente esplendorosa; eso era indispensable.

Molitzmós había caminado al destierro sin vacilar; allí donde lo condujo la suma de su soberbia y su inteligencia. Una mujer semejante a él que deambulara por ese lugar dorado y vacío debía serle necesaria. Acila era la mejor posibilidad de la resistencia.

Lengua Demorada llegó un día al palacio de mando y delató a su propia Casa con razones de altanería que Molitzmós entendía y admiraba.

"No hay mayor coraje que aceptar el dolor de los remordimientos; ni mayor inteligencia que amarnos a nosotros mismos más que a nuestra virtud."

Y el príncipe solitario, que no encontraba el modo de construir su poder, extrañó a aquella mujer con la que podía debatir y pensar. Junto a Acila su pensamiento se vivificaba y su confianza crecía.

A la resistencia del yocoy no le servía un príncipe débil, incapaz de influir y disponer sobre los sideresios.

Al contrario, lo requerían fortalecido. Porque de nada les valía controlar una suntuosa capa de plumas; ellos debían controlar a un poderoso.

Lentamente, y guiado por los consejos de Acila, Molitzmós realizó las acciones necesarias para ser elegido nuevo emisario, el sitio que había ocupado Drimus. Eso costó los muertos zitzahay.

Pero los nobles del Sol no se amedrentarían por eso cuando ya habían ofrendado su propia sangre.

Pero, más urgente y más importante, era lograr que Lengua Demorada concibiera al heredero del trono. Un príncipe con sangre de las Casas fue la simiente y el sostén de la alianza entre familias adversarias.

Hasta su boda con Acila, Molitzmós había tenido solamente hijas mujeres. Guiada por los consejeros, que le indicaron la tutela de los astros, Acila llegó por primera vez al lecho de su esposo para engendrar al primogénito. Así, al menos, se lo repitió a sí misma y a su sierva.

Todo hubiese sido una excepcional partida de yocoy, si una pequeña mujer y su vientre no hubiesen entorpecido los acontecimientos.

Durante esos cuarenta días Molitzmós repasó muchas veces los sucesos del quinto puente. Y pensó, sin cesar, en los nobles que aguardaron en la barraca la comitiva conducida por Lengua Demorada. Ahora comprendía las miradas de aquellos hombres que se inmolvaban por la supervivencia de sus escudos.

"Vence el que es mejor", dijeron esos ojos.

"Por eso vence", respondieron los ojos de Acila.

A Molitzmós lo cautivaba la virtud de la inteligencia aún cuando jugara en su contra. Y se sintió orgulloso de la conspiración del yocoy como, si de algún modo, le perteneciera.

Después de su boda con el príncipe, Acila mantuvo informada a la resistencia de cada cosa que ocurría y se murmuraba en el palacio de mando. Fue el tiempo de apretar, con las fuerzas de Thungür, una batalla de celadas y sorpresa que hubiese significado la victoria definitiva sobre los sideresios.

-Pero no fue... No fue -dijo Acila.

-No pudo ser... -continuó Molitzmós-. Y todo a causa de las mujeres que te reemplazaban en el estanco -Molitzmós pareció olvidar que le hablaba a una moribunda-, A decir verdad, Acila, todavía no comprendo qué te hizo perder la cautela con ellas. Menospreciaste el esmero y la resolución con que actúa el despecho. ¡Jugaste mal, Lengua Demorada!

Peor aun cuando cometiste el error de realizar tú misma aquello que debieron realizar otros. ¿Qué te indujo a consumir, con alto riesgo, el envenenamiento del niño que iba a nacer antes de Yocoya-Tzin? ¡Nunca debiste hacerlo tú! -Molitzmós espía la reacción de Acila-. Ya debes saber que la rabia de esa joven madre, puesta al servicio del capitán de Misáianes, fue la que provocó tu desgracia y la desgracia de la resistencia. ¿Será que tú misma actuaste con celos y envidia de su vientre fresco?

Molitzmós del Sol esperaba una respuesta de ternura; pero hasta en su lecho de muerte Acila era quien era. Sonrió apenas. Los labios, agrietados por la fiebre prolongada, le sangraron.

Avanzaba la mañana para llevarse a Acila.

Abajo se oían ruidos y órdenes. El ejército de Flauro se preparaba para marchar hacia las Colinas del Límite.

-Es seguro que la guerra los alcanzará antes de llegar allí -dijo Molitzmós, imaginando que el viento no había sido inútil-. Me atrevería a decir que la batalla se librará a la salida de La Pezuñera... Si yo fuera Thungür, ocultaría mis fuerzas entre las dunas que se agolpan al pie de las estribaciones.

Entonces oyó un quejido. Acila estiró la mano para morir. Molitzmós la tomó con firmeza.

-Yocoya-Tzin...

-Sé lo que estás pensando, esposa. Y creo igual que tú... Yocoya-Tzin es lo mejor de nosotros y deseo que triunfe sin importar de qué lado de la guerra esté. Gracias a él, mi tiempo no ha terminado. ¡Escucha bien para que no lleves cargas inservibles! No lamento la muerte de ninguno, de nadie. No lamento la muerte de aquel niño que se hizo charco. Era Yo-

coya-Tzin el que debía nacer. El cumpliré mi promesa y tu venganza, mis pesadillas y tus sueños. Si acaso el hijo de Acila y Molitzmós se sentara en el trono, la grandeza del País del Sol sería indetenible -Molitzmós se aferró a la mano muerta-. Espérame, Acila, voy contigo.

En el sur de las Tierras Fértiles se acababa el otoño. Después llegaría el invierno y una nueva temporada de lluvias. Así, al menos, había ocurrido siempre.

Kuy-Kuyén miraba el cielo donde aún no había ningún indicio de la lluvia que, acaso, iba a suceder. Porque nada era seguro cuando los sideresios ocupaban las aldeas donde el pueblo husihuilke había vivido según la ley de las criaturas. Y nada podía presagiarse, ni la llegada del invierno, cuando los pájaros se habían marchado.

-Y tú contarás una nueva temporada de lluvias -le decía Kuy-Kuyén a Muesca-Cinco haciéndolo jugar sobre sus rodillas.

La madre y el hijo descansaban junto a la entrada de una cueva en las Maduinas.

Kuy-Kuyén no había dejado de llorar desde la muerte de Wilkilén. Lloraba con el peor de todos los llantos; el que no se hace agua en los ojos sino tierra en el corazón.

En el norte de las Tierras Fértiles se acercaba el verano. ¿Y qué importaba, si el viento quemante igualaba los días?

-Ya ha pasado otro año desde mi partida... ¿Me odiará todavía, Nanahuatlí? -Cucub hablaba en soledad, mirando la llanura extendida-. Tanto tiempo alejado de Kuy-Kuyén, sin hacer siembra de gente. Mirando ahora La Pezuñera me parece que nadie hubiera nacido.

Las mujeres y los niños del pueblo husihuilke permanecían ocultos en las laderas cavernosas de las Maduinas.

Entre ellos y los sideresios se interponía una cabalgata de dos soles por un territorio escarpado. Para defenderlos sólo contaban con un reducido ejército de guerreros que, en buenos tiempos, hubiesen sido ancianos y niños. Solamente eso tenían. Eso y los Brujos que, desapegados de sus apariencias, se hacían y se deshacían. Se prolongaban en el silencio, el animal o el sueño. Porque los Brujos de Los Confines conocían las puertas y los lenguajes de todo lo creado.

En el sur, los sideresios avanzaron con cautela por una tierra silenciosa y vacía, tomaron las aldeas donde todo había sido abandonado a medio hacer: el mortero sobre el maíz, el punzón sobre la arcilla. Por fin, se establecieron muy cerca de las estribaciones de la montaña. Pero evitaron el bosque apretado donde sus temores crecían.

En el norte, el ejército de las Tierras Fértiles avanzó sobre La Pezuñera hasta posicionarse en una zona elevada y protegida. A sus espaldas, en las Colinas del Límite, quedaron los que no podían pelear. Ellos trabajarían en el aprovisionamiento y realizarían las tareas de retaguardia.

Poco después del final del viento los vigías de Thungür divisaron la primera señal de los sideresios. Al principio fue un dilatado resplandor, como espejismos de la arena.

Dos días después fueron muchos centenares de soldados que avanzaban lentamente, al paso de las grandes armas.

Nadie sabía cómo era Misáianes en su monte escondido. Allí, en La Pezuñera, el hijo de la Muerte fue un ejército de negro y de metal. Y un resplandor que a lo lejos parecía agua, pero era fuego.

-¡Es fuego en el bosque! -dijo una voz en Los Confines.

Los guerreros jóvenes, que trepaban muy alto las Maduinas para vigilar el valle, fueron los primeros en ver el incendio. Ardía el bosque, antiguo y sagrado, que los Antepasados nombraron como origen de la vida.

Una vez más, los sideresios asesinaban para calmar el miedo.

Siluetas que no estaban de Brujos que no estaban, el dibujo de las estrellas, las burbujas que emergían del río; todo asustaba a los sideresios. Y más que ninguna otra cosa, los asustaba un silencio de pozo que se adueñaba del mundo, y que ellos no podían matar.

En Los Confines, los sideresios disparaban sus armas; pero en vez del silencio moría el estampido. Destruían los cántaros de arcilla, llenos de silencio que se desparramaba. Reían con brusquedad, para escucharse. Y la risa volvía como el eco de un tambor lejano: rama de membrillo que los hacía callar, que los hacía silencio.

Por esos días, un animal se les sumó al miedo.

Era un puma dorado, enorme, que merodeaba las noches de los sideresios. Y entraba en sus sueños.

Soñaba un soldado sideresio... En su sueño subía por la ladera de una montaña. Trepaba sin cansancio al final de una tarde. De pronto, la montaña giraba hacia él la cabeza encrespada. Y lo que parecía una cuesta de arena era el lomo del puma. El sol estirado sobre el horizonte eran ojos feroces; el cielo rojizo se abría con hambre...

Un soldado sideresio soñaba que tenía sed. Por el sueño cruzaba un río. Pero el puma estaba bajo el agua. Y cuando el sediento se agachaba a beber, el río era saliva espumosa que brotaba de las fauces del animal.

Los sideresios despertaban gritando. Se erguían en su sitio. Finalmente, incapaces de volver a dormir, deambulaban sin sentido por largas horas.

La fatiga y la irritación crecían entre ellos. Y el miedo duraba mucho más que la noche porque cada amanecer, en uno o en otro campamento, aparecían hombres desangrados por una mordida fatal. La vena poderosa fuera del cuello, como un tallo. Muertos sin color, de ojos abiertos, que habían alcanzado a comprender los motivos del puma.

Espantados por la inevitable noche que llegaba, los sideresios incendiaron el bosque de Los Confines. Allí donde, seguramente, se ocultaba el puma. Y también los Brujos, simulando ser laureles o enredaderas en un tronco.

-Es fuego en el bosque! -repitieron las mujeres.

Los husihuilkes veían arder la única casa verdadera; el lugar del cual venían sus recuerdos, sus canciones y sus caminos.

-¡Márchate, hermano! Márchate de aquí para salvarte -le decían al bosque. Pero el bosque vivía por las raíces.

-Tienes penumbra y humedad... ¡Ocúltate allí dentro! -y eso, quizás, era posible.

El Ahijador volaba por el cielo del bosque para que, en la puerta de la Lechuza, el Brujo Halcón pudiera saber hacia dónde avanzaba el fuego.

Nanahuatli aguardaba en su nido. La princesa de trenzas desparejas, enflaquecida y hablando de amor, se veía tan absurda como el Brujo que musitaba nombres de pájaros en medio de un bosque incendiado.

-Tres Rostros iba al encuentro del Brujo Halcón -murmuró una mujer con la mirada fija en el fuego que ascendía por los grandes árboles-. ¿Qué será de él?

-Nada le pasará -respondió un anciano-. Además, desde aquí puede verse que el incendio dista mucho de donde viven el Brujo Halcón y la princesa.

Kuy-Kuyén se perturbó al oír que mencionaban a Nanahuatli. También a ella la había olvidado por pensar en Wilkilén. En la noche dolorosamente iluminada de Los Confines, Kuy-Kuyén apretó contra su pecho a Muesca-Cinco.

Y en la Colinas del Límite, la sierva apretó contra su pecho a Yocoya-Tzin.

-Estaré mirando la guerra. La miraré como tu madre lo hubiese hecho, como lo haría tu padre. Atenderé a los movimientos de la nobleza del Sol, observaré al jefe husihuilke que no te venera. No importa lo que debemos hacer; pero hallaremos el camino del trono. Serás príncipe del Sol, alabado y temido por todos. Es mi promesa, Yocoya-Tzin.

Kuy-Kuyén, en cambio, no podía ofrecer a su hijo nada más que su cuerpo.

-Estaré frente a ti, Muesca-Cinco. Estaré entre ti y la muerte como debí hacerlo con Wilkilén.

Y en la batalla de La Pezuñera, al frente de todos, estaría Thungür.

En el norte, los sideresios avanzaron sin apartarse demasiado de las franjas de monte donde podían procurarse agua y alimento. Faltaban más de tres soles a paso de ejército para alcanzar la vanguardia del Venado, cuando Flauro ordenó detenerse. Y establecer allí el enclave principal de sus fuerzas.

Su siguiente orden fue el avance de la primera línea. El permanecería detrás, junto al grueso del ejército, hasta determinar la capacidad y la estrategia de las Tierras Fértiles.

El capitán de Misáianes arrojó un señuelo y esperó.

Thungür y el herrero se habían preparado para una batalla feroz y definitiva. Pero Flauro elegía otra guerra.

-Avances y retiradas... Pobres escaramuzas con las que procurarán desgastarnos -dijo el herrero.

Las nuevas armas que el ejército del Venado poseía; el adiestramiento implacable de sus guerreros; el control del terreno en el que Thungür y el herrero habían dispuesto sus hombres de forma tal que podrían atacar simultáneamente por el frente y por ambos flancos, serían ventajas valiosas en los primeros choques. Luego, comenzaría a pesar la diferencia de número a favor de los sideresios. Y el mayor aprovisionamiento de armas y polvo gris que obtendrían de la ciudad del Sol.

-Habrá una batalla cuando amanezca -dijo Thungür-. Entonces conoceremos el plan de Flauro... Si nuestras sospechas se confirman, tendremos que pensar en otra guerra.

-Deberías cambiar de animal -le dijo el herrero-. Hunde-la-Tarde está cansado.

Thungür sonrió. El alba iba a encontrarlo al galope, delante de los más valientes.

-También yo lo estoy -respondió-. Y sin embargo ese animal con cabellera confía en mí.

El jefe husihuilke aprovechó la negrura de la noche en La Pezuñera para ordenar los movimientos finales.

Los guerreros de las Tierras Fértiles dormitaron en sus posiciones de combate, sobresaltándose por cada insecto, esforzándose por soñar con lo que amaban.

Al amanecer los sideresios retomaron el avance. Eran unos pocos centenares de soldados bien armados.

No iba a ser una batalla difícil. Pero Flauro, con sus mayores fuerzas preservadas, vería los destellos a lo lejos.

-Luego comenzará el tiempo -murmuró el Padrecito del Paso-. Y el tiempo no pesa igual en todas las espaldas.

El Padrecito trabajaba, con sus manos rotas, en las tareas de abastecimiento. Casi había olvidado que era Brujo. Por eso lo

asombró su propia voz relatando visiones.

También en el sur los Brujos estaban olvidados de sí mismos. Disueltos en los otros.

Los husihuilkes esperaban a Tres Rostros en un valle cerrado. El Brujo les había dicho que llegaría a reunirse con ellos. Pero llevaba dos soles de demora, y los guerreros jóvenes comenzaron a inquietarse:

-Tal vez, ya no regrese.

-Y para morir será igual hoy que mañana.

Entonces, los ancianos hablaron. Y la autoridad de la paciencia volvió a imponerse.

-Un buen guerrero no desdén una noche de descanso cuando el cielo la otorga. Recuerden que quien está decidido a morir no disminuye el paso que lo lleva a la muerte; y tampoco lo apura.

El incendio del bosque se extinguió en las zonas profundas, donde el aire pesado de humedad y la vegetación sombría le ganaron al fuego.

Pero, desde entonces, los sideresios se aventuraron por el territorio. Llegaron al pie de las montañas. Y, en algunas incursiones, treparon las laderas de modo tal que, desde las cavernas donde se ocultaban las mujeres y los niños, podían escucharse sus gritos y el relincho de sus animales.

Gran parte del bosque de Los Confines se había transformado en una extensión de ceniza y árboles aridos. Donde corrió un arroyo, quedaba un cauce gris dibujado de peces y algas. Las madrigueras eran hoyos llenos de pelajes calcinados. "Allí estará el puma", decían los sideresios. Porque el animal dorado había desaparecido de sus noches y de sus mañanas. Pero en eso se equivocaron.

Welenkín descendía el valle en compañía de Tres Rostros para reunirse con los husihuilkes.

Los ancianos extendieron las palmas en señal de regocijo y bienvenida.

Los Brujos y los hombres se sentaron en círculo para acordar la guerra.

-Todo ha sido hecho -dijo Tres Rostros-. Tenemos lo que tenemos y con eso saldremos a pelear.

Los Brujos olvidaron que tenían frente a sí niños y ancianos. Ya no lo eran; se habían transformado en guerreros y como a tales los trataron.

Era poco lo que tenían para enfrentar a los sideresios, de modo que resultaba indispensable conjugar las fuerzas con astucia.

Cuando alguien preguntó por los linajes del este, Tres Rostros tomó la palabra.

-En ese territorio está puesta la fuerza entera de Kupuka. Y también la de Drimus. Ambos son poderosos... No es posible conocer el resultado de esa contienda.

Por la memoria de todos pasó la imagen del Brujo anciano que había anunciado su llanto con una vejiga de animal atada a la cintura y ramas a la espalda.

Los sideresios llegaban cada vez más cerca de las cuevas donde se guarecían las mujeres y los niños. El lugar no era demasiado elevado. Y sería sencillo imaginar que en aquellas inmensas paredes cavernosas podía esconderse un pueblo. Los husihuilkes no tenían tiempo ni modo de reunir más fuerzas.

Cuando atardecía, Brujos y guerreros se despidieron con sus obligaciones minuciosamente acordadas.

Tres Rostros regresaba al agua para saber y vigilar a través de ella. El agua iba a ser de gran ayuda para conocer la posición exacta de los sideresios porque, sin importar dónde se hallaran, aquellos hombres tendrían que beber. Welenkín regresó a ser puma y pesadilla en los campamentos de Misáianes. Mientras tanto, el Brujo Halcón trazaba líneas de muerte desde el cielo a la tierra.

¿Es vasto el espacio que separa la tierra del cielo? ¿O es minúsculo?

Es igual al que separa a dos enemigos en el campo de batalla; es mentira.

En el otro extremo, tierras áridas de La Pezuñera, el Odio y el Venado volvían a encontrarse.

-No traen consigo grandes fuegos; por esa causa avanzan con tanta rapidez -había dicho Thungür. Luego agregó-. Flauro y las grandes armas esperan detrás.

La columna que Flauro enviaba como primera línea no sobrepasaba por mucho los dos centenares de soldados. Seguros ya de sus primeras convicciones sobre la estrategia de los sideresios, Thungür y el herrero acordaron guardar la potencia y la sorpresa de las nuevas armas para una batalla decisiva.

No lo sería aquella que iba a librarse al amanecer. Y a Thungür le molestaba la sangre en la garganta.

Los sideresios se detuvieron a distancia de la vanguardia husihuilke.

Flauro no estaba allí. Thungür montaba a Hunde-la-Tarde ocupando el lugar del primer muerto. Y en eso se repetía una

guerra distante, el padre y el hijo.

El jefe husihuilke dio orden de asalto.

Los animales con cabellera afianzaron sus cascos en la tierra, las piernas de los guerreros se tensaron contra sus costados, se soltó la rienda, oyeron el grito y una carrera desenfrenada se llevó por delante la distancia.

Los sideresios los dejaron acercarse hasta tenerlos al alcance del fuego. Entonces dispararon sin discernimiento.

Los guerreros que fueron abatidos creyeron, para su bien, que morían en el campo de batalla. Los que venían detrás creyeron lo mismo. Pero de pronto, como si los muertos de la primera descarga fueran suficientes por ese día, los sideresios bifurcaron la formación en varias columnas y, a una voz de mando, retrocedieron y se dispersaron por el territorio.

Lo que debió ser batalla se hizo cacería.

Algunos sideresios fueron alcanzados y cercenados por las hachas husihuilkes o atravesados por las lanzas del Sol. Pero una persecución por el territorio escarpado de La Pezuñera se hacía riesgosa.

No era ése el día, aunque la sangre dijera lo contrario. Thungür dio orden de replegarse. Y el grito se repitió hasta que el último hombre montado tiró de la brida.

Gran parte de los guerreros de las Tierras Fértiles ni siquiera pudo entrar en combate.

Todo había sucedido como una aparición de luciérnaga. Los hombres estaban tristes. Y, en La Pezuñera, seguía amaneciendo.

Mucho después, los que cuentan las cosas a través del tiempo y las corrigen para que sigan siendo verdaderas, dijeron que esa batalla no había sucedido.

Y quizás, sólo eso importaba recordar. Porque, aunque Thungür galopó con bravura delante de los que galoparon con bravura, aquel amanecer en La Pezuñera no tuvo batalla.

Esa misma noche Thungür se reunió con el herrero, Cucub y el Padrecito del Paso bajo un precario cobertizo de cañas.

El Padrecito parecía concentrado en mover los dedos que le faltaban. Cucub comía unos frutos pequeños y jugosos que crecían en abundancia. Y convidaba a los demás con insistencia, pese a que los habían rechazado.

El jefe husihuilke se esforzaba por entenderse con el herrero. Habían coincidido hasta ese día. Juntos acertaron en la comprensión de la estrategia de Flauro. Ahora debían acordar el modo de continuar la guerra. El herrero iba a obedecerle de cualquier forma. Pero Thungür respetaba a ese soldado; y requería de él mucho más que obediencia.

-Sometiéndonos a la guerra que ellos han elegido ya estamos derrotados -decía Thungür-. Si esto se prolonga, nos extenuaremos mucho más rápido que los sideresios...

-¿Entonces? -preguntó el Padrecito alzando los ojos de sus manos- ¿Cuáles son los caminos?

-No son muchos; ni siquiera son dos. Hay sólo uno.

Thungür comenzaba a hablar como husihuilke. Cucub observó un mínimo gesto de irritación en el herrero y procuró aliviar el instante:

-Prueba estos frutos -ofreció-. Son dulces y jugosos.

-No deseo hacerlo -respondió el herrero sin interés, porque era Thungür quien le importaba entonces.

-¿Y tú? -prosiguió Cucub dirigiéndose a su hermano husihuilke- ¿Estás seguro de no querer probarlos?

-Estoy seguro.

-No creo que sea impropio comer algunos frutos dulces mientras se piensa en la guerra. Al contrario, quizás sea...

-¡Aguarda, Cucub! -Thungür habló con sequedad-. Deja para luego el asunto de los frutos.

El Padrecito del Paso miró al zitzahay. Y con una sonrisa amigable, y un ademán imperceptible para el resto de los hombres, le aconsejó resignación. Cucub se encogió de hombros y continuó comiendo.

-Háblanos de tu estrategia -pidió el herrero.

-Avanzar.

El herrero pensó que, posiblemente, todo cuanto los nobles susurraban acerca de Thungür tuviera algún costado verdadero. Pero intentó moderar sus palabras:

-Acuerdo en que la simplicidad es una virtud. Pero pronuncias una palabra, una sola palabra... ¿Llamas estrategia a una orden de avance?

Cucub tragó con ruido la porción de frutos que tenía en su boca.

-¿Por qué piensas, herrero, que avanzar es una línea recta? No sé si la simplicidad es una virtud; pero sí lo es la paciencia. Permíteme -Thungür sonrió con franqueza-, permíteme avanzar.

Viendo esa sonrisa, Cucub recordó a Dulkancellin. Jamás su hermano guerrero hubiese reaccionado de ese modo frente a lo que podía parecer una ofensa. "¡Cuánto tiempo ha pasado desde Dulkancellin hasta su hijo!", pensó Cucub, acostumbrado a medir el tiempo según los cambios.

-Disculpa -dijo el herrero.

Thungür continuó:

-Debemos hacer lo que no esperan; los sideresios no pueden imaginar que otros harán lo que ellos nunca harían. Partiremos cuanto antes a su encuentro, llevando con nosotros toda nuestra capacidad de combate.

-Para que ya no exista atrás...

-Así es -aceptó Thungür-. Para que ya no exista atrás.

Algunos guerreros llegaban de sepultar a los muertos de la batalla. Se lo anunciaron a Thungür y se marcharon.

-En ese caso perderemos la cadena de abastecimiento -dijo el herrero-. Y, según creo, estaremos en una zona donde será improbable conseguir agua y alimento para cientos y cientos de soldados.

-No he hablado de permanencia, no vamos a sitiarnos -Thungür miró a Cucub. El zitzahay hacía malabares con las pocas frutas que le quedaban.

-¿Continuarás con eso durante mucho tiempo?

-Me ayuda a entender mejor -le respondió Cucub. Y mientras lanzaba y atrapaba los frutos, siguió explicando-. Por supuesto que no te refieres a un sitio. Tu idea es avanzar de prisa y, una vez allí, atacar de inmediato. Casi como si partiéramos desde aquí con los arcos tensados.

-Eso es verdad -dijo Thungür-, aunque no es todo.

-Por rápido que avancemos -terció el herrero-, hay al menos dos largas jornadas de camino. Los sideresios sabrán que llegamos. Y tendrán tiempo suficiente para preparar su ataque y abroquelarse en un campo fuertemente armado.

-La ventaja de la sorpresa pasó para nosotros cuando quedó al descubierto la conspiración de los nobles del Sol -no había ningún reproche en las palabras de Thungür. El herrero lo agradeció en silencio-. Ahora todo está a la vista en una tierra despojada. Una vez más nuestras mejores armas son débiles al lado de las suyas. Y sin embargo, les falta lo que tenemos: una causa definitiva y amada por la cual luchar. En cualquier tiempo la grandeza de una causa puede inclinar la guerra.

Cucub pensó que, después de todo, Thungür se parecía a su padre. Esas palabras, una por una, habría dicho Dulkancellin ese día. Reconfortado con esa idea, Cucub abandonó su juego.

-Y cuando digo que a los sideresios les falta una causa amada, estoy hablando de utilizar esa carencia en nuestro favor...

El Padrecito del Paso comenzó a entusiasmarse con lo que oía.

-Pensemos en nuestros guerreros -prosiguió Thungür-. Pelean por lo que aman y conocen: sus casas, sus hijos, y el bien de andar libres sobre la tierra. Por eso seguirán peleando cuando todos nosotros hayamos caído. Los sideresios pelean por un Amo al que jamás han visto ¿Qué harían los sideresios si muere Flauro? ¿Qué harían sin nadie a quien obedecer o a quien temer?

Hasta el herrero tenía la mirada brillante.

-Entiendo lo que dices. Sin el mando implacable al que están acostumbrados, los sideresios se harán tan pequeños como en verdad son -el herrero buscó hojas para masticar mientras hablaba-. Pero Misáianes lo sabe. Por eso Flauro actuará como lo hicieron antes Leogrós y Drimus; se mantendrá a distancia del campo de batalla y rodeado de guardias.

-Nosotros llegaremos hasta su fortaleza -replicó Thungür.

Cucub iba a hablar, pero sin notarlo el herrero se interpuso.

-¿Y cómo lo haremos? El ejército sideresio se interpone entre nosotros y el sitio en el que Flauro se protege.

De nuevo Cucub quiso hablar. En esta ocasión fue Thungür quien lo interrumpió.

-Peclaremos con los sideresios que se muestran y buscaremos a los que se ocultan... ¡Eso es lo que haremos! -luego explicó-. Tenemos armas y guerreros para dar una larga batalla. Mientras sostenemos el frente, una columna marchará hacia la retaguardia, dando un rodeo por el oeste. Vamos a encontrar a Flauro en su escondite.

-¿Hablas de llegar a su misma tienda? -preguntó el Padrecito del Paso.

-Eso digo -y por el modo de responder todos comprendieron que Thungür aún no podía imaginar detalladamente la entrada al campamento enemigo. Y mucho menos, el modo de asegurarse la captura de Flauro.

Ahora sí, Cucub tenía algo importante que decir. Y se puso de pie para que los demás hicieran silencio.

-Hubo unas acrobacias que, hace muchos años del sol, le mostré a Dulkancellin...

Thungür no pudo evitar recordar a su padre con el dolor de un niño.

-Excepto el herrero, todos aquí lo conocimos y lo amamos -continuó el zitzahay-. No hay cifras para su bravura, ni para su lealtad. Sin embargo, no era Dulkancellin un hombre propenso a comprender los ingenios del arte. De modo que, entonces, desestimó aquella destreza. Yo la recuerdo. Y creo que ahora puede ayudarnos.

-¿A qué te refieres? -preguntó Thungür.

-A una manera de montar... Los animales con cabellera parecen andar solos, pero llevan guerrero.

Un rato después los cuatro estaban en los corrales contruidos con ramas espinosas.

-Recuerdo claramente la empalizada rectangular que se alzaba en uno de los patios laterales de la Casa de las Estrellas -Cucub nombraba cosas perdidas-. Allí estaban los dos primeros animales con cabellera que les arrebatamos a los sideresios sin saber que se nos harían indispensables. Uno de ellos se llamó Espíritu-del-Viento. El otro, Atardecido. ¡Hoy me ayudará Mientras-Tanto!

Cucub montó con extrema agilidad. Luego se dejó caer hacia un costado. Era cierto lo que había dicho: el animal con cabellera parecía correr solo.

El zitzahay se enderezó:

-Esto y la penumbra harán que podamos acercarnos lo suficiente para abrir el ataque sobre la guardia de Flauro.

Por muchas buenas razones, Thungür, el herrero y el Padrecito sonrieron.

Lejos de allí, Tres Rostros sonreía también por las cosas que le contaba el agua.

Guerreros de la ladera este discutieron a la vera de un arroyo. Luego el arroyo descendió de la montaña y contó lo que había escuchado. Una cascada que les dio de beber, un riachuelo que atravesaron... El agua traía noticias de agitación y movimiento al este de las Maduinas.

Tres Rostros le pidió al agua que anduviera de prisa, de un lado a otro.

-De prisa, por el bien de todos -dijo el Brujo.

La misma prisa que exigía Thungür, por el bien de todos.

En el norte, el ejército del Venado, con todo el armamento y la carga de polvo gris que le era posible transportar, inició su avance. Eran muchos cientos de hombres cabalgando por un territorio abierto, de modo que los sideresios no tardarían en divisarlos y dar alarma. Y era eso, precisamente, lo que debía ocurrir...

Por el camino, Cucub sacaba música de su flauta. Los Kúkul cantaban una canción con sonidos de aves y serpientes que hacía reír a los soldados del Sol.

Iban a la guerra sabiendo que no había atrás, ni regreso ni rendición. Por eso cantaban y reían.

Antes de partir, los Señores del Sol y sus soldados se hincaron ante Yocoya-Tzin, prometiendo vencer para que fuese príncipe. El herrero hizo lo mismo. Y Thungür creyó que era bueno.

"Que cada uno de nosotros tenga una causa mayor que su propia vida. No importa cuál sea", pensó el jefe husihuilke.

Los Kúkul cantaban muy alto para que los sideresios escucharan.

-¿Oyes...? -preguntó un sideresio en el norte de la guerra-. ¿Oyes el canto del ave?

-¿Oyes...? -preguntó un sideresio en el sur-. ¿Oyes el andar del puma?

Welenkín merodeaba con colmillos. Visitaba el sueño de los sideresios, mataba sigilosamente y desaparecía.

El miedo se había apoderado de los soldados de Misáianes. Día y noche crecía su temor. Y si evitaban la extensión incendiada del bosque era porque en sus cercanías crecía la amenaza del silencio.

En el sur, Welenkín rugía después de cada muerte.

En el norte, el Kúkul cantaba.

Durante el avance, el ejército del Venado apenas se detuvo. Pero cuando un grupo de reconocimiento advirtió que los sideresios ya estaban a la vista, y que ocupaban toda la extensión de la mirada, Thungür ordenó detener la marcha para que los hombres se alimentaran y recobraran fuerzas antes de la batalla.

Él, en cambio, no descansó. Y tampoco Cucub, que anduvo a su lado repasando los detalles del ataque contra el enclave de la retaguardia donde Flauro se ocultaba.

Por mucho que el herrero se opuso, Thungür decidió ir con ellos.

-Serán pocos los que regresen con vida -dijo el herrero.

Pero Thungür era un husihuilke. Le habían enseñado que ocupar el sitio de mayor riesgo era la obligación, y también el honor, de quien llevaba el mando.

-La obligación del que conduce no es regresar -respondió.

Extrañas canciones zitzahay, tambores de Brujos, guerreros husihuilkes con el rostro pintado... Llegaba a las Tierras

Fértiles el día de la última batalla. Misáianes no dormía. Y Kupuka, tampoco.

En el sur, la distancia estaba detenida.

Los sideresios esperaban, apostados en el llano. Los husihuilkes estaban listos para bajar la cuesta. Pero quien debía dar la orden, un anciano del consejo trepado en lo alto de una roca, se demoraba mirando el cielo.

En el norte, la distancia estaba detenida.

Los hombres podían verse los ojos. Porque nada tan pequeño se ve desde tan lejos como los ojos del enemigo en el campo de batalla.

Un murmullo corrió entre los sideresios: el jefe husihuilke no estaba en el campo. No estaba el guerrero de rostro cruzado con líneas negras que mataba con el hacha, y con la sombra del hacha. Los sideresios se aliviaron pensando que Thungür, como Flauro, se escondía al final de la guerra.

Pero Thungür avanzaba velozmente, rodeando La Pezuñera por el lado del mar. Cucub iba con él, y un grupo de cien guerreros. Los pequeños Kúkul iban a adentrarse en el campamento, volcados a un costado de sus animales para abrir el ataque. Los husihuilkes iban a pelear y a resistir hasta alcanzar al capitán de Misáianes.

Cuando el terreno los obligaba a moderar la marcha, Cucub aprovechaba para cantar.

-Es un asunto de oficios -explicaba-. Muero y mato porque soy guerrero, canto porque soy artista.

-¿Cantará tu padre, Muesca-Cinco? ¿Seguirá cantando? -Kuy-Kuyén besaba la frente de su hijo.

Y la sierva besaba una diadema que las mujeres de la nobleza habían colocado en la cabeza de Yocoya-Tzin.

-Servirá para mostrar que eres príncipe hasta que vistas con el esplendor de tu sangre -decía la anciana.

En el sur y en el norte, invierno y verano iban a ser de sangre. Comenzaba la guerra, la última, contra el Odio Eterno. La vida del mundo estaba sujeta a ese día. Y, por eso, ni una sola criatura en las Tierras Fértiles tendría sus ojos puestos en otra cosa... Sus ojos y sus alas en la guerra; sus sandalias y sus pezuñas; sus corazones y sus semillas; la sangre y el néctar iban a derramarse.

Las Tierras Fértiles respiraron profundo, y saltaron hacia el destino.

Thungür ya habría logrado rebasar al ejército sideresio sin ser visto. Era el momento, y el herrero dio la orden de avanzar.

Una pavorosa mancha de plumas apareció en el cielo de Los Confines. Era el momento. Y el anciano, desde su alta roca, dio el aviso.

En el sur y en el norte, por una causa más grande que ellos mismos, los pueblos de las Tierras Fértiles avanzaron contra el fuego impenetrable de los sideresios.

En La Pezuñera, los que encabezaban la formación caían antes de acercarse.

Así debía suceder, y todos lo sabían... Sólo a costa de muchos muertos fue posible situarse en un campo de batalla tan desigual en poder de fuego. Después, sí... Después comenzaría a pesar la habilidad de los mandos y la destreza de los guerreros.

Pero el inicio fue de los muertos. Y de los arcos de hierro.

Los arqueros husihuilkes apuntaron. Los poderosos brazos se crisparon porque era grande la fuerza que se requería para curvar los grandes arcos de metal con su carga de polvo gris. Los ojos situados en el blanco; los cuerpos inmóviles, pero impacientes... Cuando el herrero vio que estaban listos, movió imperceptiblemente la cabeza.

Algunos zitzahay se apresuraron a encender la cuerda embebida en polvo gris que conduciría el fuego hasta la carga. Los arqueros murmuraron palabras incomprensibles y dispararon.

Las flechas encendidas cruzaron el aire, y donde cayeron hubo un estallido que repartió esquirlas y perdigones; estruendo y mortandad entre los sideresios.

Amanecía y atardecía en las Tierras Fértiles.

En el sur, la guerra ya tenía muertos.

Los primeros en caer fueron los soldados del Sol. Aquellos que habían sobrevivido al naufragio tomaron con decisión el riesgo de la avanzada, como si sólo hubiesen regresado del fondo del mar para no defraudar al herrero. Junto a ellos, caían los ancianos husihuilkes. La sangre corrió en hilos por las laderas de las Maduinas, arroyos que la montaña no deseaba.

El Ahijador sobrevolaba la batalla para que un Brujo pudiese verla. Y comandar, desde la Puerta de la Lechuza, a los halcones que atravesaban el amanecer.

Así como había sido vaticinado, el Brujo y el Ahijador eran uno solo. En un sitio, el pensamiento; los ojos en otro sitio.

Unidos para siempre por la oposición del pájaro y el hombre.

Una vez, los halcones habían sido convocados para buscar a una princesa.

Ahora llegaban a la guerra en auxilio de los husihuilkes y en defensa de su cielo.

-Estamos muriendo, Ahijador.

-¿De quién hablas? -preguntó el ave.

-Hablo de los hombres -respondió el Brujo.

Los halcones volaban en círculo. Las flechas volaban en línea recta.

Cuando los sideresios vieron el cielo emplumado, cuando oyeron que el cielo graznaba, levantaron sus armas y dispararon rabiosamente; como dispara la cobardía.

-También nosotros estamos muriendo -dijo el Ahijador.

El Ahijador sobrevolaba para que el Brujo, viéndolo todo, pudiera ordenar desde lejos.

-¡Que deshagan la nube donde es fácil darles muerte!

Un anillo de halcones giraba sobre los sideresios que, ofuscados por el ruido del vuelo y los graznidos, dispararon contra lo alto.

-Ahijador, guíalos en la ronda y en la amenaza -dijo el Brujo-. La ronda, la amenaza y lo inconcebible; ésa es la fuerza de los halcones.

Los ancianos husihuilkes descendían la ladera de roca en roca, cubriéndose y disparando. Pero hubo un guerrero que quedó inmovilizado por el miedo. Tenía diez temporadas de lluvias y las rodillas lastimadas por los juegos recientes. El guerrero era un niño que lloraba con los brazos extendidos, pidiendo amparo, en medio de un jardín de cadáveres.

Mientras tanto, cientos de pájaros negros se cernían sobre los sideresios anunciando un ataque pavoroso.

En el sur, amanecía y era invierno.

En el norte, era verano y atardecía.

Sobre la Pezuñera había tres cielos. Uno liso y azul, el más lejano. Debajo, un cielo grueso y lento. Y por fin, un cielo de nubes blancas y deshilachadas que pasaban veloces hacia el horizonte.

La batalla no cedía... Un día y dos, dos días con sus noches llevaban ya los guerreros del Venado defendiendo una posición que se debilitaba.

El fuego atronaba en la Pezuñera de ida y vuelta. Pero todos sabían que una batalla sin cuartel era la victoria para Misáianes.

El número permitía a los sideresios el relevo, el descanso y la comida. Los guerreros del Venado masticaban agazapados junto a sus armas. Y si por algunos minutos se dormían, era para soñar que Thungür regresaba a tiempo.

-Allí están, Thungür -dijo Cucub, que divisó antes que nadie el campamento sideresio.

Entonces detuvieron la cabalgata: debían reconocer el terreno donde se levantaba el campamento; la posición y el número de centinelas.

En el lugar había soldados sin rango que dormían bajo entoldados hechos con pedazos de cuero cosidos, a bastante distancia del grupo de mando.

Los hombres con mayor jerarquía militar que acompañaban a Flauro ocupaban tiendas de telas resistentes, firmemente tensadas. Los centinelas se ubicaban unos pasos frente a ellas. A un costado, los animales con cabellera que, sin duda, pertenecían a los jefes militares, se hallaban guarnecidos con mallas de metal en la cabeza y en el pecho.

-No es cobardía de los animales -le decía Cucub a Mientras-Tanto palmeándole el cuello-, sino de sus jinetes.

Thungür y sus guerreros no disponían de tiempo.

Esa misma noche, a la luz de las antorchas que rodeaban el enclave, una tropilla de animales con cabellera se acercó al campamento por el lado más abrupto y frondoso cercano a la tienda de Flauro que, en esos momentos, comía y bebía con algunos de sus hombres. Una luz tenue salía de la tienda. Podían escucharse claramente sus voces y sus risas.

Los centinelas vieron a los animales. Y seguros de que se trataba de una tropilla salvaje, tomaron antorchas para acercarse.

Los animales con cabellera parecían asustados. Se separaron unos de otros y se adentraron en el campamento fingiendo indocilidad y confusión.

En el sur, también se separaron los halcones.

Bajo la potestad del Ahijador, y con las razones del Brujo, los pájaros acometían en ataques breves y certeros que aterrorizaron a los sideresios y produjeron desorden en el campo de batalla. El temor y el fuego de los soldados de Misáianes se repartió entre la tierra y el cielo. Pero era fácil ver que el poder de sus armas era mayor que las vidas sumadas de halcones y guerreros.

Los husihuilkes rodaban ladera abajo. Y ya muertos, volvían a ser niños y ancianos. Los sideresios caminaban sobre pájaros negros.

—Estamos muriendo -dijo el Ahijador-. Ustedes y nosotros.

Frente a los ojos del Brujo Halcón, acuclillado en la Puerta de la Lechuza, la batalla giraba según el vuelo del ave: los sideresios, la montaña, los husihuilkes. El horizonte, los sideresios, la montaña...

Nanahuatli, sentada junto al Brujo, se cubría los ojos y los oídos.

De pronto el Brujo Halcón se sobresaltó:

-¡Detente, Ahijador! Levanta tu cabeza y vuelve a mirar hacia el norte. ¡Recorre con tus ojos ese sendero...! ¡Allí!

Cuesta arriba, y fuera de la vista de los guerreros que peleaban en el valle, soldados sideresios trepaban con dirección a las cavernas. Querían llegar hasta los débiles para arrojarlos, en pedazos, sobre los fuertes.

-¡Rápido, Ahijador, que no lleguen! -decía el Brujo.

-Rápido, Thungür, que nuestro tiempo se agota -pensaba el herrero.

¡Que nuestro tiempo se agota, que no lleguen! ¡Rápido, Thungür! ¡Rápido, Ahijador!

Los halcones abandonaron el lugar de la batalla. El Ahijador los conducía en vuelo ascendente hacia las cavernas altas de las Maduinas.

Las mujeres husihuilkes, que vieron llegar a los sideresios, ocultaron a los niños en el fondo de las cuevas. Y se pusieron delante, armadas con las hondas que usaban para cazar pequeños animales y con cuchillos de piedra. Nada podrían con eso. Sólo no ver la muerte de sus hijos, porque ninguna de ellas se apartaría viva de las cavernas que resguardaban.

Los soldados de Misáianes dispararon desde lejos. Algunos fuegos rebotaron en las rocas. Otros encontraron los cuerpos tensos y oscuros, dulces a su tiempo, de las mujeres que vivieron en el sur de la tierra cuando el pasado era otro.

-Más rápido, Ahijador -rogaba el Brujo.

Los halcones llegaban. Tarde para muchas mujeres muertas en la boca de las cuevas; tarde para sus niños, aniquilados cuando preguntaban qué sucedía.

Pero llegaban; los halcones llegaban.

Con los ojos del ave, el Brujo Halcón buscó a Kuy-Kuyén entre las muertas. Después la buscó entre las que permanecían con vida y levantaban los ojos hacia los pájaros oscuros.

Nanahuatli habló, sin dejar el refugio de sus propios brazos:

-¿Ves a Kuy-Kuyén? -preguntó.

Pero el Brujo no podía responderle.

Ya los halcones se arremolinaban sobre los sideresios. Eran pájaros que sabían matar, por eso se encarnizaron en la blandura de la nuca, y cavaron gargantas y sienes.

Los sideresios retrocedían dando manotazos. Algunos cayeron después que sus ojos, desangrándose por sus cuencas vacías. Otros se despeñaron por la ladera, roca contra roca. Los demás intentaron escapar:

-Persigúelos, Ahijador -dijo el Brujo.

-¿Ves a mi hermana Kuy-Kuyén? -preguntó Nanahuatli.

-Persigúelos.

-¿La ves?

Y entonces fue el momento; se hizo el momento.

El Brujo Halcón vio que los labios de la princesa se movían, pero no oyó su pregunta. Entonces, concibió una esperanza. Y para comprobarla, graznó muy alto. Su graznido movió el aire, se distinguió en el sacudimiento de las hojas, sin que nada se oyera en la Puerta de la Lechuza.

Como tampoco nada se oía en ningún otro lugar del bosque, ni en las aldeas solas, ni en los caminos. Los ínfimos sonidos y los grandes sonidos se acallaron.

El Lalafke fabuloso levantaba sus olas y las dejaba caer desde lo alto, sin ruido de mar.

El mayor silencio, el más pavoroso, sucede allí donde los ojos del hombre ven un estrépito. Y, en cambio, los oídos no oyen nada. Así como en la boca de un hormiguero, donde miles de insectos se acumulan entrando y saliendo, llevando cargas. Pero no hay sonido alguno que emerja de aquella multitud desenfundada.

Ese silencio se hizo en Los Confines. Silencio de un Brujo que llegó hasta el fondo de su pozo. Y, a costa de sí mismo, logró acallar el vocerío del Odio.

En sus dos límites, el del origen y el del final, la Creación hace silencio para comprenderse.

Las grandes armas de los sideresios continuaban disparando. El fuego avanzaba por el aire, llegaba y mataba sin ruido, los cuerpos caían sin ruido, las voces clamaban sin ruido.

Del mismo modo galoparon por las Maduinas cientos de guerreros de la ladera este. El espanto desbordó a los sideresios cuando, en medio de aquel mutismo que no entendían, una hueste de guerreros con el rostro cruzado por líneas negras y rojas apareció en un paso de las montañas.

Eran los hombres que habían regresado por el silencio. Tenían la piel de color husihuilke, y nombres de música husihuilke. Descendieron por las Maduinas silenciosas, avanzaron por el filo de las grandes piedras, con los arcos en alto. Y un alarido de guerra que dolía más porque no se escuchaba.

Cubiertos por los que aún resistían en el valle, los guerreros del este llegaron a la batalla. Hombres oscuros que se arrojaban sobre los sideresios como si sus cuerpos fuesen de pluma. Así era el silencio. Guerreros que se erguían para descargar el filo de sus hachas, como si los huesos que cercenaban fuesen de aire. Así se había callado Kupuka.

Niños y ancianos que se hicieron guerreros, guerreros que se recordaron husihuilkes; además colmillos, y un Brujo que comandaba pájaros...

Cuando el primer sideresio dio la espalda a la batalla y espoleó su animal intentando escapar de la muerte, los sonidos regresaron al mundo: el llanto de un guerrero con diez temporadas de lluvia y las rodillas lastimadas. Detrás graznidos, explosiones, lamentos. Detrás, el choque del metal. Detrás, la voz de una princesa.

-¿Ves a Kuy-Kuyén, Brujo Halcón? -seguía preguntando Nanahuatli- ¿Ves a Kuy-Kuyén?

El Ahijador volaba todavía sobre las cuevas.

-La veo -respondió, al fin, el Brujo-. Lleva en sus brazos a Muesca-Cinco.

Nanahuatli sonrió aliviada; un poco de amor y un poco de locura.

La Pezuñera pensaba en Thungür:

-Apresúrate, hermano. Ya no hay tiempo.

En la retaguardia donde Flauro se escondía, el jefe husihuilke aguardaba la señal de ataque que debía llegar desde la tropilla que se adentraba en el campamento.

El primero en erguirse fue Cucub. El zitzahay emergió del costado del animal con el rostro torcido en una extraña mueca y el hacha en alto. El sideresio que estaba junto a él tardó un segundo en comprender, y mucho menos en morir.

Lo que parecía una tropilla de animales salvajes fue, de pronto, un grupo de guerreros mortales.

La batalla empezaba... Thungür y sus guerreros salieron al galope desde la oscuridad que rodeaba el campamento.

El ataque llegó en medio del sueño. Los sideresios lo enfrentaron confundidos y temerosos. Muchos aprovecharon el desconcierto y la oscuridad para ocultarse en la maleza.

La tienda de Flauro era el objetivo. El capitán de Misáianes, que lo comprendió de inmediato, apagó las luces de aceite y comenzó a rasgar una abertura en la tela de su tienda.

Muy cerca, los guerreros husihuilkes y los Kúkul peleaban con tanta bravura y destreza que parecían inmortales.

Advertido por uno de sus hombres, Thungür vio que Flauro procuraba llegar hasta los animales con cabellera. Cucub lo vio también, y avanzó sobre el capitán que huía.

Un disparo se hundió en el pecho de Mientras-Tanto. El animal peleó por seguir pero resbaló en la sangre que saltaba de su cuello, y cayó sobre las patas delanteras. El otro disparo fue para Cucub que quedó herido y atrapado por el cuerpo inerte de Mientras-Tanto. Antes de cerrar los ojos, Cucub pronunció el nombre más amado:

-Kuy-Kuyén...

En La Pezuñera, el ejército de las Tierras Fértiles resistía el tercer día de guerra.

Era de noche y la batalla había amainado. Los enemigos se vigilaban. Y sólo algunas descargas se oían de tanto en tanto. Los sideresios no se atrevían a desabroquelarse. El Venado necesitaba que pasara el tiempo. Si el plan había salido según lo previsto, si el cielo había querido que así fuese, Thungür ya estaría cabalgando de regreso. Pero si acaso el jefe husihuilke había fracasado, no quedarían para las Tierras Fértiles mucho más que dos amaneceres.

Durante esa noche los guerreros retiraron a los muertos para arrojarlos en las fosas que el herrero había ordenado cavar tras las líneas. Lo hicieron bajo la luna que, por ayudarlos, ocultaba su luz entre las nubes. Los guerreros recorrieron el campo buscando muertos con el olfato. A veces sus manos se hundían a través de un costra de coágulos. A veces hallaban brazos esponjosos.

El polvo gris había sido utilizado con cautela. Los arqueros hicieron que cada disparo ocasionara grandes pérdidas a los sideresios. Aun así, la reserva de polvo gris y las cargas para los arcos de hierro se acabarían en dos días de batalla.

-Si el ataque a la retaguardia fracasó, ya no habrá siquiera quien nos sepulte -pensó el herrero.
En el enclave de Flauro, Thungür galopaba hacia Cucub con la fuerza redoblada y con la furia transformada en un grito. El husihuilke abatió a todos los que intentaron cortarle el camino.
Otros guerreros estaban allí, zitzahay y husihuilkes, porque todos amaban al pequeño hombre que inventaba historias. Thungür alzó el cuerpo desfallecido de Cucub y lo recostó delante de él, sobre el lomo de Hunde-la-Tarde.
Con Cucub a cuestas continuó peleando. Por Cucub a cuestas se hizo invencible.
Flauro ya montaba un animal acorazado. El capitán de Misáianes huía rodeado por soldados que no lo amaban. Y que, acobardados por el galope de los husihuilkes que los perseguían, espantados por las hachas implacables que se acercaban, lo abandonaron. Y quisieron salvarse por cualquier ocasión que la noche guardara.
Thungür alcanzó a Flauro. El capitán había malgastado el disparo de su arma.
Un animal con cabellera corría junto a otro para que sus jinetes se encontraran en una lucha que le importaba al mismo mar y a sus dos orillas.
Cosas inexplicables suceden en el entendimiento del que mata.
Thungür recordó la sonrisa clara de Wilkilén, y decidió que mataría a cuchillo.
Tomó a Flauro por el cuello, lo arrojó de su cabalgadura. Y, mientras lo hacía, escuchó ¡Shañí!, repetido entre los matorrales.
El aroma dulce del aceite que iluminaba la Casa de las Estrellas saturó el aire. Thungür miró los ojos de Flauro, aterrados y temblorosos debajo de los suyos. Escuchó la voz de un pescador de río, y hundió el cuchillo.
La fuerza del husihuilke arrastró el filo, y dividió el pecho de Flauro hasta que el cuchillo apareció por la garganta.
El campamento estaba asolado. Los Kúkul sostenían a Cucub y le mojaban los labios.
Thungür llegó hasta allí y puso el cuchillo ensangrentado entre las manos frías de su hermano.
-Ahora negaré mis propias palabras -dijo. Y agregó-. Cucub, te ordeno que regreses.
Aún faltaba algo por hacer. El jefe husihuilke caminó hasta donde yacía el cuerpo de Flauro. Blandió su hacha y, sin vacilar, le cortó de cuajo la cabeza.
Momentos después los guerreros retornaban a La Pezuñera. La cabeza de Flauro golpeaba en el costado de Hunde-la-Tarde.

En La Pezuñera, el herrero manejaba sus reservas con astucia. Las raciones eran asignadas de modo que se obtuviera, con cada una de ellas, el mejor resultado. Resultaba importante además que, a los ojos del enemigo, el polvo gris no pareciera tan escaso como en verdad era.

La noche de color rojizo crepitaba a causa de los pequeños incendios desparramados en el campo de batalla.

El herrero esperaba que el amanecer llegara galopando, con Thungür al frente. Los sideresios sostenían su posición. Satisfechos porque el día anterior habían mantenido una carga de fuego moderada, pero constante, que provocó severas bajas entre los hombres del ejército del Venado.

El jefe husihuilke y sus guerreros cabalgaban sin tregua hacia La Pezuñera. Flauro iba con ellos.

En el transcurso de aquella jornada la batalla se fue intensificando. Los sideresios se preparaban para lanzarse en ataque abierto. Seguros de recibir refuerzos desde la retaguardia, y porque habían empezado a comprender que el ejército de las Tierras Fértiles estaba debilitado, preparaban la acometida final.

-Se acaba nuestro tiempo -dijo el herrero.

Y dio órdenes de formación para enfrentar lo que, sin duda, iba a llamarse dolor y muerte. Los pueblos de las Tierras Fértiles caerían derrotados, después de tanta bravura. Polvo de huesos sobre el cual Misáianes pasaría su lengua; sangre heroica en la que mojaría una de sus uñas para escribir su nombre en el cielo.

Pero cuando la mañana terminaba, el herrero vio llegar a uno de los centinelas que había apostado para vigilar el camino por el cual debía regresar Thungür.

-¡Son ellos! -repetía el centinela-. ¡Ya vuelven!

El herrero ordenó que la noticia se dispersara de inmediato por el ánimo de aquellos que llevaban más de tres días resistiendo un feroz combate.

Thungür se detuvo al frente de sus hombres. Llegaba extenuado por la batalla y el camino. Pero nadie dudó de que el jefe husihuilke saldría a pelear como si estuviera emergiendo desde el centro de un volcán.

Era indispensable arengar a los hombres. Thungür conocía el valor de esas últimas palabras y miró al sol, pidiendo no equivocarse:

-¿Saben qué pasa ahora mismo delante de mis ojos? Muertos, crearán ustedes. Un campo de sideresios muertos, un mundo de sideresios muertos... Y yo debo decirles que no. En este instante, y por alguna razón que no me es posible comprender, tengo delante de mis ojos la sonrisa de una niña. Y es en esa sonrisa donde yo encontraré mi mayor fuerza y mi mayor coraje. Lo mismo haremos todos. Esta es la triste hora en que debemos recordar la carne ultrajada de nuestras mujeres; la carne abierta de nuestros niños. Como a ustedes, me duelen las palabras que pronuncio. Lo hago con la certeza de que en ese dolor nos haremos invencibles. ¿Están anegados de furia sus corazones? Que así sea, porque en esa furia está nuestra victoria.

Entonces Thungür desenvolvió la cabeza de Flauro. Y la sostuvo con el brazo extendido frente a sus hombres:

-¡Esto les mostraremos! ¡Esto le pasará a cada uno de ellos!

Los guerreros gritaban impacientes por arrojarse al galope. Los animales con cabellera relinchaban.

-Un guerrero es dos veces valiente si defiende una causa mayor que su propia vida. Y tres veces guerrero si pelea por su libertad. Pero es invencible si pelea contra aquel que pisoteó lo que más amaba. No quedará en su sitio ni una sola de las lenguas apostasas que mancillaron la pureza. No dejaremos en su sitio ni una sola de las manos que violaron la inocencia. ¡No merecen, siquiera, morir con la marca del hombre entre las piernas porque no tienen alma para llevarla! -Thungür señaló a los enemigos, su voz levantaba viento-. ¡Es por los inocentes que vamos a vencer!

Los sideresios comprendieron que algo nuevo y grave sucedía. Los refuerzos de la retaguardia tardaban en llegar. Y el ejército del Venado hacía indudables movimientos de ataque. Los jefes sideresios también dieron sus órdenes.

Entonces Thungür se adelantó en el campo de batalla y enarboló en una lanza la cabeza de Flauro:

-¡Aquí está el capitán de Misáianes! -gritó muy alto-. ¡Estas son las órdenes y los refuerzos que esperaban!

El terror y el desconcierto se apoderaron de los sideresios. Sin la voluntad de Flauro, el desorden comenzó a caminar entre sus filas. Comprendieron que estaban solos. Pero nada era posible hacer sino enfrentar aquella batalla; retroceder no era posible.

Thungür clavó en tierra la lanza en el sitio desde el cual Flauro iba a contemplar la lucha. Luego avanzó con las primeras líneas. Los arcos de hierro dispararon contra las dos zonas en que los sideresios habían agrupado sus cañones. De ese modo disminuiría el número de caídos en la vanguardia de guerreros montados. Las formaciones de a pie venían detrás. Al galope embistieron los guerreros del Venado y los sideresios. Y no hubo piedad porque no podía haberla.

Primero, la leyenda; después, el guerrero. Thungür, como su padre, entraba al campo de batalla precedido por el renombre de su brazo.

El jefe husihuilke enfrentó a un sideresio y vio por sus ropas que era un hombre de mando. Pudo mirarlo a los ojos mientras blandía el hacha.

El tiempo de una batalla transcurre de modo extraño: se demora, se precipita... Se demora hasta casi detenerse; se precipita. Se demora otra vez, se torna pesado. Y de nuevo regresa al vértigo.

Thungür pudo ponerse frente al sideresio, determinar su rango, renovar la furia... El sideresio pudo empuñar su espada, el husihuilke pudo alzar el hacha. Todo tan lentamente, como imágenes de un sueño.

Pero antes del golpe el tiempo volvió a precipitarse: la batalla se hizo griterío y chorros de sangre. Cayó el hacha de Thungür sobre el hombro del sideresio. La maza del herrero estalló en la espalda de un enemigo. Un soldado del Sol hundió su lanza, un Kúkul corrió tras su corazón.

En las batallas el tiempo transcurre de un modo extraño. Por eso, en medio de estallidos, acribillando y descuajando, un hombre puede escuchar un pájaro que canta.

Matar a Thungür era la orden que los mandos repetían. Un grupo de sideresios montados se reunió para cargar sobre el jefe husihuilke, cubierto de sudor ensangrentado. El sudor propio, la sangre de los otros.

Y allí, otra vez, la guerra se hizo lenta.

Un sideresio recorrió con sus ojos la sangre que descendía por el brazo levantado de Thungür y llegaba hasta su hombro. Otro vio el golpe del corazón en el pecho del jefe husihuilke. Otro, en cambio, se detuvo en las líneas negras que cruzaban su rostro.

Thungür, miró a su alrededor. Y en el tiempo demorado de la guerra, reconoció los rostros de sus hermanos, recordó sus nombres. Palmeó el cuello de Hunde-la Tarde. Y antes de avanzar, escuchó un pájaro cantando sobre el estruendo.

Pero muchos otros vieron lo que ocurría. Por eso, cuando de nuevo se precipitó el tiempo de la guerra, había un cielo de hachas junto a Thungür.

El atropello de animales con cabellera se transformó en el centro vertiginoso de la batalla. De un lado, un Amo. Del otro, una causa, hachas y espadas, torsos desnudos contra mallas de metal, largo cabello negro contra cascos plateados.

En medio de aquel remolino de muerte no hubo un guerrero más valiente que otro, nadie a quien llamar el más grande. El que cayó primero fue husihuilke y zitzahay; fue soldado del Sol y también Kúkul... Pasaban las horas, la sangre endurecía la arena, el sol estaba lejos. Las hachas husihuilkes destajaron y no se detuvieron ni en los huesos. Las espadas de los sideresios penetraron y abrieron los caminos de la sangre. Muchos hombres caían y otros llegaban, porque aquél era el sitio donde se decidía la guerra.

Pero cuando Hunde-la-Tarde saltó sobre el animal con cabellera de un sideresio derribado; y sobre su lomo continuaba Thungür, erguido y feroz, cubierto de sudor y sangre, más que nunca semejante a una leyenda, el espanto se desmoronó sobre los sideresios. Se dio vuelta el mundo... El suelo de La Pezuñera era de aire, se hundía bajo sus botas. Y sobre sus cabezas, el cielo era de arena calcinante.

Los mandos sideresios dieron muerte a los primeros de los suyos que intentaron huir. Pero eran muchos, eran cientos los soldados que desoían las órdenes. El terror no se detuvo. Las formaciones se rompieron, los cañones quedaron abandonados...

Esta guerra se contó, como todo se cuenta a lo largo del tiempo y por lo ancho del mundo. Entonces se dijo que los sideresios escaparon del campo de batalla en cumplimiento de una ley del alma. "Por condición", decían, "el que puede asesinar a un niño no puede enfrentar a un guerrero".

Los hombres de las Tierras Fértiles persiguieron a los sideresios que huían. Porque así había sido dicho desde el comienzo: aquella era una guerra sin rendición.

Tal vez si Thungür hubiese dado orden de dejarlos huir, cientos de sus propios hombres hubieran salvado la vida. Pero Thungür sabía que aquellos que escapaban no eran guerreros sino excrecencias del Odio Eterno que volverían a morder la misma herida apenas el poder del Amo al que servían se recompusiera.

Sin embargo una fuerza superior a Thungür llegó para poner fin a esa matanza... Si por bien o por mal, nadie pudo saberlo.

Quizás el viento del norte, que apareció de pronto desde el horizonte, oscureció el aire para que los sideresios que habían sobrevivido pudieran escapar. O quizás lo oscureció para que no cayeran más hombres de las Tierras Fértiles.

Luego dijeron que fue el último de aquellos vientos hirvientes y desmesurados que azotó ese lugar del mundo.

El aire en La Pezuñera se ennegreció, y apenas era posible respirar. Los guerreros se paralizaron en sus sitios. Tendidos sobre sus animales con cabellera, muchos de ellos heridos de muerte, los guerreros de las Tierras Fértiles permanecieron todo un día bajo el viento. El que intentó llamar a los otros acabó con la garganta cerrada por la tierra. El sudor sobre los cuerpos se hizo costra, y las lágrimas eran de barro. Aferrados al cuello de sus animales, los guerreros debieron esperar a que el viento amainara para reencontrarse. Y aquél fue el sitio en el cual la diferencia entre los vivos y los muertos fue casi imperceptible.

El viento en La Pezuñera arrancó la lanza que Thungür había clavado en la tierra. Y se llevó la cabeza de Flauro como una hoja seca.

Rojo y amarillo en los escudos, brazaletes de piel de serpiente para la Casa de Molitzmós. Rojo y azul en los escudos, y collares de garras de águilas para la Casa de Acila.

A un lado y otro del camino real, las Casas de Sol erguían orgullosas cientos de insignias y estandartes.

Por vez primera el príncipe coronado representaba, por su sangre, a las dos Casas rivales.

En la explanada del palacio de mando se reunían la nobleza y los sabios. Alejado del esplendor de la ceremonia se apretujaba el pueblo del País del Sol.

Días antes algunos emisarios habían llegado hasta cada choza llevando cuentas de colores y pedrería sin valor; pidiendo a los labradores y a sus familias que las cosieran en sus ropas para lucir relucientes el día de la coronación. Pero los labradores prohibieron a sus mujeres que lo hicieran.

-Fuimos guerreros como cualquiera, vecino. Tenemos tantos muertos como todos. No vestiré con estos adornos de hombre blando y perezoso.

-Tampoco lo haré yo. Ni el otro, ni el otro...

-¿Será que quieren que olvidemos que fuimos guerreros?

-Así lo creo, vecino. Pero yo no lo olvidaré.

-Ni el otro, ni el otro.

Aquel pueblo, diezmado por la esclavitud a la que había sido sometido, y luego por la guerra contra los sideresios, celebraba el día en que Yocoya-Tzin ocuparía el trono. De él esperaban amor y generosidad. Y paz entre las Casas, ya que recorría sus venas la sangre de los dos adversarios.

Como era costumbre, la escalinata que conducía al escabel donde estaba el trono había sido cubierta con granos de maíz. El príncipe debía ascender descalzo para así honrar al Sol y pedir abundancia.

A través del tiempo los soberanos lo recorrieron erguidos, sin una mueca de dolor o disgusto. Pero Yocoya-Tzin apenas había aprendido a caminar. Era tan pequeño que dos Consejeros lo llevaban tomado de las manos. Cuando pisó el maíz y los granos se clavaron en las plantas de sus pies, comenzó a llorar.

La anciana sierva, que estaba entre el resto de los sirvientes del palacio, hizo el ademán de ir a tomarlo en sus brazos; como siempre lo hacía. Dos soldados de la guardia se lo impidieron.

A partir de entonces, la anciana apenas veía a Yocoya-Tzin. Era tiempo de que el príncipe pasara su tiempo con los consejeros y los estudiosos del palacio que le enseñarían las ciencias del cielo, las artes del mando, poesía y yocoy.

Cada uno de los presentes, sin importar el rango o la función que cumpliera en la ceremonia, fingió no advertir que el soberano llegaba al trono con la nariz chorreada por el llanto, las piernas encogidas, y colgado de la mano de los consejeros.

Thungür y el herrero asistían, también, al ritual de coronación.

El herrero miraba a Yocoya-Tzin con los ojos llenos de lágrimas; viendo en él la justificación de la sangre perdida.

El husihuilke veía otra cosa... Algo parecido a lo que había comprobado años atrás, en su primera visita al País del Sol.

Aquella vez, inducido por Kayún Piel-de-Marlo y por Molitzmós, Thungür adjudicó a Hoh-Quiú lo que, en verdad, era parte de la larga historia del País del Sol: una estricta división de castas. Y taburetes de oro para los nobles que no recordaban el honor de sentarse sobre la tierra.

Al siguiente amanecer, pasadas dos estaciones desde la batalla de La Pezuñera, Thungür y sus guerreros emprenderían el largo regreso al sur. Durante ese tiempo habían continuado peleando sin descanso contra los sideresios.

La recuperación de la ciudad del Sol no resultó más que una entrada victoriosa. Puesto que antes de que el herrero llegara al frente de sus soldados, los sideresios abandonaron el lugar.

Thungür y sus guerreros les siguieron el rastro. La persecución se extendió por la costa este del territorio y hacia el norte.

Derrotados, y sin vislumbrar la llegada de nuevas flotas desde las Tierras Antiguas, los sideresios intentaron salvar sus vidas ocultándose en las zonas montaraces. O procurando llegar a las naves abandonadas para hacerse a la mar.

Algunos lo lograron... De ellos se dijo que permanecieron por siempre en el Yentru, navegando lentamente hacia el norreste. Se dijo que asolaron las orillas y las islas de su propio continente sin jamás adentrarse en él por temor al feroz castigo de Misáianes. Y así se transformaron en los primeros saqueadores del mar. Hombres sin tierra que atracaban sus

naves sólo para arrebatarse víveres y mujeres.

Thungür pensaba sin felicidad en el regreso; porque las grandes causas pueden hacerse imprescindibles para los hombres. ¿Qué encontraría en Los Confines? ¿Cómo miraría a Kuy-Kuyén...? Cuando Thungür iba a pensar en Nanahuatlí, el herrero se acercó a su oído para hablarle:

-¡Mira! -dijo-. Están por coronarlo. Y es como si Acila estuviese aquí.

El husihuilke pensó en la mujer que no conoció.

Cuando retornó al País del Sol, acabada la persecución a los sideresios, supo que Molitzmós había sido hallado muerto junto a Acila. Y que los sideresios habían arrojado sus cuerpos al fuego.

Ahora, los nobles construían una pirámide para recordarlos y celebrar la unión de las dos Casas, que haría imperecedera la gloria del País del Sol.

-¿Añorarás alguna cosa de este tiempo? -preguntó el herrero, como si retomara una conversación interrumpida muchas veces a lo largo de la guerra.

-Añoraré tener un único horizonte posible.

-Pero, regresas a Los Confines...

-Regreso con el temor de ser un extranjero entre mi pueblo, tal como aquí soy un extranjero.

La profunda tristeza de Thungür conmovió al herrero: aquel hombre se había quedado solo, y se daba cuenta.

Dos nobles, representantes de cada una de las Casas, colocaban una fastuosa corona de plumas en la cabeza de Yocoya-Tzin.

-Observa -dijo el herrero en un susurro-. Ellos toman la corona con la punta de tres dedos. Cada uno tres dedos, y no más que eso. Es para que ninguna de las dos Casas tenga mérito sobre la otra en el instante de la coronación.

Un noble de la Casa materna se adelantó con un obsequio de honor para el nuevo soberano: era la corona labrada con los huesos de Hoh-Quíú. Enseguida, un noble de la Casa paterna depositó, como ofrenda de conocimiento a los pies de Yocoya-Tzin, los códices que Molitzmós había ordenado reconstruir a Bor. Ninguno de ellos sabía que eran versos de humo. Falseamiento leve pero decisivo.

"¿Cómo de cierta y duradera será esta unión?", se preguntó Thungür mirando la ceremonia.

Al día siguiente, muy de madrugada, los husihuilkes se marcharon.

El pueblo, que permanecía festejando en las calles la coronación del nuevo príncipe, les dijo adiós sacudiendo grandes hojas de palma.

Nunca más Thungür haría ese camino.

Durante las primeras jornadas del viaje el jefe husihuilke marchó en silencio; distante de los otros.

Thungür pensaba en el tiempo futuro; pensaba en Misáianes, que continuaba sentado en su monte. Sin duda los navegantes de cabello rojo estaban batallando en las Tierras Antiguas. Tan claro como nunca, el husihuilke comprendió cómo había sido de grande la decisión tomada por Zabralcán al enviar a los hijos de los bóreos de regreso con los suyos. Mucho debió fortalecerse la resistencia en aquel continente, porque había cortado la marea de naves que el Amo enviaba. Sin eso, nada hubiese sido posible en las Tierras Fértiles.

Hasta donde veían sus ojos todo estaba en calma, pero Thungür sabía que el hijo de la Muerte se extendía más allá del horizonte.

Los pensamientos de Thungür eran difíciles de entender aún para él mismo. El husihuilke pensaba que, si Misáianes volvía con sus desgracias infinitas y sus pestes, la guerra sería otra.

Solamente Cucub podría escuchar sin condenarlo. Thungür le diría:

"Oye esto, Cucub... Como husihuilke aprendí que la tierra es una sola. Y que si cae la libertad de unos, cae la de todos. Sin embargo algo ha cambiado en mi corazón. Vi a los Señores del Sol contando los dedos que apoyaban en la corona mientras los que fueron valerosos guerreros miraban amontonados desde lejos. En este día amargo para mí puedo decirte, hermano, que si Misáianes volviera, yo sólo pelearía por el sur que amo y por el nombre de mi raza."

Un guerrero se acercó a él:

-¿En qué piensas, Thungür? -preguntó.

El jefe husihuilke se obligó a sonreír. No podía decirle que estaba desolado. No podía decirle que, quizás, habían sacrificado a sus mujeres y a sus hijos por una casta de enjoyados que no entendía el lenguaje de la tierra.

-Pienso en Fuego Negro -contestó-. Nos detendremos en el Desierto de los Pastores y buscaremos a ese animal con cabella para llevarlo de regreso a la casa de Cucub.

En medio de la victoria era más fácil que la mentira y la simulación pasaran inadvertidas.

Cuando el Orden de Misáianes se erguía triunfante en las Tierras Antiguas, la vigilancia de magos y parientes se distraía en vanidades y se disipaba en la opulencia.

-Bueno para nosotros, Foitetés -decía Zorás-. Porque los vencedores suelen adormecerse. En tanto, los que llevamos desventaja somos capaces de andar muchas jornadas sin dormir.

Por los días en que la victoria del Amo comenzó a empañarse, Zorás supo y le dijo a Foitetés que debían extremar la cautela.

-Que no nos suceda lo que a los vencedores, Foitetés, porque estamos lejos de serlo. Y, ¿lo seremos alguna vez? Tú me dices que sí. Y yo te digo que nuestro camino se moverá igual que el mar: avanzaremos y retrocederemos, subiremos y caeremos antes de llegar a buena playa.

Años habían transcurrido desde el arribo del joven pueblo de la Estirpe. Pero no había cesado el vigoroso caudal de ingenio que llegó con ellos.

Después del sorpresivo paso de los barcos de Flauro por la orilla sur del Yentru, los navegantes de cabello rojo lograron reubicarse en el mar. Y muy pronto, sus flotas sigilosas y con alas asediaron también la nueva ruta.

Los capitanes rebeldes entendieron el mar como nadie era capaz de hacerlo. Sus constructores idearon navíos que, cada vez más, semejaban criaturas del agua; tan contiguas eran al viento y al oleaje.

La tierra, en cambio, era muy difícil para ellos. La Gran Península era el único territorio que continuaba resistiendo, aunque los siderios consumaron entradas destructivas y feroces. A veces asolaron las aldeas transitorias y ocultas en las rocas donde mujeres y niños aguardaban el regreso de los navegantes. Otras veces, cuando lograron detectarlos, destruyeron enclaves militares y arsenales. Sin embargo nunca permanecieron allí, ni instauraron una ocupación definitiva. Los navegantes defendieron la Gran Península desde las costas que la rodeaban casi por entero. Y hasta se atrevieron a apostarse en los angostos pasos de los Montes Teijesis que resultaban una trinchera natural y de fácil defensa. Pero los capitanes rebeldes esperaban que muy pronto otra fuerza, numerosa y nacida en la tierra, se sumara a la reconquista del continente que les pertenecía.

Y no lo esperaban porque sí... Muchas cosas ocurrían en torno al monte. Sucesos sin evidencias; imposibles de ser descubiertos y señalados. Y que, sin embargo, saturaban el aire de las Tierras Antiguas.

Un hombre se reconocía en el reflejo del agua; un niño trazaba un círculo en la tierra y comprendía el afuera y el adentro; una mujer seguía, con su dedo extendido, el dibujo de las constelaciones. Y en los jergones, las manos aprendían y las cinturas recordaban.

Un poco por lo que conocían, y mucho más por lo que ignoraban, los parientes de Misáianes decidieron que los juegos de los días largos debían engrandecer, más que nunca, el poder del monte. Debían recordar que el Amo disponía de su propia rueda y avanzaba sobre el roce de sus uñas.

Entonces, ordenaron que los juegos de la arena fueran los más grandes y crueles de cuantos se recordaban desde el reinado de Misáianes.

Y en la adversidad, la magia fue nuevamente convocada.

Los Venerables del Recinto ocupaban sus sitiales para deliberar y tomar decisiones de importancia.

Deinos había levantado su espejo antes que los otros, de manera que tomó la palabra en primer lugar. El mago habló, como todos ellos lo hacían, sin levantarse ni girar el torso hacia los otros. Apenas se movieron los eslabones de metal que colgaban a sus espaldas.

-Todos aquí sabemos que el avance del Amo ha tropezado con un sitio de vientos contrarios -comenzó a decir Deinos-. Pero también sabemos que estos vientos pasarán sin dejar daño ni retardo en la instauración del Designio. Quizás, hasta sirvan de impulso para el vuelo de Misáianes.

Deinos, el heredero de Drimus, nunca había dejado de recelar. El mago sospechó traiciones; intuyó nuberías en el bosque. Y escuchó en el viento, antes que nadie, la música de viejas canciones.

Pero hasta ese momento Deinos había sido incapaz de seguir el hilo que iba desde los sitiales del Recinto hasta el corazón de la resistencia.

-Ahora los parientes exigen... -Deinos se corrigió con suavidad, y continuó como si dijese la misma cosa de dos maneras-

Los parientes piden que obremos junto a ellos en esto que debe ser una muestra de rigor y de poder. Ninguno de nosotros desea que estas tareas se transformen en nuestro destino. ¡Tampoco lo desea el Amo! Cuando la rebeldía se acalle nos será devuelto el lugar de guías y mentores. Recordemos que aunque no nos pertenezca la guerra, nos pertenece la eternidad. Aquellos Venerables, que mantuvieron sus sitios a costa de doblegarse al poder del Odio Eterno, no querían ni podían desandar el camino. Sin embargo muchos de ellos creían que era el momento de fortalecerse luego de un largo tiempo de haber sido ignorados por el Amo.

Un mago movió su espejo de lado a lado anunciando que deseaba hablar. El movimiento se reflejó en los discos de oro que circundaban la enorme sala; de modo que todos pudieron verlo.

-Puedes hacerlo -Deinos entregó la palabra.

-Es tiempo de adversidad. Los parientes están sobresaltados y nos requieren... Buscan la columna de la magia. ¿No creen que es nuestra hora de renovar la potestad que perdimos? Deseo recordar que fuimos ignorados en horas decisivas. Conocimos el nombre de Flauro y la nueva ruta marítima después que los rebeldes. Peor aún, un príncipe de las Tierras Fértiles tomó el lugar del emisario en aquel continente. Estos vientos contrarios que ha nombrado Deinos son el resultado de cada paso que dieron sin consultar a la sabiduría del Recinto. ¿Ahora nosotros acudiremos mansamente a su llamado? Muchos espejos se movieron simultáneamente en señal de aprobación.

Deinos estaba inquieto. Los parientes contaban con él para que, nuevamente, condujera las voluntades del Recinto hacia el sitio apropiado. Y él contaba con la promesa de ser nombrado emisario del Amo en las Tierras Fértiles cuando fuera posible enviar allí una nueva flota de conquista.

Llegó el turno de Zorás. El mago echó hacia atrás la caperuza de piel.

-Nos seduce la idea de anudar ahora mismo la cuerda de nuestro poder. Parece gozoso... Sin embargo, no siempre lo gozoso es lo primero. Algo se agita en las Tierras Antiguas; algo que no debe levantar vuelo.

Sentado en las gradas que se destinaban a los discípulos, Foitetés se retorció las manos bajo las anchas mangas de su túnica.

Zorás habló largamente. Y defendió la causa de los parientes mucho mejor que el propio Deinos. Para convencer a los magos, Zorás utilizó argumentos que a él mismo lo asustaban:

-Si las criaturas sencillas presumen de sabiduría y las ovejas se rebelan contra el pastor, el final nos llegará a todos: criaturas y sabios, rebaños y pastores. Sofoquemos esto que crece en las Tierras Antiguas sin saber nosotros cómo se llama. Esto que crece contra Misáianes y también contra el Recinto. ¡También contra el Recinto, sin saber nosotros cómo se llama!

"Se llama Aro", pensó Foitetés.

Mármara sacudía con fuerza las ramas de los grandes árboles esperando que Grais se derrumbara de alguna de ellas.

-¡Vamos, Grais! Desciende -gritaba la nubera.

Pero la anciana no respondía, ni crujía, ni sacudía sus hojas.

-Apúrate -insistió Mármara-. Ya es hora de marcharnos.

Entonces, un nudo de madera cayó a tierra sin un gemido. Era Grais, la anciana nubera, reseca y leñosa.

-¡Aquí estás al fin! -celebró Mármara.

Briseida, que miraba desde lejos, se dirigió a Grais con tono suplicante:

-Grais, hazme el favor de desentumecerte. Me gira el estómago a la vista de tus brazos y piernas entrelazados y revueltos con musgo.

La anciana rió. Se desenroscó y, con el mismo movimiento, se puso de pie. En cambio, la reacción de Mármara fue punzante:

-¿Y qué me dices de ti, Briseida? Tus ademanes lánguidos y enfermizos me hacen girar dos estómagos, el que tengo y el que no tengo.

La antigua enemistad entre las dos nuberas había crecido desde que Lubabáh visitaba con frecuencia el Bosque de Goenia.

Fue en una de esas ocasiones que el navegante comenzó a hablar de los juegos de los días largos:

-Han dispuesto que este año una multitud presencie los juegos. Cientos de esclavos construyen gradas y rampas. También enormes plataformas que pasarán por las calles a quienes sean elegidos para morir en la arena. Se idearon nuevos trances con el propósito de hacer prolongados y exuberantes los sacrificios.

En otra de sus visitas, Lubabáh llegó con novedades. Las nuberas no comprendían por qué el navegante parecía entusiasmado con lo que les contaba.

-Zorás convenció a los parientes diciéndoles que ya no alcanzaba con ver a los condenados gimiendo y suplicando de rodillas. Les dijo que sería apropiado verlos batallar antes de ser derrotados... Satisfechos con esto, los parientes caminan tras el parecer de Zorás. La opinión de mi maestro y sus recomendaciones pesan como ninguna otra en la preparación de los juegos.

Mármara interrumpió para preguntarle lo que las otras estaban pensando:

-Lubabáh, ¿es entusiasmo lo que parece y suena como entusiasmo?

-Lo es, Mármara. Nos entusiasma saber que, sin duda, Zorás conseguirá que Vara y Aro ocupen un sitio en la arena. ¡Y no cualquier sitio!

De pronto, sin que el navegante entendiera cómo había ocurrido, los tres rostros de nubera estaban pegados al suyo.

-No puedo explicar todo -dijo atemorizado-, pero algo les diré.

Recién entonces las nuberas se retrajeron.

-No habrá mejor momento que éste para iniciar el levantamiento... Nuestra lucha les pesa en el mar. Y, en la otra orilla, las Tierras Fértiles han logrado sostenerse. Lo han hecho a costa de su última sangre. Y no podrán repetir el heroísmo si nosotros aquí, cerca del monte, nos demoramos en desatar la guerra.

Los barcos errantes de los sideresios que lograron huir de las Tierras Fértiles fueron avistados por las mujeres-peces. Los siguieron, los observaron. Se acercaron por las noches para escuchar lo que esos hombres decían y recordaban. Y todo se lo contaron a los navegantes.

-Hay algo más -afirmó Mármara sin saber lo que decía. Intuición de nubera.

-Hay algo más -repitió, asombrado, Lubabáh-. Deinos. El mago olfatea y está cerca de nuestro rastro. No podemos seguir arriesgándonos a que descubra el trazado de la rebelión, porque entonces llegará a las manchas y al Recinto. A ustedes, a Zorás y, sobre todo, a los elegidos.

-Hay algo más -dijo Mármara.

-La Sombra... -respondió Lubabáh-. La Sombra permanece callada y camina en círculos.

-¿Ella duda?-preguntó Grais.

-Al menos, calla y camina en círculos.

-Hay algo más-insistió Mármara.

-Vara y Aro propagan las Virtudes... Las manchas se despiertan sin cesar.
-¿Tanto como se necesita? -preguntó Briseida.
-No lo sabremos sino hasta el mismo instante; cuando sea temprano o tarde.
-Y, ¿cómo será ese instante, Lubabáh? -Mármara sabía que no obtendría una respuesta clara.
-Aquí hago silencio. Solamente les diré que deben estar presentes el día de los juegos porque allí la rebelión se quitará el embozo.
-¿Acuerdan Zorás y su hijo varón en el modo de pensar y hacer?
El navegante no respondió a esa pregunta ni siquiera diciendo que no iba a responderla.
Llegado el momento, vestidas con ropas harapientas y con las cabezas cubiertas, Mármara, Graís y Briseida abandonaron el Bosque de Goenia en dirección a la ciudad donde iban a realizarse los juegos.
-Graís -dijo Mármara en el camino-. ¿Crees que podremos verla?
-Estoy segura -respondió la anciana.
-¿Y por qué no lo dices sonriendo?
La anciana nubera demoró en contestar. Entonces, lo hizo Briseida:
-Porque, tal vez, la encontremos en un sitio doloroso.
Mármara se detuvo en seco.
-Nada puede ocurrirle a la dorada hija del Recinto.
Pero Briseida no tuvo pena:
-Sabes que no es así, Mármara. Todo puede ocurrirle. ¿O acaso aprendiste de Lubabáh la despreciable costumbre de aparentar alegría en cualquier tiempo?
Mármara giró hacia Briseida con la uñas listas. Briseida rechinó los dientes.
En otras circunstancias Graís hubiese permitido que se arrojaran una contra la otra para que así destilara el rencor que crecía en ellas. Pero no era ése el momento, y Graís pateó la tierra:
-¡Nuberas de Goenia...! Luego habrá tiempo de morderse igual que comadrejas. Tú, Mármara, podrás atorarte con el cabello que le arranques a Briseida. Y tú, Briseida, podrás masticar los párpados de Mármara. Pero eso será luego...
-Luego —dijo Graís.
Palabra que, en la eternidad, se desvanece.

Los parientes y los magos abrían la marcha. Se dirigían a la arena de los juegos en carruajes pequeños, o a trote lento sobre animales ricamente guarnecidos.

Niños esclavos corrían a la par cargando sartas de granadas y naranjas que los nobles requerían para calmar la sed.

El cortejo avanzaba a través de una niebla liviana y por caminos barrocos.

Los parientes hablaban sin cesar y con entusiasmo sobre el inicio de los juegos de los días largos. ¡Copioso ingenio de Zorás! Entendimiento del mago que supo entender lo que hacía falta en la arena...

Días antes, todos ellos habían presenciado el paso de los condenados en una larga procesión de carros que avanzaban con pesadez por el barro. Encabezando la triste marcha hacia la arena iban los dos que habían sido escogidos para iniciar los juegos:

-Parecen fuertes -decían los parientes, adivinando la contextura de los condenados bajo las mantas que los cubrían.

-Recuerda que Zorás ordenó que los alimentaran con generosidad... Cuanto más intenten defenderse, mayor será nuestro placer.

-Son varón y hembra.

-También esa elección es mérito del mago. Se trata de una pringosa y de un cordelero. Ambos de buena carne, según dicen.

-¿Se aferrará la hembra al varón? -los parientes reían.

-O quizás el varón intente trepar a la cabeza de la hembra para ser, al menos, el segundo bocado -los parientes rieron más.

-Tráeme frutas -gritó uno de ellos.

Los hombres y las mujeres de las manchas marchaban custodiados por sus guardianes. Muy separados de la caravana principal, y aun de los esclavos domésticos.

Quienes creyeron que avanzaban silenciosos fueron sordos. Quienes creyeron que sólo miraban sus propios pies torcidos fueron ciegos. Fueron sordos y ciegos los guardianes de Misáianes.

-Vi cómo te estirabas cuando rebasamos la mancha de las escardadoras -le dijo Zorás a Foitetés en voz muy baja-. No sé qué te propones ni qué sueñas; pero no olvides mi prohibición de acercarte a ella.

-No lo olvido, maestro -respondió Foitetés-. Tú me prohibiste hablar con la escardadora. No me prohibiste estirar mi cuello ni soñar...

-De cualquier forma, no podrías reconocerla -dijo Zorás.

-Yo creo que sí podría -Foitetés vio que Deinos se acercaba. Y calló.

También Mármara, metida con su compañera entre los esclavos domésticos, estiraba su cuello buscando a Lubabáh.

-El no puede estar aquí -le dijo Graís-. Lo delataría su enormidad y su color de fuego.

Mármara tomó eso como un elogio, y agradeció en nombre del navegante.

-Mejor cúbrete la cabeza -intervino Briseida- porque nos pones en riesgo.

Aquella vez, Briseida tenía razón. Mármara se metió en su capucha donde guardaba el olor del bosque y algunas mariposas.

Sin embargo Lubabáh no estaba demasiado lejos. Seis capitanes rebeldes y sus hombres se ocultaban en las cercanías del sitio donde iban a realizarse los juegos. El resto aguardaba un poco más lejos para afrontar el destino, fuese cual fuese. Esa vez, los rebeldes iban a pelear en tierra.

-Y tú, Zorás, ¿a quién buscas? -preguntó Foitetés.

Zorás buscaba a la Sombra.

-Estará por aquí viéndolo todo. Viéndonos a nosotros, a los rebeldes ocultos, a las nuberás -Zorás miró fijamente a su discípulo-. ¿Continuará en silencio, Foitetés? ¿Callará la Sombra hasta el final?

-Maestro -respondió Foitetés-, tú comprendiste antes que nadie que ésta era la ocasión. No habrá una mejor para iniciar el levantamiento.

-Así es, no habrá una mejor. Pero, ¿será bastante? -luego Zorás se preguntó a sí mismo-. ¿Cómo responderán los hombres y las mujeres de las manchas? ¿Mantendrá la Sombra el silencio conque nos ampara?

-Confía en el pueblo de las manchas tanto como Aro lo hace -dijo Foitetés-. Y confía en la Sombra tanto como confiaron los Brujos de las Tierras Fértiles.

Vara en una jaula y Aro en otra. Los hermanos hablaban como ellos podían hacerlo.

-Aro, ¿confías en los cordeleros?

-Confío en los cordeleros, en los excavadores y en los fogoneros. Es tan fácil como confiar en ti o en mí.

-Aro, ¿confías en Zorás?

El ruido del cortejo comenzó a escucharse.

-¿Tienes miedo? -preguntó Aro.

-Tú estarás conmigo.

-Yo y las escardadoras. Yo y los cordeleros.

Vara interrumpió a su hermano:

-Tú estarás conmigo.

-Mírame a los ojos cuando las fieras entren a la arena –dijo Aro.

Y como Zorás creía, la Sombra lo veía todo. Y todo lo escuchaba.

Pasó la Sombra junto a las nuberas, atravesó la multitud de las manchas y caminó a la par de la escardadora. Montó a la grupa de Zorás, se agazapó en la jaula de Vara. Y en todos lados oyó que la nombraban con esperanza.

Cuando la Sombra oyó la llegada del cortejo, se paró ante las fieras hambrientas.

-Pronto estarán en la arena. Los hijos de Zorás estarán también. Ustedes y ellos. Y yo no me iré sola...

Las fieras rugieron.

-¡Escucha...! -murmuró Vara-. Es Misáianes en sus gargantas.

Pegada a los barrotes de la jaula, la Sombra apareció como una anciana dolorida.

Aro la vio y sintió un estremecimiento que confundió con amor. Saltó y se puso junto a ella:

-¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

En el silencio de la anciana, Aro escuchó su propio deseo:

-¿Eres la escardadora? -y continuó creyendo en su ilusión-. Dime, madre, ¿has venido a besarnos la frente? ¿Has venido a decirnos adiós?

-¡Más! -exigía Deinos, señalando la arena ensangrentada-. ¡Arrojen más fieras sobre ellos! Los soldados sideresios pedían también:

-¡Más, más fieras sobre ellos...!

Y los parientes reclamaban:

-¡Más, más contra ellos!

En cambio los hombres y las mujeres de las manchas permanecían en silencio; como si no comprendieran lo que estaba ocurriendo.

Abajo, en el centro del círculo de arena, Vara y Aro se miraban a los ojos.

-Nos abandonarán... -decía Vara.

Ambos estaban extenuados. Sin fuerza ni lucidez suficientes para soportar una nueva lucha.

-Espera -respondió Aro-, Espera y confía.

-¡Más contra ellos! -gritó Deinos.

La orden estaba a punto de cumplirse. Y nada ocurría entre la gente de las manchas.

Los guardianes se dirigían a las jaulas. Iban a desatar cadenas y a abrir cerrojos para que otros animales entraran al círculo de arena.

-Ya lo ven -decía Briseida.

-¡Cállate! -Mármara habló derramando lágrimas sobre las mariposas que se habían posado sobre su pecho.

¡Confía, Vara! ¡Cállate, Briseida!

Pero los cordeleros continuaban inmóviles. Igual que las pringosas, los fogoneros, las escardadoras...

¡Cállate, Briseida! ¡Confía, Vara!

-¡Haz algo, Zorás! -rogó Foitetés, arrimándose al oído de su maestro-. Sólo tú puedes.

-¡Más! -era el grito- ¡Más contra ellos!

La lucha había sido larga y cruenta.

Vara y Aro entraron a la arena vestidos con túnicas cortas y armados con una daga. Zorás pidió que la llevaran consigo.

"Para provecho del juego y nuestro gozo", había dicho.

Cuando los hermanos aparecieron, dorados y orgullosos, todo quedó en silencio; hasta las gradas donde se amontonaban los soldados sideresios.

Deinos y los Venerables del Recinto se estremecieron:

-¿Quiénes son ellos?

-¿Dónde estaban?

-Dicen que Zorás halló a la mujer entre las pringosas...

-¿Y al varón?

-Entre los cordeleros.

Cuatro bestias feroces avanzaron por la arena. Rugieron y, desde el monte, Misáianes les devolvió el rugido.

-Haz algo, Zorás -suplicaba Foitetés.

-No era el modo -murmuró el mago como respuesta-. Dije que no lo era.

La resistencia había acordado sin dificultad que el día de los juegos era el indicado para iniciar el levantamiento. Sin embargo hubo dudas y oposiciones en el momento de ajustar los modos y los riesgos.

Frente a la inminencia de los juegos más crueles de cuantos se tenía memoria, Zorás defendió con firmeza la necesidad de que Vara y Aro huyeran de las manchas llevándose consigo a los más fieles. Luego la resistencia, oculta y a salvo, crecería en el Bosque de Goenia y en los Montes Teijesis.

Pero muchas voces se alzaron contra eso. Y ninguna tan alta y clara como la voz de Aro:

"No huiré con cincuenta cordeleros", había dicho. "Si escapamos ahora nos pareceremos demasiado a los sideresios; seremos indistinguibles para todos los hombres y mujeres que permanezcan en las manchas. Confíen en ellos... Hay cientos y cientos que han despertado aunque lleven cerrados los ojos. Ni Vara ni yo nacimos para salvarnos, sino para morir por el regreso de la luz."

-No es éste el momento de recordar eso -decía Foitetés. Y repetía el ruego-. ¡Haz algo, Zorás!

Entonces, el mago se irguió con la cabeza descubierta.

-Exijo ser escuchado -su voz transformó el griterío en un murmullo sordo.

Vara y Aro se miraban en la arena. Cuatro animales yacían muertos a sus pies.

-Este juego ya tiene vencedores...

-¿Qué dice Zorás? -se preguntaron unos a otros los Venerables- ¿Qué está diciendo?

-¿Qué nos dices, Zorás? -gritó Deinos desde su sitio.

-Digo lo que todos aquí hemos presenciado. Este juego tiene muertos y vencedores; y ya no podemos cambiar eso.

Un poco antes, cuando los animales entraron a la arena y se les acercaron, Vara y Aro se miraron a los ojos.

-Recuerda lo que aprendimos, Vara.

Las bestias rugieron. Y comenzaron a correr.

-Recuerda que te amo...

Los hermanos se pusieron espalda contra espalda. Y entonces comenzó lo que nadie había soñado ver.

La batalla de una mujer y un hombre que se entendieron como si fueran uno solo, y se protegieron como si el otro fuera lo más amado. La lucha se transformó en un prodigio de fortaleza y de velocidad que todos presenciaron incrédulos.

-Esta pringosa y este cordelero vencieron en la arena -continuaba Zorás-. Lo presenciamos sin poder creerlo...

-¿Qué nos dices, Zorás?

-Los vimos saltar sin entender cómo podían hacerlo. Burlar a las fieras para atacarlas en sus sitios más vulnerables...

-¡Más contra ellos! -reclamó Deinos intentando cubrir la voz de Zorás.

-¡Más! -gritaron los parientes.

Confía, Vara. Recuerda que te amo.

-Los vimos luchar cuerpo a cuerpo con las fieras y vencerlas. Debemos aceptar el resultado de la contienda.

Las voces se superponían. Los parientes comenzaron a ponerse de pie, ordenando también que entraran más animales a la arena.

¡Cállate, Briseida! ¡Confía, Vara!

Fue en ese momento cuando los hombres y las mujeres de las manchas comenzaron a murmurar. Y sus voces todavía apagadas sonaron como un viento al comienzo del mundo.

¿Qué sucede? ¿Quién clama? ¿Quién canta? ¿Quién llora...?

Los guardianes miraron alrededor y no vieron nada. Los parientes vociferaban.

-Hasta los juegos de los días largos tienen sus leyes- -Zorás hablaba para sostener el tiempo en su sitio.

-Míralos, Vara. No van a abandonarnos.

-Así es, no van a abandonarnos -repitió Vara.

¿Qué sucede? ¿Quién canta? ¿Quién llora?

Desde su lugar y encapuchadas, las nuberitas musitaron para que Vara las oyera:

-Vamos, ya es tiempo.

Ocultos en las cercanía, los navegantes dijeron lo mismo:

-Vamos, Aro. Ya es tiempo.

La mujer en la arena, majestuosa en su túnica sucia y desgarrada, mostró la marca en su muslo derecho:

-¡Vara! -gritó- ¡Mi nombre es Vara!

Deinos y los parientes demoraron un instante en entender.

El hombre en la arena mostró la marca en su muslo izquierdo:

-¡Aro! ¡Mi nombre es Aro! -y agregó- ¡Mira, madre, llevo el nombre que me otorgaste!

En las gradas, ya rodeada por la rebelión que crecía, una escardadora extendió las manos deseando acariciar a su hijo.

El corazón de las Tierras Antiguas se acercaba al galope. Los parientes se atemorizaron. Y gritaron exigiendo muerte.

¿Quién canta? ¿Quién clama?

Los hombres y las mujeres de las manchas recordaron el tiempo de la luz en las Tierras Antiguas. Lo recordaron aun sin haberlo vivido, porque la memoria es mucho más grande que una sola vida.

-No soy cordelero, soy Jaunak -dijo un hombre.

-No soy pringosa, soy Ligia.

-Soy Áulea.

-Soy Daos.

-Soy Agai, tengo un nombre.

Así comenzó el levantamiento al pie del monte de Misáianes.

Las armas pasaron de mano en mano: de los cordeleros a los apacentadores; de Jaunak a Hilder. De una mujer a otra mujer; de Áulea a Ligia..

Los capitanes llegaban al frente de los rebeldes; galopando casi de pie sobre sus animales.

Era el inicio del levantamiento en las Tierras Antiguas. Y fue grande y sangriento.

Entre los cientos que quedaron tendidos allí, hubo una mujer que sonreía en la muerte como jamás había sonreído en la vida. Antes de morir, pronunció el nombre de sus hijos: Vara, Aro.

Luego se bautizó a sí misma:

-Madre-dijo. Y sonrió.

Algunas veces, Zorás se quedaba mirando fijamente a su discípulo:

-¿Y tú, Foitetés? ¿Qué es, en verdad, lo que crees?

Pero su discípulo no le respondió sino hasta el día en que soñó con un cuervo. Recién entonces decidió contestar la pregunta largamente repetida por Zorás.

-Maestro, hablaré en procura de darte el sosiego que merecen tu honor y tu sabiduría. ¿Cuánto queda de la magia en las Tierras Antiguas? -Foitetés comenzó a responderse-: Tú...

-¡No hables de mí! -interrumpió Zorás, que conocía el sueño de su discípulo porque también él lo había soñado.

-Tú -insistió Foitetés-. Y luego los magos apiñados en torno a Deinos. Los que no pueden regresar porque han pervertido hasta la última reserva de sus almas. ¿Quién, si lo piensas, puede recuperar la fuerza del Recinto?

Zorás vio al cuervo posado sobre una rama:

-¡Apresúrate! -pidió-. El cuervo ya está aquí.

-Solamente quedan los discípulos -prosiguió Foitetés-. Cuando ellos se aparten del extravío de sus maestros empezaremos de nuevo. Maestro, no pidas de mí sumisión y obediencia porque así negarás la única esperanza del Recinto.

-Tu tiempo se ha cumplido, Zorás -dijo el cuervo. Y descendió del árbol siendo Sombra.

Zorás se irguió ante su presencia:

-Por ti, Sombra, y gracias a tu silencio, la resistencia pudo alzar el vuelo. Yo te bendigo, en nombre de todos tus hijos.

-¿De todos mis hijos? -dijo la Sombra, pensando en Misáianes.

Se miró la línea azul y volvió a hablar:

-Ven conmigo, mago y anciano, deja el lugar a Foitetés. Aquí hay mucho que pelear todavía. Y yo no haré por ustedes nada más que estar en silencio, sin llegar al monte.

Se ha dicho que en el círculo los sucesos regresan...

Muchos años atrás, Piukemán, lejos aún de ser Brujo, había visto regresar al ejército del Venado. Entonces se lo dijo a Vieja Kush, que estaba junto a él.

Aquella mañana, el Brujo Halcón, ya lejos del niño, vio un nuevo regreso. Y se lo dijo a Nanahuatli.

-Avanzan de prisa -dijo-. Pero tardarán todavía.

La princesa perdió el sosiego. Sin cesar se miraba en el reflejo del lago y se lamentaba por su delgadez y sus trenzas desparejas.

-Mírame -le dijo al Brujo-. Mírame y llora.

-No puedo verte.

-Mejor para ti porque sólo verías una mujer demasiado delgada; tanto como una rama de árbol nuevo.

-Así te alimentaste en este tiempo -respondió el Brujo Halcón-. ¿Por qué te asombras ahora, y te lamentas?

-¡Y mi trenzas...! -continuó Nanahuatli-. Una sí, otra no.

-Tú quisiste que permanecieran de ese modo.

En Los Confines, los sideresios habían continuado peleando desde las costas del Lalafke contra los hombres de los linajes del este que resistían con esfuerzo creciente. Pero eso fue hasta que los soldados de Misáianes supieron que se acercaba la columna de guerreros que Thungür había enviado. Entonces decidieron huir por el mar. Luego supieron que también habían sido derrotados en el norte.

El pueblo husihuilke se preparaba para salir al encuentro del ejército que volvía.

Los guerreros de la ladera este irían también. Porque hasta tanto regresaran las antiguas rivalidades, y aun después de que regresaran, unos a otros se deberían la vida y la honra.

Nanahuatli casi no durmió durante esas noches. Ni permitió que el Brujo Halcón lo hiciera.

-Despierta -la princesa lo sacudía por los hombros-. Despierta y dime qué estás viendo ahora.

-Veo grises de tormenta y hambre...

-¿A qué te refieres?

El Brujo se impacientaba:

-El Ahijador duerme; hace lo que yo no puedo. Duerme y sueña con grises de tormenta y hambre. El sueña y yo veo.

-¿Y cuándo despertará? -insistía Nanahuatli-. Pídele que despierte y vuele sobre el camino del ejército.

-Nada voy a pedirle. Y el Ahijador despertará cuando lo desee.

Como suele ocurrir, las más largas esperas acaban en medio de una distracción.

Nanahuatli había logrado interesarse en un brazalete que trenzaba cuando oyó la voz del Brujo. Abandonó su tarea y se acercó rápido para pedirle que repitiera lo que acababa de decir.

-Se han encontrado.

-¿Quiénes?

-Los guerreros y el pueblo de Los Confines -luego él Brujo agregó-. Thungür y Kuy-Kuyén.

Alrededor de los hijos de Dulkancellin, los husihuilkes se reencontraban.

Los guerreros desmontaron antes de detenerse. Preguntaron por sus esposas y sus madres; preguntaron por sus hijos y escucharon todas las respuestas. Los hombres volvían de la guerra con recuerdos de cosas que ya no existían. Aún les faltaba ver las aldeas abandonadas, el bosque arrasado por el fuego.

La raza de los guerreros del sur estaba cercenada, rodeada de cenizas. Viendo lo que quedaba, muchos se preguntaron si sería posible mantenerse vivos en la tierra.

Thungür traía por las riendas a Fuego Negro. Kuy-Kuyén avanzaba rodeada por sus hijos, y con Muesca-Cinco en los brazos.

Ambos tenían una ausencia que anunciar.

-Traigo para ti a Fuego Negro. Y traigo noticias sobre tu esposo -comenzó Thungür-. Cucub fue malherido y sus piernas aplastadas bajo el peso de los animales con cabellera. Los zitzahay lo llevaron consigo a la Comarca Aislada...

Kuy-Kuyén se dobló sobre el cuerpo débil de su hijo.

-Pero él volverá -continuó Thungür-. Cucub regresará cuando pueda hacerlo como la primera vez, ¿recuerdas?, caminando y cantando. Me dicen que, sin cesar, le habla a sus piernas para ayudarlas a recordar cómo es de bello el camino entre Beleram y la casa de Vieja Kush.

Feliz porque Cucub estaba vivo, desolada porque no había regresado, Kuy-Kuyén no podía dejar quieta su mirada.

-Cucub pidió que no olvides decirle a tus hijos que inventen su propia canción cuando llegue el momento. También pidió que no lo esperes bajo el nogal, ni en ninguna otra parte, porque de ese modo demorarás su regreso.

Thungür reparó en Muesca-Cinco que, amamantado con el hambre de Kuy-Kuyén, no había crecido firme. Entonces recordó a Yocoya-Tzin. La corona de plumas del príncipe del Sol, sus joyas y su camino de maíz se agigantaron en la tristeza del guerrero.

Muesca-Cinco movió hacia un lado su pequeño rostro oscuro, cuarteado por el sol de las Maduinas. Y rió sin motivo, igual que su padre reía.

Fue la primera risa al final de la guerra. La primera mañana.

Pero aún faltaba anunciar otra ausencia...

Thungür, hijo de Dulkancellin, diez veces guerrero, tenía miedo de pronunciar un nombre.

-Buscas a Wilkilén -dijo Kuy-Kuyén.

-¿Dónde está ella? -preguntó Thungür- ¿Dónde está la inocente?

La furia le oscurecía los ojos negros.

Como si la pregunta lo hubiese convocado, Welenkín se acercó a ellos.

-Thungür, si me lo permites he de ser yo quien te responda. Debo hacerlo porque fui su esposo. Y porque tuve que darle muerte en la isla de los lulus.

Thungür miró a Welenkín sin misericordia.

-Me explicarás cada una de las palabras que dijiste -exigió-. Me las explicarás como un hombre; y no como un Brujo. Y aun cuando me las expliques...

-¡Thungür! -intervino Kuy-Kuyén-. Sabemos que Wilkilén lo amó y fue feliz.

Thungür y el Brujo de los ojos dorados se apartaron a un costado del sendero.

-A veces, sus trenzas se deshacían... -comenzó el Brujo.

Mientras tanto, los husihuilkes comenzaban a caminar hacia las aldeas. Y en el andar dejaron de hablar de los muertos. Nada podía desperdiciarse. Hasta las lágrimas servirían para regar la tierra donde crecían los zapallos.

Varios soles habían transcurrido desde el regreso de Thungür a Los Confines.

Nanahuatli había llorado y dejado de llorar. Nanahuatli ya no se miraba en el agua. Ni le demandaba al Brujo Halcón que volara y viera lo que ella deseaba.

La princesa del Sol no quiso abandonar el nido donde vivía para descender a las aldeas husihuilkes. Se quedaría allí, trenzando brazaletes inútiles, si Thungür no iba a buscarla.

Aquel día, el Ahijador estaba en la Puerta de la Lechuza. El ave tomaba con su pico enormes lombrices; tragaba algunas y le daba el resto al Brujo Halcón.

-¿Por qué cantas, Nanahuatli? -le preguntaron.

-Porque ustedes, que son pájaros, no lo hacen.

Rieron el Ahijador y el Brujo. Y se hartaron de comer gusanos.

Un rato más tarde, el Ahijador partió. Iba a volar de norte a sur sobre las aldeas para ver el adelanto de los trabajos.

-Allí abajo está Raíces Tiernas -dijo el Brujo Halcón-. ¡Los hombres llegan con un rebaño de cabras! Y los niños eligen semillas buenas.

-En el País del Sol ya estarán hilvanando oro -respondió Nanahuatli.

-¡Mira en Hierbas Dulces! Ya han levantado nuevas casas de madera...

-¿Te he contado algunas vez sobre el esplendor de nuestros palacios? -insistió la princesa.

-Los hombres de Wilú-Wilú llegan con rebaños de cabras montesas.

Nada de lo que Nanahuatli respondía enojaba al Brujo, porque era resultado del dolor.

-El Ahijador está llegando a Paso de los Remolinos. ¿Quieres saber...?

Nanahuatli se refugió en el silencio.

-Claro que quieres -dijo el Brujo.

Después de su llegada Thungür recorrió una a una las aldeas. Se reunió con los hombres para hablar de los días que llegaban. Estuvo largas horas junto al silencio de la cabra para pensar en los días pasados.

-Thungür abandonó la aldea y cabalga hacia aquí -anunció el Brujo. Y la expresión de su rostro era indescifrable.

Nanahuatli tardó tanto en responder que el Brujo ya comenzaba a sonreír. Pero finalmente, la princesa preguntó:

-¿Cuál es el camino que lo trae?

-Corre por el sendero de los hongos en dirección al Valle de los Antepasados... Encontrarás a Thungür mucho antes de abandonar el bosque.

Nanahuatli tocó su cabello: una trenza sí y otra, no.

-El no lo notará -dijo el Brujo que no podía verla.

Nanahuatli se acercó y besó su frente. Luego el Brujo la escuchó correr sendero abajo.

Thungür y Nanahuatli se detuvieron antes de acercarse. Podían verse uno a otro; pero el cuerpo de Nanahuatli estaba avergonzado. Y el alma de Thungür, entristecida.

El husihuilke desmontó y caminó hacia la princesa.

-Ahora vete de allí, Ahijador -pidió el Brujo Halcón desde su nido.

El Ahijador no pareció escucharlo porque, al revés de lo que le pedían, buscó una rama alta donde posarse. Y llevó su mirada de Nanahuatli a Thungür. De la joven delgada, vestida con una túnica de juncos, al guerrero husihuilke.

-He dicho que te marches -el Brujo comenzaba a temer-. Vete ahora. Y vuela muy alto.

Pero el Ahijador permaneció en su sitio, mirando el abrazo de dos desconocidos que aún se amaban.

El Brujo Halcón no quería verlo.

-Ahijador, vete -pedía-. Ese guerrero fue mi hermano en un tiempo y esa mujer estuvo a mi lado durante muchos soles.

-Es por eso que no voy a marcharme -respondió el Ahijador-. Debes soltar la mano del hombre que fuiste y ya no eres. Presenciarás esto con dolor para llegar, por fin, al Brujo.

Nanahuatli y Thungür caminaron hacia el gran árbol donde el Ahijador se ocultaba. Iban pensando que estaba lejos el cañaverl donde todo había sido sencillo.

-¡Márchate, Ahijador! -el Brujo llevó la cabeza contra el pecho y la sacudió con rabia-. ¡Márchate de allí!

Aún sabiendo que era en vano, el Brujo Halcón apretó los ojos para no ver los cuerpos oscuros. Para no odiar al hombre,

ni amar a la mujer.

-¡Llévate mis ojos! -gritó en la Puerta de la Lechuza-¡Llévatelos al cielo!

-No son tus ojos todavía... Si en verdad lo fueran, no estarías doliéndote.

El Ahijador hubiese deseado evitar el dolor del Brujo, pero era el momento de desgarrar la última piel humana que le quedaba.

-El tuyo fue un largo nacimiento -dijo el ave- ¡Soporta este dolor final!

El pecho puntiagudo del Brujo se sacudía. Un pájaro absurdo lloraba en el bosque mientras Thungür y Nanahuatli recuperaban la risa del cañaveral.

Más tarde, el Brujo Halcón vio a Nanahuatli acomodarse como una niña para dormir entre los brazos del guerrero. Sostenía junto a su rostro la trenza que Thungür había traído de regreso.

-Así dormía en el nido -murmuró.

Nanahuatli ya no regresaría. Iba a volver junto a Thungür a la casa de madera.

El Brujo tanteó hasta hallar todas las pertenencias de la princesa: sus collares, sus brazaletes, sus sandalias. Aquellos movimientos le resultaban difíciles con sus brazos encogidos.

Cuando logró reunir lo que deseaba caminó hasta el lago donde Nanahuatli se bañaba y arrojó sus tesoros:

-No volverá por ellos -dijo.

Entonces se alejó con un andar extraño, pero suyo. Suyo para siempre por los larguísimos años que viviría transformado en un Brujo asombroso. Habitante del cielo de Los Confines.

Los husihuilkes vivieron en el sur de la tierra. Vivieron cuando era un bosque generoso. Y vivieron también cuando era llanto.

Los guerreros de piel oscura sostuvieron la guerra contra el Odio Eterno. Sin ellos habría acabado el tiempo de las Tierras Fértiles.

En su casa de madera, Kuy-Kuyén y sus hijos se aprontaban para asistir a la fiesta de despedir al sol. Muesca-Cinco estiraba los brazos hacia su madre.

El cuerpo del pequeño hijo de Cucub nunca logró fortalecerse. Pero sí lo hizo su garganta.

Muesca-Cinco recorrió los caminos sostenido en la espalda de sus hermanos. Contó mejor que nadie historias de alegrías y tristezas. Cantó sin cansarse. Su voz aflautada se podía escuchar desde lejos:

-Escucha, allí va Muesca-Cinco -y la canción se hacía inolvidable.

Una nueva temporada de lluvias regresaba.

Desde todas las aldeas, bajo el cielo gris y contra el viento, los husihuilkes caminaban hacia el Valle de los Antepasados.

Llevaban pan de maíz y frutas en sus morrales. Aquella vez no eran piedras...

Los husihuilkes compartieron el alimento. Las mujeres danzaron con música de flautas.

Nadie sabía si la enorme cabra de pelaje enmarañado que los miraba a la distancia era Kupuka. Tampoco nadie se atrevió a preguntarlo.

En cambio, se atrevieron a pedirle a Thungür que saludara a Vieja Kush por ellos.

Después de que los últimos sideresios abandonaron las Tierras Fértiles, Thungür y sus hombres cabalgaron hasta el País del Sol donde asistieron a la coronación de un príncipe con dos sangres. Desviaron el camino hacia la Comarca Aislada. Y finalmente se detuvieron con los Pastores.

Fue un largo regreso durante el cual el ejército del Venado recibió noticias que llegaban por el Yentru...

-Sabemos que ahora las Tierras Antiguas se levantan contra el Orden de Misáianes con fortaleza y bravura. ¿Sabría esto Zabalkán, el Supremo Astrónomo de la Comarca Aislada, cuando envió de regreso a la Estirpe de los bóreos? Las mujeres-peces hablan de dos guerreros dorados. Tal vez, sea posible soñar...

Los husihuilkes se esforzaban en imaginar el mundo del otro lado del mar.

-Nos falta Cucub, el hermano que sabe decir -continuó Thungür-. Intentaré, por eso, hablar frente a Vieja Kush como husihuilke y como zitzahay.

En una hamaca tendida entre dos árboles, en plena selva de la Comarca Aislada, Cucub hacía sus cálculos. Incapaz de moverse por sí mismo, repasaba soles, estaciones y cosechas.

-Hoy o quizás mañana... -se decía-. Hoy o mañana los husihuilkes estarán reunidos en el Valle de los Antepasados. ¿Quién será el designado para hablar junto a la sepultura de Vieja Kush?

-Cada uno de nosotros sabe que todo ha cambiado para siempre -decía Thungür-. Pero es ése el destino de lo que vive...

El Ahijador volaba sobre el valle.

Tres Rostros, el Padrecito del Paso y Welenkín escuchaban sentados en una roca alta. Tres Rostros ocultaba su mueca, el Padrecito, sus manos.

-Aquí nos tienes, amada Vieja Kush -murmuró Cucub en su hamaca.

-Ya no somos los mismos -dijo Thungür-. Pero, escucha, estamos respirando. Y el pan crece junto al fuego...

-Anciana, ya puedes descansar -Cucub hablaba imaginando el valle que ahora amaba más que a la misma selva.

-Ya puedes descansar -siguió Thungür-. Duerme ahora. Y ni siquiera te canses en soñar, que nosotros soñaremos por ti.

Lentamente, los husihuilkes emprendieron el regreso a sus aldeas. También se fueron los Brujos de la Tierra, los pájaros y las almas. Recién entonces la cabra descendió al valle y se tendió junto a la sepultura de su antigua hermana.

La lluvia se descargó sobre Los Confines. Y una vez más, Kuy-Kuyén la oyó antes que nadie.

En su hamaca, Cucub lloraba dormido.

Todos los sucesos son recuerdos para Nakín; reinventos en su rueda. Aquello que se ha dicho y no se ha dicho; porque no es sólo lo grande lo que a Nakín le importa. También le importa lo pequeño.

No digo adiós.

Ustedes se irán.

Yo permaneceré, reinventando el recuerdo de lo que han sido.

No digo adiós, aquí me quedo para contarlos todo.

Dice adiós la lechuza, el hombre y la piedra. Yo no lo digo.

Debo permanecer y recordar al hombre, la piedra y la lechuza.

Yo no me olvidaré de ninguno de ustedes,

parte en mi rueda, balsas y colores.

No me olvidaré de nada ni de nadie

pues no puedo olvidar lo que me constituye.

Adiós, dirán. Y yo no diré nada.

Cuando todos se alejan, se queda la memoria sentada en una roca,
cuando todos descansan.

Aquí estaré, no digo adiós.

Si pasan junto a mí y me preguntan,

les contaré acerca de lo que fueron.

Si me ven sentada en una roca, componiendo mis versos,

acérquense y pregunten.

Yo voy a responderles.

Pero luego no les diré adiós.

Porque, quieran o no, se quedarán conmigo.

Y lo que se rasgue de nuestra voz...

Con la sublevación de la arena comenzó en las Tierras Antiguas una guerra que sería larga.

Vara y Aro la comandaron desde sitios diferentes en el espacio y en el pensamiento. Vara vivió bajo los principios rectores del Recinto, y su tarea fue luminosa. Aro vivió entre las voces del pueblo recobrado, y su tarea fue indispensable.

Mármara esperó a Lubabáh, que continuó navegando por siempre; aunque desembarcó, de tanto en tanto, en el Bosque de Goenia.

La Sombra cumplió con su promesa. Permaneció en silencio; sin advertir ni adelantar nada de lo que veía. La Sombra regresaría al monte solamente para buscar a un muerto.

Foitetés caminaba de regreso al bosque donde, junto a Vara, guiaba al nuevo pueblo que crecía. Y acompañaba la guerra con la sabiduría de la magia. Entonces escuchó risas y cantos. Se apartó del camino y vio que se trataba de una anciana haciendo una ronda con varias niñas.

Todas giraban con lentitud y cantaban algo que llamó la atención de Foitetés.

Hago la ronda de la serpiente ronda que junta cabeza y cola.

Hago la ronda de la serpiente que estaba partida y se hizo redonda.

Foitetés dejó que repitieran la canción antes de detenerlas:

-Mujer -le dijo a la anciana-. ¿De dónde sacaste tú eso que cantas con las niñas?

La anciana festejó con una carcajada la absurda pregunta del mago:

-¿De dónde la saqué...? Parece que ustedes, los magos, nunca jugaron siendo niños. Esta canción es tan antigua que nadie la compuso -respondió. Y le ofreció a Foitetés su mano extendida-. ¿Quieres jugar con nosotras?

El mago no aceptó el juego, pero continuó mirando.

Hago la ronda de la serpiente

ronda que junta cabeza y cola...

La profecía que los sabios buscaron en las Tierra Fértiles y en las Tierras Antiguas, preguntándole a los códigos cifrados y a las lenguas remotas, permanecía a salvo en un juego infantil, resguardada en la memoria de las criaturas sencillas. Andaba, como todas las verdades, descalza y al aire libre.

Que estaba partida y se hizo redonda.

Extrañas huellas en Los Confines

En Los Confines aún había mucho por hacer. Los husihuilkes debían refundar el sur de la tierra.

La cabra no bajó nunca más de las montañas. Y era mejor no saber si había muerto, o si sería capaz de andar entre las rocas de las Maduinas otros cien años del sol.

Nanahuatli construía algo con sus propias manos. Se esforzaba en terminarlo antes de que Thungür regresara de la cacería.

-¿Qué haces? -le preguntó su esposo tomándola por sorpresa.

Nanahuatli lo miró con el rostro iluminado.

-Es para ti -y le mostró algo que empezaba a parecerse a un taburete de madera-. Le pondré un respaldo adornado y podrás sentarte...

-¡Espera, Nanahuatli! -Thungür habló con seriedad-. No vuelvas a olvidar dónde vives, y quién es tu esposo. Tenemos la tierra. Sentarse sobre la tierra es un honor que el hombre no debe perder. ¡Tira eso! Aquí, en Los Confines, es tan inútil como esos aceites perfumados que a veces añoras.

Entre tanto, Tres Rostros llegaba agitado a la casa de Kuy-Kuyén.

-¡Hermana! -gritaba- ¡Ven pronto!

Kuy-Kuyén salió sacudiéndose harina de las manos.

-¿Dónde está Kutral? -pregunto el Brujo con ansiedad.

Kutral apareció tras de su madre.

-Aquí estás -dijo Tres Rostros- Te necesitamos a ti y a tus hermanos.

-¿Qué ocurre ahora? -Kuy-Kuyén había palidecido.

El Brujo, sin embargo, continuó hablando con Kutral:

-Reúne pronto a las Muestras. Tomen sus máscaras y partan hacia el norte por el camino grande. Hay movimiento allí...

Las criaturas han visto extrañas huellas, que no son de hombre ni animal conocido.

Kutral escuchaba con todo el cuerpo.

-¡Vayan de prisa y en silencio! Y regresen cuanto antes con noticias.

Ese era siempre el trabajo de Kutral y sus hermanos.

-¿Adónde van ahora? -preguntó Shampalwe a su madre.

Shampalwe se había transformado en una bella joven.

-Al norte -le respondió Kuy-Kuyén-. Ayúdame a prepararles pan y fruta para el camino.

Un rato después los mensajeros partían. Kutral llevaba a Muesca-Cinco a sus espaldas. Muesca-Cinco salió cantando con su voz aflautada, que estremecía.

Varias jornadas pasaron. Y un atardecer Kutral les ordenó hacer silencio. A la distancia se veía un fuego encendido. Los mensajeros se acercaron un poco más.

-Aguardaremos hasta el amanecer. Y si la luz del sol nos muestra algo, correremos con el aviso -les dijo a sus hermanos.

Y así lo hicieron.

Las Muestras apenas pudieron dormir. Antes de que la primera claridad los dejara al descubierto, Kutral y sus hermanos se escondieron tras la maleza, con sus máscaras puestas para protegerse de cualquier mal posible.

Oyeron sonidos difíciles de distinguir, pero nadie se veía allí. La fogata encendida desde la noche anterior se emqueñecía.

Alguien se acercaba pisando hojas secas. Las Muestras se miraron entre sí, en silencio.

Al fin, apareció un hombre en el espacio abierto con un poco de leña para avivar su fuego. Era muy poca la leña que cargaba porque sólo podía sostenerla con un brazo. El otro brazo se aferraba a un báculo corto y de tres patas que lo ayudaba a caminar. Pero el hombre parecía contento, y cantaba:

Crucé a la otra orilla

y el hombre me ayudó...

Solamente Kutral reconoció a su padre. Las Muestras, en cambio, creyeron que se trataba de un hombre parecido a ellos, de cabello hirsuto y baja estatura; pero más viejo y con una pierna incompleta.

-No temas, Muesca-Cinco -dijo Kutral. Y con su hermano a cuestas salió de la maleza y se quitó la máscara ante su padre.

Cucub se quedó mirándolos. No había palabras posibles; no las habría hasta mucho después de un largo abrazo.

Las Muecas abandonaron sus escondites en la maleza y permanecieron en silencio presenciando el incomprensible comportamiento de Kutral y del hombre que tanto se les parecía. Su hermano mayor los miró, por fin.

-Este hombre es nuestro padre -dijo-, el mensajero. El que nos hizo zitzahay en tierra de husihuilkes.

Uno a uno, los hijos de Cucub descubrieron sus rostros.

Vayan, Muecas, y cuenten. Digan que Cucub está de regreso; que tardará muchas jornadas en llegar puesto que quiere hacerlo por sí mismo. Y avanza lerdo.

Vayan y díganle a Kuy-Kuyén que no lo espere bajo el nogal, ni en ninguna otra parte. Vayan y cuenten en las aldeas que volvió el mensajero.

Digan que está cansado. Y que camina con dolor. Que parece un anciano cuando calla y parece un niño cuando sonrío.

Digan, también, que continúa cantando contra el Odio. Porque aprendió, de tanto andar la tierra, que el Odio retrocede cuando los hombres cantan.



ÍNDICE

PARTE 1

Después del sol	10
Palabras demoradas	12
Al amparo de los Brujos	17
Jinetes de la desilusión	18
El quinto puente	20
Lo que vio la luna	25
Tristeza de la luna llena	29
La luna en los códices	32
Piedras de humo, figuras de barro	34
Llegan los jaguares	36
Un largo sueño como un largo viaje	38
Los ojos de la guerra	41
El Clan de los Búhos	42
Gente de Los Confines	43
Casi un pájaro, casi una princesa	46
La Destrenzada	48
La jauría	50
¡Búscala, Ahijador, encuéntrala!	53
Una rama para hacer silencio	56
Los Búhos dijeron...	57
El Códice Balameb	59
Lengua Demorada en el tablero	61
Aquel amigo	63
Te saludo, hermano Thungür	67
Un Kúkul en los establos de Misáianes	70
Los Búhos cantaron	71
La ley husihuilke	72
El primogénito	75

PARTE 2

Así ocurrió en las Tierras Antiguas...	79
Los magos del Recinto	84
De nombre, escardadora	86
Los juegos de los días largos	90
Las nuberás	92
Los hijos de los bóreos	95
Una trampa para los navegantes	97
Hacia el encuentro	99
Hombres, mujeres y lagos	101
Un largo viaje como un largo sueño	106
Los Búhos y los nombres	108
La cabra y su leyenda	109
Una sí y otra no	112
Todos los Brujos	114
Látigo de las cosas vivientes	117
La guerra del silencio	120

Wilkilén destrenzada	122
El venenoso	124
La fortaleza del silencio	127
Los Búhos y las lenguas	128
Pinza de escorpión	129
El Kúkul muchas veces	131
Madre de un charco	133
Órdenes para navegar	135
El lazo de Flauro	137
¡No sigas diciendo...!	138
PARTE 3	
Las cuatro Virtudes	142
Retorno a las manchas	144
Escardadora de la resistencia	146
La Sombra en jirones	147
Lo pequeño y lo grande	149
Los Búhos y el tiempo	151
Ojos afilados	152
El pan de Acila	153
Thungür y el Sol	154
Esposas del Sol	156
Noche cerrada	158
Yocoy	161
Amanecer abierto	164
Los prisioneros	167
La profecía perdida	169
Ni arriba ni abajo	171
Y lo que se rasgue de nuestra voz	172
Muerte en Beleram de las estrellas	174
Los barcos del dolor	175
El sur en guerra	177
¡Fíjate dónde pones los pies...!	179
Furia de la Sombra	184
Donde vivió Vieja Kush	186
El hijo del mensajero	187
Reunión en el nido	188
El lugar de la niebla	189
La huida del pueblo del Sol	191
Un viento que duró cuarenta soles	193
El nuncio de Zabralkán	195
La confesión	196
Los días del fuego	199
La Pezuñera	210
El color de los escudos	213
Trece sitiales	215
En torno al monte	217

El cortejo	219
La sublevación de la arena	221
Los últimos años de Zorás	224
Un nuevo regreso	225
Único Amor	227
Descansa, Vieja Kush	229
Nakín y la eternidad	230
Últimas palabras	231
Extrañas huellas en Los Confines	232